

LORENA MURIÉN

*Siempre
sobre
contigo*



© 2024 Lorena Murién
[instagram.com/lorenamurien_](https://www.instagram.com/lorenamurien_)
twitter.com/lorenamurien_
Diseño de cubierta y maquetación: Verónica Espinosa
[instagram.com/veronicaespinosa__](https://www.instagram.com/veronicaespinosa__)
Corrección: Rocío G. Yuncal
Fotografías de portada:
unsplash.com / pexels.com

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

“Siempre hay que seguir luchando, pase lo que pase.”

—Mensaje en una botella, Nicholas Sparks.



PRÓLOGO

La vida, a veces, se convierte en un desastre natural que nos pilla desprevenidos, estrujando nuestro corazón, volcando del revés lo conocido para terminar por dar a nuestro presente un giro de ciento ochenta grados que no estaba previsto. Si tenemos suerte, habrá eventos que pasen ante nosotros como una simple ventisca que daña las partes superficiales de un tronco; pero, en otros momentos, puede que el viento sea feroz, rompiendo capa por capa hasta provocar que las raíces de este también se mueran. Nunca estamos preparados para lo que vendrá, el final de un día es solo el comienzo de otro en el que la rueda gira para caer en un determinado número, abrir una puerta y ver qué pasara. No controlamos el destino a pesar de que sí guiamos nuestros pasos, y ella estaba a punto de comprobarlo.

Sus pasos la llevaron por el comedor del restaurante sin descanso, en otro servicio donde decenas de clientes se quedaron encantados de tenerla por allí, dispuesta a que ese lugar y un plato sobre la mesa les hicieran olvidar cualquier motita gris que pudiera haber empañado su día.

—Nadie ha cancelado su reserva, así que tendremos la noche repleta, os quiero a todos bien atentos —informó la mujer a uno de sus camareros.

Este afirmó y volvió a su trabajo de inmediato. Jacqueline echó un vistazo al resto, dándose cuenta de que sus cuerpos eran como piezas de baile sobre un escenario que estaba compuesto por mesas y sillas repletas de los que serían sus espectadores durante las próximas horas. Desde hacía un buen rato sentía un nudo en su estómago, pero, como siempre, ignoró el malestar centrándose en el trabajo, sin permitir que cualquier cosa que pudiera pasar la alejara de esa concentración y pasión por lo que hacía. Un trabajo que con el paso del tiempo se convirtió en obsesión y en bálsamo para cosas de la vida real que no quería afrontar.

Con la carpeta en mano, empezó a anotar cómo iba el servicio hasta que su jefe se acercó a ella con cara de pocos amigos, haciéndola suspirar.

—Dime que nada ha fallado en la cocina —comentó con gesto de disgusto en un intento por hacerse a la idea de que tendría que reorganizar todo el servicio.

—Es para ti —informó él, dándole su teléfono—. Llevan un rato llamándote, no me han dicho quién es.

Jacqueline lo miró extrañada pero, al cogerlo, su jefe giró sobre sus pasos y se marchó por donde había venido dejándola a solas en mitad del comedor, con el corazón dándole un vuelco y un miedo extraño por no querer preguntar.

—¿Quién es? —dijo, tras recoger un poco de fuerza.

—¿Es usted Jacqueline Greene? —preguntaron, y ella susurró un «sí» que apenas se oyó y la voz al otro lado de la línea continuó—: Le llamo del Presbyterian, será mejor que venga cuanto antes, su mujer ha sufrido un accidente, ahora mismo están operándola.

La llamada se cortó sin que pudiera preguntar qué había pasado. La carpeta se le cayó de las manos y sus brazos quedaron suspendidos a cada lado de su cuerpo mientras todo el comedor empezaba a darle vueltas. En ese momento sintió un pinchazo horrible en el pecho y, de repente, se quedó sin respiración.

Nunca estamos preparados para lo que vendrá y, en ese momento, ella no pudo imaginar que su presente daría un giro tan grande, tan inesperado y cruel que no le daría tiempo a poder reaccionar. Su mirada fue hacia la salida del restaurante y, sin pensárselo dos veces, corrió ante la mirada de sus compañeros y clientes. Llevaba la mente puesta en su mujer y el terror pisándole los talones, en un intento por advertirle que ya era demasiado tarde y que, por más que no quisiera, un huracán se lo acababa de llevar todo.



1

EL DÍA MÁS OSCURO

Abrir los ojos fue lo más sencillo. El sol apareció tímidamente entre las nubes grises que presagiaban una mañana más que complicada. Durante unos segundos se sintió a salvo, sin que el mundo se moviera bajo sus pies, tratando de hacerle caer al vacío, pero lo cierto es que no era más que una mera ilusión. Mirando al techo aspiró el aroma de esa habitación, donde el toque de naranja con fresas estaba pegado a las sábanas, dándole la sensación de tener a su mujer ahí, justo a su lado. Jacqueline acarició el hueco vacío de la cama y, al girar la cara, vio los ojos negros de Susan observándola en una ilusión justo antes de sonreír, como hacía cada mañana antes de ponerse sobre su costado derecho para acercarse a ella y besarla en los labios. Todavía guardaba esa sensación, el cosquilleo previo a un «¡Buenos días!» que nunca era necesario decir a viva voz; pero, al querer responder, la burbuja se rompió y la realidad le golpeó de lleno.

—Dios mío, ¿por qué ella? —murmuró desesperada, y las paredes se hicieron eco de sus palabras antes de que empezara a golpear el colchón.

Tenía tanto dolor y rabia acumulados en el pecho que no pudo evitar querer acabar con todo, romper aquellas sábanas o tirar por la ventana la única fotografía que tenían juntas en la mesita de noche, como si ese recuerdo en el marco tuviera la culpa. A cambio, alguien llamó a la puerta y cuando esta se abrió un poco, su mejor amiga apareció con la tristeza en la mirada, guardando tras su oreja un mechón suelto que no parecía tener ganas de quedarse ahí.

Al principio le costó dar el primer paso pero, en cuanto Jacqueline puso la atención en ella, recorrió el espacio que las separaba para ir a su lado y abrazarla, dejando caer la frente de ella sobre el hombro, intentando por todos los medios que el temblor de su cuerpo no la rompiera más por dentro. Tess le acarició la espalda y dejó que sus dedos se convirtieran en un bálsamo necesario para ese instante donde nada ni nadie podría lograr consolar a una mujer a la que acababan de arrancarle la vida de cuajo, sin concesiones ni preguntas, sin ningún tipo de permiso.

—Tranquila, ya estoy aquí —susurró Tess, y procuró que su voz no dejara ver el dolor que también le vibraba en el pecho—. Estoy aquí.

—No voy a poder, no... no... —Jacqueline intentó acabar la frase, pero el llanto tomó el control de su cuerpo, provocándole el hipo y que los ojos volvieran a escocerle por haberse pasado casi toda la noche llorando.

Arrugó con fuerza la camiseta de Tess y se quedó ahí, clavando los dedos mientras se hacía pequeña e intentaba dar sentido a lo que estaba viviendo. Su mujer había muerto en un accidente de tráfico, tan repentinamente, que cualquiera podría creer que se trataba de una broma pesada. Ella, tan buena y vivaz, tan necesaria para el mundo, había muerto por culpa de alguien que perdió el control de su coche, llevándose a varias personas por delante. En el móvil todavía tenía un mensaje de voz sin escuchar, pero eso era lo mínimo a lo que se tendría que enfrentar de ahí en adelante.

—Necesitas comer algo, he preparado un té —anunció Tess carraspeando mientras se apartaba despacio.

Jacqueline negó, intentando limpiar las lágrimas que seguían deslizándose por sus mejillas sin intención de parar. Después, arrastró el dorso de su mano por la nariz y levantó la mirada para encontrarse con la de una persona que parecía haber perdido toda la alegría que la caracterizaba, y eso también le dolió profundamente.

—Tienes que volver al trabajo, no quiero que tengas problemas por mi culpa.

—¿Y dejarte aquí sola? No pienso hacerlo, me da igual si se cabrean conmigo, tenía días libres acumulados y aunque no es la época indicada, ya he llamado a George para decirle que no volveré hasta que tú estés...

—¿Bien? —interrumpió Jacqueline, con la voz totalmente rota.

—Estable. —Tess mostró una débil sonrisa y llevó la mano al pelo de ella para intentar arreglar un desastre que parecía no tener remedio—. Voy a quedarme aquí contigo y Julian también nos va a echar una mano; pero ahora tienes que levantarte de la cama, comer algo y darte una ducha.

—No quiero ir a... —Las palabras se atascaron en su garganta durante unos segundos, y sintió náuseas al intentar acabar la frase—. Voy a enterrar a mi mujer, Tess. ¿Qué sentido tiene esto? ¿Qué puto sentido tiene? Dímelo.

Las lágrimas volvieron a acudir a sus ojos y se deshizo por completo entre temblores y la sensación de estar totalmente perdida, como si le hubieran arrancado una parte esencial de su alma sin la que podría vivir. Se llevó las manos a la cara y lloró desconsoladamente mientras

Tess la abrazaba, en un intento por ser un muro de contención.

El timbre sonó en ese momento y una parte de sí misma sintió alivio al tener que salir de la habitación para abrir la puerta. Sin dudarlo, dejó un beso en la frente de Jacqueline y caminó, no sin antes pararse antes de salir para mirarla una vez más, queriendo que parte de la poca fortaleza que le quedaba volase hacia el centro de su pecho para poder aliviar un poco el dolor que debería estar sintiendo.

Mientras caminaba hacia la entrada pensó en cómo serían las cosas de verse en la misma situación que ella y el corazón le dio un vuelco, porque jamás podría superar perderla o que alguien quisiera alejarla de una mujer que cambió su mundo desde el primer momento en que la saludó. Las manos de Tess temblaron y ella misma intentó arreglarse el pelo antes de pulsar el botón para dejar que un Julian cabizbajo y cargado con una enorme bolsa —por lo que podía ver a través de la cámara de seguridad— entrara.

En cuanto el ascensor se abrió, la luz se filtró hacia el pasillo y se unió a las sombras del hombre que no pudo sonreír al encarar la mirada de su mejor amiga.

—¿Cómo está? —preguntó por inercia, procurando no subir el tono de su voz.

—Destrozada... no sé si vamos a poder sacarla de la cama —explicó Tess preocupada, dejando ir un suspiro—. No quiere ir al entierro.

—Creo que es normal, voy a ver si puedo hacer algo.

Julian se abrió paso hacia el enorme apartamento y dejó la bolsa sobre la isla de una cocina que le pareció más triste de lo normal, como si parte de esa casa también hubiera muerto junto a Susan. Antes de cruzar el pasillo hacia el dormitorio, levantó la cabeza, echó los hombros hacia atrás y dejó ir todo el aire ante la atenta mirada de Tess.

Cuando Julian desapareció de su vista, en completo silencio sacó el contenido de la bolsa y lo dejó con cuidado notando cómo el temblor de sus manos no había desaparecido. El aire empezó a faltarle y se llevó una al pecho, arrugando los dedos sobre la camiseta que llevaba puesta, deseando sacarse el dolor de ahí, con ganas de llevarlo lejos para poder traer un poco de luz que entregarle a Jacqueline, a quien odiaba ver sufrir. Sin embargo, lo único que consiguió fue llorar en silencio, tapándose la boca para evitar que sus amigos la escucharan. Egoístamente, sintió una tristeza irrefrenable, culpando a la vida por provocar tal daño y haberse llevado a una mujer que era increíble.

Tess se giró y se abrazó a sí misma, echando un vistazo a los rascacielos de Nueva York que se acumulaban en el horizonte; como si ahí fuera a encontrar respuestas, como si pudiera detener el tiempo y rebobinarlo para que las lágrimas desaparecieran y volviera a convertir a Jacqueline en todo sonrisas. Dejó caer los brazos y cerró los ojos calmando su respiración para

volver a ser la chica alegre que siempre estaba dispuesta a todo, cogiendo fuerzas para estar ahí, al lado de Jacqueline, siendo su bálsamo, aunque esa pérdida también le hubiera afectado. Si echaba la vista atrás, podía recordar la cantidad de veces que las miró a los ojos y pudo ver el verdadero significado de la felicidad. Una que siempre quiso para sí misma, una que jamás podría tener al alcance de la mano y que, de nuevo, le hizo pensar en los posibles de la vida misma, logrando que hiciera a un lado sus verdaderos sentimientos para terminar por convertirla en amiga. En un apoyo que no estaba segura de poder entregar con naturalidad.



2

EL DOLOR QUE DEJAS

«Una chica de Brooklyn», así fue como Jacqueline nombró a Susan la primera vez que habló de ella a sus padres, un par de días después de haberla conocido en el Jardín Botánico y enamorarse no solo de su encanto, sino también de su habilidad para rebatir cualquier cosa que le dijera. Después de aquello, tardó solo doce horas en llamarla y volver a quedar con la esperanza de conocerla más a fondo y reafirmar que lo que sentía no era una maldita locura. El cielo estaba más cubierto que horas atrás y las primeras gotas de lluvia empezaron a chocar con las copas de unos árboles que recibieron el agua con necesidad en un verano que parecía infernal.

Esa estación tenía un significado especial para ella, pero jamás llegó a imaginar que se le fuera a sumar un suceso que la tenía sin apenas poder caminar. Su padre se mantenía a su lado sin mediar palabra, sujetándola del brazo derecho mientras que en el izquierdo Tess hacía lo posible por mostrarse fuerte y no volver a llorar. Ojalá su madre también hubiera estado ahí para poder regalarle un poco de su fuerza.

El cementerio de Green-Wood acogía a decenas de personas, entre compañeros de trabajo, familiares y amigos. Ninguno de ellos podía concebir la idea de estar ahí para decir adiós a una mujer que les había cambiado la vida, aunque fuese en el mínimo sentido de la expresión. Y, como era de esperar, los padres de Susan aparecieron destrozados ante ellos, con una expresión desencajada que dejaba ver lo poco preparados que estaban para algo así, aunque lograsen caminar hacia Jacqueline y fundirse en un abrazo que sumó más lágrimas a un llanto imposible de disipar.

—Lo siento mucho, cariño —dijo Rita, como si ella no fuera una madre a la que le habían quitado lo más preciado. Jacqueline se vio sorprendida por esas palabras y también por la entereza que la mujer mostraba, tanto, que deseó convertirse en ella un simple segundo—. Eras el amor de su vida, nadie la había hecho tan feliz. Nunca.

La realidad volvió a sortear cualquier tipo de ilusión y se metió de lleno en su pecho llevándose todo consigo. Intentó asentir y decir alguna palabra, pero sabía que no iba a conseguirlo; así que se deshizo del agarre de su padre y de Tess y se abrazó a la madre de Susan con fuerza, llorando sobre su hombro, dándole el poco consuelo que le quedaba. Intentando comprender el cómo y el por qué.

Preguntas a las que no podía dar respuesta. Jamás iba a conseguirlo.

Tess fue la siguiente a la que agradecieron su presencia, y ella dio el pésame a unos padres que ya no verían ningún amanecer igual. La tierra empezó a mojarse en cuestión de segundos y, aunque la mayoría de los asistentes sacaron sus paraguas, Jacqueline prefirió que las gotas de lluvia se llevaran lo que pudiera quedar de ella. Entre los dedos guardó un pequeño montoncito húmedo y se quedó de pie al borde del agujero donde estaba el ataúd de su mujer, mirando la caja de madera con deseos de meterse ahí dentro y viajar con ella adonde quiera que fueran las almas. Sentía el tacto de sus dedos en cada trazo de su piel, los ojos puestos en su mirada y juró ver esa maravillosa sonrisa en la lejanía como si, de repente, Susan hubiera aparecido allí para caminar unos cuantos pasos y así, poder llevársela a su lado.

Sus piernas temblaron y a su alrededor todo empezó a volverse confuso y nublado como si, de improviso, hubiera abandonado el presente para abrirse paso a un mundo que le era desconocido. Sin embargo, un sonoro trueno le hizo abrir los ojos y darse cuenta de que no se había movido ni un solo centímetro, que bajo sus pies seguía el mismo agujero, con el ataúd dentro y algunas flores que con el paso del tiempo se volverían parte de la tierra que aún tenía entre los dedos.

—Me has regalado los mejores momentos de mi vida —susurró Jacqueline, casi sin ser consciente, con la voz tan clara que parecía haber recuperado esa fuerza que tanto la solía caracterizar en el trabajo—. Y ahora me dejas con un dolor inmenso, tanto, que no sé si podré volver a despertar. —Los labios le temblaron de nuevo, a su espalda podía escuchar el llanto de los allí presentes y, por un momento, se sintió egoísta por querer ser la única que sintiera tal dolor.

El cielo respondió de la misma manera, con otro trueno y una descarga de lluvia todavía más fuerte. Las gotas le golpearon con tesón hasta que, de repente, estas empezaron a formar una cortina para caer a cada lado de su cuerpo.

—Vas a pillar un resfriado. —La voz de Tess sonó dulce y notó de la misma forma la caricia que le dejó en el brazo—. Ya es la hora.

Quiso decirle que no, por un momento hasta deseó gritarle que se largara de ahí y la dejara a solas con su mujer, pero al echar un vistazo a su alrededor se imaginó en el comedor del

Emerald, donde todos la conocían por su profesionalidad —y hasta a veces frialdad— que era digna de admirar, por lo que no se mostró diferente. El cántico dio paso a que abriera los dedos y lanzara el montón de tierra sobre el féretro, y mientras el agua la convertía en barro, dio dos pasos atrás para intentar encarar miradas de pena y gestos de consuelo. En una realidad que por nada del mundo querría estar viviendo.

...

La tormenta caía acompañando a las personas que dejaron el cementerio para el posterior almuerzo en la casa donde se crío Megan. Allí se habían reunido sus amigos, sus familiares y algunos vecinos de toda la vida.

—Estaremos pendientes de ella, no te preocupes. —Julian apareció al lado de Tess y lanzó un suspiro, desatando un poco el nudo de la corbata que le aprisionaba el cuello.

—¿Cómo se supone que se sobrevive a algo así? —La pregunta lo dejó descolocado, más de lo que hubiera previsto en principio.

Dentro del hogar de los Clark se respiraba tristeza, a pesar de las sonrisas que algunos esbozaban en recuerdo a Megan mientras contaban anécdotas y vivencias de una familia que era muy querida en el vecindario. Las paredes estaban repletas de cuadros y sobre las estanterías había también fotografías de varios instantes de su vida, como cuando era un bebé, el momento en el que se graduó en Derecho y hasta de su boda con Jacqueline.

—Eh, ¿estás ahí? —Julian volvió a llamar su atención y la sobresaltó.

—Perdona, ¿qué decías? —preguntó volviendo la atención a él y este suspiró guardando las manos en los bolsillos.

—Que no tengo ni idea, pero que no podemos dejarla sola —aclaró titubeante, como si tuviera miedo de lo que pudiera pasar—. Me temo que ya no va a ser la misma...

Los dos se miraron y dejaron ir el aire que contenían en sus pulmones. En los ojos verdosos de Julian podía reflejarse el miedo de Tess ante sus palabras y por eso no tardó en poner una mano sobre su hombro, intentando darle un consuelo que tenía un camino muy claro dentro de esa ecuación.

—¿Podrías cuidar de Kala un par de días? No me voy a quedar tranquila si me marchó a casa sin más.

—Claro que sí —afirmó Julian, a sabiendas de que iba a hacerle esa petición, después dirigió la mirada a Jacqueline y se llevó la mano derecha a su barbilla—, pero haz el favor de no maltratarte más a ti misma, ¿vale? Ya ha pasado mucho tiempo.

Cinco años, en concreto eran cinco. Mil ochocientos veinticinco días enamorada de una mujer que jamás la vio como algo más.

Tess asintió y se llevó un mechón tras su oreja antes de besar la mejilla de Julian y caminar para atravesar todo el salón porque, inevitablemente, el imán que Jacqueline tenía instalado en su corazón, la atraía hacía ella. Y también a un irrefrenable desamor.



3

NUNCA SERÉ LA MISMA

Tess cerró la puerta a su espalda y llevó las manos a los hombros de Jacqueline para quitarle la chaqueta que tenía puesta y que estaba mojada por algunas gotas de la intensa lluvia que —extrañamente— había caído en Nueva York. Al encender las luces, pareció como si el vacío del interior se trasladara desde las paredes hacia ellas para dejarla con un escalofrío que le puso los pelos de punta, e instaló una sensación de malestar en su pecho. Con solo mirar a su alrededor se dio cuenta de que podía sentir la presencia de Susan por todas partes a pesar de que ya no estaba ahí, y eso la hizo sentirse fatal.

Sin perder un segundo más, colgó la ropa en el perchero que había en la entrada y volvió con Jacqueline para acompañarla al enorme sofá gris que estaba en mitad de un espacio abierto que daba directo a la cocina.

—Gracias por acompañarme... —susurró ella, haciéndose con uno de los cojines para mullirlo y tumbarse—. Ve a casa, seguro que Kala está loca por verte.

—Le he pedido a Julian que le eche un vistazo, sobrevivirá —bromeó Tess, aunque sin conseguir ni un poco del objetivo de hacerla sonreír—. Me quedaré un par de días contigo, tengo que asegurarme de que al menos vas a comer.

—No tengo ganas —protestó Jacqueline y cerró los ojos de puro cansancio—. Solo quiero dormir y no volver a despertar...

Ni siquiera fue consciente de que había dicho eso en voz alta justo cuando el sueño tomó el control de su cuerpo, llevándola a un mundo donde todo parecía mucho más bonito que la realidad en la que se encontraba, con las copas de los árboles moviéndose y la voz de Susan bailando a su alrededor. Sintió el cosquilleo en su espalda, sin tener idea de que Tess la acariciaba en silencio, viéndola dormir antes de buscar la manta que había en el respaldo para taparla con ella.

Se levantó y caminó en silencio hacia el cuarto de baño que estaba al final del pasillo y, mientras tanto, se dedicó a escuchar el movimiento del tráfico entre las calles de Chelsea, un barrio al que había cogido cariño gracias a Jacqueline y sus tardes de té, frutos secos y charlas sobre fútbol americano. Cuando se miró al espejo se dio cuenta de que en sus ojos podía notarse cuánto había llorado a lo largo del día, tanto a solas como frente a la multitud. Abrió el agua y dejó que corriera unos segundos para mojarse la cara en un claro intento por sacarse de golpe la pesadumbre y el cansancio.

No lo consiguió.

Se mojó también el cuello y algunas gotas se colaron entre la camisa blanca que estaba acostumbrada a llevar en el trabajo. El pelo suelto le caía sobre los hombros algo enmarañado, así que lo peinó con los dedos y, como si estuviera en su propia casa, buscó en el armario un par de discos de algodón y el agua micelar para limpiarse la cara. En silencio, los arrastró por su cara y, poco a poco, se fueron ensuciando de un ligero color marrón que era prácticamente igual al de su piel. Y, de repente, se preguntó cuántas cosas de las que había en ese cuarto de baño serían de Susan, provocando que detuviera el ritual de inmediato. Volvió a abrir el grifo y acabó de limpiarse antes de salir de ahí y encontrarse de nuevo con el silencio del salón, únicamente roto por los suspiros que se escapaban de entre los labios de Jacqueline mientras dormía.

—Espero que al menos estés teniendo un bonito sueño —susurró y buscó su bolso para sacar los pósit que siempre llevaba consigo y escribir.

*He ido a por algo de comer, no quería cocinar y despertarte.
Vuelvo enseguida, no pienso dejarte sola.*

Tess dejó la nota sobre la mesa de centro y cogió las llaves, abandonando el piso poco después. Al abandonar el edificio dobló la esquina y tomó la Octava Avenida para ir calle abajo, dejando que la calma empezara a circular por su cuerpo. Cogió aire un par de veces y respiró hondo comprobando que la soledad hacía lo suyo, quitando las cadenas que la habían aprisionado durante todo el día. Som Bo era un restaurante de fusión asiática que hacía esquina y era de sus predilectos, así que tenía la esperanza de darle una pequeña alegría a Jacqueline. Pensarlo provocó que le doliera la cabeza y entrara en un estado de confusión. ¿Cómo iba a hacerla sonreír si acababa de perder al amor de su vida? La pregunta hizo que se detuviera de forma abrupta y su reflejo cayó sobre un escaparate que la mostró más derrotada que cansada.

Mientras se observaba ahí parada, recordó la cantidad de veces que odió sus kilos de más —como le solían decir a modo de burla— y renegó de las curvas que tenía su cuerpo voluptuoso, pero también atlético. Desde muy joven fue señalada por sus compañeros de colegio e instituto al

no encajar en los cánones impuestos por la sociedad, pero con el paso del tiempo —y mucha terapia— empezó a quererse y, sobre todo, a respetarse. Por primera vez en todo el día, una pequeña sonrisa se formó en su rostro y se volvió a arreglar el pelo que no paraba de danzar junto a la brisa que la acompañó hasta el restaurante.

La fachada negra del pequeño local, le daba un aspecto bello que conseguía trasladarse al interior, y eso trajo consigo que pudiera respirar en paz, antes de que sus ojos brillasen en alegría y lograra pedir un menú para dos. Por suerte, no estaban los camareros habituales así que no tuvo que soportar las preguntas sobre cómo se encontraba Jacqueline, y eso también aligeró el proceso para volver, tiempo que aprovechó para enviar un mensaje a Julian.

Tess: Espero que Kala no esté muy rebelde ante mi ausencia, gracias por cuidarla.

Julian: No te preocupes por nada, aquí está todo controlado. Mima mucho a Jackie.

Más calmada, caminó deprisa para no dejar tanto tiempo sola a una Jacqueline que rodeaba sus piernas con los brazos, sentada en el sofá, mientras la oscuridad caía sobre su cuerpo.

Cuando escuchó las llaves, el corazón le dio un vuelco y, por un segundo, se imaginó a Susan entrando por la puerta, hasta que sus ojos chocaron con los de Tess y con sus mejillas rojas por culpa de las prisas. La apariencia de ella le sacó una débil sonrisa que le cosquilleó en los labios; pero, enseguida, volvió a sentir ganas de llorar.

—Eh, ¿llevas mucho despierta? —preguntó Tess nada más encender la luz—. ¿Qué haces a oscuras?

Jacqueline se encogió de hombros y dejó caer las piernas. Apenas tenía fuerzas para respirar y parecía que hablar le costaba un mundo. De repente, su estómago rugió como un león al que tenían sin comer durante semanas y eso provocó que se mordiera el interior de las mejillas, justo cuando el aroma a especias llegaba hasta ella.

—¿Has traído cerdo especiado?

—Y sopa de miso —aclaró Tess, enseñándole las bolsas. Cuando vio la intención de ella por levantarse, negó rápidamente—. No te muevas de ahí, enseguida sirvo la comida.

—No estoy inválida, solo se ha muerto mi mujer. —Las palabras brotaron de sus labios inesperadamente en un tono de crueldad hacia la vida que le encogió el corazón y la dejó con un regusto amargo. Jacqueline fue consciente de lo borde que había sido, así que, de inmediato, se levantó del sofá y caminó hacia Tess para abrazarla en cuanto esta dejó las bolsas sobre la isla de la cocina—. Perdóname, no quería hablarte así.

Sus manos le acariciaron la espalda y enterró la cara en el hueco de su cuello notando su piel caliente. Jacqueline se separó y la miró a los ojos intentando esbozar una sonrisa que no salía por más que quisiera. Ver su reflejo en los ojos de Tess la dejó más triste todavía y notó cómo el

llanto se abría paso para deslizarse con lentitud por sus mejillas.

—Tranquila, llora todo lo que quieras —comentó apartándose un poco para limpiarle las lágrimas y quitarle el pelo de la cara.

—Estoy cansada y no logro entender nada —dijo Jacqueline interrumpida por el hipo—. ¿Cómo es posible que haya pasado esto? ¿Y por qué a Susan? Es... es un acto tan cruel... —añadió cerrando sus dedos sobre la camisa de Tess.

—No puedo darte esa respuesta —lamentó, intentando por todos los medios que el dolor no se reflejara en su rostro—, lo único que tengo claro es que voy a estar contigo cuando quieras llorar, y Julian también. Ahora necesitas comer e intentar dormir. Olvídate de todo lo demás.

Jacqueline estuvo a punto de rebatir sus palabras, pero cuando el estómago le volvió a rugir cayó en la cuenta de que no solo el tiempo seguía avanzando, también lo hacía la vida, su cuerpo, y sus necesidades por más que quisiera pulsar un botón para apagarlo todo. Así que respiró hondo y cogió un poquito de fuerza para asentir y caminar al otro lado de la isla, abriendo los armarios para sacar un par de platos, vasos y cubiertos, mientras los dedos le temblaban al ser consciente de que, en esa casa, nunca más volverían a ser dos.



4

ODIANDO SENTIR

Cuarenta y ocho horas pasan rápido, al menos, si el destino no te ha arrancado una parte de ti de cuajo, convirtiendo todo en un sin sentido y, al tiempo, en una horrible tortura contra la que luchar. El viento azotó con fuerza contra los cristales provocando que Jacqueline abriera los ojos sobresaltada y con el sudor perlando cada centímetro de su cuerpo. Tenía el corazón tan acelerado que juró estar a punto de sufrir un infarto, y cuando llevó la mano al lado vacío de la cama, la sensación empeoró.

Envuelta en ese cruel silencio, miró la hora del reloj y descubrió que eran las 3:33 de la madrugada, un número extraño con el que despertar. El dolor de cabeza le palpitó en las sienes con fuerza, consiguiendo que notara un ligero mareo cuando se destapó y se sentó en la cama, notando el cosquilleo de la alfombra bajo sus pies. Seguidamente, se llevó las manos al pecho y cogió aire lentamente, como solía hacer en el trabajo cuando el restaurante estaba hasta los topes.

Pensar en el Emerald hizo que buscara el móvil para encontrarse con unos cuantos mensajes de compañeros con los que no solía tratar demasiado dándole el pésame.

—Odio esto, joder —musitó, a punto de tirar el teléfono contra la pared.

Pero lo que más le hizo daño fue ver el último mensaje de voz de Susan que todavía no había sido capaz de escuchar. No estaba ni remotamente preparada para ello, así que se quedó estática, mirando la pantalla con el último «Te quiero» escrito, en un intento por no derrumbarse de nuevo.

No supo bien de dónde encontró las fuerzas para ponerse de pie y buscar la bata que su mujer siempre dejaba en el respaldo de la silla del tocador. Al pasarla por sus brazos le llegó el aroma de su perfume y tuvo la sensación de que la estaba abrazando de nuevo, así que se quedó ahí un rato, meciéndose como si las dos estuvieran bailando la última canción que escucharon juntas antes de despedirse para ir a trabajar. El frío en las manos le despertó las ganas de beber un té caliente, aunque se siguiera negando una y otra vez a continuar con su rutina normal.

Jacqueline salió de la habitación y caminó por el pasillo intentando no hacer ruido, encontrándose con una oscuridad aplastante que la hizo detenerse un momento, hasta que vio la manta medio caída del sofá y fue consciente de que Tess estaba durmiendo ahí.

Tenía el cuerpo retorcido sobre el sofá, en una postura que no parecía nada cómoda, pero con la que ella dormía plácidamente. Un brazo le tapaba media cara y tenía el moflete totalmente aplastado, imagen que la hizo sonreír antes de que caminase de puntillas para coger la manta del suelo y tapparla bien.

—Kala, déjame dormir un poco más... —protestó su amiga entre sueños.

Jacqueline estuvo a punto de reír y se llevó la mano a la boca mientras negaba, justo cuando Tess abrió los ojos pegando un grito que también la sobresaltó.

—¡Joder, qué susto me has dado! ¿Por qué estás en el sofá?

—¡Y tú qué haces espando! —gritó con palabras que no tenían ningún sentido.

¿Espando? ¿Cómo se le podía ocurrir?

—Yo solo quería... —Jacqueline cerró la boca y al verla con el pelo enmarañado sí que se echó a reír—. Dios, no sé cómo puedes dormir así.

—¿Qué? Estaba muy cómoda... —Las manos de Tess fueron a su pelo intentando poner un poco de orden y enseguida se mordió el interior de sus mejillas al ver cómo la estaba mirando con sus ojos verde azulados, de manera intensa y con una diversión que ya echaba de menos—. ¿Y tú qué haces despierta?

—No podía dormir, y el cuerpo me ha pedido un té. Estas noches están siendo... horribles.

Tess asintió y se quedó en silencio tapándose las piernas con la manta, sintiendo cierto pudor al estar semidesnuda frente a su mejor amiga —en sus sueños, amante—.

—¿Nos tomamos un *rooibos*? —propuso al mirarla a los ojos.

—Como en los descansos del Emerald —recordó Jacqueline acariciándose los dedos—. Claro que sí, pero no vayas a intentar convencerme de que los bombones son la perfecta combinación.

Tess levantó las manos a modo de rendición y se encogió de hombros, poniéndose de pie y buscando la sudadera *oversize* que había dejado a su lado.

Al ponérsela, notó la prenda deslizarse casi hasta sus rodillas y tuvo que remangarse un poco para evitar que las manos se le taparan. Después, siguió los pasos de su amiga y se sentó en uno de los taburetes que había delante de la isla, viendo como ella se movía por la cocina como si estuviera nadando en aguas tranquilas.

La distracción provocó que el semblante de Jacqueline se relajara sin darse cuenta y, por un segundo, la triste realidad que la acontecía quedó a un lado para hacerla sentir en paz, casi dispuesta a todo. Hasta que sus dedos chocaron con la taza de Susan y estuvo a punto de tirarla de la impresión.

—¿Estás bien?

Tess, se levantó de golpe para ir con ella. Por inercia, su mano viajó a la de Jacqueline y le acarició el dorso antes de apartarla como si le hubiera dado una descarga eléctrica.

—Es... era su taza favorita, nunca bebía en otra, ¿sabes? Por más que preparara el café igual todos los días, nunca le sabía igual si no lo tomaba aquí. —Sin apartar la mirada, la cogió entre sus manos y se quedó paralizada dudando qué hacer.

—Úsala tú a partir de ahora —propuso Tess con calma, intentando ponerse en su lugar—. Seguro que no querría que se quedara en el fondo del armario y la verdad es que es muy bonita.

La taza era de color azul y tenía algunas zonas de Brooklyn dibujadas alrededor, como si al beber en esta te zambulleras de lleno en el mundo donde Susan había crecido.

—Cada vez que la toque, me echaré a llorar. —Jacqueline lanzó un suspiro y estuvo a punto de volver a guardarla, pero un cosquilleo en los dedos provocó que la dejase sobre la encimera—. ¿Qué más voy a tener que cambiar ahora que ella no está? Ni siquiera sé qué hacer aquí, debería de tirarlo todo y buscarme otro lugar donde vivir.

—Ven a casa conmigo —soltó Tess de repente, arrepintiéndose de inmediato—. Lo que quiero decir es que a lo mejor necesitas salir un poco del piso, tomar aire fresco de otro lugar hasta que te sientas preparada para ver este sitio como un hogar.

—Un hogar... —Ni siquiera podía creer que eso fuera a pasar, pero al echar un vistazo a su alrededor se dio cuenta de que ella tenía razón, necesitaba un tiempo lejos de todo lo que le recordaba a Susan y su vida juntas. Así que asintió y se abrazó a sí misma—. ¿No seré una molestia para ti? Puedo irme con mi padre.

—¿Y tener que coger el metro abarrotado todos los días para ir al Emerald cuando vuelvas al trabajo? ¿No te van a dar ganas de matar a alguien?

—No me conozcas tanto —protestó Jacqueline con odio fingido—. Pero solo un tiempo, no quiero convertirme en un dolor de cabeza.

—Tú eres todo menos un dolor de cabeza. —Al decirlo, Tess sintió un cosquilleo en el estómago que se profundizó cuando ella la miró—. Será mejor que prepare el té, esta noche está refrescando.

—Y tú siempre lo haces mejor —aclaró Jacqueline, dejando ir un suspiro, queriendo mirar

a su alrededor para no encontrarse con esa maldita soledad.

...

El calor le subió por el cuerpo y, aunque tenía la mirada clavada en el techo, no pudo evitar que sus ojos volvieran a los labios de Jacqueline mientras dormía. Después de tomarse el té, las dos se habían tirado en el sofá para charlar sobre el restaurante y, sin darse cuenta, Tess la había abrazado hasta que cayó producto del cansancio, con la cabeza apoyada sobre su pecho, respirando tan en calma que fue incapaz de moverse un solo centímetro por miedo a romper esa paz.

Sentir el latido de su corazón empezó a ponerla nerviosa, igual que tener el aroma de su piel grabándose sin remedio en su cerebro una vez más. Durante largas noches de insomnio soñó con estar así de cerca, pero jamás imaginó que se sentiría tan egoísta como para desearla mientras ella vivía un duelo del que jamás podría recuperarse. O eso es lo que le decía la vocecilla en su cabeza. Las palabras de Julian también arrollaron con todo sin concesiones; él tenía razón, solo se torturaba a sí misma, y que la matasen si llegaba a pensar que tenía allanado el terreno.

«Deberían de encerrarte por esto», se reprochó en cuanto el pensamiento se cruzó por su mente, porque jamás en la vida le hubiera deseado a Jacqueline que viviera algo tan doloroso. De algún modo, llegó a tener esperanzas de que en algún momento ella y Susan pedirían el divorcio cuando su amor se agotase —si es que llegaba a pasar—; pero, ahora que la tenía entre sus brazos, se dio cuenta de que eso jamás habría pasado. Nunca se encontró con dos personas que estuvieran tan enamoradas y pensarlo de otra forma sería engañarse a sí misma, con lo cual volvió a suspirar y rezó por quedarse dormida mientras intentaba convencerse de que estar ahí no le gustaba y que no había ningún tipo de sentimiento que revoloteara en su estómago.

Tess cerró los ojos y empezó a contar de cero a cien, una y otra vez, hasta que notó cómo el cansancio empezó a recorrer su cuerpo y la llevó a un sueño donde sus instintos volvieron a situarla frente a Jacqueline para besarla, en un acto de amor que jamás pasaría en la vida real.



5

DIRECCIÓN INCORRECTA

—¡Estás loca! Te digo que no te maltrates a ti misma ¿y no se te ocurre otra cosa que decirle que vaya a vivir contigo? ¿No podrías haberle sugerido que lo haga con su padre?

—No le gusta llegar tarde al trabajo y el metro tampoco es que sea su devoción, ya sabes que es muy responsable y...

—Y se te va la olla, Tess, por completo. Sabes que no puede volver enseguida, así que eso no es excusa. —Por un segundo, se imaginó a Julian con cara de enfurruñado y haciendo aspavientos como un loco.

—Te he llamado para pedirte ayuda, no para que me eches la bronca. —Ella lanzó un suspiro y se pasó la mano por el cuello en un intento por calmar lo que sentía mientras veía el movimiento de la ciudad en la lejanía—. ¿Vas a venir o no? Mañana tengo que volver al trabajo, no puedo alargarlo más, George está histérico.

—No hace falta que lo jures, he tenido que poner en orden los servicios y eso que yo no tengo las habilidades para hacerlo. —Julian hizo un chasquido con la lengua y se quedó en silencio un par de segundos—. En una hora estoy por allí, pero sigo pensando que es una mala idea.

—Te quiero, gracias por ser tan bueno. ¡Besitos!

Tess cortó la llamada en cuanto vio aparecer a Jacqueline por el pasillo, con el pelo mojado cayéndole por los hombros y un pijama fino que dejaba ver más de lo que le hubiera gustado. Varias gotas se arrastraban por su pecho y se perdían más allá, lo que hizo que tragase saliva y carraspeará, intentando apartar la mirada lo más pronto posible.

—Qué bien huele —dijo Jacqueline, poniendo una tranquila sonrisa en los labios—. ¿Era Julian? ¿Cómo van las cosas por el Emerald?

—De maravilla —mintió su amiga, e ignoró el hecho de que seguía viendo el agua

deslizarse por su piel—. Ha tomado un poco el control de la sala, ya sabes que lo ve todo desde la barra y no puede evitar querer echar una mano, pero ese es otro tema, ahora vamos a desayunar. He preparado un poco de leche con cacao.

Cuando Jacqueline lanzó un gritito con asco, Tess se echó a reír y la primera estuvo a punto de lanzarle el cepillo que llevaba en la mano.

—No se te ocurra volver a bromear con eso —amenazó apuntándola otra vez y, al detenerse en mitad del salón, se dio cuenta de que había bromeado con algo por el simple hecho de hacerla reír—. Me alegra que te hayas quedado y también de poder ir contigo a casa, de verdad.

—Sabes que no es nada.

Jacqueline perdió toda alegría y volvió a centrarse en cepillar su pelo castaño y largo que le llegaba unos centímetros más allá de los hombros. Una solitaria gota se deslizó por la curvatura del puente de su nariz aguileña y pareció jugar a jugar un poco con la gravedad antes de caer al suelo. La curiosidad había hecho que saliera del cuarto de baño sin ponerse las zapatillas de estar por casa y eso le enfrió los pies al instante, provocándole un escalofrío que le puso los pelos de punta.

—Claro que sí —aseguró dejando de cepillarse—. Terminó de arreglarme y estoy contigo, puedes coger lo que quieras de la nevera.

Con un guiño, se despidió de Tess y la dejó a solas en la cocina, con el corazón a mil por hora y el cosquilleo subiéndole hasta perfilar en sus labios una sonrisa tonta que no pudo ocultar. En silencio, dejó las vistas de Nueva York y se encaminó a la cocina para preparar un buen té y, al final, decidió hacer unos *bagels* de queso crema con algunas tiras de jamón que Jacqueline tenía en la nevera. El toque especial fue tostarlos y aderezar con pimienta y orégano un desayuno que le abrió el estómago al instante.

Echó de menos poder prepararse un zumo, pero estar ahí era más que suficiente para disfrutar de los sabores de una manera especial.

«Tienes que dejar de hacerte esto», pensó para sí misma y echó la cabeza hacia atrás en un intento por reordenar sus pensamientos antes de que Jacqueline apareciera por el pasillo.

—Menudo manjar, no sé cómo eres capaz de preparar un desayuno tan rápido. —La voz de esta llegó a sus oídos lentamente y Tess se giró para encogerse de hombros, quitándole importancia al asunto—. No me vayas a decir que tienes práctica ya y que esto no es nada.

—¿Y tú por qué te metes en mi cabeza? —bromeó ella—. Sabes que es así, trabajar como camarera de sala te da cierta rapidez y se me da bien juntar algunos ingredientes, pero antes de

que lo digas, no estoy pensando en pasarme a cocina —aclaró poniendo los brazos en jarras—. Julian estará aquí en una hora así que será mejor que nos comamos esto antes de que nos lo reproche por no haberle invitado.

—Uf, cállate, que no estoy para aguantar sus protestas. —Jacqueline se mofó al recordar cómo solía ponerse su mejor amigo y se sentó para devorar el *bagel* en cuanto lo tuvo delante. La mezcla de sabores la hizo soltar un suspiro de placer y hasta su estómago agradeció comer algo tan rico después de varios días sobreviviendo a base de comida para llevar—. Qué bueno, podría comerme una docena más.

—Si hubieras hecho la compra, tal vez podrías haber repetido —reprochó Tess medio en broma.

—A mí no me tocaba esta semana.

Se arrepintió de sus palabras al segundo, tanto que no dijo nada más hasta asegurarse de que abrir la boca no iba a significar meter la pata de nuevo; pero lo que le llamó la atención fue ver a Jacqueline con la taza entre las manos, bebiendo de su té como si a su alrededor el tiempo siguiera su curso. Su semblante tranquilo la dejó dubitativa y a punto estuvo de preguntarle si le ocurría algo, pero tampoco quiso romper ese estado en el que se había metido. Pasar de verla destrozada, sin ganas de levantarse de la cama a poder comer un poco y verse más calmada, ya era un gran paso.

Pensando en ello se terminó su *bagel* y, mientras recogía la cocina, dejó que ella volviera a su dormitorio para meter la ropa que quería llevarse en un par de bolsas de viaje. El tiempo pasó tan rápido que el timbre sonó para dar la bienvenida a Julian, que traía una fina capa de sudor brillando en su cuello.

—Este verano está siendo rarísimo, o llueve a cántaros o hace un calor infernal —protestó en cuanto Tess le abrió la puerta.

—Eres un exagerado de narices, tampoco hace tanto.

—Lo que tú digas —añadió él levantando un poco la voz—. ¿Dónde está Jackie?

—Ha ido a meter la ropa que quiere llevarse, también ha dicho que va a traer a casa su portátil y algunas cosas más para trabajar. Se supone que tiene la baja hasta que le den el visto bueno, pero no sé... —Tess se encogió de hombros y dejó que su amigo entrara en casa.

Este se quitó el sudor de la frente y después se frotó las manos a la espera de poder ver a su mejor amiga y ver si podía echar una mano. En realidad, no tenía muy claro que las chicas necesitaran su ayuda, pero estar allí le dio cierta tranquilidad.

—Por cierto, Kala se ha vuelto a cargar su rascador y prometo que no la he picado para que

lo haga.

Antes de que Tess pudiera decirle nada, levantó las manos y se mostró lo más inocente posible. Algo que su amiga no se creyó, por supuesto.

—Ya hablaremos de eso, ahora quiero decirte algo. —Esta lo cogió del brazo y le llevó al extremo del salón para evitar que Jacqueline pudiera escucharlos—. Creo que tenemos que estar más pendientes de lo que ella quiera, no la veo bien.

—Tess, acaba de perder a su mujer, no esperes que esté dando saltos de alegría. —El tono irónico en la voz de Julian provocó que ella pusiera los ojos en blanco y estuviera a punto de darle un manotazo—. ¿¡Qué!? —añadió susurrando.

—No es eso, imbécil. Esta noche he estado leyendo las fases del duelo, dicen que muchas veces la persona mezcla esas etapas y que pueden hacerse los duros para evitar afrontar la realidad. Jackie ha estado llorando tres días seguidos y, de repente, parece que sea la *maître* fría del Emerald. —Tess se mordió el labio inferior, dejó un mechón de pelo tras su oreja e intentó explicárselo lo mejor posible—. ¿Crees que deberíamos pedir ayuda?

—Ya sabes lo terca que es, nunca le pide nada a nadie, hasta ha discutido un montón de veces con su padre por cosas así. Yo creo que...

—¿Qué estáis susurrando? —Jacqueline cortó la conversación apareciendo por el pasillo con una bolsa en cada mano y la curiosidad reflejada en su expresión.

—Nada, cosas de George, pero si te lo digo te darán ganas de asesinarle —mintió Julian, tanteando la situación haciendo que ella le creyera.

—Sabes que no puede vivir sin su equipo al completo, pero me ha dicho que si vuelvo pueden demandarle, así que estoy obligada a no hacer nada.

La protesta por parte de Jacqueline provocó que Tess levantara las cejas, queriendo que Julian fuera consciente de que tenía razón en lo que le había comentado, y él no era nadie para negárselo.

—¿Ya lo tienes todo? —preguntó a Jacqueline—. ¿Quieres que te ayude a recoger las cosas de...?

—No, déjalo como está —soltó ella con tono de enfado—. Ya veré qué hago en un tiempo, no quiero que nadie toque sus cosas.

—Tranquila, no quería... —Tess puso una mano sobre el brazo de Julian y le hizo quedarse en silencio.

La situación se puso tensa por momentos hasta que su amiga terminó de echar un vistazo a su alrededor y se giró para encarar la mirada de los dos.

—No veo por qué tenemos que entretenernos más. Será mejor que nos vayamos.

Julian le dedicó una mirada a Tess y después observaron cómo Jacqueline volvía a su dormitorio para terminar de vestirse mientras ellos llegaban a la misma conclusión: lo que había pasado, les iba a cambiar para siempre.



6

AQUELLOS DÍAS QUE VIVIMOS

DOS MESES Y MEDIO DESPUÉS

Tenía mil y un motivos para salir corriendo, o algo más fácil: esconderse bajo las sábanas. Noviembre ya había asomado por Nueva York y el frío era cada vez más notable, tanto, que sintió sus pies y manos congelados, aunque nunca llegarían a estarlo tanto como su corazón. Cada vez que Jacqueline abría los ojos sentía un horrible pinchazo en el pecho, como si algo siguiera rompiéndose en su interior, y no había forma de detener ese huracán que traía consigo un irrefrenable dolor y una sensación de vacío. Habían pasado semanas, pero todavía tenía metida en la cabeza la conversación telefónica que tuvo con la enfermera, y no pudo evitar soñar con decenas de diferentes escenarios en los que cambiaba una y otra vez el final, como si tuviera el poder de evitar que Susan muriera.

La verdad era que desde que se instaló en casa de Tess intentó hacer vida normal por todos los medios, como si pudiera lograr que la realidad desapareciera de un chasquido. Un simple mecanismo que adoptó cada vez que necesitaba pulsar el botón para alejarse del dolor. Durante días se dedicó a limpiar y ordenar lo que había en el apartamento a pesar de que estaba todo impoluto. Salir por ahí no le pareció una opción, a pesar de que su amiga insistió muchas veces con que debía airearse un poco, así que también pasó largas horas a solas con Kala, mientras ella se acurrucaba sobre su regazo viendo películas en la televisión.

Una lágrima solitaria cayó por la sien de Jacqueline, fundiéndose con la almohada mientras dormía, llevándola a un sueño en el que sus pies caminaban por los adoquines de un paseo donde sintió por primera vez cómo el amor se instalaba en ella con fuerza.

—Te lo advertí, dos mundos unidos. ¿Quién dijo que Manhattan y Brooklyn no podían estar juntas? —La voz de Susan sonó dulce, con un siseo que simuló el canto de un bonito pájaro.

Aquel día habían salido del metro en Clark Street para ir hacia el paseo de Brooklyn, Heighs Promenade, una zona donde las casas bajas eran protagonistas y desde donde también se podían ver unas vistas espectaculares de Manhattan. Jacqueline se quedó con la boca abierta y no por el hecho de visitar ese lugar por primera vez, sino porque al lado de Susan todo parecía verse diferente y lo confirmó en cuando giró la cara y pudo ver un brillo especial en sus ojos con el que le preguntó:

—¿Te gusta?

—El otoño sienta muy bien a este lugar —dijo Jacqueline, levantando un poco la cabeza y cerrando los ojos para disfrutar de los aromas y la brisa que recorría el lugar.

A cada lado del paseo, los árboles frondosos tenían una mezcla de colores digna de fotografiar y Susan no perdió la oportunidad de hacerlo, sobre todo si la mujer que tenía al lado era también protagonista de esos recuerdos.

—¿Cuánto hace que no vienes por aquí? —preguntó con la cámara en la mano.

—Más de lo que me habría gustado, pero la verdad es que no tenía muchos motivos para volver que digamos, hasta ahora.

—Pues en Navidades venir por aquí es visita obligada, ni te imaginas cómo se ve todo nevado, me quedaría a la intemperie sin pensármelo dos veces con tal de ver los cambios de color. —Susan sonrió al imaginárselo, pero más al darse cuenta de que Jacqueline la miraba con una expresión de ganas y curiosidad que no pudo ocultar.

—¿Piensas hacer algo especial conmigo? —quiso saber mientras se acercaba a ella.

Puso las manos sobre su abrigo y, sin apartar la mirada de sus ojos, las deslizó hasta poder tocarle las mejillas y sentir el contraste frío en su piel. Jacqueline no le dio opción a responder porque experimentó unas ganas locas de besarla. Sentirla así por primera vez hizo que le cosquilleara el estómago y la sensación se movió por todo su cuerpo, poniéndole los pelos de punta y dejándola con el corazón acelerado.

En sus treinta y ocho años, jamás había experimentado algo así al besar a alguien; y cuando se separó y su reflejo cayó en la mirada de Susan, supo que se estaba enamorando locamente de esa mujer. Ni siquiera le importó que apenas llevaran un par de semanas conociéndose. Ella le correspondió con una caricia en su labio inferior, dejando ahí el pulgar durante un rato hasta que el índice marcó el puente de su nariz, en un acto que le pareció lo más romántico del mundo.

—¿Te he dicho ya que eres preciosa? —susurró sobre su boca, dejando la cámara caer a un lado, deseando detener el tiempo y que las hojas anaranjadas de los árboles no cayeran más para convertir ese momento en algo eterno.

—No has respondido a mi anterior pregunta —aclaró Jacqueline con picardía antes de perderse por completo en los labios de Susan.

El calor se instaló por todo su cuerpo, escaló tan lentamente por su piel que sintió que de un momento a otro podía derretirse con solo estar ante su presencia, y ella no tardó en darse cuenta. Lo que hizo querer torturarla un poquito, separándose de su cuerpo de golpe para coger la cámara y dedicarle un guiño que hizo a Jacqueline sentirse plena, antes de ser atrapada en una fotografía donde se veían colores de felicidad y que se convirtió en su favorita tras tenerla entre sus manos.

El regalo de Susan apareció frente a ella, en su apartamento de Chelsea, justo cuando abrió los ojos y se dio cuenta de que había vuelto a una realidad injusta y vacía, donde su pecho ardía por la tristeza y no debido al amor.

Jacqueline arrugó los dedos contra las sábanas durante un rato, en silencio, notando cómo apenas podía moverse. Era como si su cuerpo se hubiera paralizado por completo y por más que quiso despertarlo, el infierno se instaló ahí durante unos segundos. Las 3:33 de nuevo, quizá la hora donde en alguna noche en concreto su mujer se despertó para besar sus labios y decirle un «Te quiero» que tenía grabado en cada centímetro de su piel.

—Vuelve, por favor... —susurró notando el temblor de sus labios.

Cuando miró al techo, sintió que Susan la miraba de nuevo con esos preciosos ojos negros que podían fundirse perfectamente con la noche, pero no fue capaz de escuchar su voz y, por un segundo, estuvo tentada a coger el teléfono y reproducir cada uno de los mensajes que tenía de ella, recordando uno en concreto.

«Ha empezado a nevar, aunque salgas del trabajo tarde, Brooklyn es visita obligada».

Al final, siempre lo era.

Como el deber de seguir con la vida, de levantarse de la cama y dejar el calor de las sábanas para fundirse con la oscuridad del pasillo de una casa que conocía bastante bien y que la llevó a la puerta entreabierta del dormitorio de Tess.

Jacqueline puso la mano derecha sobre la madera y la dejó descansar ahí un rato. Por un segundo se sintió tan perdida que estuvo a punto de girar sobre sus pasos, pero entonces escuchó un sonidito y no tardó en sentir la caricia de Kala en su pierna derecha. Después se le restregó en la otra, mirándola con sus intensos ojos de color pardo, atrayendo una sonrisa que la hizo sentir muy querida.

La gata pidió ser abrazada y Jacqueline no tardó en cumplir con ese deseo cuando la cogió y hundió los dedos en su pelaje corto y gris.

—Eres una gatita maravillosa, ¿lo sabías? —susurró, intentando no despertar a Tess.

Algo que parecía imposible.

—¿No puedes dormir? —quiso saber esta desde el interior de su dormitorio.

La gata maulló y casi obligó a Jacqueline a entrar en la habitación, algo que no tardó en hacer para cumplir con los deseos de Kala. Sus pies descalzos se fundieron con la alfombra que su amiga tenía frente a la cama y, cuando estuvo cerca de ella, la miró con un profundo arrepentimiento.

—Siento haberte despertado —se disculpó—, no pretendía hacerlo.

—Puedes venir a dormir aquí si lo necesitas —propuso sin ser consciente del terreno en el que se estaba metiendo. Pero es que al ver la duda en los ojos de Jacqueline supo de inmediato que era justo lo que necesitaba. Se había acostumbrado a descansar en profundidad cuando estaba a su lado—. ¿Otra vez a la misma hora? —se interesó, recibiendo la afirmación por parte de Jacqueline.

—Ya no sé qué hacer... —confesó mordiéndose el labio inferior. Después se sentó en la cama y siguió acariciando a la gata mientras esta ronroneaba—. Mi padre me ha aconsejado que visite a mi doctor, pero no quiero medicación.

—A lo mejor te ayudaría un poco, al menos para que descanses hasta que todo vaya mejorando, no siempre es malo hacerlo.

—Nada va a mejorar —se lamentó Jacqueline, consciente de lo que le decía el corazón.

Por las noches seguía siendo esa mujer que lo había perdido todo, pero Tess sabía que por las mañanas la cosa solía cambiar, como si su amiga se convirtiera en otra persona. Y todavía no había conseguido encontrar la explicación al por qué.

—Sé que ahora no me vas a creer, pero confío en que sí pasará, y que tú volverás a ser la mujer que... —«Tanto he querido», pensó para sí misma— tanto admiro —concluyó.

Jacqueline apartó la mirada de Kala y se cruzó con los ojos de Tess, oscurecidos por la noche, en una ilusión con la que le pareció ver el mismo color negro del que tanto se enamoró una vez en otra mujer. Conocer la felicidad tan profundamente tiene consecuencias fatales en el instante en que el destino decide jugar sus cartas y arrebatártelo todo y, en ese momento, sintió de corazón que nunca volvería a ser la de antes.



7

VOLVER A LA RUTINA

El bullicio en el Emerald era tal que Tess tuvo que masajearse las sienes para evitar que el dolor de cabeza se le profundizase más. Al otro lado de la sala, Julian estaba ocupado haciendo unos cócteles que los clientes bebían encantados, agradeciéndole la mano que tenía para la bebida; y la verdad es que nadie podía negarlo. El ambiente era cálido y, con el último mes del año a la vuelta de la esquina, parecía que cada noche aumentaban las reservas y también las comandas que salían de la cocina con rapidez.

La noche caía sobre los ventanales de la quincuagésima planta del edificio ubicado en el 171 de Ludlow Street, con una magia que provocaba el deseo de quedarte ahí mirando hacia el cielo y también viendo el movimiento de la ciudad en un descenso espectacular. Y ella se tomó el atrevimiento de disfrutar de la espectacular visión de las estrellas durante unos segundos, al menos hasta que escuchó una voz a su espalda y su cuerpo entró en piloto automático.

—El pedido de la mesa diecisiete: humus, ensalada César y tartar de atún.

Tess cogió la bandeja con la mano derecha y caminó por un espacio abierto donde la elegancia se veía hasta en la calidad de los manteles y servilletas. La decoración de las paredes contenía elementos florales que daban un color espectacular al restaurante, simulando en muchas ocasiones el color de su propio nombre, y todo el que lo visitaba concordaba en que era toda una experiencia, más cuando probabas el cóctel especial *Bruma de lavanda*. Pero esa noche, volvía a faltar un elemento importante para que el ambiente fuera perfecto y no era otra cosa que la mirada de Jacqueline puesta en todas partes mientras permanecía en las sombras con tal de que todo saliera perfecto.

—Que disfruten mucho de su cena —comentó Tess a dos comensales sin perder la sonrisa en ningún momento, hasta que levantó la mirada y quiso buscar el perfil de la que era su superior en la lejanía.

Con las mismas, dejó ir un suspiro y cuando Julian llamó su atención, caminó hasta la

barra para dejar la bandeja y llevarse las manos a la cabeza, procurando que nadie en el restaurante notara su cansancio, o más bien la preocupación que no se despegaba de ella.

—¿Pensando en Jacqueline? —preguntó su amigo en voz baja, con tal de que algunos clientes que había sentados en los taburetes no los escuchasen.

—No empieces a darme la vara, sabes que no puedo evitarlo. Tendría que haber insistido a George para que me ayudara con los días libres.

—Ya haces más que suficiente, has acogido en tu casa a la mujer de la que llevas cinco años enamorada y que se ha quedado recientemente viuda. —Tess estuvo a punto de lanzar un grito al escucharlo decir semejante burrada, pero el lugar donde se encontraba hizo que pudiera contenerse. Eso sí, no se libró de que lo fulminara con la mirada—. Mira, los dos sabemos lo difícil que va a ser para ella superar esto, pero no podemos encargarnos de todo, ni mucho menos dejar de trabajar.

Por más que quisiera rebatir sus palabras, sabía que él tenía razón, pero eso no evitó sus ganas de lanzar otro suspiro.

—Me preocupa que estar sola le afecte. Esta mañana le he pedido a su padre que se pase por casa para echarle un vistazo, las noches son especialmente duras. —Al girarse y ver a su amigo abrir la boca, levantó las manos—. Y ya sé lo que me vas a decir, así que te lo puedes ahorrar, no voy a estar pendiente del teléfono. Hay mucho trabajo, ¿no te parece que hay como el doble de reservas que hace un mes?

—Creo que nunca me habían dolido tanto las manos de preparar cócteles —protestó Julian medio en broma. Todo el mundo sabía que adoraba su trabajo—, pero lo estamos haciendo bien incluso con la ausencia de Jackie como *maître*, así que tenemos que darnos ese punto a favor; aunque no me gusta que George haya tomado su papel, hay gente más preparada.

—Será mejor que no te oiga o te joderá algún plan en tu día libre. —Tess le dedicó un guiño mientras bajaba la voz y después se hizo con la bandeja que él le había preparado con todas las bebidas para ir hacia la terraza del local—. Además, sabemos que, de buenas, es un tío legal.

—Pues podría serlo todo el rato. —Volvió a quejarse.

Tess se despidió de él lanzándole un beso y enseguida volvió al trabajo, caminando a lo largo del restaurante hasta llegar a la zona de la terraza, donde las vistas de Lower East Side eran dignas de fotografiarlas una y mil veces.

Mientras servía mantuvo la sonrisa en los labios, hasta que el recuerdo de Jacqueline recibiendo la llamada del hospital se le presentó en la cabeza, provocando que estuviera a punto

de tirar uno de los cócteles a un cliente. No sabía por qué era una imagen que no podía quitarse de la cabeza.

—Dios mío, perdone, dígame que no le he salpicado el traje —se disculpó enseguida cogiendo la servilleta que solía llevar en la cintura, dispuesta a limpiar una mancha que no existía.

—Tranquila, ha sido un pequeño tropezón, no ha ido a más —aclaró el cliente, un hombre de mediana edad que era habitual en el Emerald—. ¿Tú estás bien? Pareces bastante cansada.

A Tess le sorprendió que le hiciera esa pregunta, pero más que fuera capaz de detectar que no se encontraba del todo en su esencia. Nerviosa, se llevó un mechón tras la oreja y buscó las palabras correctas para no soltar un «solo estoy triste por la mujer a la que quiero porque ha perdido al amor de su vida, y está claro que jamás va a pensar en mí». La maldad en ese último pensamiento fue tal que enseguida quiso que la tragara la tierra, y eso se dejó ver al instante en el calor de sus mejillas.

—Solo está siendo una noche con mucho trabajo —comentó en parte con toda la razón, intentando que la excusa no sonara peor de lo que creyó escucharse.

—Tómese un respiro cuando pueda, por aquí está todo bien.

En cuanto el cliente se lo dijo, Tess asintió y giró sobre sus pasos para recorrer toda la sala ante la atenta mirada de Julian y una de sus compañeras, a la que le pidió ocuparse de su puesto durante un par de minutos con la excusa de que tenía que ir al baño. En silencio, se llevó las manos al pecho y después desabrochó el chaleco que llevaba puesto para abrirse también el cuello de la camisa. Sus emociones empezaron a ovillarse de tal forma que el dolor de cabeza se hizo mucho más presente en cuestión de segundos, dejándola con una jaqueca que seguramente la iba a acompañar durante el resto de la noche. El pequeño pasillo que iba desde el comedor hacia la entrada del servicio de la cocina, le vino de maravilla como escondite, para apoyar la cabeza en la pared e intentar recuperar su respiración.

—Theresa, ¿estás bien? —La voz llegó repentinamente, provocándole un sobresalto que no pudo disimular y cuando vio a su jefe estuvo a punto de salir corriendo.

—Tengo dolor de cabeza, estaba tomándome un respiro —comentó tratando de esbozar una sonrisa.

George, cuyo pelo bien peinado era su más clara característica, se acercó a ella y le ofreció entrar en la cocina, pero Tess no tardó en negarse.

—Necesitas hidratarte, se te están poniendo las mejillas rojas y eso quiere decir que no te has tomado ni cinco minutos de descanso, créeme, puedo detectarlo. ¿Te has saltado la hora para

llevarte un *snack* a la boca? —El hombre insistió levantando una de sus cejas rubias, dejando ver una preocupación que era poco habitual en él.

—Ya has visto cómo está la sala, no quería que nada se saliera de control.

—Jacqueline es una mala influencia para ti —dijo George cruzándose de brazos, en un intento por sonar divertido—. Sé que eres una gran profesional, pero si te pones enferma en mitad de un servicio me complicarás mucho más la vida que si no hubieras venido por aquí. ¿Entiendes?

—No pretendía que pasara eso... —se disculpó.

Otra vez, él dejó a relucir su habilidad para regañar a su personal mientras mostraba verdadera preocupación. Sin mediar palabra, le mostró el dedo índice y le pidió esperar unos segundos mientras se perdía en la cocina, para acabar por volver con un vaso de agua y un analgésico.

—Tómate esto, pero está prohibido hacerlo con el estómago vacío, así que come algo y vuelve ahí fuera para convertirte otra noche más en la mejor camarera del Emerald.

George puso en su mano la pastilla y le ofreció el vaso del agua perfilando una sonrisa que pocos tenían la suerte de ver. Su apariencia de estirado siempre había sido digna de comentar entre los compañeros, pero, de vez en cuando, ese hombre tenía cierta simpatía que Tess agradeció con una afirmación. Dos segundos después estaba a solas en el mismo lugar, preguntándose qué coño estaba haciendo, además de torturarse tal y como le había advertido Julian días atrás. La falta de Jacqueline hacía que viviera el trabajo de forma diferente, no tenerla ahí le quitaba luz a todo, pero esa no era la razón de más peso para justificar su estado. Al tragar el agua, cerró los ojos y pensó en los últimos días, en la cantidad de veces que dejó que ella se durmiera entre sus brazos, en su mirada cuando se colaba a hurtadillas en su dormitorio pidiendo un poco de consuelo.

Ahí estaba el asunto, le daba consuelo, pero ya está; sin embargo, la parte egoísta de su corazón quería resaltarle y dejarle claro que, por más que lo deseara, jamás iba a tener la oportunidad de ser algo más para ella.

Tess llevó el vaso a la cocina y volvió a arreglarse el uniforme, pasando sus manos por las pocas arrugas que se le habían hecho en el chaleco. Después fue a buscar otra servilleta de tela y se la colocó en el antebrazo antes de ir a por los platos de la comanda que ya esperaban en la zona de pase para ser servidos. Al coger la bandeja, pensó en cuánto le gustaba su trabajo y eso le dio fuerzas para centrarse durante el resto del servicio, siendo consciente de que tenía que dar un paso adelante en el ámbito personal. O, al final, acabaría volviéndose loca.



8 AUSENCIA

Jacqueline volvió a mirar el reloj entre preocupada y desesperada mientras Kala mantenía los ojos clavados en ella. La gata estaba sentada a un par de metros, observándola cómo golpeteaba la mesa de centro sin parar, como si la noche siguiera alargando los minutos para no darle consuelo. Tres mensajes atrás, Julian le había contestado que el servicio había ido bastante bien pero que, como siempre, también la echaban mucho de menos y después, no hubo más que silencio.

—Debe de estar al llegar, ¿no? —Kala ladeó la cabeza y al segundo decidió que era mejor idea buscarse un rincón para dormir ignorándola por completo—. Vale, pues vete tú también —soltó sin más.

La luz de las farolas se filtraba por los pequeños ventanales de una casa que estaba diseñada con ladrillos en su interior y fachadas que eran dignas del barrio de Brooklyn. Pensar en ello le dio una punzada en el corazón y enseguida lo desechó para no sufrir las consecuencias de recordar lo que había perdido. Se levantó del sofá y fue directa a la cocina amueblada en blanco y negro, decidida a prepararse un vaso caliente de leche que le asentara el estómago y le ayudara a conciliar el sueño. Seguro que Tess se había quedado un rato más con Julian, o quizá lo habría acompañado a casa, así que tenía que empezar a aprender a dormir sola sin la necesidad de tener un bálsamo a su lado.

Sin darse cuenta, había empezado a utilizar a su mejor amiga como apoyo para las noches de insomnio como si, por un momento, Susan fuese a presentarse para agarrarla por la cintura y quedarse durmiendo a su lado. Y por esa misma razón estaba deambulando por su casa, como un fantasma sin rumbo, a la espera de que esa paz llegara más pronto que tarde.

Kala salió corriendo de su escondrijo en cuanto escuchó las llaves al otro lado de la puerta, justo cuando Jacqueline metía la taza en el microondas, y sus dedos empezaron a temblar de inmediato.

—Dios, deja de hacer eso, bichito, un día me vas a matar del susto —protestó Tess en voz baja, intentando que su queja no recorriera los pasillos de su hogar. La gata maulló y le dio la bienvenida antes de que pudiera quitarse el abrigo y eso le sacó una sonrisa—. ¿No has hecho compañía a Jackie? —comentó cogiéndola en brazos para acariciar su pelaje.

—En realidad he sido yo quien la ha despertado. —Jacqueline apareció a su derecha y Tess estuvo a punto de lanzar a Kala del susto.

—Joder, me va a dar un infarto por vuestra culpa. —Levantó la voz y dejó ver que el corazón se le había puesto a mil por culpa de las dos, aunque su amiga pareció divertirse—. Ah, muy bien, búrlate.

—No me burlo, pero tampoco es que hayamos hecho nada malo, peor hubiera sido que me pillaras a oscuras en el salón, ¿a que sí, Kala? —Le dedicó un guiño y volvió a la cocina dándole la espalda a Tess—. Estaba preparándome un poco de leche con miel, ¿te apetece una taza?

—Me encantaría, estoy reventada, hoy ha sido una locura —protestó ella, después dejó a la gata en el suelo y se quitó el abrigo para dejarlo junto con el bolso y su bufanda en el respaldo del sofá.

Mientras volvía hacia la cocina se descalzó por el camino y Jacqueline no pudo evitar levantar una ceja al ver el desorden que había organizado en cuestión de segundos; pero, de inmediato, se recordó que no estaba en su casa y que debía aguantar esos pequeños momentos de caos que Tess tenía de vez en cuando.

—Julian también me ha dicho lo mismo, pero que en general había ido bien. ¿Qué ha pasado?

—Ya sabes qué noche era hoy, ¿no? —En cuanto Tess se lo dijo, recordó que estaban en la madrugada del sábado al domingo y Jacqueline abrió la boca de inmediato—. Pues eso, el señor Marshall ha venido a cenar con sus estúpidos compañeros de trabajo y han estado a punto de sacar de quicio a George. Han devuelto dos platos con quejas tontas solo por llamar la atención. —Detuvo su discurso para bufar un momento y al sentarse en la silla que había pegada a la pared continuó—: A él sí que le tendría que haber tirado un cóctel encima.

—Espera, ¿se lo has echado a alguien? —Sorprendida, Jacqueline dejó lo que estaba haciendo y se giró para encarar la mirada de su mejor amiga.

Tess se arrepintió y estuvo a punto de balbucear palabras sin sentido ante la atenta mirada de ella, expectante por lo que le iba a contar. Confesarle que había estado distraída por no tenerla por allí estaba totalmente descartado, así que optó por lo más sencillo: decir la verdad.

—He tenido dolor de cabeza, supongo que todavía no me acostumbro a la época tan rápido

como me gustaría, pero no ha habido ningún incidente más.

—Quitando que cuando no estoy las cosas se convierten en un pequeño desastre —comentó Jacqueline—, y no me lo vayas a negar porque las dos sabemos que tengo razón. George no está hecho para dirigir la sala, lo suyo es la contabilidad.

—Si te dijera que no lo está haciendo tan mal, ¿te enfadarías? —Tess la vio fruncir el ceño y prefirió no añadir más leña al asunto—. El caso es que entre todos estamos sacando los servicios bastante bien, así que no tienes por qué preocuparte, se supone que deberías de estar descansando un poco.

—Lo mío no es alejarme del trabajo y lo sabes, hasta Susan me echaba la bronca porque muchas veces acababa enfermado y, aun así, tampoco lo dejaba. —Al hablar de ella, sintió cierta pesadez en su pecho, por lo que prefirió centrarse en coger otra taza para echar dos cucharadas generosas de miel y llenarla de leche antes de ponerla a calentar. Jacqueline intentó por todos los medios que sus pensamientos se centrasen en el presente, pero, al final, no pudo evitar soltar el malestar que sentía por la boca—. Tengo un mensaje de ella que no he sido capaz de escuchar todavía... —dijo, y se giró para mirarla—. Me da miedo encontrarme con algo que me destroce todavía más.

—Creo que es normal. —Tess se mordió las mejillas sin saber muy bien qué le podía decir. Con las mismas, se soltó el pelo y lo peinó con los dedos, descansando de la presión que la coleta le había estado haciendo toda la noche—. Si quieres... podríamos escucharlo juntas —propuso, arrepintiéndose enseguida—. Aunque, en realidad, es demasiado personal, no me hagas caso.

—Seguro que solo quería decirme alguna tontería. —Se encogió de hombros y, a la espera de que la otra se calentara, cogió su taza entre las manos—. Pero lo cierto es que no creo que pueda escucharlo sola, y siento que es por lo que no paro de despertarme también; además de que no estoy acostumbrada a dormir sola. Llegase tarde o temprano, ella siempre estaba ahí, ¿sabes?

Las palabras se le clavaron a Tess en el corazón y no tardó en sentir ese vacío que era capaz de envenenar todo a su paso. Casi sin ser consciente quiso imaginar cómo sería pasar una noche a su lado, siendo ese apoyo incondicional que solo te entrega el amor y no una simple... amistad.

—No puedo decir que lo entienda —confesó sin más—. Ya sabes que no he tenido la misma suerte que tú en el amor, lo mío son las citas de tres cenas y punto.

Jacqueline observó la tristeza en los ojos de su amiga. Verla así hizo que ignorara al microondas cuando pitó para ir a abrazarla.

—Ya sabes que en algún momento encontrarás a esa persona que llene cada espacio que hay aquí. —Sin saber los sentimientos que despertaba, puso una mano sobre el pecho de ella e

intentó sonreír—. Eres un ser excepcional, Theresa Winters, que nadie te haga sentir lo contrario.

No supo bien con qué responder, así que rompió el encanto de ese momento con un abrazo y fue a por su taza para darle un sorbo e intentar poner sus sentidos en orden. Cada vez que miraba a Jacqueline confirmaba una y otra vez que ella era esa mujer, y que estuviera enamorada desde hacía cinco años daba razón a la teoría. Sin embargo, prefirió ocultar sus sentimientos tras la taza y dedicarse a saborear la leche con calma.

—Creo que sí voy a hacerlo. —Cuando Tess la miró sin entender muy bien a qué se refería, suspiró—. Escuchar ese mensaje contigo, no quiero retrasarlo más, solo me está haciendo más daño.

—Entonces, hagámoslo ahora. Nos bebemos esto y vamos. Mañana no tengo que madrugar, así que podemos ir a dormir más tarde.

Jacqueline apretó los dedos alrededor de su taza y el cuerpo le empezó a temblar con una mezcla de nervios e incertidumbre. Sin pensárselo más, caminó hacia el salón y la dejó en la mesa de centro antes de ir a buscar su teléfono. Desbloqueó la pantalla y se quedó mirando la fotografía que tenía de ella y Susan como fondo de pantalla. Las dudas aparecieron de inmediato, pero al abrir los mensajes de WhatsApp sintió unas repentinas ganas que pronto la iban a llevar a un abismo mucho peor.



LAS MENTIRAS QUE CONTAMOS

Las dos se quedaron en completo silencio durante un buen rato, sin saber qué decir o hacer. Tess tenía agarrada la taza entre las manos con fuerza, como si de un momento a otro se le fuera a caer, y Jacqueline seguía petrificada en el sitio, mirando la pantalla del teléfono sin creer lo que acababa de escuchar.

«Tiene que ser una broma», pensó casi sin fuerza, estaba tan estupefacta que el corazón le dio un vuelco.

—¿Qué...? —La voz se le quedó atascada en la garganta y, como si creyera estar en un maldito sueño, volvió a reproducir el mensaje.

«Lo siento mucho, Jacqueline, pero ya no puedo más. Me voy unos días para estar con mis padres, cuando vuelva, tendrás el divorcio sobre la mesa».

La palabra «divorcio» resonó con tanta fuerza en su cabeza que lo sintió como si alguien le estuviera golpeando una y otra vez. No, no era posible, esas no podían ser las últimas palabras que Susan le había dedicado, no después de tantos años en el que su amor...

—Pensé que las cosas entre vosotras estaban bien. —Se atrevió a decir Tess, dejando por fin la taza en la mesa e intentando poner sus pensamientos en orden—. ¿Jackie?

—Yo... —Se le quedó mirando, las manos no paraban de temblarle y estuvo a punto de soltar el teléfono, notándolo como una piedra de fuego a punto de quemarla—. No, no fui del todo sincera contigo y con Julian la última vez. —Tess se quedó sorprendida, tanto, que no fue capaz de reaccionar más que abriendo la boca—. Llevábamos unos meses con problemas, Susan quería que cambiara mis horarios, decía que ya era hora de que pudiéramos disfrutar de nosotras, teniendo en cuenta que me había entregado los últimos años para que yo escalara profesionalmente. Como si yo no hubiera cedido nada en nuestra relación, irónico, ¿verdad?

—Pero, ¿cuándo...? —Por más que lo intentara, Tess no conseguía que las palabras

salieran con claridad a través de sus labios, así que se silenció unos segundos para poder hacerlo de verdad—. ¿Cuando comimos en vuestra casa ya estaba pensando en ello? —Nunca una pregunta le había resultado tan difícil de hacer.

Esperó en silencio creyendo que Jacqueline le iba a decir que no, pero esta afirmó con la cabeza y después se giró para poder mirarla a los ojos.

—Se supone que lo habíamos solucionado. Al marcharos tuvimos una pelea, después todo pareció ir bien, ¿te acuerdas cuando pedí los dos días libres? —Tess asintió y eso le hizo suspirar—. Sentí que estábamos viviendo una segunda luna de miel; paseamos por Brooklyn, fuimos a comer juntas, incluso volvimos a esa costumbre suya de conocer un restaurante nuevo cada fin de semana. Pero ya sabes lo exigente que es nuestro trabajo...

Su mejor amiga quiso decirle que en realidad lo era ella, pero prefirió no hablar con tal de no dañarla.

—Me da mucha pena —afirmó Tess, llevando un mechón de pelo tras su oreja derecha, tratando por todos los medios sonar comprensiva, pero lo que vio en la expresión de Jacqueline no le gustó en absoluto—. ¿Estás bien? —preguntó, llevando una de sus manos a al brazo de ella.

—No me puedo creer que muriera odiándome.

—Venga, no creo que te odiara, eso es decir demasiado —corrigió su amiga y la abrazó al instante porque sabía que era lo que iba a pasar a continuación.

—Me odiaba —susurró Jacqueline entre sus brazos, dejando que el llanto saliera sin más—. Y lo peor de todo es que sus padres creían que yo era el amor de su vida, perfecta para ella, qué gran mentira. ¡Joder! —El grito le sorprendió también a sí misma, y, en cuanto pudo, se separó de Tess para limpiarse las lágrimas y coger el teléfono—. Yo aún la quería, pensé que podríamos solucionar las cosas, siempre he creído que lo nuestro iba bien, pero...

—No podrías haber cambiado nada. —Aunque quiso creer a su amiga, volvió a negar consciente de cómo habían terminado las cosas—. Escúchame, te lo estoy diciendo de verdad.

Tess llevó las manos a la cara de Jacqueline y la obligó a mirarla, sin darse cuenta de lo cerca que estaban la una de la otra. El corazón le dio un vuelco y sintió que se le cortaba la respiración, hasta el punto de que no fue capaz de decir nada porque se había quedado clavada en el sitio, fundida en la mirada de ella mientras veía las lágrimas a punto de abandonar sus ojos. Con cuidado, limpió una de ellas e hizo acopio de fuerzas para no cometer la locura que se le había pasado por la cabeza, porque eso sería traicionar a una mujer que acababa de recibir un nuevo mazazo por parte de la vida.

—¿Tú crees? —La voz de Jacqueline sonó tan débil que cualquiera podía creer que no

tenía ni fuerzas para respirar.

Algo muy cercano a la realidad.

—Ella tomó la decisión de dejar vuestra casa esa noche, lo que pasó después fue una maldita casualidad que nadie podría haber evitado por más que tú lo quisieras. Jackie, no tienes la culpa de que Susan muriera. —Tess intentó sonreír, pero la verdad es que no pudo; así que lo mejor que se le ocurrió hacer fue volver a limpiar las lágrimas de su amiga y darle todo su apoyo con un abrazo que liberó parte de los nervios que ella también estaba sintiendo.

Notó su respiración en el cuello tan cálida que, por un segundo, temió que los pelos se le pusieran de punta. Estar ahí con ella se convertía en una tortura que apenas podía frenar y la advertencia de Julian resonó con fuerza en su cabeza. Había cometido el error de no hacerle caso, y ahora estaba pagando las consecuencias.

—Eres la mejor amiga que alguien pudiera tener —dijo Jacqueline, y aunque al separarse le mostró una sonrisa, sintió cómo el corazón se le partía por dentro—. No sé qué habría hecho sin ti todos estos días.

—Tienes a mucha gente que te quiere. —Tess dejó ir esa afirmación con un ligero temblor en los labios, pero sin apartar la mirada de ella en ningún momento.

Por supuesto, Jacqueline la creyó, pero no fue capaz de ver el trasfondo que tenían esas palabras, ni mucho menos los verdaderos sentimientos que transmitía a través de sus ojos. Sin añadir más, volvió a sus brazos y dejó la cabeza apoyada en el pecho de Tess, nutriéndose de ese cariño y de unas palabras que, aunque se guardara en la cabeza, todavía no podía creer de verdad.

...

«¿Cómo llegamos a ese punto?», se repitió en silencio más de una vez.

Habían pasado tres horas más y por mucho que lo intentó, Jacqueline no consiguió conciliar el sueño. Cada vez que cerraba los ojos, se imaginaba a Susan diciéndole las mismas palabras que escuchó en el mensaje; una realidad que le había golpeado de lleno pero que, en el fondo, admitía que no debía pillarle por sorpresa. Ella quería el divorcio, y cuanto más lo pensaba, más consciente era de que no fue la primera vez que se lo hacía saber. Porque se había encargado de destruir su bonita relación por sí misma, con noches de espera, promesas incumplidas y palabras que perdieron todo significado.

En mitad de esa soledad giró sobre su costado izquierdo y se quedó mirando al lado vacío de la cama, como si pudiera conseguir traer a su mujer de vuelta. Deseó poder pedirle otra oportunidad —sobre todo a la vida— por habérsela llevado de este mundo sin arreglar las cosas,

convencida de lograrlo y de poder reconstruir cada uno de los ladrillos que tiró abajo con el paso del tiempo.

Sin saber cómo, Kala se abrió paso por el dormitorio y llegó hasta ella para acurrucarse en su regazo, permitiéndole que la acariciara mientras esta le daba consuelo. Algo que no podía seguir pidiendo a Tess.

—Ya está haciendo mucho por mí, ni siquiera debería de haber venido aquí. —La gata maulló queriéndole decir que estaba totalmente equivocada, pero nadie podía frenar ya los pensamientos negativos de Jacqueline—. Ojalá encuentre a alguien que la quiera tal y como se merece.

Kala se movió para acomodarse mejor bajo su brazo derecho, haciéndola sentir mejor y dejar ir el malestar que se le había instalado en el estómago.

Faltaba poco para el amanecer, pero la tranquilidad de la gata se metió poco a poco en su cuerpo, hasta que logró cerrar los ojos invadida por el sueño y una sensación de bienestar que la condujo por un pasillo, en mitad de un sueño, donde pudo ver a una persona sonriéndole desde el otro lado. Jacqueline estiró el brazo, tocando el aire vacío con los dedos, caminando cada vez más deprisa para llegar hasta ella, la mujer que después le abrazó y que trasladó a los huecos vacíos de su alma una luz que podía curarlo todo. Intentó abrir los ojos, buscar su mirada, conectar con Susan, pero la oscuridad no se lo permitió, ni tampoco le dejó ver que, en realidad, esa persona era Tess.



LLUVIA DE INVIERNO

Julian apareció por la puerta con un gorro que le tapaba hasta las orejas. La imagen fue tan divertida que sus amigas estuvieron a punto de echarse a reír nada más verle, lo que provocó que este se lo quitara y lo lanzara —con borla y todo— dispuesto a pegarles en la cara. Era martes por la mañana y las temperaturas habían caído en picado para la época en la que se encontraban, aunque todo el mundo sabía que él era muy exagerado. Quitarse la chaqueta le dio un escalofrío por el que también se le quedaron mirando con cara de extrañeza, así que al final decidió entrar al salón y tirarse en el sofá sin más miramientos.

La gata salió disparada a sus brazos en cuanto tuvo oportunidad y clavó sus patitas en su regazo como siempre hacía cuando le había echado mucho de menos.

—Tú sí que sabes demostrar tu cariño, no como estas dos —soltó con desprecio fingido antes de poner morritos para jugar con Kala—. ¿Ya le has contado los planes?

A Tess le hubiera gustado un poco de delicadeza por parte de su amigo, pero esa era otra de las tantas cualidades —más bien defectos— que él solía mostrar.

—¿A qué se refiere? —Jacqueline, que tenía un libro entre las manos, fue la primera que preguntó levantando las cejas al no entender qué estaba pasando.

—Anoche estuvimos pensando que deberíamos ir a dar una vuelta y antes de que digas nada... —Se apresuró a cortarla Tess—. No puedes seguir encerrada aquí más tiempo. Tienes que volver al mundo exterior, ser...

—No me digas que la de antes —protestó Jacqueline, dejando el libro con enfado en el sofá. Estuvo a punto de levantarse, hasta que Julian la cogió de la muñeca, obligándola a quedarse en el sitio—. ¿También vas a empezar tú? Ya estoy hablando con mi psicóloga, no tengo ganas de dar un paso más, o lo que quiera que sea eso.

—Tess tiene razón, y lo sabes, no puedes estar así para siempre. Si en algún momento

quieres volver al Emerald, debes de salir.

—¿Eso qué quiere decir? ¿George os ha dicho que no me va a dejar volver? —El pánico se instaló en su expresión y por un momento se imaginó a Susan triunfante por el hecho de haber conseguido que no volviera a ese restaurante más.

—No ha dicho nada, te lo estoy diciendo yo, como compañero y amigo. Prometo que no vamos a ir muy lejos de aquí y que la visita te va a gustar.

Jacqueline llevó la mirada a Tess, pero esta no le dijo nada, simplemente se dedicó a dejar un mechón tras su oreja y tratar de transmitirle esa tranquilidad que tuvo con ella cada uno de los días desde que se había instalado en su casa. Si lo pensaba bien, le debía un poco de paz y fue mirarla a los ojos lo que le produjo esas ganas.

Cinco minutos después estaba vestida con un pantalón formal negro que combinó con una camisa marrón otoñal a juego con un abrigo del mismo color. El pelo le caía sobre la espalda como solía ser habitual y, aunque se maquilló de forma natural, sus ojos ya se veían tan diferentes que Julian lo celebró con un abrazo y un sonoro beso en su mejilla. Ni siquiera supo por qué tuvo ganas de maquillarse.

—Todavía estoy enfadada contigo —reprochó Jacqueline, aunque él le ignoró por completo.

—Será mejor que nos vayamos, no quiero que la gente se decida a tener los mismos planes que nosotros.

Tess se encogió de hombros cuando su amiga la miró, preguntándose a qué se refería Julian y, sin más, se arregló el jersey metiéndoselo por la cintura de sus vaqueros y completó el *oufit* poniéndose un abrigo que marcaba cada una de sus curvas. Los botines sonaron por todo el apartamento hasta que lo abandonaron para abrirse paso por Little Italy, un pequeño barrio que cada vez era más absorbido por los adyacentes. Las fachadas coloridas le daban ese aspecto vivo que le enamoró desde la primera vez que pisó esas calles, algo que empezó a notar con más fuerza en los diferentes comercios que se repartían por allí.

Los chicos caminaron calle abajo hasta llegar a la entrada del metro en Grand Street, donde la línea D los llevó en un trayecto de cuatro paradas a 9th Street. Jacqueline se pasó los quince minutos de recorrido en silencio, entrelazando sus dedos en el agarre y apoyando la barbilla en las manos, como si no tuviera otra cosa más interesante que hacer. Sus amigos sabían que no era fan de ese transporte, sobre todo en hora punta, pero ver cómo parecía estar lejana a la realidad les partió el corazón. Ni siquiera había intentado ver la ciudad a través del puente de Manhattan y eso dejó a Tess con serias dudas sobre si la deberían de haber sacado de casa a rastras.

Julian le pidió tranquilidad con la mirada y fue él mismo quien agarró el brazo de su amiga

en cuanto llegaron a su destino. Jacqueline siguió con gesto serio hasta que doblaron una esquina y supo de inmediato a dónde se dirigían. La Quinta Avenida se abrió paso ante ellos con sus enormes edificios de fachada gris, pero lo que la hizo sonreír de verdad por primera vez en muchos días fue ver a Paciencia y Fortaleza custodiando la Biblioteca Pública de Nueva York. Los leones de tres metros se podían ver desde lejos, minutos antes de que llegasen a las famosas escaleras que daban paso a un lugar que para ella tenía mucho significado. La cara se le iluminó y Tess sintió tal alivio al ver así a su amiga que no pudo evitar engancharla del brazo para hacerla caminar más rápido.

—Pensamos que te gustaría dar un paseo entre libros —dijo con una enorme sonrisa puesta en los labios.

Conseguir verla feliz, aunque fuera durante un rato, hizo que el pecho le explotara de alegría y, pese a que Julian no era partidario de tal tortura autoimpuesta por Tess, no pudo evitar contagiarse de ese estado. El diseño majestuoso y clásico de la biblioteca con detalles ornamentados se unía a las bellas escalinatas de mármol blanco que proporcionaron un cosquilleo en el estómago de los tres, segundos antes de que entrasen por la puerta principal. Al encontrarse con el Astor Hall abrieron bien los ojos para observar el impresionante espacio de techos altos donde la arquitectura *beaux arts* —estilo clásico académico— clamaba el protagonismo de todas las miradas.

Jacqueline tuvo que detenerse un segundo, dándose tiempo para procesar cada una de las sensaciones que empezaron a revolotear por su cuerpo. Al tomar aire estuvo a punto de derramar un par de lágrimas, pero logró contenerse antes de empezar a caminar, dejando atrás a sus amigos para adentrarse en aquel paraíso de libros donde siempre se había perdido cuando necesitaba escapar de la realidad.

Ellos le siguieron el paso hacia su lugar favorito de toda la biblioteca: la planta tres, que daba cobijo a la sala Rose Main Reading Room extendiéndose a lo largo de setenta y ocho metros, donde los techos altos y abovedados alcanzaban alturas de casi quince metros. Muchos de los visitantes se quedaron maravillados con la sensación de elegancia y grandeza que transmitía ese espacio y la iluminación natural que lo inundaba gracias a las ventanas arqueadas que daban ganas de ver la ciudad con ojos distintos. Algo que Jacqueline no tardó en cumplir cuando se acercó a una de ellas para fundirse con el movimiento de la Quinta Avenida y las nubes que se juntaron sobre el cielo, dispuestas a descargar una lluvia digna de invierno.

Las gotas empezaron a caer y golpear con dureza el suelo, haciendo que la gente empezara a correr de un lado a otro con la intención de encontrar un lugar donde ponerse a cubierto. Podía ser la librería o cualquier portal de los distintos edificios que formaban hileras que se perdían en

el horizonte, pero no se quedó para verlo porque enseguida sintió deseos de algo mejor.

—¿Os apetece que os recomiende algunos clásicos? —preguntó girando sobre sus pasos para dedicar una sonrisa calmada a sus amigos.

Tess fue la primera en asentir y no tardó en ir a buscarla, dándole un abrazo que hizo a Jacqueline suspirar por la emoción. Si volvía a darle las gracias, probablemente le pegaría un regaño, así que se limitó a tener el mismo gesto con Julian y caminar entre las estanterías para buscar algunos de sus libros favoritos y así, llevárselos a casa.

Las largas mesas de lectura echas de roble acogían a un montón de estudiantes y lectores que ya parecían estar metidos en otros mundos donde el dolor del exterior no existía. Y fue el mismo bálsamo que ella sintió en cuanto acarició los lomos de aquellos libros con los dedos. Por un segundo, tuvo ganas de coger el diario donde siempre escribía para plasmar pensamientos y sentimientos tal como le había pedido su psicóloga, a pesar de que todavía no se vio con fuerzas para hacerlo. Y que le entrara el antojo de comerse un montón de aceitunas la hizo sentir miedo, por estar volviendo a ser la mujer que todo el mundo conocía, en un presente donde ya no tenía a Susan.

«Cuando vuelva, tendrás el divorcio sobre la mesa», al recordar aquellas palabras se detuvo y sintió cómo a su alrededor todo se movía.

—Jackie, ¿estás bien? —Tess corrió a su lado y la cogió del brazo al verla más pálida de lo normal—. ¿Quieres sentarte?

Ella negó y devolvió la mirada hacia los libros, dándose cuenta de que esta vez no volvería a casa para dejar uno de los préstamos en la mesita de noche de Susan y, aunque no compartió el pensamiento en voz alta, era evidente por su expresión que estaba pensando en su mujer.

—Creo que ya los tengo —pronunció Jacqueline en voz baja.

—Podríamos ir a tomar un té antes de volver a casa. —Julian se guardó las manos en los bolsillos y echó un vistazo a las calles—. Está lloviendo con gusto, tendríamos que haber traído el paraguas.

—No me importa —declaró ella con indiferencia, llevándose al pecho una edición antigua de Cumbres borrascosas, como si pudiera sentir la caricia de Susan directa en su pecho—. Quiero volver ya.

Tess se mordió el interior de las mejillas y negó mirando hacia Julian para que no se le ocurriera insistir y él aceptó sin rechistar, viendo cómo la luz que había dado alegría a Jacqueline se convertía en un montón de nubes grises que solo podían presagiar tormenta y más tormenta.



11

LAS CONSECUENCIAS DE AMAR

Con la lluvia amainando y tras haber dejado a Jacqueline en casa, Julian logró convencer a Tess para ir a buscar algo que comer juntos antes de que su jornada laboral diera comienzo en el Emerald. El sol parecía volver a filtrarse con fuerza entre las nubes y en el horizonte de Little Italy apareció un arcoíris dispuesto a entregar un poco de alegría para aquel que lo viera. Haber conseguido que sonriera en la biblioteca les dejó con una sensación de paz que ninguno esperó que llegase a romperse tan pronto, y eso provocó que Tess empezara a sentir dolor de cabeza otra vez.

Agobiada por la situación dejó ir un suspiro, en un intento porque este se llevase todas las inseguridades que se le habían instalado dentro.

—Tengo la sensación de que lo estamos haciendo todo mal.

—No digas tonterías, tú estás dándolo todo, ya no puedes entregar ni un gramito más de tu amor. Mírate, no quiero ni imaginar cómo debes de estar sintiéndote con ella por casa. —Julian la miró queriendo conocer sus sentimientos, aunque sabía de sobra cómo eran.

Pero al final, Tess pensó que le vendría bien desahogarse un poco.

—Me siento la peor persona del mundo, quiero a una mujer que acaba de perder al amor de su vida, y una parte de mí no deja de pensar que, a lo mejor, en otro mundo yo podría tener una oportunidad. ¿No te parece cruel?

—Yo creo que de alguna forma ya intuías que iban a divorciarse, a pesar de que ella no nos dijera nada y fingiera que todo iba bien. Eso te ha ido dando más esperanzas. Lo tienes tan instalado en el pecho que es normal que lo pienses sin más. —La aclaración de él no la dejó más tranquila, pero sí consiguió que se replantease cada una de sus palabras—. Mira, Tess, los dos sabemos cómo es y que siempre hace todo lo posible para evadir una situación complicada. Seguramente con Susan le pasó eso, de algún modo debió de estar convencida de que lo

arreglarían.

—Pero eso no deja de hacer menos dolorosa su pérdida, ni a mí me convierte en mejor persona. —Tess se encogió de hombros y echó un vistazo a su alrededor.

Con el semáforo en rojo, se tomó unos segundos para pensar mientras iban camino de Lunella, un restaurante especializado en pastas que se encontraba en su misma calle y que estaba segura de que los iba a dejar con la boca abierta.

—¿Y qué piensas hacer? —Por primera vez en mucho tiempo, su amigo le planteó una pregunta que debía de tomarse en serio.

Ella lo miró a los ojos y en cuanto la luz verde brilló frente a los dos, se guardó las manos en los bolsillos de su chaqueta y suspiró.

—Supongo que tendré que empezar a olvidarme de estos sentimientos, es obvio que jamás voy a tener nada con ella. —De nuevo se encogió de hombros, queriéndole quitar importancia al asunto, pero la realidad era que lo había intentado tantas veces que era difícil confiar en sus intenciones—. Una cosa es que creyera que iban a divorciarse, pero ahora... ni siquiera tengo fuerzas para pensar en lo egoísta que es estar pensando en ella de esta manera.

Julian le puso la mano en un hombro dejando un gesto de cariño, deseaba poder sacar de golpe cada uno de los sentimientos que ella tenía por dentro, pero sabía que todo el mundo tenía sus procesos.

—Podrás conseguirlo, igual que Jacqueline encontrará su camino, solo tienes que darle tiempo, todo está muy reciente y ha pasado tan inesperadamente que es imposible no creer que las cosas no van a cambiar. —Le dedicó un guiño a Tess y la agarró del brazo para ir directos al restaurante donde pidieron el menú del día para los tres.

La vuelta a casa estuvo repleta de conversación, pero dejaron a un lado lo que ella sentía por Jacqueline y la cantidad de veces que estuvo a punto de dejarlo todo con tal de intentar olvidar ese amor, ya fuera conociendo a otras mujeres, o tomándose días lejos de allí. Ahora, era incapaz de verse trabajando en otro lugar que no fuera el Emerald y, por eso, se armó de valor para confiar en que el futuro pondría todo en su sitio.

Kala fue la primera que los recibió en cuanto abrieron la puerta. De las bolsas salía un aroma a gambas que atrajo su atención de inmediato, haciendo que se olvidara por completo de su dueña y también de Julian.

—He traído una pequeña ración para ti, no te preocupes, glotona —comentó Tess con una sonrisa en los labios.

—Es peor que nosotros.

—Totalmente —afirmó ella mientras se quitaba el abrigo.

Entrando al salón se dieron cuenta de que Jacqueline no estaba y que los libros seguían en el mismo lugar donde los habían dejado. Por un segundo, Tess sintió miedo de que se hubiera marchado de casa —exagerar en según qué ocasiones era muy habitual en ella—, pero entonces la vieron aparecer por el pasillo con la ropa del trabajo, y eso la dejó, si cabía, con la boca más abierta.

—He decidido volver —anunció Jacqueline con la misma seriedad puesta en sus ojos que solía mostrar en el restaurante. Julian quiso abrir la boca, pero en cuanto lo hizo, ella levantó la mano para que no dijera nada—. He hablado con mi psicóloga y, aunque no me lo recomienda todavía, ha dicho que si es decisión mía no puede hacer más que apoyarme. George también está informado, me da la sensación de que casi se pone a dar saltos de alegría.

Las últimas palabras sirvieron para que esbozara una sonrisa algo falsa y, con las mismas, fue a dejar la chaqueta en el respaldo del sofá.

—¿Quién...?

—Mi padre se ha pasado por casa para traerme el uniforme de trabajo —aclaró a Tess, quien no parecía muy convencida de estar viviendo una realidad.

De hecho, giró sobre sus pasos y dejó las bolsas con la comida en la encimera de la cocina, como si al girarse fuese a ver algo totalmente distinto.

—Pues si vas a volver, tendremos que ponernos a comer. —Julian intervino sin añadir más leña al asunto, ponerse a discutir con Jacqueline cuando parecía sumamente convencida iba a ser perder el tiempo, lo tenía claro—. Te hemos traído aceitunas.

A ella se le iluminó la cara y enseguida caminó hacia las bolsas para rebuscar en estas y sacar el envase, abrirlo y llevarse una avinagrada a la boca.

El siseo de placer que se le escapó de los labios la hizo cerrar los ojos y quedarse ahí un segundo, como si delante de ella se hubieran abierto las puertas hacia el paraíso. Tess se la quedó mirando con los ojos bien abiertos, disfrutando de su expresión de placer, pero también preguntándose si debía decir o hacer algo para convencerla de que no cometiera locuras precipitadas.

Cuando encaró la mirada de Julian, este se encogió de hombros sin saber muy bien qué decir, así que terminaron por no comentar nada y poner la mesa.

—He pensado que podríamos tener una reunión de equipo tras el servicio de hoy, llevo muchas semanas sin estar por allí y no sé cuántas cosas habrán cambiado. —Sus amigos levantaron la mirada del plato y asintieron dándose cuenta de que por más que lo fueran a

intentar, no lograrían convencerla de no volver—. Me gustaría poder hacerlo antes, pero he informado a George a última hora, así que lo haremos así.

—Me alegra que vayas a volver. —Tess no mintió en lo que decía, pero no pudo ocultar el malestar que se le empezó a formar en el estómago, consiguiendo que los macarrones que tenía en el plato le empezaran a sentar mal—. Sé que te va a parecer precipitado, pero... lo de la biblioteca me dejó claro que estar en mi zona de confort es lo que me va a venir mejor —afirmó Jacqueline, y parecía muy convencida de ello.

—Pues no se hable más, ¡por el equipo reunido de nuevo!

Julian levantó la copa de vino blanco que se había servido y las chicas lo acompañaron para chocarlas y dar un sorbo que les supo a gloria.

En silencio, Jacqueline volvió la atención a su plato y no dijo más al respecto. Durante los siguientes minutos se dedicó a comer y a pensar en las cosas que quería volver a hacer en el trabajo, porque estaba claro que el Emerald no podía sobrevivir sin ella, ni ella tampoco sin su querido restaurante.



12 COMO EL VIENTO

DOS SEMANAS DESPUÉS

El servicio de noche le hacía encontrarse en paz. Notaba que, de alguna forma, tenía la posibilidad de fundirse con el tiempo de otra manera, como si la gente no pudiera ver con tanta claridad lo que sentía. Jacqueline se arregló la camisa blanca una vez más antes de ir a buscar la carpeta en la que siempre escribía anotaciones. Durante años se había negado a que el Emerald contratara a más jefes de sector que pudieran encargarse del comedor principal, así que ella misma fue la que se pasó mesa por mesa para comprobar que los cubiertos, copas y servilletas estuvieran bien colocadas. Hacía solo quince minutos que había terminado de gestionar las reservas y ya tenía claro que iba a ser una jornada bastante dura para los chicos, por lo que no tardó en reunirlos para tener con ellos una pequeña charla.

Como era de esperar, la primera que apareció por la puerta fue Tess. Esa noche llevaba un recogido más alto y el maquillaje le daba un aspecto elegante —digno del lugar en el que trabajaba— algo que hizo a Jacqueline sonreír antes de dedicarle un saludo con la cabeza.

Poco a poco, el resto del equipo —incluidos los cocineros— aparecieron para colocarse en fila y quedarse en silencio, prestando atención a lo que les pudiera decir.

—Las Navidades están a la vuelta de la esquina y ya sabéis que la mayoría de las empresas empieza a organizar sus cenas para despedir el año, así que tenemos un mes bastante movido. He estado revisando el menú y haré un par de cambios en los próximos días para no perder la calidad, pero sí hacer más sencillo el trabajo de cocina y que todos podáis llevar bien el ritmo. — Con esa expresión en ocasiones fría, Jacqueline empezó a caminar por delante de los trabajadores mientras hablaba—. Esta noche estamos completos así que espero que lo deis todo por cada uno de los comensales que atraviesen esa puerta. Julian, si necesitas ayuda con la barra a lo largo de la noche, David te echará una mano.

Su mirada fue hacia un camarero de sala que ya tenía un año de experiencia en el restaurante y que también se llevaba muy bien con los cócteles. Este asintió y no tardó en tomar anotación de ello antes de continuar con el discurso.

Los minutos pasaron rápido mientras organizaba a todo el personal, designando a los camareros grupos de siete mesas y al jefe de sector la coordinación de la zona de la terraza.

Julian y Tess se dedicaron varias miradas, sin perder de vista los movimientos de su amiga mientras preparaba todo para que el servicio diera comienzo en pocos minutos. El resto del equipo ocupó sus puestos y la misma Jacqueline fue a dar la bienvenida a los clientes poco después, iniciando una jornada laboral que la mantuvo lo suficientemente ocupada como para olvidar una pérdida que seguía sin dejarla dormir con facilidad.

—Bienvenidos, espero que disfruten de la cena —dijo a un grupo de personas que se acababa de sentar.

—Me alegra verla por aquí, se la echaba mucho de menos. —Una mujer de mediana edad puso la mano en su brazo y le dedicó una caricia a modo de consuelo, sin llegar a decir las palabras que se le cruzaron por la cabeza—. El Emerald no es lo mismo sin usted.

—Yo también estaba deseando volver, esta rutina me gusta mucho.

Jacqueline le dedicó una sonrisa tras esa aclaración y después comprobó que el ajetreo en el comedor principal ya empezaba a ser constante. Poco a poco las mesas se fueron llenando y el bullicio con las charlas y risas comenzó a recorrer las paredes, metiendo de lleno a todos en un universo paralelo donde podían olvidarse durante unas cuantas horas del movimiento que seguía su curso en el exterior.

Con la mente puesta en el trabajo continuó haciendo su trabajo sin que sus amigos dejaran de prestarle atención, como habían estado haciendo en las últimas dos semanas. Tess servía la especialidad de la casa en una de las mesas, levantando un segundo la mirada para ver cómo Jacqueline tomaba anotaciones en esa carpeta que no se despegaba de ella.

Por un segundo, se quedó embelesada con su expresión de concentración y esos bonitos ojos puestos en lo que estaba haciendo.

—¿Se encuentra bien, señorita? —Uno de los comensales llamó su atención y ella se levantó de inmediato, avergonzada por la situación.

—Sí, solo me he distraído un momento. Espero que la ternera esté a su gusto.

Con las mejillas inyectadas en un calor sofocante, giró sobre sus pasos y se tomó un segundo para respirar mientras sentía la mirada de George encima de ella. Con una afirmación mientras apretaba los labios, intentó disculparse y caminó a toda prisa hacia la barra, tomándose

un momento para beber un poco del agua que Julian le sirvió a sabiendas de que se lo iba a pedir.

—Deja de vigilarla, ya has visto que está bien. Ha actuado de la misma manera cada una de las noches desde que volvió al trabajo, así que creo que no necesitamos temer por nada.

La aclaración —o el regaño— por parte de él, no la dejó mucho más tranquila, pero sí la convenció de que tenía que centrarse en su trabajo o, al final, acabaría en problemas.

Tess cogió el vaso y se bebió el agua de golpe antes de dirigirse a la zona de pase para coger los platos de la comanda que tenía que llevar a la mesa diecisiete.

Dejar a un lado los sentimientos que tenía hacia Jacqueline le estaba costando más de lo que creía, sobre todo teniendo en cuenta que convivía con ella las veinticuatro horas del día, tanto en casa como en el trabajo. Durante sus largas noches de insomnio se intentó convencer de que podía conseguirlo, pero cada vez lo tenía menos claro, sobre todo cuando ella empezaba a mostrarse cariñosa o más afable, recuperándose poco a poco de una pérdida que la había marcado profundamente.

O eso quería pensar.

Con la bandeja en mano recorrió el comedor e intentó centrarse en lo que hacía, hasta que su mirada chocó con la de Jacqueline y sintió que perdía el equilibrio. Dos de los platos cayeron para estrellarse contra el suelo ante la atenta mirada de varios comensales, quienes lanzaron un grito inesperado que la puso todavía más nerviosa.

En sus cinco años como camarera de sala nunca había cometido un fallo de tales características y eso la hizo arrodillarse de golpe para intentar recoger los pedazos rotos con las manos, hasta que uno de ellos le hizo un pequeño corte.

—No se preocupen, todo está en orden —anunció Jacqueline y caminó hacia el lugar todo lo rápido que pudo—. Enseguida vuelvo a pedir sus platos. —Sin armar mucho revuelo, se agachó y quedó a la altura de Tess para mirarla a los ojos—. ¿Estás bien?

Ella afirmó, pero al ver la sangre sintió que el mundo se le venía encima.

Jacqueline llamó la atención de George para que se ocupara del comedor mientras acompañaba a su amiga hacia la zona de descanso donde el personal podía tomarse unos minutos cada vez que fuera necesario. El resto ya sabía qué hacer, así que estaba segura de que no habría ningún problema con el servicio.

—Deberías volver, no necesito ayuda —protestó Tess.

—Ya, claro. Eso no me lo dirás cuando te desmayes por culpa de la sangre.

—Joder, ¿es muy grave? —Al pensarlo, empezó a sudar y sentir cómo la espalda se le enfriaba.

De hecho, necesitó tomar asiento para intentar calmarse mientras Jacqueline hacía todo lo posible por taparle la mano para que no viera cómo el líquido rojo salía en una hilera casi imposible de detener.

—Quédate aquí, voy a buscar el botiquín. —Con la afirmación de su amiga, la dejó descansar allí mientras escuchaba el bullicio normal en el comedor, lo que le indicó que todo seguía bien. Jacqueline buscó en un armario al final de una sala con varias mesas y sillas, además de cámaras frigoríficas dispuestas para que pudieran tomarse algo, y cuando volvió llamó la atención de Tess con una sonrisa—. No vas a morir de esto, te lo prometo.

—Qué idiota eres —refunfuñó ella—. Si estuvieras en mi lugar seguro que también te daba algo.

—Puede ser, pero no tengo ganas de comprobarlo. —Jacqueline le sonrió y abrió el botiquín para sacar una gasa y limpiar la herida con un poco de suero antes de hacer presión para cortar la hemorragia—. ¿Qué te ha puesto tan nerviosa? Nunca te había visto tirar los platos.

Tess no supo si se quedó paralizada por la sensación de escozor en su mano o por la pregunta de una mujer que despertaba en ella un millón de sentimientos con el simple gesto que estaba haciendo.

—Eso es porque nunca me había pasado —se lamentó ella, mordiendo el interior de sus mejillas, dándose unos segundos para buscar las palabras correctas que pudiera decir—. Creo que solo me he puesto nerviosa al ver tanta gente, ya sabes que en estas fechas me pongo mucha presión, todos lo hacemos. En algún momento tenía que tocarme a mí, ¿no? —Sonrió llevando la mirada a Jacqueline y esta le correspondió con un asentimiento, antes de apartar la gasa para ver si la herida ya estaba curada—. Doy gracias porque ya estés aquí, aunque no apruebe que hayas venido tan pronto.

—Sabes que necesitaba hacerlo, y dos meses y medio sin trabajar no es poco —recordó su amiga—. Si me hubiera quedado un día más en casa, habría vuelto loca a Kala.

—Pero es que no haces más que ir al trabajo y volver, eso no es... vida. ¿Por qué no intentamos hacer algo en nuestro día libre? —Tess intentó sonar amable, pero al escuchar un carraspeo por parte de Jacqueline, supo que no tenía nada que hacer—. Está bien, no seré yo la que te diga que, al menos, debes intentarlo.

—¿Al menos? —Aquellas palabras la hicieron apartar las manos de inmediato, justo cuando estaba a punto de ponerle un apósito para taparle la herida. Irónicamente dejó escapar una risa y después la miró a los ojos, cambiando por completo el gesto cariñoso que fue protagonista de su rostro en los últimos segundos—. ¿Acaso sabes lo que es, Tess? ¿Sabes lo que es querer a alguien y perderla sin más?

—Jackie... no quería que lo interpretaras así.

—No, no, claro que no querías; ni tú ni Julian queréis meterme presión, pero lo hacéis. Estar aquí es lo que me mantiene serena, lo único a lo que le he visto sentido en las últimas semanas, así que perdona por no intentar hacer lo que a ti te dé la gana. —Jacqueline quitó el papel del apósito y se lo pegó en la mano con desgana—. Tómame cinco minutos y vuelve al trabajo, hay mucho que hacer.

Sus ojos mostraron la misma frialdad que dejó ver en el tono de su voz y no tardó mucho en levantarse para dejar a Tess allí, con la sensación de que había hecho todo mal, como si su amiga se hubiera convertido en un huracán con la capacidad de arrasarlo todo.

—Por eso ella quería dejarte —soltó sin pensar, viendo cómo Jacqueline se paraba a un par de metros de la puerta—. Nada más que piensas en esto y hay muchas cosas que sanar más allá del trabajo.

Ella cerró las manos en puños y estuvo a punto de girarse, pero prefirió no decir absolutamente nada. Y, sin más, desapareció por la puerta que daba al comedor dejando a Tess a solas y con las lágrimas brotando de sus ojos, totalmente arrepentida de sus palabras.



13

MÁS PROFUNDO QUE LA VERDAD

Tess todavía podía escucharse y cada segundo que pasaba se odiaba más por haber discutido con Jacqueline y soltarle unas palabras cargadas de crueldad, por más que fueran verdad. Julian y ella estaban a la salida del edificio donde estaba el Emerald, esperando de brazos cruzados, soportando un frío de madrugada que cada vez tenía más pinta de invierno y una tensión que podía cortarse con un cuchillo. El hotel lucía tranquilo con sus paredes de ladrillo y una enorme puerta negra con cristaleras que dejaba ver un recibidor digno de los años sesenta, aunque ellos siempre salían por la zona de servicio.

En silencio, se puso de puntillas por si de casualidad su amiga llegaba por la esquina, pero el tiempo seguía pasando y ella no aparecía.

—No has hecho nada malo —recalcó Julian, cruzándose de brazos para tratar de entrar el calor—. Creo que en algún momento había que dejárselo claro.

—Puede ser, pero le he dicho a la cara que ella tiene la culpa de que su mujer quisiera dejarla.

—¿Y no es parte de verdad? —A pesar de la dureza en su voz, Tess sabía que su amigo tenía razón, pero eso no podía deshacer lo ocurrido con Jacqueline, y era lo que más le dolía por dentro—. Mira, sé que lo está pasando mal, pero como sus mejores amigos tenemos la capacidad de intentar hacer que entre en razón. No le estamos pidiendo que supere esto de un plumazo.

—Si es que lo llega a hacer —recordó Tess.

—Puede ser —afirmó él, encogiéndose de hombros—, pero aun así no puede evadir la realidad todo el tiempo. En algún momento tendrá que hacer vida normal, salir de tu apartamento y volver al suyo para hacer algo con las cosas de Susan.

—Lo dices como si fuera tan sencillo borrar a una persona de tu vida, Julian, sabes que ella no funciona así. —Tess se puso seria y soltó un suspiro al ver cómo su amigo torcía el gesto—.

Vale, me he vuelto a pasar, sé que no querías decir eso.

—Al menos tú reconoces tus errores, Tess, a eso es a lo que me refiero. Jackie es incapaz de darse cuenta de que hay cosas que no está haciendo bien. Y somos muchos los que la estamos ayudando. Yo voy a estar ahí, incondicionalmente, pero no puedo guardarme para dentro mis sentimientos. —Sus ojos verdosos dejaron ver mucha verdad y a la vez ese dolor profundo que sentía de corazón al ver cómo su amiga sufría, pagando las consecuencias con las únicas personas que tenía—. Si esto sigue así, habrá que tomar otro tipo de medidas, hasta su padre parece más cansado de lo normal, lo debe de estar volviendo loco.

—¿Qué se te está ocurriendo? —preguntó Tess, pero su voz se apagó en cuanto vio cómo Jacqueline aparecía por el pasillo que daba al recibidor del hotel—. Ya está aquí.

—Pues entonces os dejo a solas —comentó él, dándole un beso en la mejilla para abandonar a su amiga con los nervios pegados a la piel y frotándose las manos—. Nos vemos mañana.

Julian se despidió de ellas en cuanto la tuvo delante y se marchó para poner rumbo a la primera entrada de metro.

Durante diez segundos quiso girarse para mirar atrás y comprobar que todo estaba bien, pero algo en su interior se lo impidió, como a Tess dar el primer paso en cuanto Jacqueline se colocó bien la bufanda para evitar que el frío le helara la garganta.

—Perdóname —musitó.

—Tess, yo... —dijo a la vez ella.

Las dos estuvieron a punto de esbozar una sonrisa, pero lo cierto era que no tenían fuerzas para hacerlo, bien por el recuerdo de su pelea o por el cansancio que noches así les producía. Tess fue quien dio el primer paso, avanzando para encerrar a su amiga en un abrazo que le hizo palpar el corazón. Solo había dos cosas que odiaba más en la vida: una era no poder verla tan a menudo, y otra hacerle daño fuese de la manera que fuese.

—No tendría que haber sido tan dura —susurró sin separarse de Jacqueline—. No pienso que tú tuvieras la culpa.

—Pero ambas sabemos que es verdad. —Se sinceró y fue la primera quien se apartó para dejar las manos en los hombros de su amiga—. Mi amor por este trabajo es tal que en cierto modo se ha convertido en algo que no puedo dejar; es lo único que se me da bien, porque está claro que el matrimonio tampoco era lo mío. —No supo cómo pudo bromear con esas palabras, pero al hacerlo pareció quitarse un peso enorme del corazón.

Sin embargo, Tess no sonrió en ningún momento, más bien todo lo contrario. Lo que sentía

era una tristeza enorme porque ver a Jacqueline trabajar la hizo admirarla antes que amarla, y eso jamás cambiaría.

—Tal vez solo tenía que pasar. Una relación es cosa de dos, y aunque yo no tenga idea de esto, es lo que pienso.

—Perdóname por haberte dicho eso. —Se quedó un par de segundos en silencio—. No creo que no tengas ni idea, es solo que no has encontrado a la persona adecuada para ti. —Tess quiso decirle que la tenía justo delante, pero se limitó a afirmar y girarse para ofrecerle el brazo y así marcharse a casa—. ¿Te apetece que demos un paseo mientras volvemos?

La propuesta de Jacqueline la dejó titubeante durante unos segundos; pero, al ver que sus ojos brillaban de nuevo, asintió sin pensárselo más y, de repente, el cielo pareció mucho más bonito, fundiéndose en una mirada que tenía claro que, en algún momento, volvería a expresar absoluta felicidad.

...

Sus ojos seguían abiertos a pesar de que había intentado por todos los medios conciliar el sueño. El reloj corrió sin esperas y, de pronto, el amanecer atravesó las ventanas de su dormitorio para dar la bienvenida a otro día en Little Italy. Poco a poco, el bullicio se hizo más presente en las calles mientras coches y vecinos iban de un lado a otro para empezar su jornada laboral, darse un respiro antes de volver a casa o hacer las compras habituales en un mercado que hacía días que no visitaba.

Con la intención de llenar la nevera, Tess se duchó y se vistió con unos vaqueros y un jersey que se ajustaba a sus caderas, tomándose un rato también para peinarse y dejarse el pelo suelto cayendo sobre sus hombros. Su intención era llegar temprano y comer algo por ahí, así que se puso una capa ligera de maquillaje y salió hacia la cocina para dar los buenos días a Kala y ponerle algo de comer.

—¿Has dormido bien, pequeña? —La gata ronroneó entre sus brazos cuando la cogió y después se deshizo en lametones con su dueña, a veces creía que era un milagro que hubiera salido tan cariñosa—. ¿Qué te parece si compro un poco del pescado que te gusta?

Kala maulló encantada, como si la hubiera entendido, y después se escapó de sus brazos para correr hacia su bol vacío de comida, desatando las risas de una Tess que chasqueó la lengua y negó consciente de lo feliz que le hacía su compañía desde hacía ya dos años. El silencio en su apartamento la llenó de paz y por un momento se creyó a solas dentro de un universo que había construido poco a poco, con el esfuerzo de meses de trabajo y tesón, sin nadie que la ayudara. Sola en un mundo que a veces podía ser cruel.

Sin ningún motivo, y en realidad por muchos, pensó en sus padres y en cuánto los echaba de menos. La falta de ambos, fallecidos tres años atrás —uno por enfermedad y el otro a causa de un infarto—, había dejado un vacío en su corazón que hasta el momento había sido incapaz de llenar; pero cada día que pasaba, podía agradecer a la vida por haberle entregado treinta y un años con ellos, y eso puso una sonrisa en sus labios. Pero, en realidad, lo que la iluminó mucho más fue ver aparecer a Jacqueline por el pasillo con una de sus blusas y una belleza que jamás dejaría de admirar. De repente, entró en una especie de ilusión en la que caminaba hacia ella para acabar por besar sus labios mientras se deshacía en caricias sobre su cuello. Deseó tanto decirle que la amaba que el medidor del pienso de Kala se le cayó de las manos lleno de comida, desatando las protestas de la gata.

—Tienes a una madre que está un poco torpe últimamente —bromeó Jacqueline, y el animal le dio la razón con un maullido, haciendo esa escena mucho más divertida—. Espera, que te ayudo.

Se agachó rápido y sus dedos rozaron los de Tess, provocando en ella que un cosquilleo subiera por su brazo hasta que el corazón se le desbocó. ¿Dónde estaban sus fuerzas para intentar olvidarla cuando más lo necesitaba? Había instantes en los que creía estar a punto de conseguirlo pero, en momentos como ese, no podía hacer más que odiarse por creerse tan tonta.

—Tranquila, yo puedo. —Por suerte reaccionó a tiempo y se apresuró a recoger la comida con las manos ante la atenta mirada de una Jacqueline que mostraba un gesto divertido que le iluminaba toda la cara—. ¿Qué haces vestida? Pensé que...

—Me he acordado de que los martes sueles ir al mercado, así que he pensado que podríamos ir juntas y ver si cocinamos algo; quería invitar a mi padre a comer, pero no sé qué te perezca la idea. —Jacqueline titubeó y mostró ciertos nervios que no pudo ocultar cuando se frotó las manos buscando su anillo de casada.

—Llámallo ya, por si quiere que compremos algo en especial —comentó Tess con alegría.

Aún podía sentir el corazón golpeándole en el pecho con fuerza y, de hecho, le costó un mundo poder volver a respirar con normalidad; pero centrarse en Kala cuando esta le dio con la patita para que se diera prisa, ayudó muchísimo.

Después se lavó las manos y se arregló un poco el pelo, mientras observaba a Jacqueline en el salón, con el teléfono en la oreja y su pelo cayéndole más allá de los hombros. La luz incidía sobre ella a través de las ventanas y eso provocó que sus ojos brillasen de una forma especial, y con una paz que parecía no haber sentido en días. Tess se preguntó qué podía haber pasado durante su descanso para cambiar de actitud tan repentinamente; pero, al final, prefirió no dar justificación a su estado y dedicarse a disfrutar de algo que ya le parecía un gran avance.

—Me ha dicho que está encantado, irá a tu casa sobre la una y que preparemos lo que más nos apetezca.

—Pues vamos, no quiero que pase el tiempo y perder las mejores ofertas —avisó Tess.

Las dos se despidieron de Kala tras abrigarse bien y dejaron el apartamento para meterse de lleno en un barrio que decenas de inmigrantes italianos habían construido a lo largo de los años. Muchos vecinos las saludaron y ellas correspondieron con una sonrisa, volviéndose a sentir en casa, como si estar por allí les introdujese de lleno en un mundo paralelo donde la calidez de Italia se respiraba en cada rincón. El mercado se encontraba a unos diez minutos de su casa, pero antes, no podía faltar nutrirse de una calle que era destino obligado para los turistas. A Mulberry Street se le conocía como la Restaurant Row —o fila de restaurantes— por la cantidad de locales que había dedicados a la gastronomía italiana y ninguno fallaba en su intención por hacerte viajar muy lejos de Nueva York. Nada más abandonar el portal de sus hogares, la gente podía alimentarse de los diferentes aromas e ingredientes que empezaban a mezclarse en sartenes y ollas, una experiencia que Tess siempre describió como única.

Jacqueline se dedicó a echar un vistazo al interior de los locales y también se quedó mirando los carteles como si nunca hubiera caminado por allí. Parecía tan contenta que su amiga no quiso romper esa burbuja, al menos hasta que llegaron al famoso Caffè Roma en el número 176 de esa misma calle, donde el grafiti de Audrey Hepburn llamaba la atención de todo aquel que pasara por allí.

—Prepárate, que te hago una foto —propuso Tess y no tardó en sacar su teléfono.

—¿Ahora? ¿No querías ir al mercado temprano?

—Tú hazlo y no rechistes, quiero que cuando lleguen días difíciles, puedas mirar esta fotografía y te acuerdes de que también hay arte en medio de la oscuridad.

Esas palabras dejaron a Jacqueline con el estómago encogido. Al principio le costó dar un paso, como si no creyera que eso pudiese ser verdad, pero ver la ilusión reflejada en sus ojos le entregó las ganas suficientes para colocarse al lado del grafiti y sonreír como si, de verdad, el mundo fuese maravilloso.

Estando ahí, Tess se quedó mirando la pantalla de su teléfono, fingiendo enfocar hasta que no tuvo más remedio que apretar el botón y sacar la fotografía. No sabía cómo, pero había conseguido capturar exactamente lo que ella veía y, con orgullo, no tardó mucho en enseñársela a Jacqueline.

—Qué bonita, me gusta mucho —dijo esta, sintiendo de verdad lo que decía—. Pero ahora vamos al mercado, quiero preparar algo rico de comer.

—¿Qué tenga aceitunas? —preguntó Tess, a sabiendas de que no podía pasar ni un solo día sin comerlas.

—Ya vale de conocerme tanto. —Jacqueline protestó y la agarró del brazo para tirar de ella y cruzar la calle.

El mercado se encontraba situado en el sótano y la primera planta de un pequeño edificio reformado exclusivamente para ese propósito. Nada más entrar se encontraron con la zona de las verduras y frutas, y a Tess se le vino a la mente un plato que sus padres —amantes de la cocina italiana— solían cocinar cuando ella era pequeña.

—¿Qué te parece si hacemos una *caponata* siciliana? —propuso mientras echaba un vistazo a los posibles ingredientes.

—Eso y unos *bucatini all'amatriciana*. —De solo pensarlo, a las dos les sonó el estómago y tuvieron que carraspear para evitar que la otra pudiera escucharlo.

Algo tarde teniendo en cuenta que no se habían tomado ni un té. Jacqueline escuchó cómo el suyo rugía de nuevo y cuando Tess levantó una ceja se echaron a reír, compartiendo el momento juntas, sin pensar en lo que pudiera venir después. Los clientes se movían de un lado a otro y hacían cola en los diferentes puestos para llevarse productos frescos a casa. En cuestión de media hora, ellas ya habían encontrado los necesarios para cocinar los platos que también solían ser la gran especialidad de las cocinas del Emerald.

Con otra bolsa de pan y bollería fresca entre las manos, volvieron al apartamento de Tess y Kala fue la primera en curiosear qué habían comprado.

Jacqueline dejó lo que cargaba sobre la encimera, y después se llevó las manos a su pelo para hacerse un recogido, lista para lavar los ingredientes y ponerse manos a la obra. Durante un buen rato apenas fue consciente del mundo exterior o las penas que pudiera estar viviendo porque encontrarse allí, con la voz de Tess de fondo y la ilusión por ver a su padre, le hizo creer que podía estar a salvo y, al final, acabó por concentrarse en eso para pasar las próximas horas en paz y sin que el dolor volviera a romper su interior.



14

AFRONTAR EL MIEDO

La cocina desprendía un delicioso aroma a albahaca fresca y *pecorino*, mezclado con el de las verduras que ya habían cocinado en una olla con el resto de los ingredientes. En silencio, Tess se había encargado de poner la mesa y buscar un buen vino que poder compartir con Charles, el padre de Jacqueline, y los nervios empezaron a subirle por todo el cuerpo. A su espalda, escuchó el sonido de una bolsa y de inmediato supo que ella se estaba comiendo unas cuantas aceitunas antes de terminar el primer plato que en Italia solía tomarse a modo de aperitivo.

—Deja unas cuantas para la *caponata*, o te tocará volver a comprar más.

A pesar de la advertencia, Jacqueline se llevó cuatro más a la boca y se encogió de hombros con gesto divertido provocando que Tess bufara. Después cogió otras tantas y se las acercó a ella, para ponérselas en la boca mientras terminaba de poner la mesa.

—Para que no te quejes de que no quedan para ti —soltó su amiga, haciendo que se irguiera de golpe para poner los brazos en jarras.

—Tú... —Tess tuvo que esforzarse en masticar y tragar antes de poder continuar hablando—. Tú interpretas lo que quieres, ¿eh?

—Pero así me quieres. —Que ella soltara esas palabras con tal facilidad la puso más nerviosa, de hecho, sintió cómo el estómago le daba un pinchazo y se tuvo que esforzar porque no se le viera en la cara—. Ven, anda, que te has manchado toda.

Sin más, Jacqueline llevó su dedo pulgar a la comisura de sus labios, donde se había quedado un poco de aceite y cuando la acarició, el mundo se detuvo provocando que solo pudiera escuchar el corazón golpearle en el pecho con tanta fuerza que el calor se le instaló en las mejillas.

Estuvo a punto de decir algo cuando el timbre sonó, y al verla caminar para abrir la puerta a su padre se llevó las manos a la cara, antes de darse cuenta de que Kala la estaba mirando como

si de verdad pudiera leerle el pensamiento. Lo siguiente que hizo fue girar sobre sus pasos y echar un vistazo a las calles de Little Italy, con tal de darse tiempo para respirar hondo e intentar desechar el cúmulo de emociones que la recorrían por dentro.

La voz de Charles sonó cada vez más cerca, así que se armó de valor para volver a la realidad e ir a saludarle con un abrazo que le supo a gloria.

—Qué mañana tan bonita hace, y qué rico huele —dijo apretujando a Tess contra su cuerpo—. ¿Qué habéis preparado?

—Ya lo verás, papá, no quieras apresurarte tanto.

Jacqueline le acarició el brazo y Tess pudo comprobar una vez más el gran parecido que tenían entre ellos. El hombre esbozó una sonrisa gentil y después se llevó los dedos a su nariz para rascarse el puente curvado que tenía en común con su hija.

Como si hiciera siglos que no lo veía, Kala se acercó a él con alegría y se restregó en sus piernas, haciendo la croqueta para pedirle unos cuantos mimos, algo a lo que él no se pudo resistir. Juntos fueron al salón y se sentaron en el sofá, sin que él se hubiera quitado la chaqueta.

—¿Te apetece un poco de vino, Charles? —Antes de que él pudiera responder, Tess ya traía una botella de Bonarda para maridar después con el plato de pasta que iban a comer.

—Había olvidado el buen gusto que tenéis para estas cosas, a este paso podríais dirigir el restaurante sin ningún problema.

—Que va, a mí eso de mandar no me gusta nada, eso se lo dejo a su hija. —Jacqueline la fulminó con la mirada en cuanto pronunció esas palabras, pero incluso Charles acabó por darle la razón.

Después de unas cuantas caricias más, Kala le dejó quitarse la chaqueta que llevaba puesta y fue hacia la mesa del salón, donde su hija ya había servido la comida. Los tres hicieron un brindis por esos increíbles paltos y se dedicaron a disfrutar de la mezcla de ingredientes en silencio, durante unos cuantos segundos en los que Tess los observó sin decir nada.

—¿Cómo va todo por allí? —Charles tardó poco en interesarse por el trabajo de las dos y llamó la atención de Jacqueline antes de darle un pequeño sorbo a su copa.

—Pues como siempre por estas fechas, hasta arriba de reservas —respondió ella entrelazando sus dedos a la vez que apoyaba los codos sobre la mesa—. Pero me gusta estar ocupada, la verdad.

—¿Y cuándo piensas volver a tu apartamento para recoger las cosas de Susan?

La forma tan inesperada en la que soltó esa pregunta provocó que Tess tosiera y tirase un poco de vino al mantel de la mesa. Sus mejillas ardieron de inmediato y se volvió a sentir como

en el Emerald cuando se le cayeron los platos de las manos. Últimamente su torpeza estaba por las nubes, pero eso no impidió que viera la expresión de Jacqueline ante unas palabras que parecían haberle hecho daño.

—No quiero hablar de eso, papá —aclaró, intentando evadir la conversación fijando sus ojos en la comida—. Mejor dime cómo estás, últimamente te veo muy pálido —apuntó ella, siendo ignorada por completo.

—Pues alguna vez tendrás que hacerlo. No puedes quedarte con Tess eternamente, ella ya tiene aquí su vida, ¿no? —Charles la miró y esta abrió la boca sin saber muy bien qué decir—. Tienes que afrontarlo de una vez.

—¿De una vez? Han pasado poco más de tres meses... —Jacqueline se quedó en silencio, los dedos de su mano derecha arrugaron la servilleta que tenía al lado y pareció estar a punto de levantarse—. ¿Has venido para esto, para decirme lo que tengo que hacer?

—No, no, cariño. Tú ya tienes cuarenta y tres años, eres lo suficientemente adulta como para saber qué es lo que quieres. Pero no es algo que puedas dejar pasar sin más. El trabajo no te va a evitar afrontar la realidad.

—¿Has hablado con mi psicóloga? —espetó ella con disgusto—. Porque lo dices igual que ella.

Tess se sintió en mitad de una lucha que no parecía tener fin y aunque no quería meterse en peleas ajenas, no pudo evitar dar su opinión al respecto, por una vez, tenía que hacer caso a Julian.

—Creo que Charles tiene razón —soltó, sorprendiendo a Jacqueline por completo—. Y, antes de que digas nada, no es porque te quiera obligar, solo creo que es algo importante. Necesitas hacerlo, Jackie, por más que intentes evadirte llegará el momento en que tengas que volver allí y enfrentarte a la verdad.

—Esto es el colmo. —La afectada tiró la servilleta en la mesa y se levantó a toda prisa, pero Tess consiguió retenerla del brazo—. Suéltame, no quiero hablar de ello, disfrutad mucho de la comida.

—No, no vas a hacer como la otra noche. —Tess la obligó a sentarse y la agarró con más fuerza ante la atenta mirada de un Charles que no entendía qué estaba pasando—. Julian y yo estamos aquí para ayudarte, incluso tu padre, no vas a hacerlo sola, ¿entiendes? Sabemos que no puedes plantarte allí sin nadie para darte un golpe de realidad que, joder, está claro que te va a doler.

Jacqueline la observó con los ojos vidriosos, se mordió el labio inferior y notó cómo las

manos empezaban a temblarle. Cuando dirigió la mirada hacia su padre, este se levantó de la silla y fue con ella para darle un fuerte abrazo, apoyando la cabeza en su pecho, dejando que el dolor que sentía en su interior se disipase, aunque fuera un poco.

—Jackie, cariño, Theresa tiene razón; no vas a hacerlo sola, nosotros vamos a estar contigo, pero necesitas dar ese primer paso o no vas a conseguir sanar nunca.

—¿Y qué pasa si no quiero? —espetó, separándose para mirarlo con los ojos anegados en lágrimas—. ¿Qué ocurre si lo único que quiero es vivir en el recuerdo de mi matrimonio con Susan cuando todo iba bien? Ella quería el divorcio, papá, y yo soy la única culpable.

Charles se quedó asombrado ante una confesión que todavía desconocía, al mirar a Tess esta asintió, mordiéndose el interior de sus mejillas mientras se frotaba las manos.

—No tenía ni idea —confesó él, notando cómo el corazón de su hija latía a toda prisa cuando volvió a abrazarla—. Pero no puedes creer que lo que pasó fue por tu culpa, tú no le pusiste una pistola en la cabeza para que saliera a la calle esa noche.

Con las mismas palabras que Tess le había dicho días atrás, Jacqueline se separó y lo miró a los ojos, intentando que la calma que tenía su padre se trasladara, aunque fuera un poco, a su interior. Al mirarles a los ojos, se dio cuenta de que ellos también sentían el mismo dolor que ella, por más que no pudieran estar en su lugar. Su corazón no dejó de decirle que tenía que hacerlo por más que sintiera un pánico atroz por volver a casa. Se sentía tan bien en casa de su mejor amiga que, por un segundo, se imaginó viviendo ahí con ella, sin tenerse que plantear marcharse en algún momento.

Invadiendo una vida que no era de ella en absoluto.

Ahí tenía la gran verdad.

—¿Qué voy a hacer si no puedo ni atravesar la puerta? —preguntó, imaginándose la situación.

—Pues esperaremos contigo hasta que te veas capaz. —Tess fue quien habló y se acercó a ella con una sonrisa en los labios y las ganas de encerrarla entre sus brazos—. Eres más fuerte de lo que parece, Jackie —añadió, ante la incrédula mirada de su amiga—, por mucho que te digan que no, o que te hagan parecer una persona fría, yo creo que tu mejor característica es la fortaleza que tienes de corazón. Si hoy has podido venir a comprar al mercado conmigo, también podrás hacer esto, pero todo a su paso, ¿vale? Julian también estará encantado de venir con nosotros.

Jacqueline se quedó en silencio durante unos segundos, meditando en todo lo que podría pasar. Gran parte del peso que tenía en el corazón se disipó al volver a mirar a su padre y al chocar con la calma de una Tess que debía estar sufriendo lo suyo solo por aguantar sus quejas.

Y tal vez fue ese el motivo justo por el que asintió y tomó aire.

—Está bien, pero lo haremos la semana que viene. Estas noches están siendo muy difíciles en el trabajo y no quiero empañar la velada de muchos —aclaró cerrando sus manos en puños—. Podemos aprovechar la próxima rotación, ¿os parece?

—A mí me parece una idea fantástica —afirmó su padre, y no tardó en llevar su mano arrugada a la mejilla de ella—. Verás cómo va a ir bien, cariño. No tienes que preocuparte por nada.

Quiso dar razón a sus palabras, pero lo cierto es que estaba aterrorizada por dentro, y al volver a sentarse y ponerse a comer, lo único en lo que pudo pensar es en cómo haría las cosas para intentar no derrumbarse en cuanto traspasara la puerta de su hogar.



15 EL PRIMER PASO

Nueva York volvió a amanecer con lluvia, y las nubes descargaban con una fuerza que te invitaba a quedarte en casa. Eso fue lo que pensó Jacqueline nada más abrir los ojos, que no parecía el día indicado para dejar las sábanas y zambullirse en algo tan peligroso como revivir una pérdida que todavía le despertaba por las noches abrazada en pesadillas. Dentro del coche de Julian todos permanecían en silencio, mirando el movimiento de las calles como si fueran a descubrir algo totalmente diferente. Tess estaba en el asiento de atrás, agarrada de su brazo, dándole las fuerzas necesarias para poder llegar a su apartamento y dar un paso hacia el interior.

Charles ya los esperaba en la entrada con gesto serio, refugiándose de una tormenta que no tenía pinta de querer amainar en varios días. El coche se detuvo y Julian apagó el motor, girándose para encarar la mirada de sus dos amigas mientras esbozaba una sonrisa tranquila que le hizo rascarse la barbilla.

—¿Quieres quedarte aquí un poco más? —preguntó dirigiéndose a Jacqueline, quien negó mientras echaba un vistazo al edificio.

En las cristaleras cayó el reflejo de un arcoíris que no aparecía a la vista del mundo y eso la dejó con una sensación curiosa en el estómago, como si alguien la estuviera invitando a pasar. Así que, se quitó el cinturón de seguridad y cerró los ojos un par de segundos para recoger las fuerzas necesarias que la ayudaran a salir del coche.

Su padre dio dos pasos y abrió el paraguas para evitar que ella se mojara, abrazándola en cuanto la tuvo cerca. Nunca había sentido tanto la necesidad de que alguien lo hiciera así.

—¿Cómo te sientes?

—Creo que bien —aseguró ella, dejando las manos en las mejillas de su padre—. Gracias por haber venido, hace un día horrible, no quiero que te enfermes, tienes mala cara.

—¿Todavía no sabes que estoy hecho de roble? —Charles bromeó y besó la frente de su

hija antes de saludar a los demás, quienes corrieron desde el coche para evitar que la lluvia los empapase—. Solo me duele un poco la cabeza.

—Este otoño está siendo rarísimo —protestó Julian—, parece como si el invierno quisiera instalarse aquí eternamente.

—Pues a mí me gusta, no sé, yo ya estoy pensando en la cantidad de películas que voy a ver acurrucada en el sofá —explicó Tess.

Julian bufó mientras ella se encogía de hombros, recordando que su amiga era una gran adicta a Hallmark Channell, sobre todo en la época de frío, y entonces se la imaginó pasando horas y horas sin ni siquiera contestar al teléfono.

—Tenemos que ver algo juntas. —La propuesta de Jacqueline la dejó paralizada y hasta le costó reaccionar cuando ella abrió el portal del edificio.

Su mejor amigo le pegó un codazo y Tess pronunció un «¿Qué?» que evitó decir en voz alta para evitar una situación todavía más vergonzosa. Odiaba cuando Julian se ponía tan impertinente, como si no tuviera ya bastante con los sentimientos que no podía sacarse por más que lo intentara o hubiera tratado de tener alguna cita.

Los cuatro saludaron al portero y entraron en el ascensor en silencio. Jacqueline tomó la iniciativa y cerró sus manos tratando de que los nervios no empezaran a controlarla de nuevo. Cuando la pantalla marcó el piso número nueve, las puertas se abrieron y su mirada encaró el horizonte como si tuviera kilómetros y kilómetros por recorrer, pero, aun así, no le costó dar el primer paso. El camino se le hizo corto, incluso se sintió con deseos de atravesar la distancia para volver a tocar la puerta que solía separarla de la mejor sonrisa que había creído ver jamás, y fue justo en ese momento, cuando se le empezó a dificultar la respiración.

Jacqueline puso la mano en el marco y se imaginó a Susan caminando por dentro, con ese ruido característico que solían hacer sus tacones. Cada vez que llegaba a casa, le era fácil reconocer que ella estaba ahí y eso la hizo sonreír, quedándose en un recuerdo que deseó que se convirtiera en realidad.

—Tómate el tiempo que necesites, cariño. —Su padre la tranquilizó acariciándole la espalda, dándole ese apoyo que siempre tuvo de él, un hombre que vivía por y para su familia.

Los dedos le temblaron al meter la mano en el bolso que llevaba colgado en su brazo izquierdo, haciendo que le costara encontrar las llaves de su apartamento, que estaban escondidas como si quisieran darle el tiempo suficiente para hacerse a la idea de lo que se iba a encontrar en su interior.

Frío, una sensación de vacío que no solo la congeló por dentro, sino que la dejó con una

pena que era capaz de estrujarle el corazón. Jacqueline mordió su labio inferior y sintió cómo los ojos se le anegaban en lágrimas en cuanto miró hacia el salón y no vio ni un solo signo de vida ahí dentro. Por un momento, cerró los ojos y pudo imaginarse a Susan, yendo hacia ella para rozar con los dedos sus mejillas y darle un beso de bienvenida que siempre sabía a un «Te he echado de menos» y entonces, el dolor se profundizó mucho más en su pecho, sobre todo al recordar el mensaje de la que fue su mujer, comprendiendo que ese amor ya se había esfumado.

—Hagámoslo de una vez. —Las fuerzas le llegaron del enfado y la frustración que recordarlo le produzco, y aunque los chicos se miraron extrañados no tardaron en seguir sus pasos hacia el interior de una casa que sí parecía diferente con ese vacío acariciando las paredes.

Charles se quedó en el salón quitándose la chaqueta mientras se preguntaba qué debía o podía hacer. Su hija tenía que dar el primer paso, ella era la que debía recorrer la estancia para darse cuenta de que ya no quedaba ni una sola esperanza porque Susan fuera a aparecer. Pero los presentes sabían muy bien que nunca podrían llegar a entender ese duro proceso, aunque en algunos instantes también se hubieran enfadado con ella por una actitud que, en el fondo, era muy normal.

Jacqueline se deshizo de la bufanda que llevaba puesta y también dejó el abrigo sobre el sofá, lanzando un suspiro que se llevó parte de la pesadez que se había instalado en su estómago.

—¿Qué hacemos nosotros? —Tess carraspeó y esperó a que su amiga le diera la respuesta, aunque con cierto temor a que ella no supiera por dónde empezar.

—Por el dormitorio —indicó y no tardó en perderse por el pasillo.

Julian asintió y siguió sus pasos sin mediar palabra y, a partir de ese momento, el resto del mundo desapareció.

Los minutos pasaron en silencio, con una Jacqueline entera en unos ratos y derrotada en otros. El lado del armario de Susan quedó prácticamente vacío, al igual que la mayoría de sus cajones. Poco a poco la ropa se fue acumulando encima de la cama a la espera de que Charles llegara con unas cuantas cajas para donarlo todo a las personas que no tenían recursos. Decenas de imágenes se le pasaron por la mente, recordando momentos en los que llevó un jersey en concreto, o las camisas que tanto le solían gustar y, de hecho, hubo una en concreto de la que no se pudo deshacer.

Con el dolor apretándole el corazón, cerró los ojos y rememoró una tarde de otoño cuando pasearon de la mano bajo una hilera de árboles que daban a Central Park un aspecto digno de pintar en un cuadro; y, por un segundo, se sintió afortunada por haber tenido la oportunidad de experimentar ese tipo de felicidad. Porque a lo demás ya no tenía sentido darle vueltas, y lo tenía muy claro.

La ropa quedó guardada y, después de comer algo en un restaurante cercano, se ocuparon de guardar las carpetas y los efectos personales que había de Susan en una pequeña sala que le servía de despacho. Jacqueline se quedó con un par de fotografías, también con la pluma favorita de ella y decidió que el resto viajara a casa de sus padres para que ellos fueran los que decidieran que hacer con todo. Las manos le temblaron de vez en cuando, pero Tess estuvo ahí a cada momento, siendo ese muro necesario en el que apoyarse cuando creía estar a punto de derrumbarse.

Y, de repente, aquel hogar de dos se convirtió en un lugar en parte desconocido para la mujer que se limpiaba las lágrimas, parada en mitad del salón observando las vistas de Chelsea como si el barrio se le hiciera totalmente desconocido , como si de nuevo tuviera que volver a empezar.



16 FRÍO

Pasar las Navidades en el Emerald ya formaba parte de una tradición que a Tess le gustaba vivir cada año. Tras la muerte de sus padres se había acostumbrado a celebrar las fechas de una forma diferente y, ahora, le hacía mucho más feliz poder ver las sonrisas y buenos deseos de otras familias que organizar cenas en casa o comidas en cualquier restaurante. Frente al espejo, se arregló la pajarita roja que formaba parte del uniforme durante esas dos semanas y después se recogió el pelo en una coleta alta que resaltaba mucho más su mirada, dándole un aspecto por el que muchas personas suspiraban sin que ella fuera consciente.

Su móvil volvió a vibrar encima del lavabo y vio el mensaje de Angela, una mujer que había conocido hacía unos cuantos días gracias a Julian.

Tras la vuelta de Jacqueline a su apartamento a mediados de diciembre, su amigo había tomado la decisión de que ya era hora de olvidar sus sentimientos y, con las mismas, tardó poco en presentarle a una conocida de su hermana que trabajaba en el Museo Metropolitano de Arte. Al principio, pensó que no tendrían nada en común pero, con el paso de los días, Tess se había dado cuenta de que compartían más gustos de los que creía.

—¿Y si esto es una idea horrible?

Su voz recorrió las paredes a pesar del susurro, dándose cuenta de que tal vez no era buena idea usar la técnica de intentar olvidar a alguien conociendo a otra persona, pero con recordar la última charla que tuvo con Julian era más que suficiente para intentar dar un paso hacia delante. Y, a esas alturas, hasta ella misma se estaba empezando a convencer de que tenía que dejar ir de una vez sus sentimientos hacia Jacqueline.

Angela: Mañana será un día horrible, pero estaba pensando que tal vez nos podamos ver cuando termine la jornada.

Al leer el mensaje, se quedó pensativa un rato, recordando las últimas veces que había salido de trabajar para acabar viendo una película de Hallmark Channel con su mejor amiga en casa; en realidad echaba de menos su compañía desde que había regresado a su casa y ese fue el

motivo principal por el que empezó a escribir.

Tess: Puedes pasar a recogerme.

Tras bloquear la pantalla, silenció el teléfono y se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón, lista para empezar con otra noche mágica en el Emerald.

Como siempre, todo el equipo recibió las respectivas instrucciones por parte de Jacqueline y esta, una vez más, puso en valor el trabajo de una plantilla que desempeñaba una labor increíble en esas fechas tan importantes. Julian se posicionó tras la barra, pero no perdió la oportunidad de llamar la atención de Tess para que se acercara, y en cuanto estuvo frente a él supo por su expresión que estaba a punto de sacar su versión más cotilla.

—¿Alguna novedad?

—¿Eres consciente de que me has preguntado eso antes de entrar? —El gesto que puso estuvo a punto de hacerla reír, pero se contuvo únicamente porque estaban en el trabajo.

Tess apoyó las manos en la barra y se acercó un poco a él para poder decirle lo que quería cerca del oído.

—Hemos quedado mañana —dijo, y Julian se apartó llevándose las manos a la boca en un gesto exagerado que Jacqueline vio en la lejanía—. Pero no te hagas ilusiones, solo nos hemos visto un par de veces.

—Teniendo en cuenta que nunca has tenido una tercera cita con las mujeres que te he presentado en estos años, ya lo considero ganancia.

—Te tomas las cosas muy en serio —añadió Tess y él no se molestó en negarlo—. En fin, ya veremos cómo va la cosa, tampoco tengo muchas esperanzas de no cagarla como siempre.

—Conque te guste estar con ella, a mí me vale. Necesitas salir de esa burbuja en la que te has metido tu solita, así que dedícate a disfrutar un poco.

—Sí, mi capitán. —La broma por parte de Tess hizo que Julian sacara la lengua con gesto de odio fingido y después le dio un beso en la mejilla, dispuesta a empezar a trabajar—. Espero que no tengas a muchos clientes quisquillosos hoy.

—Ja, ya quisiera yo —bufó él, cogiendo el trapo para empezar a limpiar la barra—. No sé qué más odio de la Navidad, si la gente así o tener que soportar las penurias y arrepentimientos de otros.

—Está claro que lo segundo no —se burló Tess, provocando que su amigo abriera la boca por el asombro—. No te canses mucho —añadió, y sin concederle respuesta se giró para despedirse con la mano.

El restaurante empezó a llenarse diez minutos después, y muchos de los clientes que solían

ser habituales por allí volvieron al Emerald para disfrutar de una última noche con sus compañeros y amigos, antes de iniciar el siguiente año laboral tras las fiestas. Concentrada en su trabajo, Tess iba con la bandeja en la mano de un lado a otro recorriendo el comedor principal como si pudiera hacerlo hasta con los ojos cerrados. Muchos la felicitaron, dándole las gracias por un servicio excelente otra festividad más y eso le puso una sonrisa en los labios.

Consciente de esa bonita imagen, Jacqueline dejó un momento la supervisión de la zona más tranquila y fue hacia allí para darle un toque en la espalda y llamar su atención.

—¿Te ocupas tú de las mesas 30 y 31? El señor Robins ha organizado una cena para algunos accionistas y no quiere que otro camarero les atienda.

Tess estiró el cuello y vio al hombre de unos cincuenta años levantar su copa de vino para realizar un brindis por el que sus acompañantes aplaudieron.

—Sin problema —dijo ella, y enseguida se llevó la mano a la nuca—. Como Julian se entere de que está aquí, le da algo, siempre saca alguna pega a sus cócteles. —Tess esbozó una sonrisa divertida y se acercó a Jacqueline para poder susurrarle algo—: Mejor que no tenga ni idea, así se lo curra más, hoy está de subidito...

—Qué mala eres a veces. —Jacqueline levantó una ceja y se abrazó a la carpeta que siempre llevaba consigo en un gesto que rompió la seriedad que solía adoptar en el trabajo—. Por cierto, ¿qué ha sido lo de antes? Parecía como si estuvierais tramando algo.

—Mañana he quedado con alguien, y ya sabes cómo se pone, a veces es peor que un crío.

Jacqueline asintió, pero ninguna palabra salió de sus labios. No supo bien por qué se quedó tan sorprendida, al menos hasta que Tess se llevó su mechón más rebelde tras la oreja y pudo juntar unas cuantas sílabas.

—Eso es estupendo, no me habías dicho nada —soltó, dándole a eso una importancia que en realidad no debía tener, tampoco es que le hubiera preguntado.

Pero sí le sorprendía por el hecho de que últimamente Tess no parecía interesada en conocer a nuevas personas.

—Ya, es que ni yo estaba segura de aceptar, pero supongo que ya es hora de ir... —Los nervios estuvieron a punto de jugarle una pasada aunque, por suerte, logró reponerse de inmediato—. Ya sabes, volver al mundo de las citas.

—Sí —susurró Jacqueline, intentando ordenar mejor las palabras que revoloteaban por su cabeza—. No puedo acaparar más tus noches viendo películas en tu casa.

Tess recordó una de sus últimas «citas», cuando pidieron comida china y se comieron una tarrina enorme de helado, dignas protagonistas de una película romántica.

—En realidad sabes que puedes venir siempre que quieras, Kala también te echa de menos. —Las mejillas de Tess ardieron por su confesión, pero no se arrepintió en absoluto de hacérselo saber—. Y allí siempre vas a tener un lugar en el que dormir.

—Lo sé, muchas gracias; pero como dijo mi psicóloga, ya iba siendo hora de volver a la normalidad o, al menos, intentarlo. Y así mi padre también descansará un poco —afirmó con gesto cansado—, no quiero darle más dolores de cabeza, así que, gracias.

Aunque no era nada profesional, Jacqueline abrazó a Tess y le dejó un beso en la mejilla, separándose para carraspear mientras echaba un vistazo a su alrededor, tenían que volver al trabajo o se la jugarían con un George que, por esa época, solía estar bastante encima de ellos. Con la carpeta de nuevo contra su pecho, vio cómo su mejor amiga se alejaba con la bandeja en la mano hacia las mesas que le había indicado. La coleta se movía con cada uno de sus pasos y esa imagen se quedó grabada en su cerebro durante un buen rato, junto a la sonrisa que le vio esbozar en cuanto llegó a su destino y empezó a tomar nota de lo que los comensales deseaban cenar. Un sentimiento de vacío se instaló en su pecho y la hizo soltar un suspiro que pareció estar cargado de tristeza y frustración.

Volver a vivir en su apartamento no estaba siendo nada fácil. A veces la soledad era tal que deseaba salir corriendo y perderse en cualquier lugar de Nueva York con tal de no tener que soportar un silencio que la agujereaba por dentro. El último par de semanas consistieron en un montón de noches sin dormir y pilas de novelas que leyó hasta que las ojeras se instalaron en sus párpados convirtiéndose en una segunda piel. El maquillaje lograba ocultarlas, pero nada podía borrar ese sentimiento que, incluso en ese momento, viajó por todo su cuerpo con la ayuda de cada latido.

—Será mejor que vuelva al trabajo —dijo, sin darse cuenta de que lo había pronunciado en voz alta.

Julian la saludó en la lejanía con un guiño que ella correspondió con un asentimiento y un segundo después volvió a concentrarse en sus anotaciones, intentando no pensar en nada más. Mostrarse débil, necesitada, frágil o indefensa nunca había sido lo suyo y tampoco estaba en sus planes, así que se puso la coraza de indiferencia hacia la vida y se centró en lo que mejor sabía hacer: dirigir a un equipo que cada noche seguía dándole todo en el Emerald.

Tras comprobar cómo todas las reservas seguían su curso normal, llamó la atención de David para pedirle que echase una mano en la zona de la terraza.

—¿Y qué pasa con el resto de mesas?

—Yo tomaré nota de las comandas, Claudia no puede ocuparse sola, hoy no ha fallado ninguna reserva y ha venido mucha gente —se lamentó Jacqueline, y el chico de ojos oscuros

asintió, tratando de no agobiarse ante la gran cantidad de trabajo que tenían esa noche—. Coge aire, y cuando veas que la mayoría de los clientes ya tienen su plato en la mesa, tómate cinco minutos para respirar.

—¿Y tú cuando...? —David se llevó una mano a la nuca y enredó los dedos con los mechones de pelo rizado que rozaban su piel.

—No pienses en mí, ¿vale? Ahora ponte a trabajar.

Él asintió y Jacqueline le dedicó una sonrisa antes de ponerse otra vez en piloto automático y recorrer la sala de un lado a otro sin dejar de informar a la zona de pase de los diferentes pedidos, ocupándose incluso de tareas que no estaban asignadas a ella. La noche llegó tan pronto a su fin, que no se sintió exhausta por el trabajo; pero, al despedirse de los chicos y llegar a casa, la capa de fortaleza cayó de inmediato, dejándola con un temblor en las manos y un dolor en el pecho al que ya estaba empezando a acostumbrarse. Por suerte, se le había dado bastante bien fingir que poco a poco superaba lo ocurrido y que ya no necesitaba acaparar más la vida de otros cuando, en realidad, se moría por estar lejos de ese lugar.

El sofá seguía vacío, igual que el resto de la casa, y una vez más se tumbó ahí a la espera de cerrar los ojos y caer en un profundo sueño donde Susan continuaba viviendo con ella. En su dormitorio la cama seguía hecha, como lo estuvo cada uno de los días desde que Jacqueline volvió a su apartamento, por miedo a hundirse en una soledad que, cada amanecer, le seguía helando más los huesos.

Tumbada se dedicó a mirar el techo en un intento por contar las imperfecciones que este mostraba, hasta que el cansancio logró que sus pensamientos se apagaran y hasta que la realidad volviera a llamar a su puerta.



17

LAS PRÓXIMAS VECES

Tess se desesperó cuando vio otro mensaje de Julian pidiéndole que se lo pasara bien y que procurara informarle de todo en cuanto volviera a casa, sin importar el momento y la hora. Habían pasado solo quince minutos desde que se despidieron y ya estaba de los nervios por su culpa. Sus mejillas se enfriaron por las bajas temperaturas y no tardó mucho en taparse casi toda la cara con la bufanda de lana que llevaba puesta. Con las manos en los bolsillos, recordó el último gesto de Jacqueline antes de que ella se marchara a casa mientras que, en su interior, algo le decía que no se encontraba tan bien como les hacía ver a todos.

Durante un momento pensó en cancelar su cita y acompañarla a casa, pero en cuanto vio a Angela aparecer al doblar la esquina, la idea se esfumó por completo. Un cosquilleo cargado de inseguridad se le instaló en el estómago al verla caminar hacia ella, con su pelo suelto y ondulado, bailando con unos pasos que la hacían realmente atractiva. La mujer se llevó un mechón de pelo rubio tras la oreja y no tardó en dedicarle una sonrisa de labios rosados.

—Dime que no llevas mucho esperando —comentó antes de abrazarla y darle un beso en la mejilla.

—Hemos salido hace diez minutos, hoy el turno se ha alargado muchísimo y casi me han dado ganas de cometer un asesinato. —La broma de Tess hizo que Angela se echara a reír.

—Te entiendo perfectamente, a veces en el museo también me lo tengo que pensar bastante.

Esta negó con la cabeza y metió las manos en los bolsillos de su abrigo color canela, quedándose en silencio mientras la observaba y guardaba en su memoria una imagen que la hizo morder sus mejillas por dentro. Tess se había maquillado un poco y bajo su chaqueta llevaba un jersey que marcaba su cintura, algo sencillo pero que la hacía ver muy guapa.

—¿A dónde te apetece ir? —Tess carraspeó y dejó a un lado los nervios para evitar que

estos la hicieran quedarse en un incómodo silencio.

Angela se llevó el dedo índice a los labios y se dio un par de golpecitos para terminar por agarrarla del brazo y tirar de su cuerpo.

—Hay un restaurante de influencia internacional que me encanta y abre hasta las dos —informó echando un vistazo al frente, donde la falta de gente convertía las calles en un paraíso digno de recorrer—. Está en la calle Sullivan a unos veinte minutos de aquí. Podemos dar un paseo o coger un taxi, lo que tú prefieras.

—Me dejaré guiar por ti —confesó Tess, y al decirlo en voz alta le pareció un plan increíble—. Últimamente vivo encerrada entre el metro, el restaurante y mi casa, así que me vendrá bien que me dé un poco de aire, aunque esté tan frío.

—Pues dicho y hecho. —Angela se apretó contra su cuerpo y empezó a caminar, haciendo ruido con los botines que llevaba puestos a juego con unos pantalones negros ajustados.

Hacía relativamente poco que se conocían, pero Tess se había dado cuenta de que ella tenía la capacidad de dejar que otros la conocieran con unas pocas palabras.

Stanton Street estaba desprovista de grandes edificios y a Tess le recordó un poco a Little Italy y sus noches estrelladas, sin evitar fijarse en el cielo en cuanto empezaron a caminar tras dejar atrás el Emerald. Hubo un silencio entre ambas de un par de minutos que aprovechó para respirar y coger aire, e intentar liberarse de los nervios y disfrutar de la compañía de una mujer por la que sentía mucha curiosidad. Al mirarla a los ojos se dio cuenta de la bonita mezcla de colores que las luces de las farolas y de los establecimientos creaban, enredándose con el tono miel de sus iris. Tenían cierto misterio, como si guardaran un montón de vivencias que podrían contarse en una saga completa de libros, y por primera vez en mucho tiempo deseó abrir esa puerta con alguien, saber qué se escondía más allá de una sonrisa.

—¿Cómo llevas las fiestas? ¿Las pasas con tu familia? —A pesar de ser una pregunta típica, la gente solía decir que se conocía mucho a una persona a través de lo más típico.

—La verdad es que no, viven en Florida y tengo muchas ocupaciones en el museo; será la primera vez en años que no puedo ir con ellos, pero intentaremos hacer una videollamada para cenar. —Angela dibujó un gesto de tristeza durante unos segundos, pero enseguida lo borró para centrarse en la bonita sonrisa de la mujer que tenía al lado—. Tampoco será la última vez que esto nos pase, yo decidí irme al otro lado del país, así que tendré que pensar en algún plan improvisado. ¿Qué me dices de ti?

—Yo no tengo familia con la que celebrar las fiestas. —Cuando ella la miró, Tess intentó quitarle importancia encogiéndose de hombros—. Mis padres no tenían hermanos y ellos ya no están aquí, así que me he acostumbrado a pasarlas en el Emerald, con las familias que vienen a

cenar con nosotros. Es algo diferente, pero en el fondo es divertido y muy acogedor.

Angela quiso decirle un «Lo siento» que se quedó en el pensamiento porque la mujer que caminaba a su lado parecía ser capaz de encontrar la parte bonita de una catástrofe, y no mostró poco más que cierta melancolía en unos ojos marrones oscuro que se veían preciosos de noche.

Al doblar la esquina, las luces de las farolas marcaron un recorrido de luciérnagas convertidas en farolas que la dejó con una sonrisa en los labios y una idea que no dudó en pronunciar en voz alta.

—Si quieres podríamos celebrarlo allí, juntas. —La propuesta hizo que los pies de Tess se quedaran clavados en el sitio. Angela estuvo a punto de reír y tuvo que apretar los labios para evitar hacerlo por el gesto que había puesto, lo que la hizo negar y llevar una mano a su brazo—. Te sorprenden fácilmente por lo que veo.

Tess seguía en silencio sin saber muy bien qué decir e, inevitablemente, se colocó tras la oreja un mechón inexistente que creó una escena bastante divertida, digna de recordar en noches como esa.

—No puedo decir que no —comentó por fin, intentando coger todo el aire posible.

—¿Y bien? Si no te apetece puedes decírmelo sin más, no me gustan los rodeos, prefiero que la gente sea clara en cuanto a lo que siente y piensa. A estas alturas de mi vida, no quiero perder el tiempo.

Aunque sonó dura, en realidad fue acorde con su forma de ser. Tenía casi cuarenta años y ya no estaba para tener citas a la ligera o pensar en el amor como algo pasajero. Angela levantó ambas cejas con gesto de impaciencia y un toque de diversión, ver a Tess con los nervios —que no las dudas— a flor de piel, la hizo preguntarse por cuántas cosas más lograría ponerla así y la idea le gustó más de lo que admitió cuando la conoció.

—Creo que estaría muy bien —admitió carraspeando para evitar verse más torpe de lo que ya parecía, porque su interior seguía debatiéndose entre los dos extremos de unos sentimientos que parecían querer jugar por ver qué ganaba: dejarse llevar o quedarse en campo conocido—. Madre mía, debo verme horrible —añadió después, llevándose el dorso de las manos a la mejilla para coger aire y hacer que Angela riera esta vez de verdad.

—A mí me pareces una mujer increíble, Julian me dijo que llevabas mucho tiempo sin pensar en salir con gente.

—Maldito idiota, siempre aireando las intimidades de los demás, ¿no te dan ganas de matarlo también a veces? —Las dos afirmaron y bufaron antes de que Angela volviera a cogerla del brazo para seguir caminando—. Aunque esta vez tengo que darle la razón, llevo muchos años

sin darme la oportunidad de conocer a alguien o pensar en tener más que unas pocas citas.

—¿Puedo saber por qué? —Los ojos de Angela chocaron con su mirada y eso hizo que se le secara la garganta.

Tess creyó no poder responder a su pregunta porque inmediatamente Jacqueline se le plantó en la mente, pero, por alguna razón, no se sintió mal como en días pasados y pudo responder sin más.

—Un amor no correspondido, creo que lo alargué más de la cuenta —expuso sin que su estómago le diera un pinchazo como le había pasado en otras ocasiones—, así que aquí me tienes, como si volviera a tener veinte años y hubiera salido al mundo de las citas otra vez.

—Pues me gusta ser la que lo esté viviendo.

Angela contuvo las ganas de pararse en mitad en la calle y besarla. Todo el mundo la conocía por ser una persona atrevida, que nunca iba con medias tintas, pero al mirar a los ojos de Tess supo que deseaba esperar a un momento especial, cuando pudiera mirarla y ver en estos las ganas de verdad. Decir que no se lo había imaginado desde el primer instante en que la conoció sería mentir. La conexión con ella fue inmediata y en cuanto la vio atravesar la puerta de la cafetería donde quedaron por primera vez la dejó boquiabierta, hasta el punto de soñar con ella, en un intento por descubrir la forma de sus curvas con los dedos. El calor le bajó por el cuerpo y se instaló en su vientre con tanta crueldad que tuvo que apretar los labios y coger aire para pensar en otra cosa.

Cinco minutos después, llegaron al Blue Ribbon Brasserie comprobando a través del ventanal que, para su alivio, aún quedaban algunas mesas libres, así que Angela tiró de ella y atravesaron la calle para plantarse allí en cuestión de segundos. El ambiente en su interior parecía tranquilo y, en cuanto un camarero las atendió, se sentaron en la zona más tranquila del restaurante, para pedir una ensalada César que compartir y dos opciones del menú que nunca habían probado: un sándwich tostado de *bacon* y cebolla caramelizada para Tess y el *skate* para Angela, un plato de patata picada con langostinos y carne de cerdo.

—Y un par de copas de Frizzante, por favor. —Tess tomó la iniciativa con el vino y se remangó el jersey para apoyar los codos sobre la mesa y descansar la barbilla en sus manos sin perder de vista a Angela—. Cuéntame qué te gusta hacer cuando no tienes ganas de matar a alguien en el museo.

—Buscar a una buena cómplice de asesinato como tú —bromeó ella, pero siendo tan directa que volvió a dejar a la mujer que tenía delante sorprendida—. Soy mucho de pasear por la ciudad y perderme entre las tiendas, voy a correr cuando puedo por Central Park, al cine y, de vez en cuando me pierdo en la bolera, me encantan los bolos.

—No tengo idea de jugar —confesó Tess con una segunda intención que no intuyó hasta que esas palabras salieron de tus labios—. Supongo que tendremos que ir juntas la próxima vez —propuso encantada.

—Solo si me dejas que te enseñe a mi manera. —El tono en la voz de Angela delató algo más, pero no se arrepintió en absoluto y cuando el camarero les sirvió la copa de vino, levantó esta para hacer un brindis—. Por las próximas veces.

—Por las próximas veces —repitió Tess y bebió sin apartar la mirada de ella, esbozando una sonrisa que, por primera vez, no estaba dedicada a su amor no correspondido y que la hizo querer dejar todo eso encerrado tras una puerta.



LO QUE NO QUIERO ADMITIR

Sus labios se fundieron en un beso húmedo que las llevó a necesitar respirar. El pecho de Tess subía y bajaba con tanta rapidez que tomar aire se volvió una tarea complicada, algo que subsanó en cuanto volvió a la boca de Angela a la vez que sus pies se movían con torpeza por terreno desconocido. Tenía los dedos arrugados en el abrigo de ella y un segundo más tarde, ya estaba deshaciéndose de la prenda para dejarla caer sin miramientos, buscando la calidez de un cuello que al tacto le pareció suave, digno de perderse entre besos, algo que no tardó en hacer.

El cosquilleo provocó que Angela soltase una risilla por culpa de una caricia que le puso los pelos de punta y contrajo su vientre con una calidez que empezó a subirle por todo el cuerpo. Sus manos se movieron con rapidez buscando el tacto de una piel erizada que pidió más en cuanto volvió a besar a Tess. Esta necesitó respirar y se quedó mirando los ojos miel de la mujer que tenía delante y que se mordía el labio inferior, borrando el color rosado para dejarlos hinchados y con deseos de seguir besándola. La luz de las farolas se filtró por las ventanas y dibujó sus sombras sobre el suelo de un apartamento que olía a vainilla, igual que su piel.

—¿Seguro que...? —Angela habló con la voz entrecortada, queriendo hacer una pregunta que Tess no le permitió formular, porque enseguida le demostró con un beso en su cuello que quería estar ahí.

Cuando volvió a sus ojos descubrió que el deseo se había instalado en la oscuridad de estos, como si estuvieran preparados para convertirse en una tormenta de proporciones épicas, de esas que te marcan la piel durante días. Sintió sus manos colarse por debajo de la ropa y lanzó un suspiro que la hizo echar la cabeza hacia atrás mientras era devorada por una mujer que había sido poseída por un cúmulo de emociones que todavía no podía descifrar.

Tess se dejó llevar sin querer entenderse, sin preguntarse por qué o si aquello estaría bien o no. Por primera vez en mucho tiempo solo pensó en disfrutar, en hacer lo que le pedía el cuerpo, y por eso volvió a besar a Angela, apartando la melena de su cuello para dejar unas cuantas

caricias ahí con la lengua. A pesar de las prisas, se tomó su tiempo para desnudarla, mientras caminaban al dormitorio, dejándose caer en la cama entre risas.

El pelo de Tess cayó por sus hombros y acarició las mejillas de Angela cuando apoyó las manos a cada lado de su cabeza. Esta le sonrió y se movió bajo su cuerpo hasta llegar a sus pantalones y quitárselos, dispuesta a acariciar cada tramo de piel sin descanso, descubriendo la forma de unas curvas que la atraían como el dulce más delicioso. En sus ojos pudo ver que sentía algo de vergüenza, tal vez porque hacía tiempo que no se mostraba desnuda ante alguien, o puede que por recuerdos que en ese momento no pensaba sacar a relucir. Lo mejor que hizo fue repartir caricias en el vientre de ella mientras se besaban, y el pequeño mordisco que Tess le dio en el cuello encendió con más fuerza la llama, provocando que gimiera y que se perdiera entre sus labios sin querer encontrar el final.

—¿Te han dicho alguna vez que eres preciosa? —pronunció Angela entre susurros, pegando sus labios al oído de ella para atrapar el lóbulo de su oreja entre los dientes y así poder escuchar un gemido que la dejó encantada y con ganas de más.

La respuesta por parte de Tess llegó con una sonrisa pícara que no dudó en mostrar antes de quedarse de rodillas y atraerla hacia su cuerpo, buscando su hombro con la boca, besándola hasta alcanzar uno de sus pechos y erizarle la piel endureciendo su pezón. Angela disfrutó del cálido tacto cerrando los ojos, imaginando el movimiento de sus manos mientras recorría su piel hasta llegar a sus mulos, donde clavó los dedos con un deseo que no recordaba haber visto en nadie.

Tess introdujo la mano entre sus piernas acariciando la humedad de su sexo a la vez que saboreaba su piel llevándose la vainilla con los labios y dejando zonas rojizas por sus mordiscos. Estaba deleitándose con una mujer que empezó a mover las caderas en cuanto sintió cómo acariciaban su clítoris. El placer fue tal que su vientre se contrajo y sintió el calor subirle a la vez que empezaba a sentir la humedad mojando el interior de sus muslos. Le fue imposible contener el gemido que se escapó de su boca y, sin pensárselo dos veces, buscó el cuerpo de su amante, acariciándola desde la cintura hasta subir por toda su espalda, quedándose unos segundos en su cuello y bajando por su pecho para llevarse unos cuantos gemidos que atrapó en sus labios sin parar el ritmo que marcaban sus caderas.

Quiso pedirle que no se detuviera ni un segundo, pero no le hizo falta, porque Tess supo cómo complacerla sin necesidad de que le dijera nada y cuando introdujo un par de dedos en su interior, abrió los ojos para clavar la mirada en ella y disfrutar de su expresión mientras entraba y salía de su cuerpo.

—¿Te gusta? —preguntó con la voz algo ronca, temiendo perder la cordura más pronto que

tarde.

—Me encanta, pero tú mucho más —aclaró Angela, mordiéndole su labio inferior—. Estoy deseando escucharte.

Fue inevitable que Tess no dibujara una sonrisa nerviosa en su cara, como también que ella no se tomara el atrevimiento de sacarle unos cuantos gemidos, atrapando su muñeca para sentirla más en su interior.

Sus bocas volvieron a unirse, saboreándose con la lengua mientras el vaivén de sus caderas las hacía vibrar hasta un punto de no retorno. La humedad empapó sus dedos y se estremeció al sentir las caricias de ella en su sexo. Llevada por el placer, cerró los ojos y empezó a moverse más rápido, aunque lo suficientemente lento como para sentirla mucho más. La piel se le erizó al mínimo contacto y su mano libre viajó desde su cadera hasta la nalgua de una mujer que la estaba volviendo loca.

Cuando la atrajo más a su cuerpo, volvió a besarla y empezó a acariciar su clítoris con el dedo pulgar sin dejar de penetrarla.

Angela echó la cabeza hacia atrás, notando cómo el cuerpo empezaba a temblarle. El movimiento de sus manos se detuvo unos segundos hasta que notó un lametón en la clavícula y volvió al cuerpo de Tess para que se uniera a sus gritos, a ese baile de cuerpos húmedos y sudorosos que clamaban con necesidad las caricias de la otra.

El orgasmo fue tan placentero para ambas que se quedaron sin respiración, con su alrededor girando y una sensación en el vientre que hacía siglos no sentía. Angela le sonrió sobre la boca sin apartar ni un momento los dedos de su sexo, profundizando unas últimas caricias que también le sacaron más de un gemido.

—Ha sido... increíble —dijo Tess todavía entre temblores, fundiéndose en unos ojos color miel que habían adoptado un color más intenso.

—No te rías, pero lo llevaba deseando desde el primer momento que te vi. —Angela no dudó en confesarlo, guardándose en la memoria la expresión que se dibujó en su cara—. Y ya estoy soñando con tenerte otra vez.

Su voz estuvo cargada de deseo, como el beso que le dio a continuación, haciendo que Tess se tumbara en la cama dispuesta a recorrer su cuerpo con las manos y con los labios hasta volver a hacerla estremecer.

...

El sueño se apoderó de su cuerpo hasta que los primeros rayos del sol se colaron a través de la

ventana. Tess se movió en la cama, apretando su cuerpo contra las sábanas, sintiéndose tan bien que no tuvo ganas ni de abrir los ojos. Su piel todavía podía recordar el trazo de las caricias que Angela compartió con ella durante horas, y esa sensación se acentuó cuando la mujer se puso a su espalda y empezó a deslizar los dedos por todo su brazo.

—¿Has dormido bien? —Tess le respondió con un gesto afirmativo y eso hizo que Angela sonriera antes de pegarse más a su cuerpo para besarle en el cuello varias veces.

Después se giró despacio poniéndose boca arriba y se dio unos segundos para disfrutar de ese silencio, hasta que abrió los ojos y se encontró con un intenso color miel brillando en la mirada de Angela. La mañana incidía sobre ella con fuerza, resaltando también su pelo rubio y la piel que había conseguido erizarle decenas de veces horas atrás. Hacía tanto tiempo que no tenía un despertar así, que incluso olvidó lo que se sentía al estar con alguien más en la cama.

—¿Tú cómo has dormido? —preguntó, apoyándose con los codos para poder alcanzar los labios de ella.

—Creo que hacía siglos que no lo hacía tan bien —admitió y lo mejor de todo es que no decía una mentira como en algunas otras ocasiones sí había hecho—. ¿Tienes tiempo para desayunar tranquila? Hoy entro más tarde al museo.

—Sigo en el turno de cenas, así que podemos aprovechar la mañana todo lo que quieras.

La voz de Tess adquirió un tono de picardía, el suficiente para despertar cada uno de los sentidos de Angela, dispuesta a cumplir con esa petición. Enseguida, llevó los labios a su cuello y le acarició la piel provocando que soltara un suspiro y se moviera bajo su cuerpo para poder encontrarse con su calor. Las dos se fundieron en un beso húmedo que pronto las llevó a desear sus cuerpos y ni el sonido de sus respectivos teléfonos logró que se detuvieran en sus intenciones.

El café humeó en la cocina aproximadamente una hora después y mientras echaba un vistazo a su alrededor —y a las piernas desnudas de Angela con solo una camiseta puesta— se dedicó a calentarse las manos con la taza, jugando con el tiempo para desesperar a un Julian que ya le había preguntado tres veces qué tal le fue la noche. Su insistencia era tan adorable que no pudo evitar pensar en la cara que pondría cuando le contara que no había dormido en casa.

—Tostadas con mermelada de fresa —ofreció Angela, poniendo un gesto de disgusto al no tener algo mejor—. Joder, tengo que ir a hacer la compra. Estos días están siendo una locura.

—¿No te parece como si el tiempo pasara así? —Tess chasqueó los dedos y negó para sí misma en un intento por acordarse cuándo fue al supermercado por última vez—. Kala me va a matar como hoy no le lleve sus aperitivos favoritos.

—Tu gata, ¿verdad? —asintió ante la pregunta de Angela, quien tomó asiento en una de las sillas para no perderse ni uno de sus gestos—. Ojalá yo tuviera tiempo para poder criar a una mascota, no sé cómo lo haces.

—Tengo la suerte de que es independiente y que siempre le dejo comida y agua para que pase el día, cuando hay una emergencia Julian me echa una mano. —Tess se quedó en silencio al escuchar el móvil vibrando sobre la mesa e inmediatamente pensó en que seguramente volvería a ser él—. Aunque de vez en cuando, Kala se enfada conmigo cuando no estoy mucho tiempo por casa. —Pensar en sus regañinas la hizo sonreír, gesto que se apagó cuando el teléfono vibró otra vez—. Qué pesado... seguro que es él.

Angela ocultó una sonrisa tras la taza de café, pero cuando vio cómo el gesto de Tess cambiaba por uno sombrío, levantó la ceja con preocupación.

—¿Ha pasado algo?

—Es mi... —Las palabras se atascaron en la garganta de Tess y tuvo que carraspear para volver a hablar—. Es mi mejor amiga, creo que tiene algún problema, ha dicho que me está esperando en casa. Ella, bueno, ha perdido hace poco a su mujer.

—Jacqueline, ¿verdad? —asintió ante la pregunta de Angela y la miró a los ojos con tristeza—. Julian me habla mucho de ella, dice que nos llevaríamos muy bien; también me ha comentado que la estáis ayudando, si tienes que irte podemos quedar en otro momento, la ciudad no va a marcharse a ninguna parte.

Tess mostró un gesto de arrepentimiento, pero al pensar en Jacqueline, se bebió el café corriendo, le respondió que enseguida estaría con ella y abandonó la silla para acercarse a besarla.

—Te lo compensaré, prometido.

Sin mediar palabra, fue a buscar su ropa y se arregló lo más rápido posible para ir al encuentro de su mejor amiga.

Nada más pisar la calle, le entró un mensaje de Angela, e inmediatamente se le instaló un cosquilleo en el estómago que no pudo ignorar por más que lo quisiera.

Angela: El próximo día podríamos tomar algo en Please Don't Tell, te va a maravillar.

Mientras respondía, recordó haber escuchado algo sobre el bar escondido tras una cabina telefónica dentro del restaurante Crif Dogs. Tess sonrió de oreja a oreja, notando cómo las mejillas le dolían y envió un «Me encantaría» que fue acompañado de un *emoji* cariñoso.

East Village parecía estar en comunión con los barrios de esa zona de Manhattan, donde era común que las escaleras metálicas de los edificios estuvieran en la pared principal y no en el

lado trasero del edificio. Con las mejillas ardiéndole por las prisas, cogió el metro y prácticamente corrió hacia su apartamento, donde Jacqueline se mantenía apoyada en la pared, cabizbaja y con una bolsa en la mano. Su sonrisa solo apareció cuando vio llegar a Tess y se mantuvo así hasta que la tuvo delante y se dio cuenta de que llevaba la misma ropa que la noche anterior.

—Has dormido fuera de casa —afirmó más que preguntó.

Su amiga se quedó estática en el sitio y con los nervios a flor de piel se llevó un par de mechones sueltos de su pelo tras las orejas. Al verse en el cristal de la puerta se dio cuenta de que lo tenía prácticamente despeinado y le hizo entrar en un estado de vergüenza absoluta.

—¿Llevas aquí mucho?

—Dime que no he interrumpido nada importante. —La voz de Jacqueline adquirió cierto tono de crispación y, por un momento, se sintió estúpida por haber querido desayunar con Tess —. ¿Hola?

—N-No te preocupes, solo he llegado a tomarme un café.

—¿Café, tú? —No supo bien por qué no podía parar de preguntar, pero algo dentro de ella le hacía desear hacerlo—. He traído unos sándwiches y esos sobrecitos que tanto le gustan a Kala.

—Me acabas de salvar la vida. —Inesperadamente, Tess se lanzó a su cuerpo y la abrazó para darle un sonoro beso en la mejilla sin darse cuenta de cómo había corrido hasta su casa cuando, en realidad, parecía que Jackie no tenía ningún problema serio—. No sabes lo enfadada que ha estado estos días, no he podido ir a comprar.

—Pues ya está solucionado. —Jacqueline carraspeó y se mantuvo en silencio.

Tuvo un intento de esbozar una sonrisa, pero lo cierto es que no lo consiguió. Tess lanzó un suspiro y abrió para ser la primera en entrar. Al seguir sus pasos se preguntó por qué le molestaba tanto el hecho de no haberla encontrado en casa, pero enseguida negó para sí misma, convencida de que lo único que quería en ese momento era disfrutar de una mañana tranquila con ella antes de que el trabajo volviera a ocuparlas.

—¿Por qué no me has esperado en tu apartamento? Podría haberme pasado por allí.

—Quería dar un paseo, ya sabes que no aguanto estar allí encerrada durante mucho tiempo. —Jacqueline no mintió, en parte, pero había algo en su interior que le hacía querer pensar en otra cosa y la obligaba otra vez a ocultar la verdad.

En cuanto la puerta del apartamento se abrió, Kala salió disparada de su escondite y se tiró al suelo para girar sobre sí misma, entregándoles un saludo que hizo sonreír a su dueña.

—¿Me has echado de menos? Perdona por haberte dejado sola esta noche sin avisar. Dime que no has hecho ninguna maldad. —Con la gata en brazos, Tess se dedicó a acariciarla y darle unos cuantos besos mientras echaba un vistazo a su alrededor.

El suspiro de tranquilidad que se escapó de entre sus labios al ver que Kala no había destrozado nada fue digno de ver y hasta Jacqueline sonrió antes de saludar a la gata con una caricia en su cabeza.

—Te he traído algo —anunció, y el animal abrió los ojos como platos, averiguando enseguida qué escondía en la bolsa que llevaba consigo, maullando a placer cuando vio que Jacqueline abría un sobrecito de su *snack* liquido favorito y, mientras Tess se quitaba el abrigo, se agachó para dárselo tranquilamente—. Si quieres puedes ir a darte una ducha y mientras preparo un té.

Tras hablar, levantó la mirada para clavarla en la de su mejor amiga, quien pareció avergonzarse por la forma en la que se había quedado callada. Un segundo después, asintió y se perdió por el pasillo, llevándose las manos a la cara mientras sentía el teléfono en el bolsillo de su pantalón.

Julian: ¿Cuánto tiempo vas a tenerme sin saber nada?

El exigente mensaje la hizo sentir todavía más vergüenza y, con las mismas, tecleó una respuesta a toda prisa para callarlo de una vez.

Tess: Ahora estoy con Jacqueline en casa, luego te cuento, pesado. Todo ha ido mejor de lo que esperaba.

Con esas pocas palabras, sabía que él lograría entenderlo perfectamente, así que dejó el teléfono en el mueble del cuarto de baño y fue a buscar ropa cómoda para darse una ducha caliente que necesitaba tanto como comerse un buen desayuno.

Mientras el agua caliente caía, recordó la cena con Angela y cómo su sonrisa no dejó de aparecer en todo momento. Parecía extraño, pero le gustaba haberse dado la oportunidad para conocer a una mujer a la que no quiso dejar tan repentinamente. Después de su vuelta al mercado y tener un par de citas nefastas con dos ligues de una noche, parecía que todo iba viento en popa como solía decir Julian, y durante algunos minutos se dejó llevar por las buenas sensaciones que eso le dejaba en el pecho, al menos, hasta que salió de la ducha y se encontró con la mirada inquisitiva de Jacqueline.

—¿Qué? —preguntó por inercia, terminando de repartir el sérum que solía utilizar en su pelo, mientras este le dejaba un aroma riquísimo a almendra.

—¿No me vas a contar qué tal ha ido la noche? —Jacqueline movió sus cejas de forma divertida y también le entregó la taza de té que había preparado para ella.

Sobre la mesa de la cocina estaban los sándwiches de atún y ensalada que solían comer en

más de una ocasión, lo que despertó el estómago de Tess al instante.

—Se llama Angela, es historiadora y trabaja como guía en el Museo Metropolitano de Arte, aunque también da algunas charlas en la universidad.

Su amiga abrió la boca y se quedó con las manos suspendidas en el aire, conectando un par de cosas que tenía en la cabeza.

—Espera, ¿Angela Vance?

—¿La conoces? —Tess bajó la taza de té y la dejó en la mesa con cierto nerviosismo.

—Susan la conocía, le ayudó con un caso hace unos años. No tenía ni idea que era la misma Angela de la que Julian nos habló alguna vez. Dicen que es muy intensa —dijo sin darle mayor importancia.

—Por ahora nos estamos conociendo —quiso aclarar Tess, como si algo dentro de ella se hubiera puesto en alerta. Después se encogió de hombros y prefirió centrarse unos segundos en su sándwich, haciéndola suspirar nada más dar el primer bocado—. A lo mejor se pasa en Nochebuena por el Emerald, este año no estará con su familia por fiestas.

Jacqueline levantó la vista de su desayuno y se le quedó mirando sin saber muy bien qué decir. Desde luego, ese plan no pegaba nada con estar solo conociéndose, y aunque no supo bien cómo tomárselo, prefirió asentir y seguir comiendo antes que añadir alguna tontería que la hiciera enfadar.

—Podríamos hacer la compra antes de ir al trabajo, así pido que me lo traigan todo mañana y no tengo que salir. Como tengas a Kala sin sus *snacks* más tiempo, seguro que se lo toma muy a pecho.

Lo último, no fue otra cosa a una excusa bien usada para llamar la atención de Tess y que esta afirmara sin poner ninguna pega; y aunque eso le hizo estar más tranquila, no pudo evitar que su interior se debatiera en algo que, en realidad, todavía no sabía reconocer.



ENTRE EL PRESENTE Y EL PASADO

Los días pasaron envueltos en una rutina donde el Emerald pareció llenarse cada noche un poco más. Fuera, el ambiente navideño daba a las calles un aspecto mágico que contagiaba a cualquier amante de esas fechas, aunque para algunas personas hubieran perdido un poco de significado. Jacqueline intentó por todos los medios no pensar en las últimas que había pasado con Susan, después de llegar a casa tras el cierre de un restaurante que siempre traía muchas alegrías. El recuerdo de su mujer sonriendo con un gorrito de papá Noel puesto hizo que se le encogiera el corazón y, de nuevo, estuvo a punto de dejarse llevar por el dolor que aún le producía sentir ese vacío.

A falta de diez minutos para dar la charla inicial, sus manos seguían apoyadas en el mármol del lavabo mientras hacía todo lo posible respirar con más calma.

—Jackie, ¿estás ahí? —La voz de Tess llegó como un torrente de aire fresco que la hizo despertar de esa ensoñación y conseguir girar sobre sus pasos para abrir la puerta—. Voy a matar a George, me está poniendo de los nervios.

—No te preocupes, sabes que luego lo pondré en su sitio —aclaró Jacqueline con un tono de voz tranquilo viendo cómo abría el grifo—. La noche va a ir genial, así que no tienes por qué preocuparte.

—Es que quiero que todo sea perfecto, mucha gente decide venir aquí a pasar la Nochebuena por algo, no es solo cuestión de ofrecer un buen vino y más entrantes. Ni que únicamente importara el dinero —protestó Tess sin remedio. Negó rápidamente y se mojó un poco el cuello, intentando quitarse los nervios de encima, justo antes de fijarse en la expresión cansada de su amiga—. Ojalá George lo dejara algún día, a veces siento que hasta odia estar aquí, pero dime, ¿tú estás bien? Pareces un poco...

—No te preocupes, son las primeras navidades sin ella y ya sabes. —Jacqueline se encogió de hombros y se giró para volver a mirarse al espejo.

Con cuidado, se arregló el pelo y se aseguró de que la pajarita estaba bien puesta. También se había traído su bolsa de maquillaje, así que se dio unos últimos retoques y respiró hondo, lista para afrontar una noche que iba a ser dura, pero también maravillosa según el sentido con el que la miraras.

—Si necesitas algo, solo tienes que decírmelo.

—Lo único que me hace falta es que los clientes empiecen a llenar el restaurante —aclaró con cierto tono de molestia, pero en cuanto miró a Tess no pudo hacer otra cosa que sonreír, calmando así ese malestar—. Tú disfrútalo también, y si al final viene Angela, recuerda que la casa le invita al cóctel que quiera.

Antes de que Tess pudiera añadir nada, guardó el maquillaje y salió por la puerta dejando a su amiga con los labios apretados y con cierto malestar en el estómago. Enseguida negó, diciéndose a sí misma que seguramente no sería fácil para ella afrontar una noche así, y aunque no tenía ninguna culpa, se lamentó por no poder hacer algo al respecto.

Salir al comedor y enfrentar su semblante frío no fue fácil, y cuando Julian compartió una mirada con ella se encogió de hombros queriendo quitarle importancia. Esa noche no podían fallar, así que trató de ignorar sus sentimientos y se arregló el uniforme para verse impecable ante decenas de comensales que no tardaron en llegar, dando al restaurante un ambiente festivo que se les contagió enseguida.

Las mesas del Emerald se llenaron en cuestión de treinta minutos y el ritmo tanto en la cocina como en los dos comedores empezó a ser frenético. Tess notó cómo las mejillas se le encendían por el esfuerzo, aunque el cansancio mereció la pena gracias a las amables palabras de muchos clientes y su empeño por hacer de esa noche algo mágico.

Por su parte, Jacqueline se mantenía concentrada en el trabajo. Su mano se movía encima de la carpeta con agilidad, anotando los pequeños errores que pudo detectar en la distancia y que compartiría con los chicos a la vuelta de su merecido día de descanso por Navidad, tradición que el restaurante seguía al pie de la letra desde hacía años. Pensar en ello la distrajo un segundo y notó un pinchazo en el pecho, trayendo consigo el recuerdo de Susan y ella paseando por la Quinta Avenida o Bryant Park, transformado en un encantador mercado navideño por esas fechas.

—Jacqueline, ¿estás bien? Te has quedado pálida. —La voz de George la sobresaltó provocando que se le cayera la carpeta.

Cuando esta aterrizó en el suelo, soltó un gritito que llamó la atención de algunos clientes y en especial de Tess y Julian, quienes la observaron desde la distancia. La primera dejó la bandeja en la zona de pase y enseguida fue a ver qué ocurría.

—Te he dicho que no me pasa nada, joder —musitó Jacqueline apretando los labios, soltando el agarre de su jefe para que la dejara tranquila. Por suerte para ellos, nadie la había escuchado maldecir de esa manera—. ¿Por qué te gusta tanto atosigar a la gente?

Tess se sorprendió al verla enfrentarse así a George, quien estuvo a punto de estallar contra ella.

—Si no estás en condiciones de trabajar deberías de irte a casa, Jacqueline, aquí no estamos para perder el tiempo. —La dureza de sus palabras provocó que se interpusiera entre los dos con gesto tranquilo, intentando calmar el ambiente.

—No es buena idea que discutáis aquí —les advirtió esbozando una sonrisa fingida—. La gente ha venido a pasar una velada mágica, no hagamos de esto un circo. George, por favor. — Su jefe levantó las manos sin entender nada, ¿cómo podía pagarlo con él cuando estaba claro que la culpable era Jacqueline?—. ¿Por qué no te tomas un descanso? Yo puedo vigilar a los chicos.

—¿Tú también? —La *maître* cerró las manos y se abrazó a la carpeta con expresión cansada después de cogerla. Estaba harta de que todo el mundo la quisiera tratar como a un vaso de cristal—. Ya os he dicho que no me pasa nada.

—Puede ser, pero es obvio que estás cansada, se te nota en la cara —insistió Tess, y con todo el tacto del mundo puso las manos sobre sus hombros e hizo que la mirase—. Solo diez minutos y después vuelves a la carga como si nada, ¿vale? Yo cuidaré del fuerte por ti.

Quiso añadir un «estás siendo muy valiente» que omitió, pero que dejó ver en su mirada y Jacqueline pareció intuirlo por la manera en la que sus ojos brillaron, envueltos en una capa de emoción que le estaba siendo muy difícil de contener.

Mirar a su alrededor y ver a un montón de parejas no la ayudaba a mantener del todo la entereza, sin embargo, Tess consiguió que se sintiera bien. Cada vez que sonreía o ponía las manos en sus hombros le transmitía una paz que llegaba cargada de un bálsamo dispuesto a curar cualquier herida que se abriera en su alma y corazón. Jacqueline asintió y le dio la carpeta que llevaba entre las manos.

—Ni se te ocurra chivarte de lo que pone aquí —advirtió, a sabiendas de que siempre solía escribir y profundizar más en las cosas buenas que veía que en los propios errores cometidos.

Tess quiso abrazarla pero se contuvo por evitar miradas ajenas, y con una última sonrisa dejó que se marchara a la sala de descanso. Cuando la puerta se cerró, soltó un suspiro y dejó salir la frustración echando la cabeza hacía atrás mientras se abrazaba a la carpeta. Rápidamente, pidió a David que dejara durante diez minutos la zona de la terraza y se encargara de un par de comandas antes de que ella echara un vistazo a cómo trabajaba el resto de compañeros.

Un grupo de dos sumilleres y seis camareros servían vino y los diferentes platos con elegancia, rapidez y mucha profesionalidad, tanto, que era imposible que alguno formalizara una queja —echando a un lado a los clientes más quisquillosos—. Tess se mantuvo tranquila cinco minutos más, lista para cuando Jacqueline volviera, soñando por un segundo seguir sus maravillosos pasos en el mundo de la hostelería. Sin embargo, el pensamiento se esfumó cuando vio a la anfitriona de sala dar la bienvenida a Angela, quien entró al restaurante vestida con unos *jeans* blancos de tiro alto y una blusa cruzada satinada, dando mucha más luz a su pelo y una mirada que la enfocó al instante.

—Qué guapa —susurró Tess para sí misma, aunque la mujer pareció escucharla, porque en ese momento esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

Dedicándole un guiño, recibió la instrucción de la recepcionista para que acudiera a la barra, donde Julian ya le esperaba.

—Así que solo tenía que presentarte a Tess para que te dignaras a venir por aquí a verme —soltó él con tono de burla en cuanto la tuvo delante.

—¿Quién ha dicho que vengo a verte a ti? —Angela se encogió de hombros y dibujó una mueca divertida sentándose en un taburete para apoyar los codos en la barra y dejar caer su barbilla sobre las manos—. ¿Qué tienes para mí?

—Una mujer espectacular que viene hacia aquí. —Con la idea del cóctel que quería servirle, Julian dejó que Tess tomara el protagonismo de un momento icónico que no dejó de cotillear por más que se centrara en el trabajo.

Angela se giró para recibir a la camarera, que apareció frente a ella con un mechón escapándose de su peinado y el cansancio perlado su piel de una manera que hasta le pareció bastante sensual. El uniforme le quedaba tan bien que ya se estaba imaginando el momento en que sus manos se deslizarían por su camisa para terminar por quitárselo mientras besaba sus labios.

—Estás guapísima —afirmó Tess con unas ganas locas por besarla.

—Tú no te quedas atrás, me encanta cómo te queda el chaleco. —La mano derecha de Angela fue a parar al botón de la tela y le dedicó un guiño con el que habló de sus intenciones.

Julian tuvo que poner los ojos en blanco al sentir la tensión sexual que se respiraba delante de él y estuvo a punto de carraspear para interrumpirlas. Sin embargo, no tuvo la necesidad porque Jacqueline apareció de nuevo en la sala, dispuesta a continuar con el trabajo donde lo había dejado. Con el semblante más tranquilo se acercó a la barra, sin reparar en la presencia de Angela hasta que estuvo cerca de ellos.

—Jackie, te presento a...

—Angela Vance —interrumpió a Julian. Después extendió su mano y le dedicó una sonrisa a ella, quien parecía bastante extrañada de que la conociera—. Hace unos años trabajaste en un caso con mi mujer, Susan Clark, al parecer el mundo sí que es un pañuelo. —Enseguida, ella lo recordó y afirmó con rapidez, mostrando una sonrisa que pronto se esfumó al recordar su muerte, sin haberse dado cuenta de que era esa mujer. El lamento cruzó su expresión, pero Jacqueline le quitó importancia de inmediato centrada en lo que tenía que hacer—. Tess, ¿le dices a David que vuelva a la zona de la terraza? Allí trabaja más rápido.

—Claro. —Ella se mordió el interior de sus mejillas, notando una extraña tensión que podía cortarse con un cuchillo. Sin pensárselo dos veces, dejó la mano en el cuello de Angela y compartió una caricia con ella ante la atenta mirada de Jacqueline—. Nos vemos más tarde, disfruta de la noche.

—Yo me encargo de eso —prometió Julian y se despidió de sus amigas con un guiño.

Tess volvió a lo suyo, y aunque quiso echar la vista atrás no se permitió un segundo de distracción, porque al llegar a la zona de pase, le esperaban varias comandas que llevar a las mesas que tenía asignadas. Mientras caminaba con la bandeja en la mano, miró al frente para encontrarse con el semblante frío de Jacqueline. El corazón le dio un vuelco, pero cuando llevó la mirada hacia Angela sintió un cosquilleo en el estómago que le puso una sonrisa tonta en la cara, gesto que su amiga pudo ver mientras fingía anotar algunas cosas en su carpeta. Sin comprender por qué sentía como si el mundo se fuera a venir abajo de un momento a otro.



VACÍO DE ESTRELLAS

Las luces en los edificios circundantes del Rockefeller Center brillaban con tanta fuerza que la ciudad no necesitaba de nada más para poder guiar en mitad de la noche. Hacía dos horas que el servicio dio su cierre final en el Emerald y Jacqueline decidió caminar sin ningún rumbo fijo, por miedo a entrar a su casa y ahogarse en la soledad. El frío de la madrugada le dolió en las mejillas, pero lo cierto es que nada podía compararse al que sentía en el pecho cada vez que le latía el corazón. Despedirse de Julian varias manzanas atrás con la promesa de estar bien fue una mentira piadosa que prefirió ocultar con una sonrisa después de que Tess se marchara del restaurante con su nueva conquista.

Jacqueline cerró los ojos, estaba entre triste y frustrada, dolida y confusa, viviendo en un remolino de sentimientos que apenas la dejaban respirar.

Sus pasos la llevaron delante del árbol que todos los años traía la ilusión y la atracción de vecinos y turistas, pero lo que más le impactó fue ver la gran torre del edificio GE bañado en una intensa luz morada que se hacía infinita en el cielo oscuro. La falta de nieve no quitó encanto a una noche que parecía estar hecha para renovar la esperanza de todo aquel que ponía un pie por la zona, pero lo que sucedió con Jacqueline fue exactamente lo contrario. Las lágrimas se esforzaron por aparecer en sus ojos, aun así, ninguna resbaló por sus mejillas frías y cuando el teléfono le sonó en el bolso sintió ganas de ignorarlo por completo. Sin embargo, la razón ganó al corazón.

Tess: Espero que hayas llegado bien a casa, mañana podemos vernos y hacer algo, no quiero que pases el día de Navidad sola. Dime algo, ¿vale? Te quiero.

Las dos últimas palabras resonaron en su cabeza trayendo consigo un suspiro que la dejó mirando la pantalla sin saber muy bien qué hacer. Sus dedos se quedaron suspendidos en el aire, dispuestos a enviar un mensaje que no consiguió poder escribir, así que guardó el móvil en el bolsillo y siguió caminando hasta dar con un puesto de comida rápida que seguía abierto a pesar

de las fechas. Jacqueline se acercó al hombre y cuando cruzó la mirada con sus ojos azules se le vino a la cabeza un recuerdo en concreto con las hojas de los árboles cayendo y volando por todas partes, en un día en el que todo parecía ser horrible, hasta que alguien lo cambió por completo.

Tess se había comprado un perrito caliente, y a punto de darle un bocado una hoja se le metió en la boca haciéndola poner un gesto de asco al que le siguió una tos horrible. La comida estuvo a punto de caérsele de las manos y por más que Jacqueline lo intentó, no consiguió evitar echarse a reír. El estómago le empezó a doler y su mejor amiga la fulminó con la mirada a la vez que le metía un manotazo, provocando que su comida sí que se estrellara contra el suelo. El gesto de asombro bañó su expresión y se quedó como una tonta mirando hacia ahí, sin entender muy bien qué había pasado.

—¡Perdona, no quería hacerlo! ¡Tú tienes la culpa! —exclamó Tess hecha un manojo de nervios.

Sus mejillas se habían puesto rojas en cuestión de segundos y como si fuera un cruel acto de venganza, otra ráfaga de viento provocó que el perrito se le llenara de hojas y porquería de la calle.

—Te lo mereces, se le llama karma —soltó Jacqueline con una sonrisa victoriosa dibujada en los labios.

—Qué tienes, ¿veinte años? —El enfado fingido de la camarera provocó que ella se encogiera de hombros sin dar su brazo a torcer—. Muy bien, no pienso venir más a comer contigo.

—Sí, seguro. —Jacqueline chascó la lengua y vio cómo Tess se daba la vuelta e iba directa al puesto de perritos calientes ignorándola por completo. Con satisfacción contó hasta diez para verla echar la cabeza hacia atrás cuando estaba en la cola y volver hacia ella, con gesto de niña que está a punto de suplicar algo—. Te acabas de acordar, ¿verdad?

Tess afirmó sin decir nada, se había olvidado por completo de que su cartera estaba en casa y que fue Jacqueline quien decidió invitarla a comer.

—Venga, no me irás a dejar muerta de hambre, nos espera un turno horrible en el Emerald. Si me desmayo en mitad del servicio, será culpa tuya.

Sus palabras hicieron que pusiera los ojos en blanco. Hacía unos cuatro meses que se habían conocido y Tess ya era una de las mejores camareras con las que había trabajado. De hecho, nada más verla con la bandeja en mano supo que aquel primer verano, no iba a ser el último que estaría por allí, y pudo confirmarlo cuando la empresa renovó su contrato a la entrada del otoño. Las dos habían conectado tan rápido que el ambiente en el restaurante cambió de un

día para otro, haciendo las noches amenas y divertidas, y más cuando Julian se les unió al barco.

«A veces parece tu alma gemela», la voz de Susan se introdujo en su cabeza, como un ingrediente más de aquel recuerdo en el seguía viendo a Tess mirándola con ojitos de gato.

—¡Está bien, ya voy! —Jacqueline volvió al momento en que levantó las manos y bufó buscando su cartera sin prever que la camarera se iba a lanzar a sus brazos.

—Eres maravillosa, te quiero. —Su voz se le metió en el cerebro y la golpeó como una bola de *pinball* que está dispuesta a colarse por cada recoveco y, de repente, su corazón latió desbocado trasladando una sensación extraña por todo su cuerpo.

La calidez de las manos de Tess se quedó impregnada en su piel de una forma que no se pudo sacar en días o semanas, quizá meses. Ser la primera persona que veía nada más entrar al comedor del Emerald siempre traía una sonrisa a sus labios y no había momento que no deseara pasar con ella, incluso cuando su matrimonio con Susan se hizo realidad.

El viento volvió a azotar, esta vez haciéndola abrir los ojos para darse cuenta de que estaba completamente sola, con el chico del puesto llamando su atención.

—Su perrito —dijo con voz suave—. ¿Seguro que se encuentra bien?

Jacqueline tardó en reaccionar, pero terminó por asentir, intentando mostrar una sonrisa. En silencio, sacó dos billetes de su cartera y se los dio sin pedir vuelta a cambio.

—Feliz Navidad, gracias por hacer menos solitarias noches como esta.

No supo bien por qué soltó aquello, pero al darle un bocado al perrito volvió a ver el gesto feliz de Tess comiéndose el suyo, aquella primera vez y todas las que vinieron después. Los puestos en la plaza ya estaban cerrados, pero la decoración navideña con adornos temáticos y bonitas esculturas le hicieron meterse en un mundo de encanto en el que, por unos minutos, se olvidó de su dolor y su maldita soledad hasta que volviera a casa otra vez.

...

El timbre sonó por cuarta vez haciéndola despertar de golpe, sin saber muy bien dónde estaba o qué hora era. Jacqueline se llevó las manos a la cara y se revolvió en el sofá intentando que el cuerpo se le habituara a un despertar que ya le había regalado un fuerte dolor de cabeza.

—¡Que ya voy! —Su grito recorrió la estancia con eco cuando volvió a escuchar cómo alguien llamaba a su puerta.

Su enfado era tal que bufó, apretando las manos, dispuesta a encararse con el imbécil que ya le había jodido un sueño más que necesario, pero en cuanto abrió la puerta, el corazón le dio un vuelco al ver a Tess con la alegría navideña en su mirada, un gorrito puesto y levantando un

panettone que seguro había comprado en su pastelería favorita.

—¡Feliz Navidad! —exclamó lanzándose a sus brazos sin pensárselo dos veces. El abrazo duró un par de segundos, en el que pudo sentir cómo tenía la nariz helada por culpa del frío—. Como no me respondiste he pensado que podía...

Las palabras se le atascaron en la garganta en cuanto ella se apartó y vio las cajas que había repartidas por la entrada del apartamento y parte del salón. Su mirada se paseó por cada rincón hasta volver a los ojos de una Jacqueline que parecía totalmente avergonzada.

—Por eso no quería que vinierais aquí —admitió con el corazón en un puño, sin saber muy bien cómo justificar el hecho de que las cosas de Susan seguían allí—. Es que no he podido deshacerme de todo esto.

Tess se dio cuenta de que estaba a punto de llorar, así que ignoró por completo el dulce que llevaba entre manos dejándolo en el mueble que había a la entrada para ir con ella y encerrarla entre sus brazos.

—No te preocupes, estoy aquí —susurró, apretujándola contra su cuerpo.

«Siempre estaré aquí», las mismas palabras que Tess había pronunciado sonaron de otra manera en la cabeza de Jacqueline, trayendo el recuerdo de otra noche desastrosa en la que ella la había consolado, como siempre solía hacer. ¿Desde cuándo su vida empezó a ser un desastre y se dedicó a ignorarlo mientras acudía a la única persona que parecía comprenderla de verdad?

El pensamiento la dejó paralizada hasta el punto en que sus brazos cayeron a cada lado de su cuerpo mientras su mejor amiga seguía abrazándola.

Tess se separó y puso ambas manos en sus hombros, dejando un par de caricias en el cuello que le pusieron los pelos de punta. Cuando la miró a los ojos, pudo ver el reflejo de una mujer destrozada, tan perdida que ni siquiera fue capaz de reconocerse a sí misma.

—Debes pensar que soy una idiota —soltó sin más.

—No digas tonterías, siempre me has parecido la mujer más increíble del mundo. Sé que te está costando deshacerte de algo a lo que...

—¿Estoy acostumbrada? —interrumpió Jacqueline, y al mismo tiempo, se dio a sí misma la respuesta que tanto estaba buscando.

Durante meses había estado tan acostumbrada y hecha a su rutina que cambió la palabra amor por hábito, hasta el punto de ignorar que de la chispa que la unió en matrimonio con Susan ya no quedaba nada. Y aferrarse a lo conocido, provocó que no pudiera deshacerse de una sola caja.

—Iba a decir que te importa. —Tess lo aclaró dejando ir un suspiro y después avanzó por

el apartamento intentando encontrar las palabras correctas.

—Ni siquiera he podido dormir en mi cama, ¿sabes? —La confesión no le pilló por sorpresa, sobre todo al ver el sofá hecho un desastre, pero sí que le trajo una enorme pena a su corazón.

Odiaba ver a Jacqueline tan perdida.

—¿Por qué no te mudas? —propuso casi sin pensar, girando sobre sus pasos, para encarar la mirada sorprendida de ella—. Empieza de cero, tú más que nadie te lo mereces.

La idea no le pareció tan mala, aunque el dolor de cabeza se profundizó dejándola con serias dudas de si sería lo correcto o si se vería como una persona egoísta por querer dejar un lugar en el que, según ella, había vivido los mejores momentos de su vida.

Tess puso los brazos en jarras, echando un vistazo a su alrededor, dándose cuenta de que en ese apartamento tampoco quedaba mucho de lo que había conocido en Jacqueline, y al mirarla a los ojos supo que ella lo sentía de la misma manera.

—Creo que tienes razón —admitió—. No puedo seguir así.



—¿Por qué eres tú quien tiene que hacer esto? Se supone que es ella quien se muda, sabes que podríamos estar aprovechando el tiempo en otras cosas, ¿no?

Tess levantó la cabeza del ordenador y se fijó en la expresión picara de Angela con la barbilla apoyada en sus manos, sin apartar la mirada de ella. Por un segundo se vio tentada a dejarla allí, pero enseguida bajó la pantalla y caminó por la cama hasta llegar a sus labios.

—¿Estás celosa? —preguntó por inercia, con una maldad que hasta le sorprendió.

—En realidad soy yo quien te disfruta. —Angela rebatió sus palabras dándole un beso húmedo que le puso los pelos de punta.

Sin decir una palabra más, llevó las manos hasta su cuello y después las deslizó para llegar al final de su camiseta y quitársela, dejando a Tess totalmente desnuda.

El inicio de año había sido tan absorbente para las dos laboralmente que, sin apenas darse cuenta, ya estaban a mitad de enero y podían contar las ocasiones que se habían visto con pocos dedos. Las manos de Angela recorrieron su cuerpo con paciencia, tan despacio que notó cómo la piel se le erizaba ante su tacto cálido. Disfrutar de sus labios se convertía a cada segundo en una adicción y Tess lo demostró al desnudarla tan rápido como la tumbó sobre la cama para deleitarse con su cuello y el resto de su cuerpo.

Los gemidos se hicieron presentes mientras se deslizaba sobre ella besando su pecho, sus caderas, su vientre y el interior de sus muslos enloqueciéndola con la lengua hasta que la realidad perdió todo sentido cuando abordó su sexo sin esperas, lamiéndola a placer.

Angela tuvo que agarrarse a las sábanas, pero inevitablemente una de sus manos fue a parar al pelo de Tess, acompañándola en sus movimientos, volviéndose tan loca que, en cuestión de pocos minutos, ya estaba temblando por culpa de un orgasmo que la hizo gritar.

—¿Seguro que querías ir a dar una vuelta?

Tess levantó la mirada y le sonrió con picardía pasando la lengua por sus labios antes de ponerse de rodillas para volver a acariciar su cuerpo con las manos.

Angela no necesitó mucho para hacérselo saber. Bastó con incorporarse un poco y llegar hasta su boca a la vez que colaba una mano entre sus piernas, dispuesta a despertar su humedad más de lo que ya estaba. Tess sonrió a placer, dispuesta a ignorar al resto del mundo durante horas en las que solo tuvo a una persona presente, mientras otra, no hacía más que darle vuelta a algo que no tenía ningún sentido.

...

—¿Se puede saber qué te pasa? Últimamente estás muy dispersa. —Julian regañó a Jacqueline cuando esta se quedó parada, dejando que el semáforo de peatones volviera a ponerse en rojo sin haber cruzado.

—¿Qué dices?

—Vale, esto es serio, ¿qué coño te pasa? Y no me digas que es por el trabajo porque tú, amiga mía, eres la profesional más digna que he conocido en la vida.

—¿Crees que Tess parecía más mi alma gemela que mi propia mujer? —La pregunta salió de sus labios sin medirla, provocando que su amigo estuviera a punto de tirar el vaso de café que llevaba entre manos—. Últimamente no hago más que recordar un montón de veces en las que Susan me lo soltaba así sin más.

Julian se quedó paralizado, sin saber a qué venía esa pregunta.

Su mente pareció dividirse en dos, y sintió ganas de desaparecer con tal de no tener que afrontar esa conversación.

—Siempre os habéis llevado muy bien —comentó intentando quitarle importancia para evitar meter la pata—. Es difícil conectar con alguien de esa manera, ya sabes, hacerte amiga de una persona en cuestión de ¿horas?

—Con el paso de los días, me doy más cuenta de que mi matrimonio estaba acabado desde hacía mucho tiempo, y no lo quise ver. Susan siempre se quejaba del trabajo, de que pasaba mucho tiempo con ella, con vosotros, que nunca salíamos. —Jacqueline bebió un poco de té de su vaso y en cuanto el semáforo volvió a estar en verde cruzó la calle—. Cuando murió sentí un enorme odio hacia la vida, pero al escuchar el mensaje que me dejó lo sentí enormemente hacia ella, por haberme hecho daño doblemente. Y, al final, quien siempre me ha dado consuelo es...

—A ver, creo que estás confundiendo las cosas. —Su amigo la detuvo en mitad de la calle, al menos hasta que el tráfico se puso en marcha y varios coches les pitaron haciéndoles correr a

la acera—. Ambos sabemos que ella crea esa necesidad; cuando estamos con Tess todo se vuelve más bonito, más vivo, tiene ese algo que hace la vida de las personas mucho mejor. —Julian soltó el discurso sin detenerse a respirar, mirando a los ojos de una Jacqueline que pareció convencerse poco a poco—. A lo mejor Susan solo estaba celosa por el hecho de que tú disfrutabas más tiempo con Tess que con ella, si hasta tú decías que ya no quería salir a conocer restaurantes contigo, que no tenía un lugar favorito tanto como a ti te gusta, ¡y nunca ha visto la Super Bowl! Pero de ahí a lo que estás pensando...

Los nervios hicieron que soltara una risilla estúpida que lo avergonzó al instante y tuvo que carraspear para evitar que Jacqueline fuese consciente de ello. Lo mejor que pudo hacer en ese momento fue cogerla del brazo y hacerla caminar a su destino, en un intento porque aquella idea absurda no se le volviera a pasar por la cabeza. ¿Qué iba a decirle? ¿Que Tess siempre había estado hecha para ella cuando era obvio que nunca tuvo sentimientos románticos hacia su amiga? No, eso solo la destrozaría más, y no quería arriesgarse a que perdieran lo más bonito que tenían.

—Supongo que son tonterías mías —añadió Jacqueline, tratando de olvidarse de ello—. Es que mi vida ha cambiado tan de repente que no me ha dado tiempo a digerir las cosas. Por lo menos, ahora ya no me ataca el sentimiento de culpa.

—Tú no eres quien la obligó a salir de casa aquella noche.

—Lo sé, me lo habéis dicho un millón de veces —respondió con hastío—, pero no se trata solo de eso, Julian, es que... estuve tan destrozada al principio que pensé que iba a ser así siempre, ¿crees que soy egoísta por querer olvidarme de todo y seguir?

Julian se detuvo y giró para encarar la mirada de su amiga. Lo que él habría hecho sería darle una buena bofetada por decir semejante tontería pero, al final, se decidió por un abrazo que quizá también necesitaba.

—No existe un tiempo definido para superar algo así, y no tiene nada de malo que quieras volver a ser la de antes, aunque al principio lo creyeras imposible.

—A lo mejor hasta puedo ser una mejor versión —bromeó Jacqueline como si de verdad se creyera sus palabras.

La sensación que tenía es que nunca iba a recuperar una parte que ya se había ido para siempre, pero quizás, y con el tiempo, conseguiría reencontrarse con lo que un día fue.

En ese momento Tess se le cruzó por la cabeza y sintió ganas de mensajearse con ella, saber qué estaría haciendo, proponerle salir por ahí o ver alguna película tonta en su casa por la noche, aunque el gesto de entusiasmo de Julian fue suficiente para olvidarlo y darse la oportunidad de que los dos disfrutaran de una mañana a solas, como antes solían hacer.

—Podríamos ir a comer a un sitio donde no hayas ido nunca, algo que sea de nosotros dos —propuso, casi como si le estuviera leyendo la mente a Jacqueline—. ¿Llevas mucho tiempo sin conocer un local nuevo?

—Prácticamente un año —soltó con disgusto y él abrió la boca exageradamente—, dime qué te apetece comer y busquemos, hoy quiero olvidarme de buscar piso y de la mudanza.

Julian dejó su agarre y levantó los brazos victorioso, llamando también la atención de todo aquel que se cruzaba con ellos. Jacqueline se llevó los dedos al puente de su nariz y negó antes de pegarle un manotazo para que no fuese tan idiota, odiaba que la gente le mirase como si estuviera loca, así que tiró de su brazo y lo obligó a caminar mientras rompía a reír con tanta fuerza que acabó por contagiarla.

El estómago le dolió, esta vez de pura felicidad, y cuando acabaron en un restaurante de comida hindú en el centro de Manhattan sintió durante un rato que volvía a ser la mujer a la que le gustaba explorar Nueva York sin necesidad de tener un motivo, apartando de la ecuación a las dos mujeres que, inevitablemente, habían marcado un antes y un después en su vida.



EL PODER DE LA MENTIRA

Las cajas empezaron a apilarse una encima de la otra llenando el salón del apartamento de Jacqueline. Un hilo de sudor le caía por el cuello y al limpiarse la frente se hizo un recogido para evitar agobiarse más por la situación, o quizá simplemente estuviera intentando hacerse a la idea de que iba a dejar ese lugar para siempre. Enero rozaba su día veinte y tras una búsqueda exhaustiva —en la que sus amigos hicieron más que ella— había encontrado otro sitio en Lower East Side, no muy lejos del Emerald, en un edificio que tenía mucho encanto; aunque lo que la terminó por enamorar fueron las increíbles vistas de la ciudad desde cualquier habitación.

Los nervios se le instalaron en el estómago al darse cuenta de que estaba a punto de cerrar una puerta muy importante de su vida y eso la hizo quedarse quieta, abrazándose a sí misma y preguntándose si no estaría cometiendo un error garrafal.

Tess fue a su lado y, como siempre, le acarició el brazo para hacerla consciente de que nada iría mal, ni lo estaría mientras ella le acompañara en cada tramo del camino, igual que Julian.

—Los de la mudanza han dicho que están aquí en diez minutos. —La voz de Angela se le metió en la cabeza, sacándola de la pequeña ensoñación en la que se había metido gracias a Tess.

Cuando los chicos le propusieron que ella ayudara no estuvo muy convencida de abrir parte de su mundo a una desconocida, pero debía de reconocer que en el fondo era encantadora, y tenía serios motivos para pensar que encajaba muy bien con su mejor amiga. De hecho, sus miradas se cruzaron un segundo y Jacqueline pudo ver esa clase de conexión única y que en su día tuvo con Susan.

Con el malestar en la boca del estómago fue hacia la cocina y buscó uno de los vasos de plástico que compraron para llenarlo de agua con la que refrescarse la garganta. Al apoyarse sobre la encimera cerró los ojos intentando respirar y dispersar las imágenes que continuamente se le metían en la cabeza, con su mujer fallecida y su mejor amiga como protagonistas, lidiando

una batalla por su atención.

El timbre sonó y el sobresalto la hizo girar sobre sus pasos.

—Qué raro, ¿no has dicho que iban a tardar un rato? —Julian fue el que se acercó al portero automático y dio paso a un chico vestido con ropa de una empresa de reparto, haciendo que levantara una ceja extrañado—. ¿Esperabas un paquete, Jackie?

Ella negó con el vaso en la mano y se lo llevó a la boca para acabar con el agua que quedaba.

Los nervios se le instalaron en el pecho y de repente empezó a sentirse mal, como si su cuerpo se estuviera poniendo en alerta ante lo desconocido, y cuando el chico subió a su piso y le entregó el sobre, reconoció el nombre y la dirección.

—Es de la oficina de Susan —anunció ante la atenta mirada del resto.

Apenas pudo moverse del sitio durante unos segundos, aunque al final logró caminar hasta el sofá para sentarse y quitar el precinto, dejando a su lado lo que había en el interior.

Al principio se quedó extrañada al ver una carpeta junto a un teléfono móvil, hasta que recordó que su mujer tenía uno personal y otro para el trabajo. Sin embargo, lo que la dejó paralizada fue ver dos tiras de un fotomatón, con varias fotografías en las que Susan era protagonista junto a una mujer que no conocía y donde se las veía sonrientes y dándose un beso. Sus dedos se quedaron suspendidos en el aire, con los ojos clavados en las imágenes y el corazón a punto de salirse del pecho.

—¿Qué ha llegado? —preguntó Tess, antes de ser ella misma quien lo viera.

Sorprendida, se llevó una mano a la boca y se giró para buscar la mirada de Julian, quien se veía totalmente desconcertado.

Jacqueline seguía en *shock* sin ser capaz de reaccionar y su mente se puso a trabajar rápido, recordando al instante que la chaqueta que llevaba su mujer tenía poco más de un año. «Tiene que ser una broma...», dijo para sí misma, intentando encajar lo que estaba viendo, porque no podía ser verdad, ella no... no sería capaz de hacerle algo así, ¿verdad?

Llevada por la rabia, abrió el sobre y miró su interior como si fuera a encontrar algo más además del teléfono, las fotografías y una carpeta que escondían otra puñalada más: los papeles de la petición de divorcio. El enfado hizo que lo tirara todo al suelo y se llevara las manos a la cara justo cuando el timbre volvió a sonar con la empresa de mudanzas esperando para empezar a cargar el camión.

—Yo me encargo —dijo Julian en voz baja, por miedo a empeorar la situación.

Su mirada fue hacia Angela y la instó a que dejara a Jacqueline sola y fuera con él a dar las

instrucciones de lo que tenían que llevarse y la dirección exacta a donde tenían que ir. Tess observó la escena con disgusto, intentando no dejarse llevar por la situación, así que se agachó frente a su mejor amiga y plantó sus manos en las mejillas de ella para obligarla a que la mirase.

—¿Por qué no te vienes a casa y dejamos que ellos se ocupen de todo? Mañana ya tendrás todo allí y podrás instalarte como Dios manda.

Jacqueline apenas tuvo fuerzas para asentir. Las lágrimas lucharon por salir pero el cansancio que sentía lo impidieron. Su mirada se clavó en la mano de Tess cuando ella cogió las fotografías del suelo para meterlas en la carpeta y guardarse también el teléfono en el bolsillo de su vaquero, y después se dejó llevar por ella, en un estado de desconexión que la hizo bajar a la calle sin apenas ser consciente de sus pasos.

El frío la golpeó con crueldad, provocando que le dolieran las mejillas al instante y automáticamente se llevó las manos a los bolsillos del abrigo mientras los chicos de la mudanza entraban y salían del edificio cargando con sus cajas. Tess tiró de ella y empezó a caminar al otro lado de la calle para llamar a un taxi que las llevara a casa.

Dentro, la sensación de soledad que sintió hizo que Jacqueline rompiera a llorar sin poder aguantarse ni una lágrima.

—Esto es... —balbuceó sin poder decir una palabra más.

Las manos le temblaron y las arrugó sobre su abrigo con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Su mujer la había estado engañando y, de repente, se preguntó desde cuándo se veía con otra. ¿Habría ido esa mujer al funeral? ¿La conocería de algo? Decenas de preguntas atravesaron su mente como una ráfaga de viento que está dispuesta a llevarse todo por delante.

Tess la abrazó y apoyó la cara sobre su hombro dejando unas cuantas caricias en su cuello mientras susurraba un «Tranquila» que, como siempre, le entregó un poco de paz.

—Al ciento cinco de Mullberry Street, por favor —indicó al conductor, y después apretó los labios tratando de calmar sus nervios, preguntándose por qué la vida seguía jodiendo de tal manera a Jacqueline. ¿Qué ganaba el universo enviándole un sobre con semejante contenido después de tantos meses? ¿Tan irresponsables eran en su empresa? El temblor en el cuerpo de su amiga hizo que se olvidara de ello y apartara un segundo las conjeturas de la cabeza para centrarse en lo único que importaba—. Estoy aquí, no te preocupes —dijo sin separarse de ella en ningún momento.

Como si el tiempo quisiera acompañar al dolor de Jacqueline, una lluvia inesperada las encontró al salir del taxi empapándolas al cruzar la acera para entrar al edificio donde vivía Tess. Las gotas caían por las mejillas de su mejor amiga, llevándose consigo la sal de unas lágrimas que la habían dejado totalmente agotada, los ojos hinchados y unas intensas ganas de echarse a

dormir para no volver a despertar.

Cuando abrió la puerta de casa, Kala salió disparada a darles la bienvenida, pero esta vez no recibió los cariños de las dos. La única misión de Tess fue quitarle el abrigo a Jacqueline y dejarla en el sofá para traer una toalla y que pudiera secarse el pelo empapado.

—No hacía falta —comentó ella, notando cómo la garganta se le había secado por culpa del llanto.

—Claro que sí, no quiero que pesques un resfriado. —Kala se subió a sus muslos y maulló acariciándole con la cabeza—. Lo siento mucho, Jackie.

Ella abrió los ojos sorprendida, dejando la toalla enredada entre sus dedos y, de repente, pasó del llanto a la risa irónica haciendo que el estómago le doliera. No podía creerse nada de lo que le estaba pasando.

—Está claro que hice muchas cosas mal, me tengo merecido todo esto, me lo tengo merecidísimo —añadió convencida.

—Y una mierda —espetó Tess con enfado, no hacia ella, sino a la vida—. Jamás te merecerás este sufrimiento.

—¿Por qué? —preguntó su amiga, sin apartar la mirada—. Dime por qué.

La mirada de Jacqueline se clavó sobre la suya con una fuerza que provocó que su corazón latiera rápido. Los nervios recorrieron su cuerpo por entero, desde la nuca hasta los dedos. Verse reflejada en sus ojos la dejó paralizada, al punto en que empezó a morderse el interior de las mejillas. No supo si fue el dolor que vio reflejado en estos, o simplemente su cercanía, pero su primer impulso fue quitarle esa estúpida idea de que se merecía lo que le estaba pasando con un gesto que derrumbara cualquier tipo de mal. La sangre le bombeó en las sienes y cuando todo a su alrededor se quedó en negro sintió la electricidad subirle por la espalda hasta instalarse en sus labios. Pero el aliento de Jacqueline acarició su cara y la hizo despertar de esa ilusión, haciéndola consciente de la realidad.

—Porque no eres perfecta —pudo decir un momento después—, y que hayas cometido algún error no te hace merecedora del engaño de otra persona, ni mucho menos de que la vida te arranque todo de cuajo.

Los labios de Tess temblaron y sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Estaba tan cerca de Jacqueline que podía percibir el olor de su perfume mezclado con la lluvia. El silencio las rodeó durante algunos segundos incomodándola y dejándola con una sensación de total descontrol. Sus dedos temblaron y, para evitar que ella pudiera verlo, los arrastro por su cuello para llevarse un mechón de pelo tras su oreja como solía hacer cuando estaba nerviosa. Por

suerte, en ese momento tenía la excusa perfecta para evitar que su amiga se diera cuenta de lo que estaba sintiendo.

Varias gotas se deslizaron por sus mejillas, y cuando Jacqueline le pasó la toalla que llevaba entre manos se tapó la cara mientras se secaba el pelo para darse unos segundos con los que poder respirar y poner sus pensamientos en orden. Cerrar los ojos le sirvió para pensar en la maravillosa sonrisa de Angela, y la boca del estómago le cosquilleó haciendo que su piel volviera a erizarse; pero luego estaba la mujer que tenía delante y, como si nada, su corazón se convirtió en un ovillo enredado de sentimientos que no podía ni quería descifrar. Tess cerró los ojos y se quitó el exceso de agua del pelo para volver a la normalidad, ignorando por completo lo que se removía dentro de ella.

—Sinceramente, ya no sé qué pensar. —Jacqueline bufó y se llevó las manos a la cara en un intento por comprender lo que estaba pasando—. A veces creo que estos últimos dos años han sido una completa mentira, un mundo que yo misma he creado para hacer a un lado lo que estaba pasando de verdad. No sé cómo no vi las señales.

—Si Susan te estaba siendo infiel, ella es la única responsable del engaño. Cuando estás con alguien tienes que responsabilizarte de lo bueno y de lo malo, si ya no quería estar contigo tendría que habértelo dicho, no jugar a darte una oportunidad para luego acostarse con otra.

Jacqueline se quedó mirando a Tess, la vio tan enfadada que por un segundo hasta le pareció adorable la manera en la que quería defenderla a capa y espada, pero en el fondo era muy consciente de la cantidad de errores que había cometido.

—Me duele la cabeza de tanto darle vueltas —soltó apretándose las sienes con las manos—. Y lo peor es que la odio tanto como la echo de menos.

Frustrada, echó la cabeza hacia atrás y se quedó apoyada en el sofá, sintiendo cómo su corazón se le estrujaba en el pecho. Jacqueline se llevó una mano ahí y arrugó los dedos sobre su ropa, poniendo control sobre su respiración a pesar de que no parecía servir de mucho. Al cerrar los ojos intentó recordar la cantidad de veces que se alejó de Susan para centrarse en su trabajo o en otra cosa que no fuera su matrimonio, tal vez por miedo a que este se viniera abajo o quizá por temor a no tener la capacidad para solucionar sus problemas. Sin embargo, por más que lo pensara, nada cambiaría el final que habían tenido las cosas y el dolor se acentuó, haciéndola sentir culpable por una muerte que era sumamente injusta.

Susan no se lo merecía y cuando Jacqueline se tumbó en el sofá solo pudo pensar que ojalá pudiera hacer algo por volver atrás, coger su mano y evitar que se marchara para siempre.



23 ERRORES

El dolor del cuello se le acentuó esa noche por culpa del estrés y un servicio que estaba siendo especialmente duro. Tess odiaba en particular los viernes porque muchos empresarios decidían que era el mejor momento para tomarse un respiro de sus obligaciones laborales e ir allí a disfrutar de la vida junto a compañeros de trabajo que no eran especialmente amables. Cada día entendía más a Julian y sus ganas de envenenar muchos de los cócteles que servía, aunque lo que la tenía realmente preocupada era ver cómo Jacqueline no levantaba cabeza después de una recaída que, al parecer, todos vieron venir.

Al día siguiente de la mudanza a su nuevo apartamento se encargaron de colocar los muebles esenciales, a falta de sacar las cosas de las cajas que se habían quedado apiladas en el salón, pero ella los invitó a marcharse y a dejarla sola a pesar de la insistencia de Tess por quedarse allí a dormir.

—Mesa cuatro —anunció una voz, pero no fue capaz de reaccionar hasta que insistieron de nuevo—. Tess, ¡mesa cuatro!

El chef siseó y la hizo girar sobre sus pasos con una disculpa reflejada en sus ojos. Cuando puso los platos en la bandeja tuvo que pararse un segundo para respirar antes de llevarlo todo al lugar asignado. Desde la distancia pudo ver a George tomar anotaciones en la carpeta que llevaba consigo y eso la hizo lanzar un suspiro pesado que la acompañó durante el recorrido.

—Que aproveche —dijo amablemente a los comensales, despidiéndose de ellos con una sonrisa para asegurarse que en el resto de las mesas todo seguía bien—. ¿Quieren algo más? —preguntó a un par de clientes, quienes negaron dejando que pudiera volver a la zona de pase a la espera de que salieran más platos.

Julian llamó su atención con un gesto de cabeza cuando Tess miró hacia la barra y le preguntó un «¿Estás bien?» con el movimiento de sus labios que ella respondió encogiéndose de hombros. Durante toda la noche se había estado debatiendo en si ir a casa de Jacqueline o esperar

a que ella diera señales de vida, sin embargo, la conocía tan bien que sabía que no iba a querer molestarla por mucho que se encontrara mal. También tenía un par de mensajes de Angela —que no había respondido— con una invitación para quedar al día siguiente que no estaba segura de aceptar.

La cabeza le tamborileó y la hizo cerrar los ojos, buscando unas respuestas que no llegaron por más que lo intentó. El restaurante volvió a requerir de su total atención y esa fue la única razón por la que volvió a sus sentidos y se centró en las comandas, los clientes y el trabajo en el Emerald. Para su fortuna, las horas pasaron rápido y cuando estaba cerca de dar las doce la noche terminó de limpiar la última mesa ante la atenta mirada de un Julian que esperó a que el resto de los compañeros se marcharan para hablar.

—Tienes que dejar de hacer eso —aconsejó, aunque su tono de voz parecía estar cargado de reproche.

—¿El qué exactamente?

—No te vayas por las ramas, Tess, ya lo sabes. —Julian puso los ojos en blanco y se desabotonó el cuello de la camisa antes de cruzarse de brazos—. Si ella quiere estar sola, será por algo, tendrá que poner sus pensamientos en orden. Todos sabíamos que había vuelto demasiado pronto al trabajo, y tú tienes alguien más a la que prestar atención.

—¿Angela te ha dicho algo? —La preocupación provocó que Tess se mordiera el interior de las mejillas.

—¿Vas a esperar a que lo haga para darte cuenta de que estás haciendo algo mal? Mira, si no sientes nada por ella, será mejor que no sigas con esto, porque es...

—Me gusta, y mucho —aclaró Tess con hastío, dándose cuenta de que no estaba mintiendo—, pero eso no quiere decir que no pueda preocuparme por mi... —Las palabras se le atascaron en la garganta y cuando vio a Julian levantar una ceja, continuó—: mejor amiga. ¿No deberías dejar de meterte en la vida de los demás? —Su amigo abrió la boca a punto de decir algo, aunque lo que hizo fue levantar las manos, tirar el trapo a la mesa y largarse de ahí—. ¡Lo siento! No quería decir eso.

—Será mejor que aclares tu cabeza antes de haceros daño —aconsejó molesto y sin girarse para mirarla a los ojos.

Con el enfado hirviéndole en la sangre se quedó sola en mitad del comedor y tuvo ganas de pegarle una patada a la silla que tenía delante. No podía creerse que Julian se hubiera puesto así por una tontería, al menos hasta que se llevó la mano al puente de su nariz y apretó, dándose cuenta de que en realidad no estaba tan equivocado. En soledad, tomó aire y buscó su móvil para buscar entre los mensajes y ponerse a teclear.

Tess: ¿Nos vemos mañana a las 10? ♥

Tess: Recuerda que no estás sola, sabes que puedes llamarme o venir a casa cuando lo necesites. Te he echado de menos en el trabajo, el servicio ha ido bien.

Tras enviar los mensajes a Angela y Jacqueline, respectivamente, fue directa a cambiarse y dejó el restaurante con malestar de estómago. Julian se había marchado a solas y sin decirle nada, y aunque quiso hablar con él lo dejó estar por miedo a empeorar la situación. ¿Qué sabía él de hacer daño si nunca había sido capaz de comprometerse con nadie más de un mes? Tess se abrigó evitando que el frío se le metiera en los huesos y de camino a casa intentó apartar sus palabras de la cabeza, aunque al final no lo consiguió.

A dos pasos de su casa bufó, pero al levantar la mirada del suelo, el corazón le dio un vuelco al ver quien le esperaba en el portal, dando más peso a lo que Julian dijo antes de dejarla en el restaurante.

...

AÑOS ATRÁS.

—No me puedo creer que lo hayas conseguido.

A pesar de estar en el corazón de Manhattan, aquel día el bullicio urbano desapareció para permitirles disfrutar de la paz y una serenidad envidiable en medio de la metrópoli. Jacqueline recordó sonreír, notando cómo las mejillas le dolían, permitiéndose un segundo para mirar a Susan a los ojos antes de acercarse a ella y besar sus labios sin pensar en nada más que ella. Las dos se habían tomado un día libre para pasear por el High Line, donde la naturaleza se mezclaba con la arquitectura urbana de una manera increíble. El parque, construido sobre una antigua línea de ferrocarril, se elevaba en el lado oeste y con el paso de los años se había convertido en un oasis urbano lleno de vegetación, arte y vistas panorámicas. Las mismas que veían paradas en mitad de un camino al que no querían poner final.

—¿Qué he conseguido? —Jacqueline susurró esas palabras sobre los labios de su chica y le dedicó un pequeño mordisco con picardía.

—Enamorarme, tanto de este sitio como de ti. —El corazón le dio un vuelco al escucharla y ver cómo sus ojos brillaban en ese instante. Susan no era dada a los detalles ni tampoco a expresar con tanta facilidad sus sentimientos, pero en ese momento no pudo aguantarse las ganas de hacérselo saber. Y besarla fue lo mínimo para demostrárselo—. Al principio pensé que no llegaríamos a tener nada, ¿sabes? Y ahora... apenas puedo creerlo.

—¿Por qué pensabas eso?

—Porque creí que estabas enamorada de otra —soltó Susan, sin querer pronunciar el

nombre de Tess, con una sonrisa elevó la mano hacia la mejilla de su chica y dejó ahí una caricia antes de buscar sus dedos para entrelazarlos—. Pero ya da igual.

Jacqueline quiso saber más, sin embargo, Susan se lo impidió al tirar de ella para llevarla por un camino con una variedad de jardines, plantas y flores que ya habían cambiado con la estación llenándose de pura primavera. Los diseñadores paisajistas habían creado un entorno donde la naturaleza parecía crecer en la estructura industrial y cuando llegaron a la sección de 12th Avenue cesaron el ritmo para disfrutar del mural inspirado en el río Hudson, cuyas vistas también podían verse desde High Line. Los más de setecientos paneles de vidrios para representar la variedad de colores del agua en diferentes momentos del día y de las estaciones provocaron que Jacqueline detuviera sus pasos para pensar en el cambio que había supuesto en su vida conocer a Susan.

Era cierto que el restaurante seguía siendo una prioridad pero, ahora, le gustaba la idea de querer salir de allí para compartir la vida con alguien más que no fueran sus amigos.

Sus dedos acariciaron los paneles en amarillo y naranja y se acordó de una camisa que Tess le había regalado retándola a ponérsela tras perder una apuesta que habían hecho en el restaurante. Una sonrisa apareció en sus labios y se obligó a negar para quitarse la idea de la cabeza. Jamás de los jamases se iba a poner esa prenda y, de hecho, la dejó guardada en un cajón del armario durante años; pero en ese momento lo que llegó con ese recuerdo no fue lo ridícula que iba a verse con la camisa, sino la espontaneidad de una mujer con la que echaba de menos salir.

—¿En qué piensas? —Susan se le abrazó a la cintura por su espalda y dejó apoyada la barbilla en su hombro.

—En nada —contestó Jacqueline enseguida, llevando las manos a donde las tenía su chica, para dejar una caricia sobre su piel y disfrutar de ese momento.

Ni siquiera en ese instante se debatió los sentimientos que la recorrían por dentro, porque estar con Susan le había aportado esa estabilidad que pocas personas ofrecen, algo que encajaba mucho con ella, como si las dos fueran la mitad de una moneda con dos caras exactamente iguales.

Jacqueline se giró y besó a su chica, llevando las manos a su cuello para acariciarle la boca con uno de los pulgares.

—¿Qué te parece si vamos a comer a algún restaurante nuevo? —preguntó con la certeza de que podría perderse para siempre en esa mirada.

—Creo que podríamos volverlo una tradición, ¿para qué tener un restaurante favorito cuando puedes descubrir cientos? —Susan le sonrió y volvió a coger su mano con fuerza,

empezando a caminar para dejar el camino atrás.

La intención de Jacqueline fue exactamente esa, encontrar un sitio al que acudir siempre a comer o cenar, para reencontrarse una y otra vez con esas primeras veces; sin embargo, se dejó llevar por los gustos y manías de Susan sin saber que, poco a poco, también se alejaría de lo que más feliz le hacía a ella misma.



TE DESEO LO MEJOR

Aunque era algo que ya no le apetecía seguir haciendo, acudía puntualmente a su cita con la psicóloga a sabiendas de que, por más que lo negara, su ayuda iba a significar mucho para el futuro.

—Siempre he odiado febrero, es como si la gente se olvidara de que existen cientos de días en los que poder demostrar a alguien que lo quieres.

—Sin embargo, te encanta trabajar ese día en el Emerald, ¿por qué? —Jacqueline se quedó mirando a su psicóloga, una mujer que siempre tendía a rebuscar en la parte más honda de su corazón para sacar a relucir la verdad.

Los nervios la hicieron arrugar los dedos sobre el jersey. Inevitablemente llevó la mirada hacia la ventana, echando un vistazo a las nubes que esa mañana pintaban Manhattan de una forma diferente. Camila esperó en silencio, apoyando las manos en la carpeta que seguía sobre sus piernas, y observando a Jacqueline hasta que esta consiguió encontrar las palabras correctas.

—Porque allí estoy con ellos —confesó, consciente de que para ella era una forma de regalar su corazón a esas personas—. Debes de pensar que mi matrimonio fue una completa mentira porque nunca celebré San Valentín con Susan.

—Cada relación es un mundo; a su modo, para vosotras era especial y único, pero no lo estás diciendo porque creas que fallabas a tu mujer, ¿verdad? —Camila sonrió y se llevó un mechón de pelo tras la oreja, lo que provocó que pensara en Tess y en esa manía que era muy de ella y que siempre le había parecido algo único—. Estás comparando lo que tuviste o no tuviste con Susan, con lo que siempre has tenido con Julian y con... ella.

—¿No es extraño que nunca quisiera tener un restaurante favorito o un lugar al que ir siempre con su pareja? —Jacqueline se fue por las ramas para evitar las palabras de su psicóloga—. ¿Lo haría también con más gente? Probablemente nunca iba al mismo sitio para evitar que la

pillaran.

—¿Crees que Susan era una mentirosa en potencia? —Aunque el tono de voz de Camila fue tranquilo, dejó la carpeta a un lado y se levantó para ofrecerle un vaso de agua a su paciente —. Creo que enamorarte de las partes buenas que ella tenía te llevó a dejar de lado tu rutina y las cosas que te gustaban porque, en realidad, lo que más feliz te hace siempre lo has tenido ahí y ha sido completamente tuyo. No te ha hecho falta cambiarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Que el Emerald es tu lugar seguro y las personas que están ahí son quienes han llenado tu corazón de una forma que temes destruir, por eso te aferras a ello con tanto ahínco y sin permitirte un solo día de descanso. —Camila se volvió a sentar y mostró un gesto amable—. Si tienes un día malo, ahí está el restaurante para servir de bálsamo; si las cosas no iban bien con Susan, trabajabas más y más duro.

—Pero no tiene nada de malo querer volcarse en el trabajo cuando no se está bien —se justificó Jacqueline, llevándose el vaso a sus labios para refrescarse la garganta.

—Desde luego que no, salvo que tú no vas solo al Emerald porque te guste trabajar allí, sino por lo que hay allí. —Su psicóloga la dejó paralizada y con los nervios en la boca del estómago.

—Tess está con Angela —soltó Jacqueline, sin medir en absoluto lo que decía y nada más comentarlo el vaso le tembló entre los dedos—. Yo me enamoré de Susan —añadió, y se mordió con fuerza el labio inferior—. Me enamoré tanto que su muerte me destrozó por completo, tú lo has visto y lo que ha pasado estos meses me ha dejado... rota.

—Nunca he dicho que no haya sido así —apuntó—, pero que la amaras no significa que fuese la única.

...

«Tienes que buscar la verdad y el perdón, darle sentido a todo lo que sientes y aceptar que nunca tuviste la culpa de lo que pasó con Susan», las últimas palabras de Camila la dejaron con los nervios de punta y un dolor de cabeza que no desapareció horas después. Jacqueline tenía entre manos un perrito caliente y un vaso de té que bebió sentada en un banco, disfrutando de las vistas del río y el puente de Williamsburg que había desde el East River Park. El teléfono ya le había sonado un par de veces, pero en ese momento no se sentía con fuerzas de responder, hasta que una llamada más la hizo bufar.

—Acabo de recibir el informe de que puedes volver al trabajo. —George fue tan simpático

como siempre, algo que no le sorprendió en absoluto—. ¿Seguro que estás lista para volver a la rutina otra vez?

—Han pasado más de tres semanas; he descansado, he leído, he limpiado mi casa tantas veces que siento que he descubierto cientos nuevos tras las paredes —soltó ella con tono de disgusto—. Estoy bien.

—Vale, porque no quiero ver como tienes otra crisis en mitad de un servicio. —A veces le daban tantas ganas de mandarlo tanto a la mierda que se preguntó cómo podía evitar no decírselo a la cara—. En serio, solo quiero que no te pase nada. Han sido unos meses de locura.

—George, de verdad, que puedo hacerlo. No compliques más las cosas, solo quiero volver allí y estar en...

«El lugar que más me hace feliz», pensó para sí misma. Y no era por el hecho de ponerse el uniforme o llevar su carpeta a todas partes. Al cerrar los ojos, la vio caminar con la bandeja en la mano llevando las comandas a las diferentes mesas mientras servía a los clientes con una eterna sonrisa. Las anotaciones que siempre tomaba en la carpeta las escribía casi de forma automática, porque lo más le gustaba ver era a Tess siendo una luz capaz de iluminar cualquier rincón.

—¿Jacqueline? —George habló, pero ella no parecía escucharle—. Jacqueline, ¿pasa algo?

—No, no, estaré por allí un par de horas antes del servicio, quiero comprobar que todo está en orden.

Sin darle oportunidad a responder, colgó la llamada y dejó el teléfono a un lado. Sus dedos se aferraron al vaso de té y bebió apartando los pensamientos que se le habían cruzado por la cabeza, como si hacerlo así, fuera a hacer que se olvidara de ello.

...

Tess se aferró a la chaqueta de Angela un rato, evitando que se marchara de allí. Su sonrisa provocó que volviera a besarla, perdiéndose en la humedad de su boca y haciendo que un escalofrío recorriera su espalda. Ojalá no tuviera que entrar a trabajar, menos en un día en el que iban a estar hasta arriba de comensales.

—Mañana te espero en casa —recordó Angela, acariciando el cuello de su chica—. Prepararé un buen desayuno para quitarte el cansancio.

—La idea suena genial.

Con el carraspeo de Julian a su lado, la atrajo hacia ella y volvió a besarla antes de despedirse, viéndola marchar a la vez que giraba sobre sus pasos para chocar con una imagen que la dejó con un cosquilleo en el estómago. Jacqueline levantó la mano para saludarla mientras

veía alejarse a Angela, ignorándola por completo conforme acortaba la distancia para llegar hasta una mujer que no dudó en abrazarla como si hiciera años que no se veían.

—Un día acabas conmigo —protestó casi sin aire, a punto de echarse a reír.

—No tienes idea de cuánto te hemos echado de menos. Díselo, Julian.

—Casi matamos a George cuatro veces —añadió él, intentando no sonar demasiado exagerado.

Él también la abrazó y dejó un beso en su frente, sintiéndose de nuevo casi completo, al menos, en ese lugar donde se sentía extraño cuando no las tenía.

En los años que llevaban trabajando juntos, eran contadas las ocasiones en las que no habían disfrutado del mismo servicio y el equipo que formaban se notaba en todo momento.

—Yo estaba deseando volver, esta vez tengo el consentimiento de Camila al cien por cien —aclaró Jacqueline, para evitar preguntas innecesarias, aunque sabía que ellos no iban a decir nada, sobre todo porque la habían visto mejorar durante los últimos días—. ¿De verdad os ha vuelto tan locos?

—Está insoportable, no sé cómo ha llegado a ser dueño del restaurante —comentó Tess en voz baja, como si tuviera miedo de encontrárselo cerca de allí—. Ojalá fueses tú quien llevara el Emerald, haces el trabajo mucho más fácil.

—Ya tengo el control de la sala, cuando estoy aquí sabéis que no le permito nada, así que no os preocupéis.

—Por eso te queremos. —Tess casi se le tiró encima y le dio un sonoro beso en la mejilla ante la atenta mirada de un Julian que no pudo evitar volver a carraspear.

Jacqueline se le quedó mirando como preguntándole qué le pasaba, pero él se limitó a encogerse de hombros y ponerse en medio de las dos para entrar hacia el hotel donde estaba el restaurante. Sin mediar palabra se agarró a cada brazo y tiró de ellas, preguntándose cuánto podría aguantar sin encerrarlas en algún lugar para que se aclarasen de una vez. Claro que, al pensar en Tess y Angela, se volvió a convencer de que todo parecía ir bien en su relación y dudar de lo que sentían estaba mal, muy mal. Ya habían pasado semanas y la distancia que la camarera puso entre ella y la *maître* durante su recuperación también había hecho lo suyo, así que, todo debía ir bien.

«Será mejor que lo olvide», dijo para sus adentros, seguro que a Jacqueline también se le habría pasado esa etapa de querer la atención de Tess a todas horas, además de que solo había sido porque se sentía completamente perdida. ¿No?

El trabajo los obligó a centrarse en el restaurante y pronto las dudas sobre lo que pudieran

sentir unos u otros empezaron a disiparse con el movimiento en la cocina y en la sala que ya estaba repleta de gente. Esa noche tenían tantas reservas que el personal se convenció de que no tendrían ni un minuto de descanso. Tras la barra, Julian se dedicó a ofrecer los mejores cócteles que servía allí mismo y también en las bandejas que los camareros llevaban a las diferentes mesas repartidas por el comedor. Mientras trabajaba se dio cuenta de que era cierto que Jacqueline parecía más tranquila y centrada en lo que hacía, saludando a clientes y también tomando nota de lo que necesitaran sus compañeros.

—Nunca un San Valentín me ha parecido tan tranquilo —le dijo yendo con él un momento, justo cuando Tess giraba sobre sus pasos y los miró para dedicarles una sonrisa encantadora—. Al menos, cuando vuelva a casa ya no tendré a nadie que se queje porque he trabajado toda la noche.

La sorpresa bañó la expresión de Julian ante una broma que no tenía idea de cómo tomarse, pero al mirar a Jacqueline no le pareció dolida y eso le hizo respirar tranquilo.

—Sí que estás mejor. —Se animó a decir mientras limpiaba la barra con un trapo.

—La echo de menos —confesó ella—, pero me estoy dando cuenta de que tal vez nos dedicamos a tensar la cuerda demasiado. —Se dio la vuelta y apoyó las manos sobre la madera para dedicarle una sonrisa calmada a su amigo—. Ella ya no estaba enamorada de mí, o puede que sí, no lo sé... tampoco la odio por haber buscado esa atención que no tenía conmigo en otra persona. Lo único que tengo claro es que ya no me puedo permitir ignorar más la tristeza, o lo que sea que sentía, porque estaba dejando de ver la realidad y eso me impedía seguir adelante.

Julian no fue capaz de añadir una palabra, así que estiró la mano y cogió la de su amiga, apretándola con fuerza a la vez que se ponía de puntillas para darle un beso en la mejilla sin importar que hubiera clientes a su alrededor.

—Estoy muy orgulloso de ti, seguro que cuando estés preparada encuentras a otra persona con la que poder explorar de nuevo el amor.

—¿Tú crees? —Jacqueline le miró a los ojos y después se giró para echar un vistazo a su alrededor, terminando por encogerse de hombros—. Quizá —añadió y no se atrevió a decir nada más—, quizá. Por ahora, vuelvo al trabajo.

Jacqueline acarició la mano de su amigo y se fue directa a la zona de pase para ver si todo estaba bien. Mientras caminaba, se dedicó a pensar en lo que le había dicho Julian, pero con la imagen en la cabeza de un beso que podía saborear en sus labios, pero que jamás estaría destinado para ella.



GIRANDO CONTIGO

Vio sus ojos arder y ese fuego se abrió paso por su piel erizándola hasta provocar que su grito recorriera las paredes de una habitación donde olía a vainilla, besos y sexo. Tess cayó sobre la cama y se giró a un lado para poder fundirse con la mirada de Angela una vez más. Los labios de ella estaban hinchados y la tentaron como una fresa jugosa, pero lo que más le gustó fue ver su pelo desordenado cayéndole por el cuello y los hombros, listo para que sus dedos volvieran a enredarse en cada mechón.

—Ojalá no tuvieras que irte —protestó Angela, acariciando la cintura de Tess en un intento porque no se moviera de la cama.

—Es el cumpleaños de Jacqueline, no puedo perdérmelo. Hoy nos hemos cogido la noche libre para darle una sorpresa y celebrarlo con ella, no tiene idea de nada.

—Ya... pero tú misma dijiste que no va a ser algo especial, ¿no podríais haberlo dejado para otro momento? —Angela se incorporó un poco y se acercó para besarla, dejando un pequeño mordisco en su cuello que la hizo suspirar—. Ya hace cuatro meses de nuestra primera cita.

—¿Aquel desastre contó cómo tal? —Aunque Tess bromeó, no tardó en poner ambas manos en su cara para dejarle claro que lo recordaba perfectamente—. Podemos celebrarlo el fin de semana e ir a comer cuando salgas del trabajo, sé que por la noche tengo turno, pero prometo que lo haré inolvidable.

Angela suspiró cuando la besó y no tardó en asentir, encantada con la promesa de su chica.

—Más vale que lo sea —advirtió guiñándole el ojo.

El desayuno que vino después —aún sin haber amanecido— provocó que Tess se quedara con una sonrisa tonta y un bonito cosquilleo en el estómago. Al llegar a casa se encontró con Kala y compensó su falta durante algunas horas con arrumacos y un montón de caricias que la

gata agradeció sin dejar de maullar, incluso tuvo suerte de que jugaran un buen rato antes de que la camarera se centrara en envolver los regalos que había comprado a Jacqueline a lo largo de la semana. Las entradas para el musical Hadestown la hicieron imaginársela con la mirada emocionada y el corazón le dio un vuelco al pensarlo, aunque sabía que lo que más iba a hacerle ilusión era un reloj que se había agotado en todas partes y que ella consiguió tras una búsqueda exhaustiva.

—Tú que dices, ¿le van a gustar los regalos? —preguntó mientras Kala la miraba con sus intensos ojos, probablemente queriendo preguntar si podía jugar con el papel sobrante.

Tess pareció leerle el pensamiento y le cedió un trozo. La gata se volvió loca de la alegría y empezó a romperlo mientras su dueña reía encantada deseando que llegara la tarde para ir a casa de Jacqueline y darle la sorpresa junto a Julian.

Nerviosa, se fue a dar una ducha y se puso una camisa color tierra que hacía juego con un bonito pantalón gris de vestir que recordó haberse comprado durante la primavera del año anterior, cuando ella y su mejor amiga se gastaron la mitad de su sueldo en ropa. Aquella locura hizo que negara poniendo una sonrisa y después suspiró, siendo consciente de la gran cantidad de vivencias que tenían juntas desde que se conocieron. «Siempre habéis sido ella y tú», la voz de Susan en uno de los tantos recuerdos que tenía de ella, se le metió en la cabeza haciéndola suspirar mientras se peinaba con los dedos y le fue inevitable no pensar en si tuvo la culpa de que su matrimonio con Jacqueline sufriera las consecuencias.

El teléfono sonó y dio un sobresalto, a punto de tirar el perfilador de ojos, Julian siempre tenía el don de llamar en el momento más inoportuno.

—No voy a poder ir —dijo sin darle tiempo a saludar—, mi madre se ha caído y voy para el hospital.

—¿Qué? Pero, ¿es grave?

—Tranquila —aclaró su amigo—. Al parecer se ha torcido un tobillo, me ha llamado su jefe, la muy... no quería molestarme.

—Ya sabes cómo es, no te lo tomes a pecho, y ni se te ocurra conducir como un loco —advirtió Tess intentando que se calmase—. ¿Quieres que le dé los regalos de tu parte?

—Sí, por favor, y dile que haremos una buena fiesta después de la función en Broadway.

—O durante la Super Bowl, que es el domingo que viene —recordó ella y por el silencio de Julian supo que se había olvidado por completo—. Yo me encargo de todo, ve con tu madre pero mantennos informadas, por favor.

—Hecho, gracias. ¡Recuérdala que la quiero! —gritó Julian y tras esas palabras colgó la

llamada.

Tess lanzó un suspiro y se llevó las manos a las mejillas, dándose cuenta de que Kala la miraba desde la puerta del cuarto de baño.

—Parece que vamos a ser solo ella y yo —le dijo a la gata, como si fuera a darle alguna respuesta milagrosa.

Con el abrigo puesto y un pañuelo diferente para resguardarse del frío, salió de Little Italy para recorrer toda Grand Street e ir a casa de Jacqueline dando un paseo. Consigo llevó un par de bolsas con los regalos y una mochila para hacer más cómodo un trayecto en el que se puso más nerviosa conforme avanzaba. A lo largo de la semana, su mejor amiga les había repetido que no tenía ganas de hacer algo especial por su cumpleaños, de hecho, tampoco es que se hubiera tomado molestias en años anteriores por hacer una gran fiesta o algo así. Sin embargo, siempre conseguían sacarle más de una sonrisa y recuerdos que con el paso del tiempo hicieron más fuerte su amistad.

La intención de Tess no era otra que evitar que Jacqueline se quedara sola en un día que debía celebrarse, sobre todo porque ella era especial en el mundo —más en el suyo— y no tenía ningún derecho a que el silencio la rodeara. Así que tomó aire en varias ocasiones y cuando llegó al apartamento en el que vivía, llamó al timbre y puso su mejor sonrisa.

—Tess, ¿qué haces aquí? —preguntó en cuanto la vio por la cámara.

—Abre la puerta, me estoy congelando de frío —protestó ella, mintiendo en parte para que la dejara pasar, sin ninguna intención de que viera que iba cargada de bolsas.

Mientras el ascensor subía hasta la planta veintidós, procuró arreglarse el pelo mirándose al espejo, y paseó su lengua por los labios justo antes de que la puerta se abriera para ver a una Jacqueline que tenía una ceja levantada, sin tener idea de a qué venía su visita.

—¡Feliz cumpleaños! —gritó en cuanto sus miradas chocaron e hizo que pusiera los ojos en blanco.

—Tú nunca aceptas un no, ¿verdad? —Jacqueline bufó, pero al tenerla delante la abrazó sin dudarle, notando cómo sus corazones latían a toda prisa—. ¿Y qué coño traes ahí?

—No esperabas celebrar tu cumpleaños sin ningún regalo, ¿verdad? —Tess levantó las bolsas mientras se abría paso al apartamento de ella—. Aunque tengo una mala noticia, la madre de Julian se ha caído y están en el hospital.

—¿Qué? —gritó Jacqueline, llevándose una mano a la boca mientras cerraba—. No es nada grave, ¿verdad?

Cuando Tess negó sintió un enorme alivio y se acarició la nuca, como si quisiera sacarse la

sensación de malestar que se le había puesto en el estómago. Ya habían tenido demasiadas desgracias en los últimos meses.

—Solo ha sido el tobillo, pero no ha podido venir, íbamos a sacarte a merendar y cenar por ahí, así que venga... vístete que nos vamos.

—Tess... venga, no me apetece hacer nada, ¿no podemos quedarnos aquí a ver alguna película?

—¿Crees que me he arreglado para eso? —Con una enorme sonrisa dejó las bolsas en el sofá y se desató el abrigo para que Jacqueline la viera con la camisa puesta mientras giraba—. Venga, si no te mueves, te llevaré a rastras.

—Eres imposible...

—Pero así es como me quieres —soltó, y cuando su amiga la miró, se encogió de hombros poniendo cara de inocencia total.

Jacqueline se mordió el interior de sus mejillas al ver cómo se llevaba un mechón tras la oreja y, sin más, afirmó para ir a su dormitorio y buscar qué ponerse. Ese apartamento no era tan grande como el de Chelsea, pero en el fondo agradecía que fuese un espacio más acogedor, donde no tuviera que pensar en que faltaba alguien por allí. Al mirarse en el espejo del vestidor, se acarició el puente de su nariz con el índice y después se fijó en las ojeras que delataban su falta de sueño durante las últimas noches. Camila le recordó en su última sesión que tendría épocas en la que los recuerdos se harían más fuertes y eso provocó que suspirara; pero, aun así, se preocupó por coger un bonito jersey para acompañar a sus pantalones negros favoritos y, poco a poco, volvió a sonreír al pensar que iba a poder olvidarse de todo junto a la persona que más la entendía en el mundo.

Después de maquillarse y peinarse, volvió al salón y se plantó en mitad de este, ante la atenta mirada de Tess, quien dejó las vistas de la ciudad para centrarse en Jacqueline, en sus labios rosados y en la luminosidad que habían adquirido sus ojos.

—Estás muy guapa —le dijo sin pensárselo dos veces—. Ahora ¿vas a dejarme que te regale un bonito cumpleaños?

Jacqueline dio un par de pasos, sin apartar la mirada de ella y sonrió, estirando un poco el cuello para intentar ver qué escondía en las bolsas; pero lo que más le gustó fue ver la mirada de ilusión que Tess tenía, un gesto que le hizo sentir cosquillas en el estómago.

—Por supuesto que sí —respondió tras contar hasta tres—. ¿Qué tienes en mente?

—Darte los regalos no —aclaró Tess, por si se le ocurría volver a cotillear entre las bolsas—. Así que me llevo esto conmigo hasta que sea el momento indicado.

Jacqueline estuvo a punto de protestar, pero hasta le pareció gracioso cómo ella ponía un gesto pícaro y juguetón, dispuesta a tenerla en vilo el tiempo que fuera necesario. La escena se convirtió en una melodía a piano donde una voz acompaña a las teclas con suavidad y calma, a fuego lo suficientemente lento para que las dos pudieran guardar bien el recuerdo de la otra, encontrando entre las nubes un poco de luz con solo mirarse.

—Está bien... —Se mordió el interior de sus mejillas y giró sobre sus pasos para ir a buscar su abrigo y dejar que fuera Tess quien llevase las de ganar.



UN MISMO CORAZÓN

Tras recorrer gran parte de Central Park y comer un par de perritos calientes de los puestos ambulantes, un taxi las llevó a un lugar que Jacqueline conocía muy bien y, de repente, su mirada volvió a estar repleta de ese brillo que Tess vio en ocasiones muy concretas, donde la felicidad se le metió en el corazón tan profundamente como para hacerla olvidar de su vergüenza o esa seriedad que siempre solía caracterizar a su amiga. El cartel luminoso en rojo del Amsterdam Billiards les dio la bienvenida en las cercanías de Union Square, y Jacqueline se quedó parada mirando el lugar como si quisiera recuperar cada uno de los recuerdos que tenía de ese lugar con las personas de su vida.

—¿Pretendes darme una paliza para celebrar mi cumpleaños? —Levantó una ceja ante la atenta mirada de Tess que se encogió de hombros haciéndose un poco la loca—. Nuestra primera copa juntas.

—¡Sorpresa! —exclamó, estirando los brazos y cruzando un pie tras el otro para hacer una especie de reverencia.

Las imágenes de aquella noche se pasaron por su cabeza con una claridad que la dejó sorprendida. Julian, Tess y ella habían salido relativamente temprano del Emerald y la emoción por superar su segundo mes de trabajo llevó a Tess a invitarlos a unas copas y una noche de juegos en la que descubrieron que, no solo era amante del fútbol americano como ellos, sino que era una mujer extremadamente competitiva. Cada vez que ganaba hacía una especie de baile con el que fue capaz de sacarles todo el cansancio y traer de vuelta horas de risas y momentos increíbles.

Jacqueline no se lo pensó dos veces, avanzó hacia la puerta del local y la abrió para dejar que ella entrara primero, dispuesta a darle una paliza si es que la suerte se lo permitía, puesto que Tess era un hueso duro de roer.

—Hacía muchísimo tiempo que no veníamos por aquí —susurró Jacqueline bajando las

escaleras que llevaban al interior del bar, todavía poco concurrido y eso le dio la oportunidad de acariciar con su mano una de las mesas que estaban vacías.

—Será porque no hemos encontrado el momento.

Tess solía buscar el lado bueno de las cosas y aunque Jacqueline quiso negarlo, lo dejó estar; porque lo cierto era que durante los últimos dos años, estuvo haciendo todo lo posible por intentar llevar a flote la relación con su mujer, evitando que sus noches o días libres se convirtieran en horas de quejas por pasar más tiempo con sus compañeros y amigos que con ella.

El corazón le dio un pinchazo al ser consciente de que eso era exactamente lo que Susan hizo, viéndose con otra persona a escondidas mientras su día a día estaba lleno de reproches que en ocasiones se convirtieron en una tortura.

—¿Pides tú lo que quieras? —El semblante de Jacqueline se volvió serio por culpa de los pensamientos que recorrían su mente, aunque intentó esbozar una sonrisa calmada para que su amiga no acabara por interrogarla.

Tess asintió y fue en busca de un par de cervezas mientras que ella iba a coger los tacos y la tiza para ubicarse en su lugar preferido, justo en el extremo del bar, lejos de toda molestia y el resto de los juegos. En silencio, se quitó el abrigo y lo dejó en el taburete de la mesa que tenían al lado y cuando la vio llegar suspiró al verla con las manos y los brazos cargados.

—¿Qué? —preguntó fingiendo extrañeza.

—No voy a mirar los regalos, puedes soltar las bolsas, ¿o es que piensas jugar con ellas? Si lo que quieres es perder... —Jacqueline la picó con un tono divertido y se dispuso a jugar, haciéndose un recogido sencillo en el pelo que le permitiera ver bien las bolas del billar.

Tras colocarlas en el triángulo cogió su taco y se dirigió hacia Tess, quien la miraba con esa expresión de no querer conceder ni una tirada. Enseguida enseñaron sus manos y echaron un *piedra, papel o tijera* que decidió que Jacqueline sería quien tirara primero.

—La suerte del principiante —protestó dispuesta a crear esa tensión con la que siempre ponía entre las cuerdas a sus rivales—. Por cierto, ¿vienes a ver la Super Bowl a casa?

Jacqueline perdió la concentración un segundo y se preguntó cuándo el tiempo había pasado tan rápido. El recuerdo del último evento vivido en su apartamento le dejó un sabor agridulce, puesto que Susan no era fanática del fútbol ni tampoco de organizar grandes fiestas. En ese momento, se preguntó la cantidad de veces que no logró disfrutar del gran evento por estar pendiente de los deseos de una persona que pareció cambiar en el instante en que se fueron a vivir juntas y, con las mismas, decidió que lo mejor que podía hacer era darse el gusto de hacerlo por primera vez en mucho tiempo.

—Iré a comprar nuestras patatas fritas favoritas y alguna que otra sorpresa, Julian viene, ¿no? —La pregunta estuvo de más porque Tess afirmó a la vez que le ponía tiza a su taco—. Dios, lo estoy deseando, ojalá algún año podamos disfrutarla en directo.

—Sería una pasada —aseguró soñando con hacerlo posible—. Seguro que lo haremos pero, por ahora, nos conformaremos con vivirlo en casa. Además, ese domingo libramos los tres, así que perfecto.

—Siempre pensando en todo.

—¿Y no disfrutar de la final contigo? Antes lo dejaría todo. —Tess se sorprendió por el tono que adquirió su voz al decirlo.

Las miradas de ellas chocaron y, por un momento, la tensión se instaló en el aire hasta que Jacqueline pudo carraspear y mover sus pies para dirigirse a un extremo de la mesa de billar y agacharse apuntando a la bola blanca con el taco. Concentrada en la tarea, frunció un poco el ceño y apretó los labios, golpeándola poco después para colar una de las bolas lisas en una primera tirada que le hizo esbozar una sonrisa orgullosa.

—¿Seguro que es suerte? —picó a Tess y esta entrecerró los ojos, con ganas de callarle la boca en cuanto tuviera una oportunidad.

Y, de hecho, fue justo lo que pasó, porque solo le faltó colar una de las rayadas y la negra. Tras esa jugada volvió a caminar alrededor de la mesa, moviendo sus caderas mientras Jacqueline la miraba con la mejilla apoyada en su taco. No supo si fue porque adoraba ver esa sonrisa, pero algo se le metió muy adentro para evitar jugar al nivel que solía, solo para que su rival disfrutara de una noche divertida tras tantos días de tormenta.

—A veces no te aguento —soltó en broma y, como respuesta, Tess le lanzó un beso que la hizo sentir un cosquilleo en el pecho—. Tira de una vez.

La primera partida acabó haciéndola ganadora, y Jacqueline tuvo que levantar las manos admitiendo su derrota y que pagó con otra ronda de cervezas que fue a buscar enseguida. Tess agradeció el botellín con un guiño y se lo llevó a los labios disfrutando de esa pequeña victoria, sin darse cuenta de que un pequeño reguero de cerveza cayó por su barbilla y su cuello hasta mancharle la camisa, notando el frío en ese momento.

—Mierda —protestó, llevándose el dorso de la mano a la cara para limpiarse.

—Se le llama karma —soltó Jacqueline y a su mente llegó el instante en que le había dicho esas mismas palabras cuando comían perritos calientes.

—Muy bien, si vuelvo a ganar, vete preparando para mover el culo porque no pienso dejar que te marches a casa.

—¿Y qué pasa si gano yo? —Quiso saber Jacqueline.

—Tú decides donde ir.

...

Washington Square Park parecía solitario a esas horas de la noche, pero la sensación de intimidad que las luces producían al resaltar los contornos de los árboles y los senderos provocó que Jacqueline respirase en completa paz por primera vez en mucho tiempo. A su lado, Tess la cogía de un brazo, intentando fijar la mirada al frente sin tropezar con obstáculos inexistentes en el camino.

—No me puedo creer que te hayas emborrachado, ¡en mi cumpleaños! —protestó con más ganas de reír que otra cosa.

—Ha sido por tu culpa —se justificó Tess—, ya sabes que no puedes picarme.

Ella se encogió de hombros y siguió como si nada. No es que estuviera muy borracha pero, después de tanto tiempo sin disfrutar de una noche de cervezas, el alcohol se le había subido peligrosamente a la cabeza. La fuente se veía preciosa desde la distancia y Jacqueline se fijó en cómo las aguas añadían un toque de magia al icónico arco que era fotografiado por cientos de personas a lo largo del día.

Sin mediar palabra, tiró de Tess y la llevó allí para sentarse a su lado, deseando disfrutar de esa tranquilidad un ratito más.

—Quiero abrir mis regalos, es lo justo, te he ganado siete partidas.

El recuerdo la dejó con la boca abierta, jamás en la vida se habría esperado que Jacqueline se lo echara en cara; pero una apuesta era una apuesta, así que no lo pensó dos veces y le cedió las dos bolsas.

Julian le había comprado cuatro de las últimas tendencias de *thrillers* actuales, una de sus pasiones junto a los clásicos que siempre solía leer. Por eso decían que era un contraste que la convertía en una persona única y no estaba dispuesta a contradecirlo. Jacqueline se llevó al pecho el ejemplar de *Here in the dark* de Alexis Soloski, y sus ojos brillaron como los de un niño al que le acaban de dar su dulce favorito.

—Espero que no te perdamos durante mucho tiempo —dijo Tess, consciente de que podía pasarse días enteros metida en una buena lectura.

—Pues vienes a casa y me sacas de ahí a rastras. —La broma provocó que el corazón le diera un vuelco, pero Jacqueline no se percató de ello.

Los regalos de Tess cayeron entre sus manos y al ver las entradas para Hadestown lanzó un

gritito de emoción que resultó ser adorable. Al segundo, ya la estaba abrazando, y hundiendo la cara en su pañuelo quedándose ahí un buen rato. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba de un musical, que el recuerdo parecía estar desaparecido entre la nebulosa de los últimos meses.

—Todavía hay algo más. —Tess tuvo que carraspear y moverse un poco para evitar que los nervios fueran a más al entregarle la cajita, sin embargo, ver la mirada de Jacqueline al descubrir el reloj que le había comprado provocó lo contrario.

—Joder, es precioso... ¿cómo lo has conseguido?

El Tissot Bellísima Small Lady con la correa en turquesa dejó de estar disponible en todas las tiendas de Nueva York, y cada vez que quería hacer un encargo *online* se encontró con el mismo problema haciéndola desistir por completo. Durante semanas les había dicho que ese reloj le recordaba a uno que había tenido su abuela —perdido en una vieja mudanza— y que tenerlo sería un sueño hecho realidad.

—Digamos que me he esforzado un poco —aclaró Tess, más centrada en la reacción de ella que en comentar cuánto le costó dar con él.

—Nadie había...

Los dedos de Jacqueline temblaron al coger el reloj para ponérselo en la muñeca y enseguida notó cómo sus ojos se anegaban en lágrimas. Varias se deslizaron por sus mejillas y Tess le limpió un par con el pulgar, acariciando su piel, guardándose el tacto durante unos segundos en los que se dio la oportunidad de poder mirarla a los ojos y ver su rostro ahí reflejado, con una belleza que jamás había visto en otra persona. El corazón empezó a latirle rápido y, a punto de moverse, Jacqueline se le adelantó en un abrazo que la dejó en completo silencio, el suficiente para poder percibir el latido de su corazón, extrañamente o no, acompasado con el suyo.



IGNORANDO EL AHORA

Durante la última media hora, Tess no dejó de caminar de un lado a otro. Con la televisión encendida y lista para empezar a retransmitir el evento del año, también había movido la mesa del comedor para dejarla cerca del sofá y que poco a poco se llenara de los aperitivos y la comida que iban a preparar entre todos antes de que empezara el partido. Julian estaba a punto de aparecer con su maravillosa invitada de última hora y eso la tenía atacada, porque iba a ser la primera Super Bowl que celebraría con Angela desde que empezaron a salir. Por su mente, se cruzó ese pensamiento junto a los mensajes que se mandaron a lo largo de la semana, dándose cuenta de que la había echado mucho de menos.

—Ni que fuera el gran evento familiar —se dijo a sí misma, ante la atenta mirada de una Kala que no sabía si quedarse dando apoyo emocional a su dueña o esconderse en cualquier parte durante el resto del día.

Con las manos en jarras, Tess echó un vistazo a su alrededor y sonrió de oreja a oreja al mismo tiempo que el timbre sonaba. Antes de abrir, buscó la chaqueta de los NY Giants y se la puso, arreglándose el pelo sin perder la oportunidad de mirarse en el espejo que tenía nada más entrar al apartamento.

Julian llegó cargado con varias bolsas llenas de bebida y algunos de los aperitivos, mientras que Angela traía los ingredientes necesarios para preparar perritos calientes y patatas fritas con varias salsas.

—Estás guapísima —le dijo nada más verla, sin perder la oportunidad de besarla—. Te he echado mucho de menos.

—Que no estáis solas, señoritas —protestó Julian, pero en cuanto vio a la gata, se olvidó totalmente de ellas—. ¡Kala, bonita, ven aquí!

La bola de pelos corrió hacia él y se tumbó para girar patas arriba dándole la bienvenida,

dispuesta a recibir todas las caricias posibles y más. Tess adoraba que Kala fuera tan amigable con la gente, y eso hizo que la mirase encantada, antes de volver a los ojos de Angela.

—Siento haber estado tan ocupada —lamentó—, a veces el trabajo se vuelve una locura.

—No pasa nada, siempre conseguimos encontrar un momento para nosotras.

Angela le dedicó un guiño y pasó hacia el salón para coger las bolsas que trajo su amigo y llevar las cervezas y los refrescos a la nevera. Ver la mesa así puesta, le hizo entender que estaba ante un evento importante que Tess vivía como único, y aunque no tenía ningún interés por el fútbol americano, se propuso disfrutar de la velada junto a su chica.

—¿Cuánto le falta a Jackie? —preguntó Julian, levantándose del suelo con Kala ronroneando en sus brazos.

—Me ha dicho que iba a comprar algo y que venía ya para casa. No sé qué se le habrá ocurrido esta vez. —Angela la miró extrañada sin entender muy bien—. Siempre trae una sorpresa, es una especie de tradición que tiene por la Super Bowl, y cada año se supera aún más. Por un momento pensé que no lo tendría en cuenta, pero con Jackie ya se sabe.

—El año pasado hizo unos *hoagies* alucinantes —comentó Julian, viendo cómo su amiga seguía sin saber a qué se refería—. Son sándwiches gigantes, preparó una receta original que tenía que ver con los Eagles y los Chiefs.

—Nos pusimos las botas —añadió Tess—. Yo jamás estaré a la altura de las celebraciones en su casa, pero este año hay que intentarlo.

—Mientras haya nachos y queso, lo demás no me importa.

Julian se encogió de hombros y fue a buscar las pancartas de los equipos finalistas que había comprado el fin de semana anterior. Angela se sintió por un segundo fuera de lugar, pero en cuanto volvió la mirada a Tess, se olvidó de eso y caminó hasta ella para poner las manos en su cuello.

—Tú dime qué puedo hacer, no quiero estar aquí de brazos cruzados.

—En realidad preparamos la comida juntos, así que hay que esperar a que llegue Jackie. Si quieres puedes ayudar a Julian con las pancartas, no quiero que se cargue la pared.

—¡Te he escuchado! —gritó él.

Y hasta Kala maulló para dar la razón a su dueña.

Angela asintió y apretó los labios para ir con su amigo mientras Tess alineaba los ingredientes en la encimera de la cocina, a la espera de la sorpresa que Jacqueline trajera.

Como si le hubiese leído la mente, el timbre volvió a sonar y la vio a través de la cámara

con una sonrisa mientras enseñaba las bolsas que cargaba consigo. Al llegar arriba se dio cuenta de que tenía la nariz roja por el frío y que pareció sentir un enorme alivio al cruzar la puerta de su apartamento.

—Casi me muero ahí fuera —exageró, provocando que Tess riera a la vez que negaba—. ¿Qué? Sabes que tengo razón.

No se dio cuenta de la presencia de Angela hasta que entró al salón y esta se giró para darle la bienvenida con una sonrisa. Entonces se quedó allí plantada, sin saber muy bien qué hacer, hasta que rompió la incomodidad del momento cediendo las bolsas a su amiga para ir a saludarla.

—Me alegra verte por aquí —dijo en un intento por aligerar la tensión que surgió al instante.

Jacqueline esbozó una sonrisa y decidió que lo mejor que podía hacer era disfrutar de esa tarde. Haber imaginado que la novia de Tess no estaría ahí era tan absurdo que se lo reprochó al instante, así que giró sobre sus pasos y fue directa a la cocina mientras llamaba la atención de ellos para que le prestaran atención.

—No son los *hoagies* del año pasado... pero he intentado estar a la altura teniendo en cuenta que no he cocinado yo. —Sin pensárselo más sacó dos cajas de cartón que había en una de las bolsas y sonrió a placer—. *Macarons* y *brownies* personalizados de cada equipo —dijo encantada y Julian salió corriendo para verlos con sus propios ojos—. Me han costado una fortuna, pero no podían faltar. ¿Qué os parece si nos ponemos manos a la obra?

Sin haberse quitado el abrigo todavía, Jacqueline se deshizo de este y se dejó ver con su sudadera verde de los NY Jets, haciendo que Tess levantara sus cejas de inmediato.

—La rivalidad entre ellas es mortal —declaró Julian, ante una Angela que se quedó pasmada con solo verlas—. Ir a un partido con las dos supone todo un reto.

—No sería así si estuvieras de mi parte. —Tess se llevó una mano al cuello e hizo el gesto de matarlo por una traición que jamás le perdonaría.

—Cuando estés en el equipo ganador, hablamos.

—¿Te recuerdo el treinta y uno a veintidós de hace cuatro años? —protestó ella.

Tess cogió un vaso desechable y se lo tiró a la cara, provocando que Jacqueline se echara a reír y corriera para interponerse entre los dos. Al levantar las manos una de las mangas se deslizó por su brazo, dejando ver el reloj que su amiga le había regalado. Angela se quedó pensativa y recordó el momento exacto en el que la vio buscándolo por Internet, en una mañana que apenas le prestó atención por culpa de algo que, en principio, le pareció insignificante.

Pero ahí estaba eso que era tan importante, y no supo si le sentó peor el recuerdo, o darse

cuenta del esfuerzo enorme que Tess puso para hacerle un regalo a Jacqueline.

Durante más de media hora mantuvo el silencio, ayudando a los demás a preparar el aperitivo que consistía en nachos, las patatas con varias salsas —donde la de cebolla francesa era la favorita—, salchichas con hojaldre y unas alitas que los dejaron salivando. Tess se encargó de hacer los perritos calientes y poco a poco la mesa se fue llenando lista para el partido, mientras Julian preparaba unos margaritas clásicos que ambientaran la tarde-noche un poco más.

Mientras se tomaban uno, los equipos saltaron al terreno de juego sobre las seis de la tarde, y Angela comprobó la emoción de su novia con solo mirarla; sentimiento que parecía trasladarse a sus dos amigos, quienes empezaron a animar incluso antes de empezar el partido. Los más de noventa metros de campo ofrecían una perspectiva increíble de juego, pero lo que hacía a la Super Bowl especial era el ambiente festivo y la gran atención que recibía tanto en Estados Unidos como fuera de sus fronteras. El título de campeones lo lucharían los San Francisco 49ers y los Kansas City Chiefs y, por primera vez en mucho tiempo, Tess y Julian parecían estar en el mismo bando contra una Jacqueline que miraba la pantalla con tensión mientras veía al *quarterback* del equipo con el balón en sus manos, decidido a lanzar un pase hacia uno de sus compañeros.

—¡Venga, sigue! —El jugador lo atrapó en el aire y corrió eludiendo a los defensores contrarios antes de ser derribado por uno de ellos, pero consiguiendo avanzar las diez yardas suficientes que les daba cuatro nuevas oportunidades de puntuar—. ¡Así se hace!

—No lo van a conseguir —la picó Julian, llevándose un par de nachos a la boca—. Los 49ers tienen la mejor defensa del año y lo han demostrado.

—Eso ya lo veremos —rebatía Jacqueline.

La jugada volvió a reiniciarse poco después, logrando que el equipo avanzara otras tres yardas, dejándolos más cerca de la zona de puntos y con la opción de hacer un gol de campo. Jacqueline dejó lo que estaba comiendo y entrelazó los dedos sin despegar los ojos de la pantalla. Con el balón en la línea de treinta yardas y solo una oportunidad, el equipo especial saltó al campo confiando en su pateador, quien se preparó para una jugada en la que terminó por enviar el balón con precisión entre los postes del equipo contrario.

—¡Joder, lo han conseguido! —Para sorpresa de Julian, Tess se levantó del sofá y lo celebró abrazando con fuerza a Jacqueline y poniendo las manos sobre sus hombros—. ¡Qué suerte tienes!

—Se le llama buena estrategia.

—Angela, será mejor que vayas conmigo —reclamó Julian, y ella se le quedó mirando sin saber muy bien qué hacer.

Sus ojos no hacían más que ir entre Jacqueline y Tess viendo la complicidad que tenían hasta para ofrecerse la comida que había delante de ellas. El fútbol quedó a un segundo plano, y ni siquiera fue consciente de cómo el juego se reinició tras la patada de salida que realizó el equipo anotador. De repente, se sintió tan vacía y fuera de escena que no pudo evitar excusarse con ir al baño para desechar unos pensamientos que no tenían lógica alguna.

—¿Acaso ellas...? No, no, te estás imaginando cosas que no existen —se dijo en voz baja, abriendo el grifo para mojarse la nuca antes de volver al salón.

Las siguientes jugadas se vivieron con la misma energía y emoción, al menos hasta que llegó el espectáculo de medio tiempo y Tess decidió que era momento de prestarle un poco de atención.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó mientras cantaba Usher en la pantalla—. Seguro que piensas que estamos locos.

—Un poco intensos sí que sois, ¿desde cuándo...?

—¿Llevamos celebrando la Super Bowl? —Terminó la pregunta y formó una sonrisa que mostró mucho más de lo que pudiera decir—. Desde que nos conocemos los tres, la primera noche que salimos por ahí no hicimos más que hablar de fútbol americano. Jamás me había encontrado con alguien que fuera mi rival directa. Eso lo hace más emocionante.

—Sobre todo porque ella siempre termina ganando sus apuestas —aclaró Jacqueline recordando viejos tiempos.

—Qué mentirosa, si el otro día no hacías más que echarme en cara que me habías ganado siete partidas al billar.

—Tampoco te quejaste mucho por ir al Washington Square Park conmigo. ¿Cómo era lo que dijiste? —Levantó un dedo y se lo llevó a los labios pensativa—. Ah, sí, «hacía siglos que no sentía Nueva York tan en su esencia» —repitió y estuvo a punto de echarse a reír—. Iba cargadita de cervezas, ¡si la hubierais visto! Menos mal que estuve ahí para ser su ángel guardián.

Tess estuvo a punto de tirarle a la cara un vaso de plástico, pero se contuvo al ver la cara de sorpresa que Julian puso, como si acabara de descubrir un secreto que llevaba años oculto. La mirada de él fue directa hacia Angela, quien no parecía estar muy contenta por el hecho de que hubieran pasado el día juntas hasta las tantas. Los celos le treparon por la piel y se instalaron en unos labios temblorosos con los que intentó esbozar una sonrisa fingida. Y cuando cogió uno de los perritos le dio un bocado en silencio, provocando que la tensión se instalara en el aire sin remedio. Su amigo carraspeó y se ofreció a hacer otros cuantos margaritas, llamando la atención de la anfitriona para que fuese a la cocina con ella.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —reclamó en cuanto la tuvo delante.

—¿Qué he hecho ahora?

—No me jodas, Tess. —Julian puso los ojos en blanco y cogió la botella de tequila para empezar a hacer los cócteles porque, de lo contrario, iba a tirarla de los pelos—. ¿No ibas a tener esa cita especial con Angela?

El recuerdo de esa conversación se cruzó por la mente de la camarera en cuestión de un segundo y, de repente, el corazón le dio un vuelco, dándose cuenta de lo que estaba pasando en realidad.

—Pero no fui yo quien... Jackie ganó la partida al billar y quiso dar un paseo por allí para abrir sus regalos. Venga, sabes que es uno de nuestros lugares favoritos —protestó ella, cortando un poco más de limón para dárselo a Julian—, hacía muchísimo tiempo que no íbamos a jugar, ni tampoco que salíamos por ahí para simplemente disfrutar de nuestra compañía. Creo que nos lo merecíamos.

—Y tu novia también se merece que pases un día con ella —le aclaró en voz baja—. Angela no hace más que hablar maravillas de ti, creo que nunca la había visto tan feliz.

—Yo también lo soy —soltó, aunque él no estuvo tan convencido—, pero eso no quiere decir que tenga que dejar a un lado a...

—¡Chicos, os perdéis el espectáculo! —Jacqueline los interrumpió y no se lo pensó dos veces antes de subir el volumen.

Tess sonrió desde la distancia y dejó a Julian solo con sus cócteles por temor a soltar algo que no pensara de verdad.

A su vuelta, se sentó en el sofá y cogió la mano de Angela, para entrelazar los dedos con ella y buscar sus labios en un beso corto que le supo muy a poco, pero ella no pudo hacer otra cosa más que mirarla con un velo de tristeza e incomodidad que se mantuvo durante el resto de la velada. Celosa, fue consciente de que Tess se había dado cuenta por la forma en la que intentó prestarle atención los minutos siguientes, algo insuficiente para que pudiera sacarse de la cabeza unos pensamientos que, si compartía en voz alta, podrían acabar con su relación.



ABRIENDO PUERTAS

CINCO SEMANAS DESPUÉS.

Siete meses habían pasado y el tiempo parecía haber seguido su curso rápido con la misma velocidad que una tormenta azota la ciudad para llevarse consigo las penas, los recuerdos de lo malo y, también, un poquito de la alegría interior. Para Jacqueline, los días así tenían otro tipo de significado. Ver la lluvia caer le entregaba paz, un instante de serenidad que pocas veces solía vivir en un día normal y ajetreado, como las últimas noches en el Emerald, donde todo el equipo había acabado exhausto, al borde de necesitar un merecido descanso. Sobre el sofá, tenía uno de los libros abiertos que Julian le había regalado por su cumpleaños, y en la mesa de centro el té humeaba para dar a la tarde un ambiente cálido, casi único. Marzo estaba a punto de dar la bienvenida a la primavera, en una estación que quería como reinicio, como un nuevo comienzo para lo que poco a poco conseguía dejar atrás.

La soledad de su apartamento la hacía pensar demasiado. A veces, se volvía a preguntar qué hizo mal, por qué Susan buscó en otra persona lo que podía haber tenido con ella, pero al final siempre llegaba a la conclusión de que, por más que lo quisiera, nunca tendría esa respuesta. Un nuevo relámpago cruzó el cielo y aprovechó ese momento para coger la taza y darle un buen sorbo mientras se levantaba y buscaba el móvil en el interior de su bolso.

Acostumbrada a querer tranquilidad, casi nunca le prestaba atención cuando quería dedicarse un tiempo para ella. Sus dedos acariciaron un trozo de papel que también había en el bolso y que sacó para leerlo, recordando quién se lo había dado algunas noches atrás. Jacqueline leyó el nombre de Rose y también vio su número de teléfono después de que la mujer se lo diera tras tomar algo en la barra del Emerald, ante la atenta mirada de un Julian que no supo bien cómo reaccionar y quien, después, lo celebró como si fuera el evento del siglo.

«No creo que sea buena idea», se regañó a sí misma, aunque algo en su interior le decía constantemente que no pasaría nada si se daba la oportunidad de avanzar.

Conocer a alguien nuevo siempre le supuso un reto, pero en su interior había algo que la hizo querer abrir esa puerta, dar un paso y encontrarse con algo... diferente. Sin pensarlo mucho, abrió los mensajes y empezó a escribir, para enviar unas palabras que tal vez no tenían ningún sentido, pero que quizá agradecería más adelante.

Jacqueline: Me gustó la conversación del otro día. Espero que en algún momento lo podamos repetir.

Con los nervios instalados en su estómago, bloqueó la pantalla y volvió a dejar el teléfono sobre la mesa, deseando centrarse en el té y en el libro que tenía entre manos, aunque parecía que el día no iba a ponérselo tan fácil. Un suspiro se escapó de sus labios al escuchar el timbre y después de abrir, su padre subió a casa empapado y con comida para llevar listo para disfrutar de una bonita velada con su hija.

—¿Por qué no me has avisado? Podría haber preparado un plato sencillo. ¡Mira cómo te has puesto!

Jacqueline cogió la chaqueta de él y la dejó colgada de una silla para quitarle el exceso de agua, antes de ir a por una toalla. El hombre la agradeció con una enorme sonrisa, secándose el pelo y frotándose las manos poco después.

—Estoy deseando que entre la primavera, este año no para de llover —protestó con la voz entrecortada.

—Ya sabes que sin la lluvia nunca crece una flor —comentó Jacqueline, poniendo una sonrisa y acercándose a su padre para darle un abrazo—. A la próxima hazme caso, así no tendrás que ir a por algo de comer y empaparte por el camino. Siéntate, estás muy fatigado.

—Eso es porque vengo corriendo —aclaró, sin ánimo de profundizar más y mostrando una de las bolsas—. Te he traído algo.

Jacqueline sabía que su padre habría comprado sus aceitunas favoritas, así que se lo agradeció con un beso en la mejilla mientras iba a dejarlo todo en la cocina.

El estómago se le abrió enseguida al percibir el aroma de las especias, pero lo que de verdad le puso feliz fue que el día decidiera cambiar por completo con la visita de un hombre que caminaba por el salón echando un vistazo a todo lo que veía, como si de verdad estuviera ante un universo completamente nuevo.

—¿Qué te parece? —preguntó su hija, consciente de esa mirada especial en sus ojos.

—Me gusta más cómo se ve este apartamento, y las vistas son un regalo.

—Desde luego que sí. —Jacqueline miró a su padre, pero no pudo evitar abrir la tapa del recipiente para llevarse una aceituna machacada a la boca y lanzar un suspiro después—. A decir verdad, me está gustando mucho vivir aquí, está más cerca del trabajo y el barrio es mucho más

pintoresco.

—Chelsea también tenía sus cosas buenas, aunque siempre he pensado que era demasiado formal para ti. —Charles le dedicó una sonrisa y se frotó los brazos para terminar de sacarse el frío que se le había metido en el cuerpo, intentando también regular una respiración que parecía atascarse en su pecho. El hombre nunca fue dado a las presiones, ni tampoco a hacer preguntas incómodas, pero al mirar a los ojos de su hija y verla tan en paz, no pudo evitar querer conocer cómo se encontraba de verdad—. ¿Tú estás bien?

Jacqueline volvió la mirada hacia él y supo que no era una simple cuestión, porque se podía sentir la preocupación de su padre incluso a distancia.

Con otra aceituna entre los dedos, caminó y en cuanto se la metió en la boca le dio un abrazo fuerte, necesitado, y también agradecido, cargado de las emociones que había sentido en los últimos días, llevando consigo lo vivido durante semanas y meses en los que —la verdad— se encontró más que perdida.

—Creo que ya he encontrado un punto de partida —dijo y se apartó un poco para poder mirarlo bien a los ojos—. Me siento más tranquila y ya no creo que el mundo me odie tanto. —A pesar de que su sonrisa parecía irónica, lo cierto es que no pudo evitar pensarlo durante algún tiempo—. Ahora puedo pensar en Susan sin sentir odio o una inmensa tristeza. La añoro muchísimo, y siempre lo haré, pero necesito seguir adelante. Venir aquí fue el principio, pero todavía tengo mucho que hacer.

—¿Sabes qué? Deberías darte esas vacaciones que has estado retrasando todos estos años, salir de Nueva York y conocer otra ciudad, permitirte ser alguien más que la Jacqueline que se encarga de todo un equipo en el Emerald.

En otro momento habría rechazado la idea por completo, pero al mirar los ojos de su padre fue capaz de percibir una respuesta clara.

—¿Qué te parece si nos tomamos unos días para ir al pueblo de los abuelos y después elijo otro destino? —Charles apenas pudo creérselo. Su hija esbozó una sonrisa tan amplia que por un segundo sintió que iba a echarse a llorar, por fin veía un poco más a esa persona que tanto echaba de menos—. Seguro que George se vuelve loco, pero ya es hora de hacer algo más por mí.

—Te quiero mucho, hija mía —recordó Charles, volviendo a abrazarse a ella para dejar ir el aire con tranquilidad; sintiéndose, por primera vez, tranquilo de verdad.

...

—No me puedo creer que nos haya pillado la lluvia, un poco más y acabamos echas una

sopa. —Angela apretó los labios sin dejar de mirar por la ventana.

Por más que lo pidiera, parecía que la tarde no iba a dar tregua con el tiempo y la gente era muy consciente de ello mientras corría hacia todas partes.

—Pues a mí la lluvia me gusta, siempre he pensado que tiene algo curativo, si es capaz de regar las semillas de las que crecen árboles maravillosos, ¿por qué no iba a hacerlo con nosotras?

—Ves mucho Hallmark Channel. —La broma de Angela no le hizo mucha gracia y enseguida se dio cuenta por la forma en la que su mirada se apagó—. Perdona, he dicho una tontería.

—No, tienes razón, no se puede ser tan soñadora.

Tess se encogió de hombros y prefirió llevar las manos a la leche con cacao que había pedido para calentarse un poco el cuerpo. El ambiente en la cafetería Two Hands Nolita era tranquilo y la verdad es que lo agradecía mucho porque todavía pagaba el cansancio de la última noche de trabajo en el Emerald. Si tenía que escuchar a más gente pidiendo comida, se volvería loca.

—Venga, no te pongas así, sabes que no me gusta cuando estás seria. —Su chica se levantó de la silla y la besó en un intento por alegrar un poco el ambiente, aunque parecía que iba a ser difícil de conseguir—. ¿Por qué no nos terminamos esto y vamos a dar una vuelta al centro comercial?

Tess pareció reaccionar al instante y, aunque deseó que no se diera cuenta, no pudo evitar esbozar una enorme sonrisa que terminó por esconder tras su taza.

—En realidad me apetece más pasear por aquí, ver qué nos pueden ofrecer las tiendas de barrio.

Estar en un vecindario donde las *boutiques* y los pequeños comercios eran protagonistas le dio ganas de explorar las calles a pesar de la lluvia y, sobre todo, dejar a un lado la locura en la que la gente solía sumergirse en Herald Square y sus grandes superficies. Angela no pareció estar en desacuerdo, así que levantó la mano y pidió la cuenta para dejar atrás una cafetería que, admitía, tenía mucho encanto, digna de alguna de las películas románticas que había visto por obligación con Tess. Pero lo mejor fue encontrarse de nuevo con las calles adoquinadas y el ambiente bohemio que las rodeaba, como si de repente las hubieran trasladado a otro lugar muy distinto.

El tiempo pareció ser indulgente y la lluvia aminoró a pocos segundos de que empezaran a caminar, haciendo que Tess mirara al cielo hasta sorprendida, para después chocar con la pura felicidad en la expresión de Angela.

—Me encanta cuando sonríes —aclaró sin dejar de mirarla, y se detuvo unos segundos para cogerla del abrigo y atraerla a sus labios—. Siento ser tan gruñona a veces.

—Has tenido días complicados en el trabajo, es normal.

—Pero eso no quiere decir que lo tenga que pagar con mi preciosa novia —susurró tan cerca de ella que casi se podía escuchar el latido de su corazón—. Gracias por pasar el día conmigo.

—No digas tonterías, estar contigo es una de mis cosas favoritas y estaba pensando que podríamos cogernos libre el día de tu cumpleaños para salir un poco de Manhattan, hacer algo especial. ¿Qué te parece?

—¡Sí, por favor! —gritó Tess, casi sin darse cuenta, deseosa por tomarse un respiro de su, a veces, tan cansada rutina.

—Entonces ya tenemos planes, ¡lo estoy deseando!

Angela se lo demostró besándola, llevando una mano a su nuca para dejar una caricia que le erizó la piel al instante. Después buscó sus dedos para entrelazarlos y empezó a caminar, echando un vistazo a los comercios tan distintos que había por allí. Los vecinos cerraron sus paraguas y volvieron al movimiento habitual con las dos entre ellos, riendo y disfrutando del paso de los minutos como si no tuvieran ningún destino ni el día fuera a terminar. Tess no perdió de vista los establecimientos que las rodeaban y cuando chocó con una tienda de ropa *vintage*, tiró de Angela para atravesar la puerta sin pensárselo dos veces.

El interior estaba repleto de camisas de todo tipo que la hicieron soltar un grito de emoción y hasta se llevó las manos a la boca claramente sorprendida por haber encontrado un paraíso así en mitad de Manhattan. Tess soltó la mano de su chica y se fue directa a las perchas para acariciar decenas de ellas con los dedos, centrándose en algunas de colores vivos, dignos de una primavera en flor.

—Son preciosas —resaltó sorprendiéndose más por cada una que veía.

Al girarse, miró a Angela con ojos de súplica, como si tuviera que pedirle permiso para hacer algo y esta se echó a reír.

—Puedes probarte todas las que quieras —sugirió, aunque no perdió la oportunidad de acercarse a ella para acariciarle el cuello con total calma—, aunque solo si me dejas ver cómo te quedan.

—Eso está hecho —prometió Tess, con un tono de voz alegre, cogiendo las prendas que le habían gustado.

Al probador se llevó varias camisas florales, otras de colores amarillos y verdes y un par

algo más básicas listas para ser combinadas con unos vaqueros negros o un pantalón de vestir de lo más sencillo.

La tienda era una belleza y Angela también chocó con varias prendas que le gustaron, pero prefirió poner toda su atención en una mujer que cada día le parecía más sexy. Sus dedos se pasearon por las estanterías, decorando paredes en ladrillo que tenían discos de vinilo y algunas placas de comercios antiguas junto a una pintura de Central Park en blanco y negro que llenaba la zona del fondo. Su atención se trasladó a las pinceladas durante unos segundos, deseando tocarla con los dedos, como si así pudiera conocer a la persona que estaba detrás de ese maravilloso arte.

—Creo que es la primera vez que alguien se interesa más por esa pintura que por la ropa que hay aquí. —Una voz a su espalda la sobresaltó y cuando se giró se encontró con una mujer de ojos castaños, orgullosa de lo que veía—. Fue lo primero que hice cuando compré el local, quería darle un poco de alma.

—Parece una pintura inspirada en una fotografía de...

—¿Los años cincuenta? —interrumpió la mujer, entrelazando sus dedos mientras daba un par de pasos al frente—. De hecho, fue uno de los recuerdos que me dejó mi abuelo, era fotógrafo y sabía capturar muy bien el corazón de Nueva York y su gente.

—Pues es preciosa, tienes mucho talento, te lo dice alguien que está rodeada de arte. —Sin dudar, volvió la mirada hacia la pintura y sintió un cosquilleo en el estómago que le hizo quedarse en silencio, hasta que cayó en la cuenta de que no se había presentado—. Me llamo Angela, por cierto.

—Charlotte, dueña de este bonito lugar y pintora en sus ratos libres.

—¿No has pensado en exponer algo? —La pregunta abandonó la boca de Angela con tanta facilidad que al segundo tuvo que carraspear por pasarse de entrometida—. Perdón, ni siquiera sé si solo pintas para ti o...

—En realidad me gustaría mucho, pero no tengo los contactos suficientes para ello, ya sabes que este mundo es muy competitivo y en esta ciudad hay que tener un poco de suerte.

—Pues supongo que hoy te ha sonreído —comentó Angela sin pensárselo dos veces, buscando en el interior de su bolso una de sus tarjetas de visita—. Tengo algunos contactos, así que llámame y hablemos.

Antes de que la dependienta pudiera añadir algo, Tess corrió la cortina del probador y pronunció un «tachán» que llamó la atención de su chica de inmediato, haciendo que se marchara a su puesto de trabajo con un agradecimiento que mostró en un gesto de asentimiento con la

cabeza.

Cuando Angela se giró, se llevó las manos a su cintura y caminó como si fuera una modelo, para enseñarle lo bien que le quedaba la camisa verde lima, con unos pantalones y botines que hicieron ruido por todo el establecimiento. Tess había dejado abiertos un par de botones más a propósito y no tardó en morderse el labio inferior ante la presencia de una Angela que sonreía a placer.

—¿Qué te parece? ¿Me queda bien? —preguntó con picardía, con ganas de rozar sus labios con la lengua—. Podría llevármela a casa y que tú me la quites, muy poco a poco.

Sus manos buscaron las de Angela y las llevó a su cintura para darle un pequeño beso que a las dos les supo a poco y cuando se separaron. Tenía un brillo especial en los ojos cargado de un sentimiento que Tess sentía en la boca del estómago pero que no era capaz de describir a viva voz.

—Me encantaría —respondió su chica y con una caricia en su mejilla añadió—: Te quiero.



OPORTUNIDADES

A pesar de que el ritmo en el restaurante era constante, Tess no pudo sacarse de la cabeza aquellas dos palabras, ni tampoco la mirada de Angela cuando las pronunció. Sus pies se detuvieron de forma abrupta, mientras iba a la zona del fondo con una bandeja en la mano que le tembló sin remedio y que la obligó a concentrarse en su respiración y en lo que tenía delante. Recordarse paralizada, sin saber bien qué decir o hacer, le hizo un nudo en el pecho que cada día se volvía más y más grande; y lo peor fue recordar que no dijo absolutamente nada, que simplemente la besó y que sonrió para marcharse de aquella tienda como si eso, le fuera a dar la oportunidad de ignorar lo que le había dicho.

Julian le preguntó qué le pasaba en la distancia, pero ella prefirió negar y seguir con el trabajo, saludando a los clientes y mostrándose calmada a pesar de que su interior era una revolución total.

Ni siquiera se dio cuenta de que Jacqueline había ido a la zona de pase a la vez y, al tenerla delante, estuvo a punto de lanzar la bandeja por los aires.

—Eh, ¿estás bien? —Se preocupó—. Puedes tomarte un descanso si lo necesitas, hoy estamos más organizados.

—No, no es nada, de verdad. —Tess negó y se apoyó en la pared en un intento por respirar y calmarse un poco. Estaba deseando desahogarse, decir en voz alta los pensamientos que no paraban de chocar con las paredes de su mente, pero al mirar a los ojos de Jacqueline no pudo—. Pero creo que sí me tomaré un par de minutos para beber algo, ¿soy yo o hace un calor de muerte?

—Será que vas corriendo por todo el comedor —sugirió Jacqueline—. Anda, tómate ese descanso, yo me ocupo de las comandas con David.

—Gracias.

—Por cierto, he decidido que voy a cogerme esas vacaciones que tengo pendientes. —La sorpresa ante sus palabras provocó que se parara en seco—. Van a coincidir con tu cumpleaños, así que he pensado que podríamos cuadrar tus días libres para hacer algo juntos.

Tess se llevó la mano a uno de los mechones que ya se le habían escapado de la coleta y lo dejó tras su oreja. Tenía tal barullo de pensamientos que esbozó una sonrisa sin más y asintió.

—Claro, hace mucho que no salimos de la ciudad, hablaré con George para que no haya ningún problema. Gracias por pensar en mí.

Jacqueline se la quedó mirando con extrañeza, como si de un momento a otro hubiera dejado de ser ella misma, pero no interrumpió sus pasos y cuando la puerta de la sala de descanso se cerró, caminó hacia la barra del restaurante reclamando la atención de Julian.

—¿Sabes si le ha pasado algo? Está rarísima —le comentó en voz baja, intentando que los clientes que había sentados no la escucharan.

—Te iba a preguntar lo mismo, lleva un par de días que no parece ella, ¿verdad?

Los dos coincidieron y llevaron la mirada hacia la puerta de la sala, con ganas de atravesarla para someter a su amiga a un interrogatorio, aunque el trabajo se lo impidió cuando los cocineros dejaron varios platos en la zona de pase.

—Tengo que ocuparme de esto, pero a la salida hablamos con ella, ¿vale? —Julian asintió y Jacqueline le dedicó un guiño, dispuesta a volver a lo suyo sin pensar en cosas que no tuvieran que ver con el restaurante.

Centrarse en el trabajo siempre le ayudó a disipar el malestar que pudiera estrujarle el corazón, y aunque en algún momento de los últimos meses lo usó para ignorar lo que sucedía a su alrededor, ahora se sentía mejor que nunca y disfrutaba de cada servicio como si este fuera un reto que la iba a convertir en alguien mejor. Así que Jacqueline agradeció los platos y tomó el papel de uno de los camareros para llevar el pedido a una mesa y hablar con los comensales, interesada en saber si todo iba a bien.

Tess apareció en el comedor dos minutos después, se había arreglado la coleta y parecía más calmada; pero, aun así, fue capaz de ver algo en su mirada que le llamó la atención y la dejó preocupada a la vez. De repente, notó un gran peso en su pecho, como si la necesidad por ayudarla no quisiera dejarla escapar, como si una vocecilla en su cabeza no parara de decirle que tenía que saber qué le pasaba y que en ella misma estaba la opción de devolver a su amiga a la normalidad. Jacqueline negó para sí misma y fue a entregar las últimas comandas antes de ir a la zona de recepción para comprobar si algún cliente había cancelado una reserva a última hora que le ayudara a reorganizar las mesas.

El ambiente se volvió algo tenso y al final terminó por poner más su atención en Tess que en lo que había a su alrededor a pesar de que firmó otra buena jornada de trabajo.

Con las mesas limpias unas tres horas después y el cansancio agarrándose con fuerza a sus músculos, Jacqueline fue a cambiarse el uniforme, lista para volver a casa. El vestuario se mantuvo en silencio a excepción del saludo de cada una de sus compañeras, trabajadoras de sala y de cocina. Lo extraño era que para los años que llevaban ahí juntas apenas las conocía. Solo existía una persona que rompía la regla, que dio también un giro de ciento ochenta grados a su vida y que apareció por la puerta soltando un largo suspiro que pareció no aliviarla en absoluto.

—Ya está bien —comentó Jacqueline, girando sobre sus pasos a la vez que se quitaba la camisa—. Vas a decirme ahora mismo qué es lo que te pasa, porque tú no eres mi Tess y la necesito de vuelta.

Esta se la quedó mirando, sorprendida por la forma en la que lo había dicho y su cuerpo se tensó al segundo. Tenía que buscar una manera de poder eludir la conversación, pero en el fondo sabía muy bien que no podría conseguirlo, así que se sentó en uno de los bancos que había frente a las taquillas y se llevó una mano a la nuca.

—Es por Angela —soltó aliviando la presión en su pecho con solo pronunciar su nombre—, me parece que... —Tess levantó la vista y chocó con la mirada interesada de su amiga—. Creo que no estamos en el mismo punto y tengo miedo a cagarla.

Jacqueline abrió la boca y asintió sin decir nada. Manteniéndose unos segundos en completo silencio, se terminó de desabrochar la camisa y se la quitó para quedarse en ropa interior. Sin pensarlo demasiado, caminó hasta Tess y llevó una mano a su mejilla con un fuerte deseo de quitarle esa expresión de tristeza de golpe. Ella la observó allí parada, con la mirada puesta en unos ojos que, sin ser consciente, se volvieron en algo secundario cuando el corazón empezó a latirle a toda prisa.

—Quizá solo debas darte tiempo —aconsejó Jacqueline, tragando saliva e intentando esbozar una sonrisa que tenía pinta de no querer aparecer—. A veces las relaciones son así, suben escalones distintos hasta que en un momento en concreto se alinean y van a parar al mismo lugar. Lo mismo pasa con el amor.

—¿Y si nunca ocurre? ¿Qué pasa si ella no es...? —Tess quiso acabar la frase con un «la chica», pero al mirar a Jacqueline se contuvo y tardó poco en negar para quitarse la idea de la cabeza—. A lo mejor son tonterías mías, llevo tanto tiempo sin tener una relación que no dejo de darle vueltas a todo.

—Puede ser. —Se encogió de hombros y se sentó a su lado para abrazarla y mirarla a los ojos—. En algún momento encontrarás las respuestas que buscas.

Tess se la quedó mirando, quiso ver algo más allá de la mirada de Jacqueline, esa verdad que la hiciera ir por un camino u otro. Ella le sonrió con un ligero temblor en los labios y después se le acercó para besar su mejilla en un gesto que la dejó casi sin aliento, con las ganas de cogerla de las manos para que no se marchara jamás; pero apenas tuvo tiempo para pensarlo porque, en cuanto parpadeó, volvió a tenerla lejos. Tanto como su estúpido miedo le permitió.

El silencio las rodeó durante unos segundos incómodos en los que Tess no pudo reaccionar y se dedicó únicamente a mirar cómo Jacqueline se cambiaba de ropa, viendo de cerca la cicatriz que tenía en la parte inferior de su abdomen. El pelo le tapó la cara y le acarició el cuello y los hombros con suavidad hasta que se puso los pantalones y se levantó para buscar un jersey y unas zapatillas cómodas. Se odió por estar allí sentada como una tonta, revelando ante ella unos sentimientos que no tenían nada que ver con lo que de verdad se escondía en su interior, por más que los estuviera ignorando. Lo que no sabía es que Jacqueline miraba en el interior de su taquilla intentando encontrar el valor suficiente para acallar los pensamientos que la atacaron, con la única intención de confundirla más. El hilo que las unía se enredó y dejó todo tal y como creían que debía estar una noche más. Hasta que el teléfono de Jacqueline sonó y vio un mensaje que la dejó entre confusa y aliviada.

Rose: ¿Qué te parece si nos vemos este fin de semana? Hay un concierto de violín en el Metropolitano, y he pensado en ti.

—¿Nos vamos? —Tess la distrajo e hizo que se girara de golpe, apagando la pantalla del teléfono.

Cuando vio que ya estaba vestida, asintió y guardó todo en el bolso. Después, buscó su abrigo lista para dejar el Emerald otra noche más.

Abandonaron el vestuario en silencio, intentando enmudecer las voces que tenían en su cabeza y que querían devolverlas ahí dentro, para alargar una eternidad el momento en que sus cuerpos habían conectado.



Lo único que Jacqueline tenía que hacer era dar un paso y empezar a subir las escaleras hacia la entrada del Museo Metropolitano de Arte y dejar la Quinta Avenida atrás. Sin embargo, necesitó respirar un par de veces para abandonar las calles y subir hacia el impresionante atrio que servía como punto de encuentro principal para los visitantes. Sus manos fueron a parar a las solapas de su abrigo en cuanto chocó con el espacio amplio de techos altos que servían como aperitivo de la cultura y la rica historia que se encontraba en las diferentes salas del MET. Su mirada cruzó el espacio y por un segundo deseó dar media vuelta hasta que una mano se elevó en el aire y saludó para llamar su atención.

—Puedes hacerlo —susurró para sí misma, en un intento por reunir las fuerzas necesarias que no la hicieran querer desaparecer.

Rose se acercó a ella con paso seguro y la tranquilidad cruzando su expresión. No era exactamente una cita —o eso se había dicho—, pero las sensaciones de absoluto pánico se cruzaron por su cabeza de inmediato y cuando ella la besó en la mejilla y le dio un abrazo sintió un nudo en el estómago.

—Me alegra que hayas podido sacar un poco de tiempo —dijo la mujer, colocándose un mechón de su flequillo—. El ambiente es magnífico, ¿no te parece?

—Este lugar siempre tiene un poquito de magia, digna de poder tocarla con solo cerrar los ojos —respondió Jacqueline, pero no parecía estar completamente de acuerdo.

«Ojalá pudiera apretar un botón para viajar a estos lugares, caminar por calles empedradas, levantar la tierra, vestir sus ropas, vivir de sus costumbres... ¿No sientes que puedes tocar un mundo totalmente diferente con solo mover las manos en el aire?», la voz de Tess se le metió en la cabeza y la llevó a viajar a un recuerdo en concreto donde ellas dos iban caminando juntas, recorriendo las primeras salas del museo mientras soñaban cómo hubiera sido todo de haber vivido en el pasado, y eso provocó que fuera directa a la izquierda para encontrarse con la sala de

arte griego y romano, donde las esculturas y piedras de otras culturas la recibieron como si no hubieran pasado tantos días desde la última vez que caminó por allí.

El concierto de violín tenía lugar en el Great Hall Balcony Cafe de la segunda planta, justo arriba de donde se encontraban, y aunque una parte de ella estaba deseosa por escuchar las piezas musicales, otra parecía haber viajado lejos para sentarse en el sofá de Tess mientras disfrutaban de una adaptación de época de *Sentido y sensibilidad*, estrenada en su canal de películas favorito. ¿Por qué no le había dicho que sí?

—¿Te ocurre algo? —La pregunta se disipó de su mente en cuanto Rose volvió a llamar su atención y Jacqueline negó como si nada—. Si quieres vamos subiendo, no quiero que nadie me quite la primera fila.

En realidad eso no importaba porque las paredes y los techos lograban envolver en un ambiente donde la música podía ponerse al compás del ritmo del propio corazón, pero Jacqueline se quedó ese pensamiento para sí misma y se guardó las manos en los bolsillos.

—Vamos, de todas maneras no queda mucho para que el concierto empiece y me apetece una copa.

—Ya somos dos —admitió Rose—. ¿Sabes? Nunca he conseguido ver el museo al completo. —Cuando dijo aquello, se le quedó mirando sorprendida y la mujer dibujó una sonrisa divertida—. Me gustan los eventos que organizan, pero cuando alguien me propone recorrer todas estas salas siento que voy a querer salir corriendo. Eso sí, en cuanto a la música jamás pondré pega, me gusta mucho cómo suena el violín.

Jacqueline sintió que la arrastraba a su propio terreno, que estar en ese lugar no tenía ningún tipo de sentido para Rose, que allí no había grandeza sino un motivo para haberla traído, invitarla a una copa y en algún momento inesperado, poderla besar.

La sensación le apretó el estómago y quiso darle una excusa cualquiera para dejarla allí y marcharse a casa; aunque al volver al atrio no se atrevió a ser tan desconsiderada, así que apretó los labios y siguió adelante. Subir cada peldaño de la Gran Escalera metropolitana la hizo sentir mejor al estar flanqueada y abrazada por sus columnas. Y eso le permitió tener un par de segundos para recordar ese mismo recorrido al lado de la única persona que había sabido apreciar su gran pasión por el arte, la música clásica y todo lo que tuviera que ver con otras épocas. Aunque después, ella y Julian se burlaran por lo loca que se volvía con el *thriller* actual. Como si fuera un imán capaz de atraer algo que tuviera que ver con Tess, se cruzó con la mirada de Angela, quien recorría el pasillo que daba acceso a la sala de pinturas europeas entre el año 1250 y el 1800. Esta reparó en su presencia enseguida y tardó poco en recorrer la distancia para ir a saludarla.

—Jacqueline, ¿qué haces por aquí? —preguntó saludándola con un abrazo a pesar de estar rodeada de compañeros de trabajo.

—Hemos venido por el concierto de violín —contestó Rose agarrándose del brazo de su acompañante, quien no parecía muy contenta con tanta cercanía—. Había olvidado que el museo siempre está a rebosar.

—A la gente le encanta viajar al pasado, tenemos suerte de que la historia y el arte sea algo que siempre atrae viejas y nuevas miradas. La actuación os va a encantar, cada vez que Ethel viene por aquí siempre es un éxito.

—Eso espero, porque si no la noche no tendrá ningún sentido. —Jacqueline lo soltó sin pensar, aunque Rose no pareció percatarse de nada. Quizá ya tenía sus pensamientos puestos en la primera copa que iba a beberse—. Por cierto, estoy organizando algo para el cumpleaños de Tess y me encantaría que vinieras, ya me ha dicho que va a cogerse el día libre así que espero que podamos hacer algo inolvidable para ella, últimamente lo ha dado todo en el trabajo.

Angela se quedó paralizada en el sitio y sintió un escalofrío que recorrió toda su espalda. Al mirar a Jacqueline, supo que lo que había dicho no era producto de un error y la idea de pasar el día con su chica se destruyó convirtiéndose en ceniza que se pierde al golpe del viento. Su expresión se volvió todo confusión, pero enseguida supo cómo recomponerse, sobre todo porque no quería despertar preguntas incómodas en una mujer que parecía más que encantada con la idea de organizar algo especial para hacer feliz a Tess.

—Allí estaré —respondió casi por obligación—. Si me disculpáis, tengo que volver al trabajo.

—Claro, nosotras vamos a disfrutar del espectáculo.

Al despedirse, Jacqueline esbozó una sonrisa dispuesta a pasar una buena noche a pesar de todo. De lo que no tenía idea es de que sus palabras darían pie a un desenlace diferente para otra persona.

. . .

El bote de palomitas se quedó vacío en mitad de la película y Kala ya había sucumbido al sueño sobre el regazo de Tess, que veía la tele con el corazón en un puño, como si estuviera metida dentro de la pantalla sufriendo los mismos eventos que cada uno de los personajes. En la mesa de centro tenía encendidas un par de velas que entregaba al salón un ambiente cálido y romántico, digno de ser disfrutado junto a otra persona. El corazón le dio un vuelco cuando escuchó el timbre, haciéndola moverse casi sin pensarlo.

La gata se lo reprochó con un maullido por haberla despertado, pero enseguida le acarició la cabeza como recompensa, dejando un beso en el mismo lugar antes de ir a abrir sin querer perderse ni un segundo de la película. Se mantuvo tan concentrada en ello que no miró quién había llamado, simplemente apretó el interruptor y dejó la puerta abierta, hasta que un par de minutos después escuchó pasos a su espalda.

—¿Al final te lo has pensado mejor? Puedo reproducirla desde el principio si quieres —dijo Tess levantando un poco la voz—. Tengo palomitas.

—¿No íbamos a pasar tu cumpleaños juntas?

La voz de Angela rompió la distancia e hizo que la anfitriona se girara de golpe. La película siguió su curso y Kala decidió bajarse del sofá para irse a otra parte; solía oler los problemas a la primera.

—Angela... —A Tess se le quedó la voz atascada y su expresión dejó ver que no entendía mucho a qué se refería, hasta que recordó la conversación con ella y después, la que tuvo con Jacqueline—. Mierda.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —insistió su chica sin poder contener el enfado que le subía por la piel.

—No es eso —intentó aclarar Tess, pero no tenía idea qué palabras usar—. Esa noche estaba cansada, cuando Jacqueline me lo dijo le respondí por inercia.

—Vaya, no sé qué es peor. —Angela dejó caer los brazos a cada lado de su cuerpo y se obligó a no girar para irse por donde había venido—. Sinceramente, no sé por qué me esperaba que pudiéramos tener un día para nosotras. —Hizo una pausa—. Ella siempre está presente en todos tus planes, y lo peor de todo es que no me he enterado por ti.

—¿Cómo?

—Me la he encontrado en el MET con una mujer y me ha invitado a la celebración de tu cumpleaños. Al parecer está preparando algo que será inolvidable —dijo con ironía y cierto tono de disgusto. Pero Tess no se quedó exactamente con esas palabras, sino con el hecho de que había ido al museo con una... ¿mujer?—. ¿Te vas a quedar callada sin más?

Tess reaccionó en cuanto Angela giró sobre sus pasos dispuesta a salir por la puerta.

—Espera, no te vayas —pidió, y la cogió de un brazo para detenerla y poder ponerse frente a ella—. No lo hice a propósito, te lo prometo —aclaró, llevando las manos al cuello de su chica—. Estoy acostumbrada a que ellos siempre hagan algo aunque tengamos trabajo, Jackie me dijo que iba a cogerse vacaciones y simplemente respondí que sí. —Angela no pareció convencida de que fuera verdad, así que besó sus labios y la abrazó con fuerza—. Sabes que sí quiero pasar el

día contigo, sería maravilloso.

—Pero ahora vas a decir que hace tiempo que no pasáis un cumpleaños así juntos. —Su voz pareció apagarse, pero en cuanto Tess se apartó para mirarla a los ojos, la ilusión que vio hizo que suspirara.

—Te lo compensaré, lo prometo. —Dejó un beso en sus labios y volvió a acariciar su nuca, jugando con el pelo de Angela mientras la miraba con la única intención de solucionar el malentendido—. Podemos hacer algo al día siguiente, o ya que estás aquí... mañana mismo.

—Falta una semana para tu cumpleaños, no es lo mismo —protestó Angela, pero en cuanto los labios de su chica se posaron sobre su cuello, no tuvo más remedio que aceptar—. Más te vale que tengas pensado algo bueno.

Tess se apartó de ella y caminó hacia el sofá para quitar la película, ya la vería en otra ocasión, quizá unos días después. Al volver con Angela, le quitó el bolso y después se deshizo de su chaqueta, para comprobar que todavía llevaba el uniforme de trabajo, provocando que levantara una ceja y se dedicara a mirarla mejor.

—Voy a tener que visitarte al trabajo más a menudo —dijo, pegada a sus labios antes de jugar con su lengua dándole una caricia—. No es justo que te vea tanta gente así de guapa y yo no.

Su chica quiso responder, decirle que el problema no era su trabajo, sino la cantidad de veces que perdieron la oportunidad de estar juntas; pero al besarla, el pensamiento se esfumó y no pudo más que centrarse en Tess, en sus manos, en su cuerpo y en su intención de no dejarla escapar. Por más que ella no estuviera siendo sincera con sus sentimientos, por más que estuviera trazando un camino hacia lo inevitable.



31 HURACÁN

Por primera vez en mucho tiempo, el Emerald los recibió como comensales y no como parte del equipo de trabajo. En cuanto Julian habló con George de la idea de celebrar una cena por el cumpleaños de Tess, este se mostró alegre, incluso encantado con formar parte de una pequeña sorpresa que se alargaría durante el día siguiente con algo mucho más especial. A pesar de tener que reorganizar los horarios del resto, debía reconocer que le gustaba la idea de estar con esas personas a cargo de un restaurante que, en según qué ocasión, ya le parecía un hogar. Los amigos, esperaban a la protagonista de la noche en la mesa reservada para ellos, junto al padre de Jacqueline, David y una Angela que estaba especialmente nerviosa, deseando ver llegar a su chica para besarla y disfrutar de unas horas mágicas a pesar de que, en principio, esa no era exactamente la idea que tuvo en mente.

Los minutos pasaron lentos y Jacqueline tuvo que guardarse las ganas de levantarse para empezar a dirigir al equipo mientras los clientes entraban por la zona de recepción. Su conexión con el trabajo era tal que su mejor amigo tuvo que darle un toque en el hombro para que despertara de esa ensoñación y viviera el presente de una manera diferente.

—Tienes que aprender a desconectar más, estás de vacaciones —le susurró al oído en forma de regaño, aunque ella giró la cara y le sacó la lengua.

La verdad era que lo que más disfrutaba era estar allí con las personas que más quería en el mundo, aunque su unión se hubiera fortalecido con noches de estrés y cotilleos delante de la barra del bar.

Al pensar en ello sonrió siendo consciente de lo bien que se sentía y de cómo, poco a poco, el dolor que la consumió por las noches iba quedándose atrás. Aunque al principio no lo creyó posible, poco a poco se volvía a sentir más ella misma y era algo que quería seguir trabajando con el paso de los días. En ese momento quiso agradecerse a los chicos y también a su padre, pero cuando la mirada de Angela fue hacia la entrada, ella la llevó al mismo lugar quedándose

boquiabierta y con la copa suspendida en el aire. Tess entró al restaurante haciendo ruido con los tacones, acompañando a un vestido negro con tirantes que se ceñía a su cuerpo voluptuoso y a sus pechos haciéndola ver tan preciosa y sexi, que se podría decir que Angela y Jacqueline no fueron las únicas que se sintieron iluminadas por aquella imagen. Esa noche llevaba el pelo recogido con algunos mechones sueltos en su flequillo y con un maquillaje que buscaba destacar su mirada entre la multitud.

Algunos compañeros la saludaron y ella correspondió sin perder su sonrisa, echando un vistazo a su alrededor para encontrarse con sus amigos; y cuando dio con la mesa se quedó parada en mitad del salón, encogiéndose de hombros y acariciando su vestido con algo de vergüenza —poco habitual en Tess—, la misma que se instaló en sus mejillas. Su mirada atravesó el espacio y fue a parar a la mujer que no podía despegar sus ojos de ella viéndola caminar con una elegancia que quitaba el hipo.

—Creo que ya puedo descansar en paz después de haber visto esto. —Julian bromeó al respecto, pero lo cierto es que también se quedó boquiabierto, hasta el punto en que, si no la conociera, le habría pedido salir una noche cualquiera.

—Eres muy tonto —comentó Tess con un tono dulce en sus labios y las ganas de quedarse ahí, en ese instante en que sus ojos volvieron a chocar con una mujer especial, convirtiéndolas en un espejo que quisieron tocar con las manos—. ¿Lleváis mucho tiempo esperando?

—El suficiente para que merezca la pena. —Su chica se puso delante y la besó antes de buscar su mano para hacerla girar y observarla bien—. Estás preciosa, no sabes cuánto te odio por esto... —añadió, esta vez susurrando esas palabras en su oído—. Me acaban de entrar unas ganas locas de llevarte a casa.

Tess le acarició el cuello y le dio un pequeño beso poniendo la atención en Charles, abrazándolo después con calidez, igual que a David y Julian, quien puso las manos en su hombro para decir un «wow» que hizo reír al resto. Y entonces llegó Jacqueline, cuyo corazón latía veloz chocando con su pecho, con mil ganas de saltar hacia el de su amiga en cuanto pudo notar el aroma de su perfume.

Las palabras se le atascaron en la garganta y el tiempo se detuvo un instante, el suficiente para que se diera cuenta de lo que Tess había despertado en ella, algo que pareció estar escondido y expectante a que llegara el momento justo. Ese segundo en el que no hay nada que pueda nublar a la persona que tienes delante y que te anima a derrumbar cualquier tipo de muro que pueda separarte de besar sus labios, de acariciar su piel, de ser el sol que entra por la ventana y arde formando montañas con la curvas de su cuerpo. Al cerrar los ojos se la imaginó allí mismo, tan cerca que sintió poder vivir de su aliento sin la necesidad de volver a respirar.

Tess se quedó mirándola en silencio durante un momento que apenas duró, pero en el que sus pensamientos parecieron hablar más que su propio corazón.

—Qué guapa —susurró Jacqueline por fin, con la sangre ardiendo a través de sus venas y cientos de preguntas formándose en su cabeza.

—Pensé que era la ocasión perfecta para estrenar el vestido —comentó Tess y pareció muy feliz de haber causado esa impresión en ella, a pesar de que sus pies caminaron por inercia hacia Angela, para sentarse a su lado y volver a besarla.

Julian miró a sus amigas en silencio, tragando saliva mientras se llevaba la servilleta a sus piernas, en un intento por apartar la idea que se le había pasado por la mente. ¿Solo él se había dado cuenta de que ellas...? Sus ojos fueron a parar a Angela, quien acariciaba el brazo de Tess y después buscó la mirada de esta, consciente de la gran diferencia que había con respecto a... No, no, no podía ser cierto. ¿Estaba su amiga obligándose a salir con alguien creyendo que había olvidado que cada uno de sus poros respiraban por otra persona?

Y no una cualquiera, sino la mujer que años atrás le entregó la mano con fuerza y la misma sonrisa de aquel momento, como si a su alrededor todo se hubiera caído abajo para dejarlas solas a ellas dos.

—¿Qué vamos a tomar? —David interrumpió sus pensamientos y sonrió al resto, feliz por hacerse un hueco en un pequeño grupo que parecían desvivirse los unos por los otros.

—Habrá que empezar con un buen vino para celebrar la velada —animó Jacqueline, algo más serena, buscando también su servilleta mientras que su padre la observaba sin entender muy bien a qué venía esa actitud tan comedida.

Charles se cruzó con la mirada de Julian y ambos parecieron querer decirse lo mismo, sin poder creer que lo que estaban pensando fuera cierto, pero ahí estaban, siendo testigos de algo que ni las mismas protagonistas parecían querer ver en realidad. Tess se mostró encantada cuando le sirvieron el vino y sintió unas tremendas ganas de hacer el primer brindis. Sin embargo, el pensamiento quedó a un lado cuando su mirada volvió a la persona que tenía delante, distraída un momento por el sonido de su teléfono. Cuando Jacqueline lo sacó del bolsillo vio un nuevo mensaje de Rose, haciéndola suspirar y poner los ojos en blanco.

Rose: Espero que podamos repetir pronto lo del otro día, la verdad es que me supo a poco.

Recordar la cita en el museo, le trajo dolor de cabeza y ganas de bloquearla para no saber más de ella, pero nunca en su vida había sido desconsiderada con nadie, así que lo dejó estar; la verdad es que ni loca volvería a salir con alguien que elegía un lugar que no le gustaba solo para atraer a su terreno a otra persona. En ese momento no supo si estaba más molesta con ella por ese hecho o consigo misma, por haber cometido la locura de intentar conocer a otra persona.

—¿Te pasa algo? —Tess notó al segundo que algo no iba bien y la hizo mirarla, pero Jacqueline negó y prefirió centrarse en su copa.

Los camareros sirvieron sus platos después de que se decidieran por pedir carne y la ensalada especial de la casa. Jacqueline lo agradeció con una sonrisa, y empezó a comer ante la atenta mirada de su padre, quien acarició su brazo para llamar su atención, consciente de que su mente parecía haber desconectado de la cena con sus amigos.

—A ti te pasa algo —le dijo en voz baja para evitar que los demás pudieran oírle—. ¿Quieres hablar de ello?

—La verdad es que no creo que sirva de mucho, además, solo son tonterías mías, mejor no hacerme ni caso. —Tras decirlo, se encogió de hombros, pero su mirada fue a parar a Angela y Tess, quienes se acariciaban mutuamente mientras daban un trago de vino. El malestar la invadió un segundo, pero enseguida volvió la atención a su padre—. Me encanta tenerte por aquí, estoy deseando volver al pueblo contigo, me va a sentar bien respirar un poco de aire y alejarme un poco de esto.

Sus palabras tenían un claro significado y cuando Charles vio la sonrisa fingida de su hija, supo qué le pasaba. Algo que él mismo detectó muchos años atrás, cuando Tess entró a trabajar en el Emerald y la vida de Jacqueline cambió para siempre. Jamás sabría la razón por la que su corazón tomó otro rumbo y acabó con Susan, así que lo único que pudo hacer fue dejar un beso en su mejilla, ignorando también al resto del mundo, centrándose en una cena que se volvió más relajada y amena entre la conversación, las bromas y algunas anécdotas del trabajo, provocando la risa de todos y que el pecho de Tess vibrara de felicidad por tener la suerte de celebrar su cumpleaños con ellos.

Hubo un momento en el que se quedó mirándolos en silencio, sin decir absolutamente nada, agradecida por tener a personas tan maravillosas en su vida: un hombre que quería como a su propio padre, un mejor amigo que la sacaba de quicio pero por el que lo arriesgaría todo, un nuevo colega con el que estaba segura de que forjaría una bonita amistad, una chica que le arrancaba mil y un suspiros con su atracción y, por último, una mujer que al mirarla la dejó con la copa levantada y un brindis a mitad.

—Hacéis de mi vida algo maravilloso y nunca os cambiaría, por nada del mundo —pronunció y sus ojos chocaron con los de una Jacqueline que apretaba los labios sin saber cómo poder sonreír de verdad, por miedo a que su corazón la animara a decir el verdadero motivo por el que este latía con tanta fuerza.

Tess la miró profundizando lo que había dicho y levantó la copa, llevándosela después a sus labios, siendo acompañada por unas personas que le sonrieron felices al saberse tan

especiales; conscientes de que, para ellos, la homenajeada también era una pieza esencial de sus vidas. Angela le dejó una caricia en el brazo y cuando bebieron, la besó queriendo repetirlo en lo que quedara de noche cuando dejaran el Emerald. Su chica fue consciente del gesto pícaro y no tardó en rozar los labios en su mejilla, dándole una respuesta que no necesitó decir a viva voz.

Diez minutos después, Jacqueline se disculpó con ellos y caminó al otro lado del comedor, sin saber muy bien qué rumbo tomar. Verlas así hizo que su corazón empezara a latir a un ritmo insoportable y no precisamente porque se sintiera bien. Sus pasos la llevaron por inercia hacia la sala de descanso y cuando cerró la puerta a su espalda, George se la quedó mirando a la vez que levantaba una ceja.

—En serio, Jacqueline, te tomas esto muy en serio —reprochó, pero ella lo fulminó con la mirada y supo que no tenía nada que hacer, así que levantó las manos y decidió irse de allí para dejarla a solas—. Más te vale que en vacaciones no se te ocurra aparecer por aquí, o tendrás un problema.

Estuvo a punto de replicarle, pero llevó sus manos hacia la nuca y caminó por la sala sin saber muy bien qué hacer. Al menos, esperaba que los chicos no la hubieran visto y pensarán que estaba en el aseo. Su teléfono volvió a sonar y sintió ganas de gritar. El pañuelo que llevaba atado al cuello empezó a darle calor y se lo quitó apretándolo con los dedos. Hasta el traje de pantalón con tela vaquera le pareció demasiado a pesar de que fuera hacía bastante frío y ver otro mensaje más de Rose solo empeoró las cosas, así que empezó a teclear y envió un mensaje sin percatarse de lo dura que estaba siendo.

Jacqueline: No quiero volver a verte, la cita fue un desastre y tú y yo no tenemos nada en común, así que deja de insistir.

Cuando vio sus palabras en la pantalla suspiró y sintió ganas de eliminarlo antes de que ella pudiera verlo pero, un segundo después, ya fue demasiado tarde.

Rose: OK.

Simple y conciso.

Genial, ahora seguro que la odiaba y pensaba que era una mujer horrible, pero ni siquiera debía estar imaginandoselo porque, en realidad, lo que le estaba oprimiendo el pecho era permanecer sentada frente a Tess y Angela, verlas tocándose y sonriéndose de una forma que envidaba y que hizo que el calor le subiera por la espalda producto de unos celos que la pillaron desprevenida por primera vez desde que la conociera. Porque si lo pensaba bien no era la única vez que...

—¿Por qué estás aquí encerrada? —Tess apareció por la puerta y la hizo girarse de golpe a punto de tirar el teléfono. Ella lo vio en su mano y levantó las cejas—. ¿Va todo bien? No has tenido más problemas con...

—Es Rose, acabo de decirle que no me hable más. —Al ver cómo su amiga no sabía a qué se refería, suspiró—. Fue mi cita del otro día, me llevó al MET, pero ni siquiera le gustan los museos, solo quería complacerme para... ya sabes.

Los labios de Tess se abrieron y pareció decir un «ah» que se le quedó atascado en la garganta. Las puntas de los dedos le cosquillearon y se mordió el labio inferior en un intento por poner sus pensamientos en orden. No le gustaba verla así de triste, aunque lo que la dejó con un vacío de verdad fue imaginársela con otra persona, disfrutando de un paseo por el museo, ese lugar que también tenía mucho de las dos. La garganta se le secó y cuando la vio allí plantada, quiso acercarse a ella para abrazarla. Fue como mirarse al mismo espejo que Jacqueline estuvo viendo durante toda la noche con la pareja, deseando poder meterse entre las dos para volverse la protagonista de sus pensamientos.

—Siento que haya ido mal —susurró, como si en realidad no supiera bien qué decir.

Y era cierto.

—No pasa nada, la verdad es que creo que no estoy hecha para esto. Intentar conocer a alguien nuevo es horrible, siento que no voy a encontrar a nadie con quien poder abrirme como...

—No lo hagas —soltó Tess dejando a la otra paralizada. La mirada de Jacqueline expresó exactamente un «¿El qué?» que no llegó a pronunciar, pero que ella supo reconocer—. No conozcas a nadie más.

Su voz adquirió cierto tono de posesión, y al caminar hacia ella sintió que el corazón le daría un vuelco. El silencio las rodeó y sus miradas chocaron con una electricidad increíble conforme la distancia entre las dos se acortaba. Hubo un momento en que pudo notar el aliento de Jacqueline acariciar su piel y cuando estuvo a punto de fundirse con su mirada, la puerta a su espalda se abrió a la vez que movía los dedos que iban directos a su mejilla, rompiendo la distancia.

—¿Tess?



CORAZONES EMPAREJADOS

Todavía podía escuchar el latido de su corazón, nervioso, fuerte, golpeando contra su pecho de una forma que nunca había sentido. El silencio la rodeaba y la oscuridad se empeñó en abrazarla mientras seguía sentada en el sofá, sin tener idea de qué hacer. Jacqueline cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, en un intento por sacarse de la mente el recuerdo de Angela al entrar a la sala de descanso y verlas a punto de besarse. Lo que vino después fue como un huracán dispuesto a arrasarlo todo a su paso, y entonces llegó la tristeza y la confusión, sentimientos que todavía se agarraban a ella convirtiéndose en una segunda piel de la que no estaba segura de poder desprenderse.

Con solo cerrar los ojos podía ver a Tess otra vez: su bonita mirada, sus labios, su cuerpo con ese vestido de infarto... Sintió mariposas en el estómago y unas ganas horribles de volver a ese instante, para detener el tiempo y quedarse cerca de ella, dispuesta a besarla y a dejar que sus sentimientos hablaran en su nombre.

Jacqueline se llevó las manos a la cara preguntándose un «¿Desde cuándo?» que la dejó sin conocer respuesta alguna; porque al pensar en ella el corazón empezaba a latirle más rápido, a poner sentido a cosas que habían quedado escondidas tras una puerta que nunca se atrevió a abrir por miedo a perderla y a que esa relación tan bonita que las unía se esfumara si en algún momento tenían problemas. Como le pasó con Susan, al igual que con la vida.

—Dios, esto es horrible —soltó en voz alta, queriendo tener a su padre al lado o al mismo Julian para que pudieran darle algún consejo.

Pero ni ellos sabían qué pasó para que Angela se marchara del Emerald sin decir ni una palabra, o eso es lo que quería creer.

La vergüenza se le metió dentro al recordar cuánto sufrió al enterarse de que su mujer se estuvo viendo durante meses con otra persona. Era una horrible sensación que quiso arrancarse del pecho con las manos, pero en cuanto la imagen de Tess se le pasó por la cabeza el malestar se

esfumó por completo. Querría haber ido tras ella, cogerla de la muñeca y acabar lo que empezaron. Querría haber hecho tantas cosas que el barullo de sentimientos que la recorrían por dentro provocaron que soltara un suspiro, así que cogió el teléfono a la vez que un trueno la sorprendía dos segundos antes de que empezara a llover, en una noche que no vaticinaba nada bueno. A punto de llamar a Julian escuchó cómo alguien golpeaba la puerta de su apartamento y se sorprendió al no haber escuchado el timbre.

Daban casi la una de la madrugada y Jacqueline avanzó entre la oscuridad suponiendo que sería alguno de sus vecinos con otro de sus problemas absurdos, pero cuando abrió se quedó totalmente paralizada.

—Tess, ¿qué haces a...?

No le dio tiempo a terminar la pregunta, ella se lanzó a sus labios con necesidad, llevando las manos a su cuello para romper la distancia, los muros, la incertidumbre y los miedos que la atacaron durante meses, incluso años. Sus bocas se fundieron en un beso que supo a poco y que, a la vez, explotó rompiendo el cielo como una estrella fugaz en mitad de la noche. Jacqueline se quedó sin aliento y también sin saber qué decir, miró a Tess a los ojos bañados en un par de ingredientes que conocía muy bien: dudas y miedo, miedo y dudas; rotos por el deseo de volver a sentir las mariposas en el estómago, el vuelco del corazón y ese latido que de repente se une al otro para formar un solo compás.

—Necesitaba venir —dijo en lo que fue un pequeño susurro—, te necesitaba a ti.

Jacqueline se la quedó mirando, todavía sin poder hablar, dentro de una burbuja de sentimientos que no quería romper, al menos, hasta que se dio cuenta de que la puerta seguía abierta y se movió para cerrarla, con la vergüenza ardiéndole en el pecho.

Al girarse, se quedó con la espalda pegada a esta y al apoyar las manos en la madera se dio cuenta de que estaba temblando. Tess también se dio la vuelta para poder mirarla a los ojos, llevando un mechón rebelde de su pelo tras la oreja, sintiendo cómo los nervios la estrujaban por dentro.

—¿Qué ha pasado con Angela? —preguntó Jacqueline sin poder evitarlo, quizá rompiendo un poco del encanto que las tenía envueltas, pero necesitando saber que no estaba haciendo algo mal.

—Se ha acabado —aclaró la camarera sin perder el tiempo—. Debí acabarse hace tiempo, creo que ni siquiera tendría que haber empezado —añadió dando la razón a los sentimientos que quiso hacer a un lado.

Nunca debió dejarse llevar por la atracción inevitable que sintió por esa mujer.

Jacqueline asintió y al chocar con la mirada de Tess su cuerpo avanzó solo, atraído por la fuerza de un imán. Encontrarse con sus labios le erizó la piel, pero más fue tener el contacto con la suya, poder tocarla y dar con su cuello, con su nuca, con el sabor por el que siempre sintió curiosidad. El tiempo se detuvo en ese mismo instante, llevándolas a la sala de descanso del Emerald, al puesto de perritos calientes, al museo, al Amsterdam Billiards, a Little Italy, a Central Park y a cada uno de los lugares que eran tan de Nueva York como suyos. Esos lugares estaban pintados de otra forma cada vez que caminaban por allí juntas, para desayunar o ir de compras; para pasear o dejarse claro que se necesitaban de forma natural.

El silencio las gobernó durante aquellos segundos en los que tiraban con sus labios las barreras impuestas entre las dos, por culpa de las dudas que durante años las llevaron a caminar distintas casillas de un tablero, a la espera de mover ficha para ponerlas a una frente a la otra y verse de verdad.

—¿Desde cuándo...? Esto es... —Jacqueline no supo qué decir al separarse de ella. Los nervios le secaron la garganta, rompieron su voz e hicieron de sus pensamientos un ovillo que Tess se encargó de deshacer con una sonrisa porque nada de eso importaba, solo el aquí y el ahora—. Joder, estás preciosa, y me moría por decírtelo.

No la dejó responder, sus manos fueron hacia el abrigo negro de su amiga y se lo quitó para dejarlo caer y poder acariciarle los hombros. El tacto la hizo suspirar, y al mirarla se sintió tan deseada que no perdió el tiempo enfangándose con más dudas. Se dejó llevar besándola de nuevo, moviendo las manos por todas sus curvas; descubriendo su cintura, sus caderas, sus muslos, toda su espalda, la forma de su cuello y viendo de cerca el lunar que tenía justo en el centro de la mejilla.

Tess era preciosa, siempre lo creyó, sus ojos eran fuego como también sus labios y cuando ella fue quien la besó, el calor le subió por la espalda, haciéndola suspirar y querer tocarla para ir más allá.

—Ven.

Tess tomó la iniciativa, entrelazó sus dedos con los de Jacqueline y la obligó a caminar dejando atrás el salón frío y atravesar el pasillo sin dejar de mirarla ni de repartir besos por su cuello y sus labios. Cuando llegaron al dormitorio se separó de ella, sonriendo antes de morder su labio inferior, provocando que el calor le penetrara por la piel. Se llevó las manos a la espalda y buscó la cremallera del vestido para bajarla lentamente frente a ella, después se quitó los tirantes y lo dejó caer, mostrando su bonito cuerpo con lencería de encaje negro, arrancando un suspiro a la mujer con la que había estado soñando durante años.

Despacio, fue hacia ella y cogió una de sus manos. Su mirada siguió el movimiento de

ambas rompiendo el aire hasta que posó la de ella sobre su pecho, para que pudiera sentir el latido de su corazón. Su respiración se volvió entrecortada al conectar de nuevo con los ojos verdes de Jacqueline, pidiéndole que la desnudara y la tocara, y no la hizo esperar. Sus dedos se movieron entre caricias hasta llegar al primer botón de la camisa que llevaba puesta y entre besos se dedicó a desabrochar cada botón, hasta descubrir su vientre y también sus hombros, donde dejó el primer mordisco y una caricia con su lengua. Notar la calidez de su piel la hizo suspirar y sentir que por primera vez en su vida podía viajar a puerto seguro con solo besarla, rompiendo ese pasado que no hizo más que decirle lo equivocada que estaba.

—Me encantan tus cicatrices —susurró pegada a su oído, acariciando con los dedos la que tenía en su abdomen, sin perder de vista la que Jacqueline se hizo años atrás mientras ayudaba en la cocina del Emerald—. Me encantas tú —añadió, y esta vez la miró asegurándose de que la oyera bien mientras sus manos iban hacia su pantalón para quitarle el botón y dejarlo caer.

Tess caminó sobre sus tacones y tiró de ella para atraerla a su cuerpo caliente y dispuesto a ser descubierto por sus manos. Y cuando la tuvo tan cerca como para convertirse en parte de su ser, abordó su boca en un beso húmedo que les quitó el aliento. Jacqueline reaccionó llevando sus manos por toda la espalda de su amante, alcanzando el sujetador de encaje para deshacerse de él rápidamente, y en cuanto la tuvo casi desnuda llevó los labios a su cuello para repartir besos hasta llegar a uno de sus pechos y deshacerse al acariciarlo con la lengua. Las dos gimieron de placer y se buscaron con todo su ser, moviéndose por todo el dormitorio hasta que Tess se quedó de rodillas en la cama sonriendo a placer.

—¿Qué pasa? —preguntó Jacqueline, envuelta en un deseo que podía notársele en la mirada, en sus labios hinchados y en las caricias de sus manos por todo el cuerpo de ella.

—Tú. Tú eres lo que me pasa. —Tess no perdió más el tiempo, se deshizo de los tacones y se echó sobre su cuerpo agarrándola de las manos para llevarlas contra la cama.

Cada vez que su boca conectaba con la piel de Jacqueline, esta suspiraba de placer, notando cómo esta se le erizaba y la humedad empezaba a crecer entre sus piernas. Una parte de ella sentía que de un momento a otro despertaría de ese encanto, que pronto abriría los ojos para verse a solas en esa cama, pero ella se encargó de apartar la sensación con sus labios, besándola por todo el cuerpo hasta rozar la única pieza que le quedaba para estar desnuda del todo. Y al sentir sus caricias por encima de la tela, supo que la realidad sabía mucho mejor que cualquier sueño.

Jacqueline levantó la cintura y dejó que se la quitara, sus miradas chocaron durante un segundo y al morderse el labio inferior, mostró la necesidad que sentía por ella.

Los dedos de Tess acariciaron el interior de su muslo, mientras que le besaba la zona del

vientre, la cadera y también su costado, despertando sensaciones que estaban dormidas a la espera de que alguien como ella avivara ese fuego que habitaba en su interior. Jacqueline se aferró a las sábanas y cerró los ojos, imaginándola al moverse por encima de su cuerpo, mientras la tocaba y la acariciaba hasta que rozó la humedad de su sexo. Su interior se contrajo en cuanto la abordó, atrapándola sin descanso, y poco después, empezó a mover las caderas para sentirla mucho más.

Tess llegó hasta su boca, y la besó deseando tenerla tan cerca que no pudo aguantarse las ganas de gemir sobre sus labios. El vaivén de sus caderas se unió al baile de las manos de Jacqueline, acariciando su espalda y su cintura, hasta que metió una de ellas entre sus cuerpos para poder tocarla y volverla loca de placer. El sudor empezó a perlarles la piel, y sus respiraciones se unieron únicamente rotas por los gemidos pidiendo más, moviéndose hasta que todo a su alrededor vibró. La excitación fue tal que Tess se mordió el interior de las mejillas, aguantando un grito que dejó escapar cuando el orgasmo la invadió, provocando que profundizara sus movimientos con tal de escuchar a Jacqueline, quien sintió cómo el cuerpo le empezaba a temblar. Al cerrar los ojos se las imaginó desnudas y pronto gimió de placer.

Sus pechos chocaron, tenían la respiración entrecortada y hasta sus corazones se unieron en un latido frenético, pero lo mejor fue cruzar sus miradas y sentir que se habían esperado toda la vida y que, por fin, estaban en el lugar a donde pertenecían.



NUNCA FUE UN DÍA CUALQUIERA

Los primeros rayos del sol se filtraron entre las cortinas de una habitación que hasta ese momento no saboreó de esa manera. Abrir los ojos le hizo temer un segundo que todo se tratara de un sueño, pero al encontrarse con Jacqueline a su lado, los labios le temblaron de felicidad. Su corazón respondió de la misma manera, quitándole el aire, dándole un vuelco que la hizo vibrar como la mujer que tenía delante tan solo unas horas atrás. Tess movió la mano derecha, bailó con los dedos en el aire y tardó poco en aterrizar en el cuello de ella para regalarle una caricia que la hizo despertarse lentamente, encontrándose en el paraíso, dentro de una escena que jamás pensó que fuera a vivir.

—Feliz cumpleaños —susurró lo primero, sin ni siquiera haber abierto los ojos.

Tess pensó que jamás había escuchado algo que sonara tan bien, pero enseguida descubrió que existía una melodía que le hacía volar más alto, dispuesta a tocar el infinito con los dedos. Sin decir nada, se giró sobre la cama y buscó la boca de Jacqueline en un beso lento, cargado con los nervios que se le habían vuelto a instalar en el estómago.

—Gracias —dijo sin separarse ni un centímetro de ella—. Estás guapísima nada más despertar.

—¿Seguro? Las semanas que estuve viviendo en tu casa no me lo dijiste —bromeó, recordando meses pasados, consciente de que la vio en su peor momento, y eso le creó un nudo en la garganta y un cierto malestar que se disipó en cuanto conectó con su mirada y sonrió, incluso sin mover la boca—. ¿Has dormido bien?

—De maravilla, como nunca lo he hecho. —Tess no se dejó la sinceridad escondida, por más que el miedo aún estuviera presente—. Todavía me parece un poco irreal —añadió, dejando ver parte de ese temor, soltando un suspiro que provocó que Jacqueline le rozase el brazo con cariño.

Esta se le acercó y la besó enredando la lengua con la suya, acariciándole la cintura mientras poco a poco subía por su espalda hasta llegar a la nuca con la única intención de atraerla más a su cuerpo.

—¿Aún te lo parece? —preguntó en un susurro, despertando las ganas de volver a besarla, de quedarse anclada a sus curvas durante horas, el tiempo suficiente para que la vida se agotara.

Tess se quedó eclipsada con los ojos de Jacqueline y al pasarse la lengua por los labios negó consciente de la realidad, una bonita realidad que podía tocar con los dedos, aunque sintiera que el corazón se le iba a salir del pecho. Sin embargo, algo dentro de ella la hizo dejar de sonreír, recordando cómo habían sucedido las cosas y la pelea que tuvo con Angela.

«Siempre lo he sabido, cada vez que os veía lo sentía aquí en el pecho. No sé por qué fui tan tonta como para darnos una oportunidad». Sus palabras se le metieron en la cabeza y agachó la mirada hasta que Jacqueline puso los dedos en su barbilla y la hizo mirarla, como si estuviera leyendo cada uno de sus pensamientos.

—Soy una persona horrible —admitió, tan egoístamente feliz que no podía creer que hubiera hecho daño a alguien tan especial como Angela.

—Te equivocas —aclaró Jacqueline, sentándose en la cama para llevar las manos hacia su cuello, apartando algunos mechones rebeldes de su pelo—. Todos cometemos errores, nos dejamos llevar por lo que creemos que está bien o por la atracción y lo bonito que esta crea solo por el miedo que nos produce dar un paso adelante, hacia otra dirección. Yo misma lo sé.

El recuerdo de su matrimonio con Susan la dejó con un sabor agri dulce, sobre todo por cómo fueron las cosas durante los últimos meses que estuvieron juntas. Y entonces se preguntó desde cuándo, ¿cuánto hacía que deseaba tener a Tess así de cerca?, ¿cuánto hacía que su corazón vibraba cada vez que la veía o que su rostro caía fundido en esos bonitos ojos?

Algo en su interior le dijo que aquel primer apretón de manos abrió ante ellas ese camino, pero entonces llegaron las risas, los buenos momentos, las carreras bajo la lluvia, los perritos calientes que caían al suelo, las hojas del otoño volando hasta ellas... Llegaron los mejores instantes de su vida, convirtiéndolas en cómplices y amigas, en amantes secretas que no eran capaces de romper ese encanto por miedo a estropear lo demás.

—Ahora ya no importa. —Tess desechó su malestar y al ver sonreír a Jacqueline se acercó a ella para acariciar sus labios, notando cómo la piel se le erizaba de nuevo y sintiendo esa conexión que nunca tuvo con otra persona. Su mano se posó en el pecho de ella y, al notar el latido de su corazón, profundizó el beso, tumbándose en la cama con la intención de no despegarse de su cuerpo—. Sabes que Julian nos estará esperando, ¿verdad?

—Seguro que no le importa que lleguemos un poco tarde —susurró Jacqueline con

picardía, llevando las manos a la cintura de Tess, metiéndola entre sus cuerpos para hacerla vibrar otra vez más—. Se lo recompensaremos.

...

El reloj marcó más de las once cuando aparecieron en la terminal Whitehall del *ferry*. Julian las miró, levantando una ceja mientras seguía de brazos cruzados, dispuestos a pegarles una bronca de campeonato, al menos hasta que las tuvo cerca y sus ojos fueron a parar a Tess, luego a Jacqueline y después, de nuevo a Tess.

—Qué raro, a vosotras os pasa algo —soltó, tan intuitivo como siempre, haciendo que su amiga rompiera a reír.

—Contigo no hay remedio. —Esta negó y se acercó a él para darle un fuerte abrazo, apartándose para que Jacqueline hiciera lo mismo.

Julian las saludó, pero siguió mirándolas como si quisiera ver qué había más allá de sus ojos y, al segundo, descubrió algo que le gustó y lo dejó con mil dudas más: se veían diferentes, brillando de una forma distinta, como si el sol en esa mañana de marzo hubiera despertado en pleno verano.

Cuando Jacqueline se adelantó para comprar los billetes que les iba a llevar a Staten Island, se pegó a Tess y la agarró del brazo, convirtiéndose en el amigo cotilla que siempre había sido.

—¿No vas a contarme lo que ha pasado? ¿Y Angela? ¿Por eso se marchó así del restaurante? —Julian no pudo evitar lanzar una pregunta tras otra, queriendo saberlo todo a la vez que se quedaba sin respiración.

—No me lo recuerdes, que todavía me siento fatal —admitió Tess, sin poder evitar que la imagen de su ahora ex se le metiera en la cabeza—. Jamás pensé que después de tanto tiempo fuéramos a...

—¡Será mejor que os deis prisa o vamos a perder el *ferry*! —Jacqueline la interrumpió dejando a Julian con la incógnita, moviendo el brazo con la ilusión picándole en los labios y brillando en una mirada que esa mañana se escondía tras unas gafas de sol.

Tan pronto como subieron, los tres caminaron hacia la borda para quedarse ahí apoyados mientras las vistas de Manhattan se fundían en las aguas. Jacqueline cerró los ojos un segundo y se dejó llevar por la sensación de calma y libertad que sintió en ese momento, como si las cadenas que la aprisionaron durante años se hubieran roto. Al girar la cara chocó con el perfil de Tess, quien se mantenía al lado de Julian, cogida de su brazo por ese miedo tonto que tenía a caer, pero que le pareció adorable.

Sin decir una palabra, caminó hacia ella y se puso al otro lado para agarrarla fuerte y cuando sus miradas volvieron a chocar, el mar perdió su belleza, porque esta se trasladó directamente a sus ojos. Tess sonrió y estuvo a punto de dejar que la emoción la hiciera temblar, así que los apretó mientras escuchaba el latido de su corazón. El movimiento de las aguas que conectaba la bahía de Nueva York con el océano Atlántico la hizo viajar al pasado, a la primera vez que sus pies tocaron la arena de la playa, junto a la mujer que ahora estaba a su lado, siendo el ancla y la orilla en la que poder descansar, la pasión de un mar embravecido y cada uno de los sueños que formuló a las estrellas. El sentimiento revoloteó en el interior de su pecho y la hizo suspirar sin que ellos fueran conscientes, volviendo a sentir ese miedo a perderlo todo y quedarse vacía, sola en la mitad de un laberinto.

—Qué raro que no hayas preguntado a dónde vamos, ¿estás bien o el mareo puede contigo? —Julian explotó la mala ilusión en la que se había metido y ella se obligó a negar, ante la atenta mirada de un hombre que supo de inmediato que estaba rumiando algo.

—¿Me lo ibais a decir de todas formas?

—Por supuesto que no, las sorpresas nunca se revelan. —Jacqueline le dedicó una sonrisa que la hizo temblar y de nuevo volvió a notar las mariposas en el estómago y ese calor que la hizo apretar los labios por miedo a decir en voz alta que quería volver a la cama con ella.

El *ferry* llegó a su destino veinticinco minutos después y durante el trayecto ninguno se perdió las vistas de la Estatua de la Libertad. La primera parada para celebrar el cumpleaños de Tess fue el autobús que los llevó al pueblo rural restaurado Historic Richmond Town, un museo al aire libre donde las casas, granjas y tiendas de los siglos XVII, XVIII y XIX la trasladaron a otra de esas épocas donde pudo verse caminando a través de distintas calles. Las fotografías no se hicieron esperar y Jacqueline procuró guardar para ella cada una de las sonrisas que esbozó, al igual que vio una emoción especial en sus ojos cada vez que, literalmente, gritaba de la emoción. Hasta Julian se contagió de esa alegría al posar en las fotografías y coger el teléfono de una de ellas para hacerles unas cuantas y volver a comprobar, una vez más, esa conexión que siempre vio entre las dos y que parecía brillar de manera especial ese día.

«¿Qué habrá pasado?», se preguntó un momento antes de prestar atención al paraíso donde se encontraban.

Tess se enamoró de aquel lugar como de los minutos que pasó junto a ellos, siendo consciente de lo afortunada que era a pesar de que echaba de menos la presencia de unos padres que la hicieron feliz hasta el cansancio. Jacqueline se acercó a ella para abrazarla con naturalidad, como si ese gesto hubiera estado presente siempre entre las dos. Al apoyar la barbilla en su hombro se dio cuenta de que la diferencia de altura la obligó a ponerse de puntillas

y eso la hizo reír.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó mientras Julian se distraía con las fotografías, notando cómo la piel de Tess se erizaba ante la caricia de su aliento.

—No más que tú —se sorprendió diciendo y notó una revolución dentro de su pecho al hacer tal confesión.

Apartado unos cuantos metros, su amigo se giró y las volvió a fotografiar quedándose perplejo cuando vio las manos de Jacqueline alrededor de su abdomen, y cuando se quedó a solas con Tess no dudó en someterla a un interrogatorio.

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí? —Al cruzarse de brazos, no dio oportunidad a que se fuera por las ramas.

Jacqueline estaba echando un vistazo a algunos muebles antiguos que le hubiera gustado tener en casa, así que Tess aprovechó la oportunidad para tomar aire y soltar lo ocurrido sin más preámbulos.

—Anoche nos acostamos —confesó, haciendo más realidad lo que todavía le parecía un sueño.

—¡¿Qué?! —Julian gritó, aunque para su fortuna Jacqueline no fue consciente de ello a pesar de que algunas miradas se cruzaron con los dos—. No me lo puedo creer, ¿cómo?, ¿cuándo? Bueno eso ya lo sé... ¿Dónde? Joder, estoy diciendo tonterías.

—Después de que Angela rompiera conmigo fui al piso de Jackie y no pude ocultarlo más. Simplemente traté de esconder lo que sentía en un cajón, intentando decirme a mí misma que todo iba bien y que conseguiría olvidarla, pero cuando me contó que había tenido una cita con alguien... ¿Crees que habrá sido un error?

—He traído el almuerzo. —Jacqueline los interrumpió antes de que su amigo pudiera dar una respuesta y les enseñó los perritos calientes que traía entre las manos—. Es nuestra tradición.

Los dos asintieron y apartaron su conversación para volver a esa bonita realidad, donde Tess le pegó un bocado a su manjar y se dejó llevar por los pasos de sus amigos en un día que jamás olvidaría, no solo porque ellos lo hicieron especial, sino porque por primera vez en mucho tiempo, podía dejarse llevar.



COMO EL AGUA Y LA ESPUMA

Tess seguía apoyada en la barra a la espera de que le sirvieran parte de la comida que habían pedido en uno de los restaurantes más famosos de Staten Island, donde podían disfrutar de las vistas mientras comían algunos platos locales. La mirada de Jacqueline se posó en ella con un brillo especial que a su amigo no le pasó desapercibido, y que le hizo preguntar algo que ya no podía mantener más entre sus labios.

—¿Desde cuándo sientes algo por ella? —curioseó, encantado con el hecho de descubrir que sus sentimientos eran reales.

La sorpresa no bañó su expresión, más bien todo lo contrario, porque estaba segura de que lo ocurrido no fue solo producto del impulso.

—¿Desde siempre? —Jacqueline cogió las gafas de sol y se las puso a modo de diadema para ver bien a Julian—. La verdad es que no tengo ni idea, es... extraño, como si lo que siento siempre hubiera estado ahí, pero a la vez, no. Tess me ha acompañado en los momentos más especiales de estos últimos años, tanto los buenos como los malos, y nuestra amistad me ha hecho tan feliz que ni siquiera era consciente de que pudiera ser algo más. O quizá sí y simplemente lo oculté.

—Supongo que debe de ser aterrador —admitió Julian, llevándose un vaso de agua a los labios—. Lo que os une, nunca lo he visto en nadie, ¿sabes? Digamos que siempre os he envidiado un poco porque yo no he tenido la suerte de conocer a una mujer que antes de quererla así, sea mi mejor amiga.

—Yo tampoco tenía alguien así hasta que encontré a Tess.

Confesarlo de esa manera la dejó pensando en Susan y en lo equivocada que había estado con respecto a su relación y lo que las unía. Era cierto que se enamoró de ella, pero la pérdida y lo que vino después le dejó muy claro que nunca fueron tan compatibles como había creído. Si

cerraba los ojos, podía recordar cada una de las ocasiones sencillas y a la vez especiales que pasó con Tess, para hacer a un lado los días malos, las ventiscas, el vacío y cada uno de los sentimientos que se empeñaban en oscurecer un poco más su pasado. Y, en ese momento, supo que su mujer tenía razón cada vez que le decía que ir al trabajo no solo era meterse en un comedor lleno de clientes, sino encontrarse con la persona que ahora volvía hacia ellos con una bandeja en cada mano y que daba a su corazón un sentimiento especial.

—Qué arte tienes para servir mesas —dijo Julian haciéndole un cumplido porque, de hecho, le encantaba cómo hacía su trabajo.

—Algún día deberías probarlo, salir de la barra y explorar nuevos retos.

—Ya, ¿y que me toquen clientes insoportables? No, gracias, seguro que me dan ganas de tirarles los platos encima.

—No lo dudes, es lo primero que harías —comentó Jacqueline, y los tres rompieron a reír. Cuando Tess la miró, le dedicó un guiño y cogió el margarita que le habían preparado para hacer un brindis con ellos—. Quería daros las gracias, por todos estos meses en los que habéis estado a mi lado, por llevarme a puerto seguro y convertiros en parte de lo único que necesito para ser feliz. —Sus labios temblaron y por un segundo creyó que se le iba a quebrar la voz; pero, como siempre, la mujer que tenía delante fue capaz de darle un motivo para continuar—: Me alegra poder celebrar otro cumpleaños más contigo, siempre me has dado luz y hoy un poquito más.

—¡Por la magnífica Theresa Winters! —gritó Julian y chocó su copa con las de ellas antes de llevarla a su boca.

Tess le pegó en el brazo por pronunciar su nombre completo, pero enseguida negó más que encantada, sintiendo mariposas en el estómago y un bonito dolor en las mejillas que quería mantener siempre ahí.

...

La vuelta a Manhattan fue como escuchar una canción en bucle durante toda una tarde. Julian no paró de hablar de su última posible conquista, y sus amigas llegaron a la conclusión de que cualquier mujer se sentiría afortunada de estar a su lado, a pesar de las experiencias horribles que tuvo en el pasado. Al llegar a casa de Tess, él se encargó de taparla los ojos y Jacqueline abrió la puerta lista para descubrir la sorpresa que le habían preparado entre los dos.

El salón estaba decorado con algunos globos y una enorme pancarta que rezaba un «Feliz cumpleaños» en letras verdes y amarillas. Kala salió disparada de su escondite y les dio la bienvenida con maullidos y varios giros en el suelo, dispuesta a ser acariciada por seis pares de manos que no lo dudaron en ningún momento. La sorpresa en la cara de Tess fue digna de

fotografiar y, de hecho, Julian no tardó en hacerlo con la ayuda de su teléfono.

—¿Cuándo...?

—Yo soy el culpable de todo. —Charles apareció por el pasillo y abrió las manos, dedicándole un guiño a su hija, quien le dio las gracias por haber accedido a tal artimaña—. ¿Lo habéis pasado bien por Staten Island?

—Mejor que nunca —admitió Tess y enseguida fue con él para darle un abrazo—. No me puedo creer que estés aquí, ¿seguro que no vas a tener problemas en el trabajo?

—Ser el dueño de la compañía debe de tener sus ventajas. —Se rio—. Además, no me perdería tu cumpleaños por nada del mundo, eres como una hija para mí. —El padre de Jacqueline la apretujó entre sus brazos y después le dio un beso en la frente, con la melancolía puesta en su mirada, en un gesto que intentó desechar con un carraspeo—. Te quiero mucho, y quiero que sepas que he sido muy afortunado de poder vivirlos todos estos años.

Jacqueline levantó una ceja extrañada, pero cuando vio la emoción en Tess, apartó esos pensamientos.

—Me vas a hacer llorar, Charles, ¡para! —Las protestas por parte de ella hicieron que el resto rompiera a reír.

Podían ser una familia pequeña, pero en esa habitación tenía a las personas que más quería, incluyendo a una Kala que se le restregó varias veces por las piernas, con ganas de que la cogiera en brazos para darle unos cuantos mimos. Tess no tardó en cumplir el deseo de su gata, y besó su cabecita mientras la acariciaba y echaba un vistazo a su alrededor para ver una tarta de chocolate con frutos del bosque en mitad de la mesa, con sus treinta y cinco velas dispuestas para ser sopladas.

Escucharlos cantar *cumpleaños feliz* una vez que se quitaron los abrigos y se sentaron lleno su pecho de una calidez que no pudo evitar expresar con una mirada emocionada, tan feliz que sintió miedo a que esa burbuja se rompiera. Y entonces, chocó con Jacqueline, tan bonita, tan única, tan especial, tan bella que podías soñar con caminar hacia ella y meterte de lleno en un bosque lleno de colores con solo caer en sus ojos. Su corazón le pidió levantarse, ir a su lado y besarla, abrazarla hasta el cansancio sin importar nada más, dejándose llevar por ese tiempo que ahora era de ellas dos y con el que quería recuperar cada uno de los segundos en los que no estuvieron juntas.

Jacqueline se levantó y buscó una enorme bolsa que había escondida tras el sofá y que dejó a su lado una vez que sopló las velas.

—Feliz cumpleaños, espero que te guste mucho —dijo con los nervios puestos en su

estómago.

Tess abrió una caja y se quedó boquiabierta al ver otra de madera que contenía cientos y cientos de fotografías y polaroids. Al lado, había un álbum dispuesto y también una camiseta de edición limitada de los New York Giants que la hizo soltar un grito de emoción cuando la estiró frente a ella.

—¡Os debe de haber costado una fortuna! —exclamó sin poder contener lo feliz que era, pero cuando sus ojos chocaron con unas imágenes en concreto, le temblaron los dedos y tuvo que dejar la camiseta a un lado—. Y esto es...

Una de estas las mostraba a ella y Jacqueline en el Festival de Cherry con la llegada de la primavera en Nueva York, la primera después de haberse conocido. La manera en la que la miraba le dejó claro lo enamorada que estuvo de ella desde el principio y lo único que pudo hacer fue llevarse una mano al pecho, intentando contener los sentimientos que se movían por dentro.

—Quería que tuvieras cada uno de nuestros recuerdos juntos a mano para que, en los días malos, puedas volver a sonreír —aclaró Jacqueline y se le acercó para ponerse de rodillas en el salón, llevando las manos a su cara obligándola a mirarla—. Eres la mujer más increíble que he conocido en mi vida.

Charles se quedó pasmado al ver a su hija así y al chocar con Julian, este se encogió de hombros y volvió a coger su teléfono sacando unas cuantas fotografías a la vez que Jacqueline besaba a Tess, fundiéndose después en un abrazo que no solo trajo el grito de su amigo, sino la emoción a los ojos de un hombre que veía frente a él la imagen del amor verdadero y la felicidad que en los últimos meses había querido para su hija. Y aunque las preguntas surgieron de inmediato en su cabeza, las echó a un lado para que todos se comieran la tarta, pidieran algo de cenar juntos y antes de la media noche las dejaran a solas en el apartamento.

—No me puedo creer que tu padre se haya enterado así. —Tess apoyó la cabeza en el hombro de Jacqueline y levantó la mirada para cruzarse con los ojos de ella—. Al menos no le ha dado un infarto.

—Algo me dice que en el fondo ya se lo esperaba.

—¿Tú crees? —Al ver cómo asentía se movió para sentarse en el sofá, enredando sus piernas con las de ella—. Esto se parece a una de mis películas.

—Somos las protagonistas de la próxima gran producción de Hallmark Channell. —Jacqueline bromeó con ello, pero que no mostrase ni un ápice de burla en su voz, hizo que Tess sonriera como una tonta que, por un segundo, creyó volver a estar viviendo muchas primeras veces—. Debo de admitir que no me esperaba que ellos lo tuvieran tan claro y yo tan... no sé, en

los últimos años siento que he estado dando vueltas sin sentido.

—Yo creo que no —rebató Tess y buscó una de sus manos—, simplemente tenías que recorrer tu camino para darte cuenta de lo que querías de verdad.

—¿Y tú? ¿Qué es lo que quieres tú?

Se quedó mirándola a los ojos y después observó sus dedos entrelazados, en un gesto que llevaban haciendo poco pero que parecía estar destinado para ellas desde tiempo atrás, tal y como sus sentimientos se abrieron paso en su corazón el primer día que la conoció. Al instante, besó a Jacqueline, separándose para poder hacer una confesión que no podía mantener más tiempo escondida.

—Yo siempre te he querido a ti, desde ese primer verano —susurró, apartando un segundo la mirada por miedo a no poder continuar. Estaba tan nerviosa que por un segundo se sintió en plena adolescencia, y enseguida notó cómo se le quedó enganchado en la garganta un «he estado enamorada» que no pudo pronunciar—. Y ahora no sé cómo decirlo sin que suene egoísta.

—¿Egoísta, por qué? —quiso saber Jacqueline, con ganas de conocer lo que se escondía en el corazón de Tess—. ¿Por mí y por Susan? —Cuando esta afirmó, esbozó una sonrisa que provocó que la camarera levantara las cejas sin entender—. Tú no has sido culpable de nada, si no se hubiera... —Las palabras se le atascaron en la garganta e intentó explicarlo de otra forma—. Aunque estuviera aquí, nuestro matrimonio ya tenía fecha de caducidad; y nadie más que yo es culpable por ser tan cobarde, por no abrir bien los ojos y mirar hacia el único lugar que quería hacerlo: donde estabas tú.

Jacqueline no dejó que Tess dijera una palabra. Llevó la mano a su cuello y la besó, abriendo su pecho, dejando que sus labios y su corazón hablaran por ella, por la cantidad de tiempo perdido y los meses en los que se quedó en silencio viéndola caminar por el comedor del Emerald, con ganas de encerrarla en la sala de descanso para besarla hasta que llegara un nuevo día.

Tess suspiró sobre sus labios. La necesidad de estar cerca de ella hizo que la volviera a besar, enredando la lengua con la suya, llevando las manos a su espalda para arrugar los dedos en su ropa y después colarlos bajo la camisa que llevaba puesta. Jacqueline solo se tomó unos segundos para mirarla a los ojos y verse reflejada en ellos de una forma que jamás se vio con otra persona, y cuando ella se echó sobre su cuerpo, tumbándola en el sofá, buscó su cuerpo con necesidad y con esas ganas que seguían instaladas en el centro de su pecho. Sentirla entre sus piernas fue ardiente, el fuego que subió por toda su piel, haciéndola gemir de placer cuando abordó su interior. Sus caderas empezaron a moverse lentamente, provocando que de vez en cuando se mordiera el labio inferior para contener unos gemidos que llevaban su nombre.

El placer invadió sus cuerpos, las hizo sudar durante minutos y provocó que temblaran como nunca cuando el orgasmo contrajo sus músculos y les hizo explotar el corazón. Tess se quedó exhausta sobre el cuerpo de Jacqueline y esta la besó para llevarla a la parada donde podían volver a empezar, sin más esperas ni barreras que las llevaran a tableros distintos, dispuestas a desafiar al tiempo que durante tantos años tanto las separó.



AQUELLO QUE AMAMOS

La hoja de abril apareció en el calendario y, de repente, el cielo se vio más dispuesto a dar la bienvenida al verano que continuar en primavera. Jacqueline abrió las cortinas de su dormitorio y dejó que la brisa fresca entrara por la ventana, a la vez que veía cómo las hojas de los árboles se movían en su empeño por acariciar a la que tenían más cerca. La piel se le erizó al pensar en esa sensación y en la mujer que quería tener entre las sábanas para besarla sin pensar en horarios o en una rutina que seguir. Llevaba diez días de vacaciones y contradictoriamente ya estaba deseando volver al Emerald para ver cómo se movía por el comedor con las bandejas en la mano. Aunque estar ahí le produjo una paz que sabía que no volvería a tener en mucho tiempo cuando regresara a la gran ciudad.

La villa de Cold Spring tenía el poder de sacarte de golpe las prisas y la ansiedad de las obligaciones, así que procuró cerrar los ojos y disfrutar de esa sensación todo lo posible, sintiendo cómo la sangre corría por sus venas tranquilamente, junto al latido de un corazón que ya no sufría por los golpes de una vida que estuvo a punto de tumbarle para siempre.

Jacqueline se vistió con unos vaqueros y un jersey sencillo para salir de la habitación y encontrarse con un delicioso aroma a tortitas. Su padre estaba en la cocina de aquella casa pequeña y familiar en la que pasó muchos momentos cargados de felicidad con sus abuelos, y cuando llegó hasta él le abrazó y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Buenos días, hija, ¿has descansado?

—Como nunca. Tenías razón, necesitaba un poco de desconexión. —Jacqueline robó una de las tortitas que había en la fuente y, aunque recibió un manotazo de su padre, se llevó un pedazo a la boca, disfrutando del sabor a vainilla que Charles solía agregar—. ¿Qué te apetece hacer hoy?

—Había pensado en dar un paseo por el río Hudson e ir al Castillo de Beacon. —La cara de su hija se iluminó sin la necesidad de dar una respuesta y no pudo evitar sonreír, aunque antes,

le pidió que se sentara para charlar un poco con ella—. Cuéntame, sé que nos vimos por el cumpleaños de Theresa, pero no me has dicho nada más.

—Como sepa que la has llamado así, te vas a enterar —bromeó su hija, llevándose otro pedazo de tortita a la boca. En calma, se sentó en uno de los taburetes y observó las paredes de la cocina adornadas con sus preciosos azulejos y algunas fotografías por las que no parecía haber pasado el tiempo—. ¿Qué quieres que te cuente?

—Solo quiero saber si eres feliz, si las dos estáis bien —aclaró él, concentrándose en cocinar. Cuando terminó, dejó las tortitas en un plato y buscó el sirope para llevarlo a la mesa y servir también un poco de té—. Si quieres que te sea sincero, siempre pensé que tendrías algo con ella, aunque ya sabes que quería mucho a Susan.

—¿Por qué no me dijiste nada en su momento?

Jacqueline agradeció el té y esperó a que su padre se sentara para coger el sirope de chocolate y echarlo por encima de las tortitas.

—Porque eras tú quien debía dar el paso, hacia un lado u otro; y antes de que puedas decir nada, no, no creo que tu matrimonio con Susan fuese un error, se notaba que la querías, pero... cada vez que te veía con Theresa, tus ojos, bueno... brillaban igual que los de tu madre cuando me miraba a mí. —Aquella confesión hizo que su hija alargara una mano y cogiera la suya dándole un apretón a sabiendas de cuánto la echaba de menos—. Lo único que quiero es verte feliz, después de lo que has pasado en los últimos meses es lo único que deseo antes de...

—Pero, ¿qué dices? Todavía te queda mucho tiempo por delante, papá, no hables como si fueras a irte mañana. —El silencio que se formó entre ambos hizo que Jacqueline levantara la mirada de las tortitas y chocara con unos ojos que estaban bañados en tristeza—. ¿Papá?

—Poco después de que Susan muriera, empecé a sentirme mal y tuve un desmayo en la oficina. —Jacqueline se quedó en *shock* mientras que la voz de Charles titubeó y tuvo que cerrar las manos para encontrar las palabras que tenía atascadas en la garganta—. Estoy enfermo, cariño, y... no me queda mucho tiempo.

Las manos de su hija temblaron y el tenedor se le cayó dando un sonoro golpe contra el plato. De repente, desconectó de la realidad y se encontró en mitad del comedor del Emerald, con el teléfono en la mano y el destino dándole un golpe brutal. Al mirar a su padre quiso creer que era mentira, pero sabía que él jamás jugaría con algo así y, de repente, empezó a conectar los recuerdos que tenía de él pálido, costándole respirar, con el sudor en la frente y el cansancio perlado su piel.

—Pero, tiene... tiene que haber alguna solución, ¿has pedido una segunda opinión? ¿Por qué... por qué no me dijiste nada?

—Acababas de perder a tu mujer, no iba a hacerte pasar por más dolor. —Charles se levantó de la silla y la movió para poder sentarse al lado de su hija. Cuando cogió sus manos las apretó e intentó sonreír a pesar de que las fuerzas le flaquearon en ese momento—. Es el corazón, he ido a tres cardiólogos distintos y todos tienen la misma opinión, no puedo hacer más que tomar mi medicación y esperar a que llegue el momento mientras disfruto de los días que me queden.

—Para, no sigas. —Algo en el interior de Jacqueline se rompió, haciendo que sintiera un pinchazo en el pecho.

La respiración empezó a faltarle y su alrededor giró. El pánico la golpeó tan fuerte que empezó a llorar sin remedio, llevándose las manos a la cara, pidiéndole al universo que todo se tratara de un sueño; pero cuando Charles la rodeó con sus brazos, el dolor se hizo más presente. No podía ser cierto, aquello no podía ser verdad. En medio del llanto rezó una y otra vez, sin descanso, hasta que sus ojos se encontraron con los de su padre y este le sonrió.

—Te quiero mucho, cariño. Estoy muy orgulloso de ti —susurró, expresando esa felicidad en una sonrisa que brilló por y para ella a la vez que limpiaba sus lágrimas—. Me gusta la mujer en la que te has convertido, mamá estaría muy feliz de verlo.

Jacqueline asintió, aunque no fue capaz de hacer nada más que aferrarse a su cuerpo en un abrazo con el que quiso detener el tiempo, hacer de ese instante algo eterno para no tener que pensar en lo que su padre le había contado, o en la idea de perderlo para siempre a él también. Las tortitas quedaron en segundo plano y hubo un momento en que no supo cómo encontró las fuerzas para salir de casa y caminar por las calles de Cold Spring.

El barco los esperaba a orillas del río Hudson y al cruzar el muelle sintió ganas de hundirse en el fondo del mar. Charles le dio la mano y la ayudó a subir a bordo, cargando también con una pequeña nevera que contenía unos cuantos sándwiches y cervezas para compartir con su hija, como solían hacer años atrás. El cielo estaba tan azul que invitaba a querer tocarlo con las manos y al poner rumbo hacia las aguas, estas tuvieron el mismo poder curativo que los abrazó a los pocos meses de haber perdido a su madre. Jacqueline se aferró a los recuerdos que tenía de ellos siendo tres, riendo y gritando, disfrutando de una travesía con la que podrían no ir demasiado lejos, pero que les daba la sensación de poder alcanzar el infinito.

—He preparado tus favoritos. —Charles interrumpió sus pensamientos y le dio uno de los sándwiches.

El aroma a atún con aceitunas abrió el estómago de Jacqueline, y aunque al principio se negó a sonreír, no pudo evitar hacerlo cuando lo abrió y vio que no se equivocaba. Su padre la besó en la frente y después le dedicó un guiño antes de volver a coger el timón para dirigirse a

aguas más abiertas; y ya en soledad, le pegó un bocado para rememorar el sabor al pasado, cruzando con ese presente injusto que le volvió a romper el corazón.

—Había olvidado lo bonito que era este lugar —confesó en voz alta, sacando una sonrisa a su padre, a pesar de que no se giró para que ella la viera—. Gracias por todos los momentos que hemos pasado aquí juntos.

—No tienes nada que agradecer cariño, siempre ha formado parte de nosotros y lo seguirá haciendo cada vez que tú vengas por aquí.

Sus palabras sonaron a futuro y a despedida, a un dolor que Jacqueline no quiso sentir y que procuró encerrar en una habitación oculta de su corazón. Una lágrima solitaria cayó por su mejilla al volver a saborear el sándwich y cuando el barco se detuvo y Charles cogió dos cervezas, se la limpió para evitar que la viera. Los dos se quedaron sentados, en silencio, uno delante del otro, hasta que chocaron los botellines y bebieron brindando por ese bonito día, por los que dejaron atrás y por los que quedarían en el recuerdo.

El aire se escapó de los pulmones de Jacqueline lentamente, por miedo a volver a respirar, preguntándose cómo podría seguir hacia delante y quién le daría las fuerzas para continuar; sin embargo, intentó mostrarse fuerte por el hombre que se mantenía a su lado y que había estado ahí en los momentos más duros de su vida.

—¿Sabes qué? —dijo, dejando que las aguas se fundieran con su mirada una vez más, permitiéndose unos segundos para quedarse ahí, recogiendo lo bonito del mundo—. La quiero —confesó y Charles supo de inmediato que se refería a Tess—. La quiero tanto que temo que lo nuestro se agote, a que este sentimiento desaparezca a pesar de que ha estado ahí siempre.

—El amor viene cargado de miedos —contó su padre y alargó una mano temblorosa para acariciar la mejilla de su hija—, pero sé que las dos seréis capaces de superarlo todo. Lo siento aquí, justo aquí. —Ante la atenta mirada de Jacqueline la posó sobre su pecho—. Aférrate a lo que sentís, y nunca tengas miedo de avanzar.

—Lo intentaré. —Jacqueline suspiró y volvió a echar un vistazo a ese bonito paraje, compuesto de naturaleza y casas pequeñas, de árboles que se acariciaban y pájaros que sobrevolaban el cielo; de una magia que se le metió en el corazón a pesar de batallar con la tristeza. Así que afirmó y miró a su padre, pensando en Tess y en la forma que la hacía vibrar por dentro, dispuesta a recorrer la casilla de esa tan merecida felicidad—. Lo intentaré.



Los cuatro días que estuvieron en Cold Spring pasaron rápido. Cada vez que Jacqueline abría los ojos sentía una horrible presión en el pecho que se llevó de vuelta a la gran ciudad, con el único deseo de llegar a casa y tumbarse en el sofá. Nada más entrar a la terminal Grand Central sus ojos chocaron con el famoso reloj que estaba alojado en su torre de bronce y que era protagonista de muchos rodajes de películas y series. La gente se movía por todas partes, haciéndola sentir pequeña, como una pieza más de ese universo que cobraba vida bajo el mural de «Cielo Estrellado» que los vigilaba desde el techo abovedado.

Arrastrando la maleta y con la mirada agachada, ni siquiera se dio cuenta de que Tess la estaba esperando hasta que la tuvo a pocos centímetros, provocando que sus pies se detuvieran de inmediato. Los labios le temblaron en cuanto chocó con su mirada y esta avanzó para abrazarla con fuerza, dejando que soltara todo el aire que contenía dentro.

—Estaba deseando verte —susurró Jacqueline, casi sin fuerzas, a punto de llorar.

—Ya estoy aquí. —Aquellas palabras cobraron sentido de nuevo, como cada una de las veces que la vida le había golpeado y ella la abrazó, curando así las heridas abiertas que escocían en su interior—. ¿Cómo se encuentra?

—Lo gracioso es que está muy bien, como si cada minuto que pasara no fuera una sentencia de muerte. —La forma en la que lo soltó pareció una broma cruel que casi la hizo sonreír irónicamente, pero estaba tan destrozada que apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie—. No tengo idea de lo que voy a hacer, Tess. Esto es... una mierda.

—Ya, lo sé —susurró, sin saber muy bien qué más poder añadir. Sus manos fueron a parar al cuello de Jacqueline y no se lo pensó dos veces antes de darle un beso en los labios, con esa necesidad que siempre crecía entre ambas cada vez que estaban juntas—. ¿Por qué no vienes a casa? He preparado algo para comer mientras el tren llegaba.

—No sé si podré probar bocado, ya he hecho un gran esfuerzo para que mi padre no se sintiera mal —confesó Jacqueline, acariciando la mejilla de Tess—, pero no quiero estar sola, así que acepto.

Se aferró a la maleta como pudo, arrastrándola por la estación en silencio, en un intento por conseguir calmar el latido de un corazón que no le daba tregua en cuanto a daño o pérdida. Tess la acompañó pegada a su cuerpo en todo momento, dejando atrás tiendas y restaurantes, y también los grandes ventanales que daban un poco más de sentido al inicio o el final de un viaje. El taxi las llevó a su casa en cuestión de minutos y durante el trayecto no dejó de acariciar el pelo de Jacqueline mientras apoyaba la cabeza en su hombro, queriendo cerrar los ojos para despertar en un presente totalmente distinto, donde nadie le diera la noticia de que alguien a quien quería iba a morir.

Kala las recibió con su alegría contagiosa y al cogerla le dio algunos mimos como si la gata hubiera adivinado que le ocurría algo malo. Tess siempre dijo que tenía un sexto sentido para averiguar esas cosas, y ya pudo comprobarlo cuando estuvo viviendo con ellas después de la muerte de Susan.

—Voy a preparar un poco de té —dijo antes de dejar la maleta en su dormitorio para volver a la cocina.

El recuerdo de aquellos días arrastró a Jacqueline hacia el sofá después de quitarse el abrigo y Kala se tumbó en su regazo, dejándose acariciar mientras ronroneaba encantada con tenerla otra vez ahí.

Tess las observó desde la distancia, manteniéndose en silencio mientras preparaba la tetera. Sus dedos temblaron un poco y el malestar se instaló en la boca de su estómago haciéndola suspirar, preguntándose también qué podía hacer para aliviar el dolor una mujer que no se merecía nada de lo que estaba pasando. Todavía tenía en la cabeza el tono de su voz cuando la llamó por la noche, llorando desconsoladamente y tartamudeando mientras le decía que su padre se estaba muriendo. En ese momento sintió ganas de dejarlo todo e ir a Cold Spring con ella, pero Jacqueline la convenció de que no podía dejar el Emerald así como así.

De vuelta al sofá, tomó aire e intentó evitar que ella se diera cuenta de lo mal que se sentía, así que le entregó su taza y se sentó a su lado.

—Huele riquísimo, gracias. —Jacqueline saboreó el toque de canela que tenía el té, haciéndolo si cabe un poquito más especial.

Aunque lo que en ese momento le dio las fuerzas para sonreír, fue poder mirar a sus ojos y sentirse querida además de arropada. Tess bebió y después dejó la taza en la mesa de centro, girándose para poder mirarla a los ojos y buscar su atención.

—Sabes que si necesitas hablar, puedes hacerlo, ¿verdad?

—Siento que si lo hago, esto se convertirá en realidad y no quiero volver a pasar por algo así. ¿Cómo voy a digerir que mi padre se va a morir? —La pregunta le hizo un nudo en la garganta y estuvo a punto de volver a llorar, hasta que encaró la mirada de Tess y se sintió culpable al ver su tristeza—. Soy una persona horrible, tú los perdiste muy joven y soy yo quien viene a pedir consuelo. A veces creo que el karma me está castigando por haber jugado con fuego todos estos años.

—Deja de decir tonterías. —Tess se enfadó y le quitó su taza para cogerle las manos y acercarse a ella todo lo posible—. Si vuelves a decir algo así te las verás conmigo. —Su voz sonó tensa, pero enseguida logró calmarse. Bastaba con mirar a los ojos a la mujer que quería para conseguirlo—. La vida es injusta algunas veces, y sé que va a sonar duro, pero creo que debes centrarte en los momentos que te quedan con él, exprimirlos al completo y no exigirte tanto como lo has estado haciendo durante estos años.

—Ya sabes que el trabajo me ayuda con los procesos —justificó Jacqueline en un intento por no tener que pensar en lo demás.

—Pero eso no quiere decir que tengas que evadirte en él. —Tess la besó y dejó unas cuantas caricias en su cuello sin apartarse ni un solo centímetro—. Voy a estar contigo, siempre, y también tienes a Julian, no es la mejor opción, pero a veces es muy válido.

—Como se entere de lo que has dicho te mata. —Jacqueline rio ante su broma y al separarse, se quedó mirándola a los ojos—. ¿Te he comentado alguna vez que eres una mujer increíble?

—Algunas veces... —bromeó otra vez encogiéndose de hombros.

—¿Y también que te quiero? —Tess se quedó paralizada, notando cómo el corazón le daba un vuelco.

Era la primera vez que Jacqueline se lo decía de esa manera, con el brillo en sus ojos, los labios temblando y los nervios recorriéndole la piel. Por un segundo, sintió miedo a parpadear y que ella se esfumara; pero, al besarla, volvió a comprobar que lo que vivían era real, que estaban juntas y que el tiempo había sido capaz de obrar magia con las dos.

—Yo también te quiero.

...

—¿Estás seguro? Sabes que puedes quedarte en casa, tengo hueco de sobra.

—Lo sé, pero no quiero alterar tu día a día, los vecinos y Thomas están pendientes de mí,

llevo el teléfono encima en todo momento. Deja de preocuparte, cariño. —Charles lanzó un suspiro intentando mostrarse complaciente—. Tienes que centrarte en lo tuyo y no estar pendiente de mí, ¿vale? Prometo que si no me encuentro bien te llamaré enseguida, no pienso permitir que cambies tu rutina por mí.

—Pero...

—Sin peros, Jackie, lo digo en serio. —Su padre no dio opción a réplica y cuando ella suspiró el hombre mostró una gran tranquilidad a pesar de que ella no podía verle—. Preocúpate en ser feliz, solo así lograrás que yo me sienta bien.

Jacqueline llevó la mirada a su alrededor viendo cómo Tess se movía por la cocina, echando algunas aceitunas en un plato que llevó consigo hacia el salón. Esta se dio cuenta de cómo la miraba y no tardó en dedicarle un guiño, creando una nueva revolución en su pecho, tan fuerte que fue capaz de disipar las malas sensaciones y llevarlas lejos de su corazón; así que asintió y aunque pensarlo egoístamente dolía, dio la razón a su padre.

—Vale, pero te llamaré dos veces al día para saber cómo ha ido todo y quiero que nos veamos cuando tenga días y horas libres.

—Lo dices como si me tuvieras a kilómetros de distancia, cariño —bromeó Charles y el tono de su voz hizo que Jacqueline se sintiera bien por primera vez en varios días—. Pasado mañana vuelvo a la ciudad y me tendrás por tu casa más veces de las que puedas soportar.

—Eres muy tonto —se quejó ella solo por conseguir que riera—. Te quiero mucho, papá, ten cuidado, ¿vale?

—Lo haré, yo también te quiero.

La llamada se cortó y cuando echó la cabeza hacia atrás abrió su pecho tratando de liberarse de toda la pesadez que se le había acumulado ahí. Jacqueline giró la cabeza y se encontró de nuevo con la mirada de Tess, con ese gesto de comprensión que tanto adoraba y que la acompañó a lo largo de los años. Le acarició la mejilla con el pulgar y después se acercó para besarla, quedándose en silencio, fundiéndose con sus labios hasta que la hizo suspirar de placer y también, de amor.

—Es tan cabezota como tú —susurró acariciando esta vez su frente—, pero ese un rasgo que siempre me ha gustado de ti.

—¿Seguro? Porque más de una vez me has dicho que te doy dolor de cabeza —recordó Jacqueline provocando que la otra se mordiera el labio inferior y asintiera al pensar en cada uno de esos momentos—. ¿Qué más te gusta de mí?

La necesidad por averiguarlo creció en su interior y no tardó en formársele un nudo en el

estómago debido a los nervios. Ella entrelazó sus dedos para llevar las manos al aire y mirarlas en silencio, como si quisiera descubrir un secreto. El brillo en sus ojos se acentuó y tuvo que tragar saliva.

—Lo valiente que eres y la forma en la que conviertes a todo aquel que conoces en parte de tu corazón. —Los labios de Tess reflejaron la emoción que sentía, con los sentimientos a flor de piel, erizándosele al recordar una primera vez—. Cuando llegué al Emerald lo hice sin esperanzas, pensé que sería un trabajo más de verano, pero entonces me estrechaste la mano y me metiste en tu mundo sin importar si me conocías o no. —La voz se le quebró en un momento, hasta que pudo tomar aire y continuar—: Desde el segundo uno fuiste amable, cariñosa y detallista; puede que digas que no, pero conmigo lo fuiste. Nunca había conocido a nadie que me tratara con tanto respeto, que viera en mí a una persona y no a un cuerpo fuera de lo normal, digno de no tener una oportunidad. El mundo ha sido muy cruel conmigo a lo largo de muchos años y aunque en ese momento yo ya sabía qué hacer para sentirme bien y orgullosa de mí, ver en tus ojos que también lo estabas me hizo más feliz que nunca.

Jacqueline vio cómo se emocionaba al decírselo y aunque quiso romper ese momento con un beso, decidió no moverse con tal de ver un poquito más ese brillo especial en su mirada; el mismo que vio más de cinco años atrás, en un verano en el que su vida cambió para siempre.

—Tú siempre me pareciste preciosa, tienes algo en tus ojos que te hace sentir parte de algo especial, es como si fueras la lluvia que hace crecer una flor. Además, tu torpeza también me pareció adorable, aposté con los chicos a que ibas a tirar la bandeja en la primera semana, hasta entonces nunca había perdido una apuesta. —Cuando ella abrió la boca por la sorpresa, Jacqueline rompió a reír—. Lo más bonito de todo es que tienes un jardín aquí dentro —añadió, llevando la mano a su pecho—, y que has hecho un hueco a una flor marchita como yo.

Las lágrimas bañaron sus ojos y su cabeza empezó a tamborilear con las constantes ganas de hacerle recordar el infierno por el que había pasado con la muerte de Susan y que tendría que vivir cuando su padre le dijera adiós, pero poder verse en ella le hizo asegurarse de que siempre podría caerse frente a ella porque en realidad no la recogería del suelo, sino que se tumbaría a su lado para cuidarla y abrazarla todo el tiempo que lo necesitara.

Tess le limpió las lágrimas y le sonrió guardando esa preciosa estampa en su memoria una vez más, hasta que sus labios pidieron besarla. Y lo hizo, queriendo romper ese dolor para llevárselo lejos, logrando curarlo en parte, como cada vez que salieron juntas a comer por la ciudad, ver museos, recorrer Central Park o perderse por la playa. Jacqueline pasó sus brazos por el cuello de ella y la atrajo a su cuerpo para profundizar ese beso sin importar que se hubiera echado a llorar o que se mostrara débil, porque estando a su lado podía resquebrajarse y

romperse en un millón de pedazos sin temor a nada, porque a su lado sentía que las piezas volverían a unirse con solo volver a mirarla.



El tiempo les dio unas cuantas semanas, les concedió momentos de risas haciendo un picnic, disfrutando de un musical o paseando por las calles de su Manhattan querida; lo suficiente para nutrirse el alma y poco para todo lo que deseaba vivir con él. Charles murió casi a finales del mes de mayo y la primavera arrasó con el último resquicio que quedaba de la estación antes del verano. Esta vez a Jacqueline le pilló en casa, despertando con Tess, viendo el amanecer después de entregarse a su cuerpo y descubrir que amar se le había quedado corto. El corazón se le rompió un poquito más y se le quedó un agujero a la espera de que algún día se formara otra cicatriz. Las nubes no se juntaron para hacer llorar al cielo y eso la hizo sonreír a pesar de la tristeza, porque su padre así lo habría querido y también porque supo que se marchó en paz.

Julian apagó el motor cuando estuvieron a punto de entrar en Breakneck Ridge, un área de senderismo cerca del centro de Cold Spring, y se quedó maravillado con la montaña que se alzaba frente a ellos sintiendo como si, de repente, su alma se agrandara al ver esa zona. Los tres amigos habían viajado a pesar del cansado turno de la noche anterior para que Jacqueline pudiera esparcir las cenizas de su padre en lo más alto, con las vistas de Hudson Valley a sus pies y la intención de que aquel lugar sirviera de bálsamo con el que recoger fuerzas y volver a la vida.

Tess fue la primera en poner rumbo arriba, llevando consigo su teléfono y una pequeña mochila a la espalda para celebrar que seguían unidos. Así es como lo hubiera querido Charles y todos lo sabían.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Julian a pesar de que fuera algo absurdo.

Jacqueline lo miró a los ojos y afirmó, después continuó sin perder el norte ni la atención en el suelo que pisaban.

—Creo que me ha estado preparando para este momento durante estos días, siento que se hizo el fuerte en muchas ocasiones, como si quisiera asegurarse de que estaba entera para poder seguir adelante. —La ironía del asunto la hizo chasquear la lengua, pero en el fondo tenía que

reconocer que su padre lo había hecho bien—. Y Tess ha estado conmigo en todo momento, tú también, así que podré con esto. Lo prometo.

—Me alegra que estéis juntas después de tanto —aclaró Julian y acarició el brazo de ella—. Créeme, no sé cuántas veces he soñado con ello.

—Te preguntaría desde cuándo, pero no quiero pensar que el resto de mi vida ha sido una completa pérdida de tiempo. —Jacqueline afianzó los pies en el camino y siguió subiendo sendero arriba mientras mantenían esa conversación.

—Para mí no lo ha sido, creo que os habéis dado la oportunidad de estar juntas en el momento exacto. A lo mejor si hubiera pasado antes, no lo habríais conseguido. ¿No crees?

Sus palabras la dejaron pensativa, con las ganas de pasar las páginas de sus diarios viejos para releer cada uno de sus pensamientos y ver cuánto de cierto había en ello. Pero, al levantar la mirada, se dio cuenta de que echar un vistazo al pasado no tenía ningún sentido porque delante de ella estaba todo lo que quería.

—A veces me asusta la idea de que esto se acabe, de que no sepamos cómo seguir adelante o que el hilo que nos une se rompa. —El temor la hizo susurrar en un intento porque sus palabras no se las llevara el viento—. Tess siempre ha estado apoyándome, ha sido mi ancla en los peores momentos, ¿qué pasa si esto se va por la borda? Me quedaría sin... nada.

—¿Y qué pasaría si no arriesgarais?

—¡Eh!, ¿qué cuchicheáis a mis espaldas? —Tess se giró en la pendiente y puso los brazos en jarras a punto de echarles la bronca.

—No deberías hacer eso, puedes caerte. —Jacqueline desconectó de la conversación con Julian y se apresuró a subir con ella por el terreno rocoso, para besar sus labios y darle una palmada en el culo que la hiciera prestar atención—. Y no era nada malo, solo le decía que hasta aquí te ves preciosa.

—¿Con esta ropa ajustada que realza tanto mis curvas? ¡No lo había pensado!

Su broma hizo que Jacqueline pusiera los ojos en blanco, pero al final rompieron a reír y volvieron a lo suyo, moviéndose por un lugar donde se encontraron con múltiples miradores hacia los acantilados en zonas empinadas, rocosas y desafiantes que les quitaron el aliento. Las vistas en constante expansión los dejaron con el corazón latiendo a mil por hora y las ganas de vivir en ese momento para siempre. Julian no tardó en hacer unas cuantas fotografías y en asegurarse de que sonrieran sin parar a pesar del cansancio. Al menos, hasta que llegaron a lo más alto, donde les esperaban la bandera como final del camino: las vistas del río Hudson y el valle circundante. La naturaleza se plantó frente a ellos con una claridad impresionante y también

con unos colores que jamás se borrarían de su memoria. Atrás habían dejado una de las rutas más complicadas, y sus manos llenas de roces fueron el claro ejemplo del esfuerzo.

Para Jacqueline haberse quedado sin aliento en más de una ocasión fue un chute de adrenalina que la hizo recordar los mejores momentos de su infancia con un padre que amaba la naturaleza y, por eso, se sentó en el filo para dejar caer las piernas, con sus cenizas al lado, dispuesta a disfrutar de la brisa que ofrecía la mañana.

Al ser entre semana, no había muchos senderistas por la zona, así que pudieron almorzar tranquilos mientras se contaban anécdotas del pasado, quedándoles claro otra vez que, de los tres, Julian fue el más rebelde.

—Por mi bienestar espero que, si tengo hijos, no sean tan brutos como yo —bromeó haciendo que sus amigas sonrieran.

—Pues yo hasta te imagino apostando con ellos por ver quien hace la maldad peor. —Tess le pegó un golpe en el hombro y se metió en la cabeza esa bonita imagen—. Dentro de unos años podremos hacer excursiones en familia con mini versiones de nosotros.

Sus manos se apoyaron en la tierra y se echó hacia atrás, sin darse cuenta de lo que había dicho hasta que pasaron unos segundos y vio a Jacqueline con los ojos bien abiertos y a punto de tirar el sándwich por el precipicio.

—¿Lo dices de verdad? —preguntó por inercia, notando cómo el corazón se le aceleraba.

De repente, Julian se sintió en medio y no pudo evitar decir algo para que la tensión desapareciera. Tess se encogió de hombros y se llevó un mechón de pelo tras su oreja, delatando los nervios que la recorrieron de repente.

—Bueno, no digo que lo quiera ahora, pero... algún día me gustaría formar una familia —titubeó y en ese momento pareció que el mundo se le venía encima al recibir una mirada de Jacqueline que no estaba segura de cómo interpretar.

—Mientras tengan tu bonita sonrisa... —Ella le guiñó el ojo y Julian estuvo a punto de gritar de la emoción.

—¡Cómo os adoro! Venga, que esto merece un recuerdo.

Con el teléfono en la mano, sacó un par de fotografías y después se arrodilló para ir con ellas y poder abrazarlas mientras la brisa se hacía más presente en el lugar. Jacqueline se quedó callada meditando en sus palabras, consciente de que había dicho en voz alta un deseo que jamás se llegó a plantear con Susan. Pensar en tener hijos con Tess la dejó con el estómago lleno de mariposas y, por unos segundos, hasta llegó a olvidarse del verdadero motivo por el que se encontraban ahí.

Al girar la cara, vio la urna de su padre y apretó los labios, queriendo tenerlo de vuelta para que fuera testigo de esos sueños y de la felicidad que brillaba en los ojos de su chica. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que, de una manera u otra, siempre estaría ahí.

—Creo que es el momento —anunció, dándole un último sorbo a su botella de agua.

Varias nubes como el algodón se acariciaron en el cielo y cuando los pájaros piaron para colarse entre el color azul, cogió la urna y la abrió quedándose unos segundos en silencio para intentar recuperar el aire.

—Tú puedes —susurró Tess, besándole en la mejilla y dándole apoyo con una caricia en su espalda.

Los tres se colocaron en la misma línea y miraron al horizonte. Julian al lado derecho de Jacqueline y Tess al izquierdo. Al cerrar los ojos, llevó a su mente el recuerdo de los últimos días vividos con su padre, y también con las personas que tenía ahí que en cada servicio del Emerald la hicieron sentir orgullosa y feliz. Dio gracias en silencio por haberlos conocido, y también por ser parte de su día a día. Poder decir que Tess se había instalado en su corazón de una forma mágica era quedarse corto y la piel se le erizó al sentirla tan cerca de nuevo. Pero lo que más le gustaba de aquello es que en ningún momento se sintió sola a pesar de que cada amanecer fue una carrera contra la muerte para su padre, un hombre que lo había dado todo hasta el último momento para hacerla sonreír.

—He llegado a lo más alto otra vez —empezó a decir con la garganta picándole y la emoción bañando su mirada—. Hace unos años recuerdo que solía hacer esta misma ruta a solas. Tú insistías en que algún día encontraría a alguien para venir aquí y poder mirar hacia el valle acompañada, y yo solía decir que jamás me sentiría tan bien como cuando lo hacíamos nosotros juntos. —La voz se le quebró un segundo, pero cuando Tess le dedicó una sonrisa fue capaz de continuar—: Lo que más feliz me hace de esto, es que tú has podido disfrutar de ese cambio, has tenido la oportunidad de conocer a mi mejor amiga, a mi chica, a la mujer con la que he vuelto a sonreír. Y también a un hombre que se merece todo lo bueno del mundo, porque Julian es simplemente Julian. Quisiera decir que no va a ser duro pensar en ti y querer tenerte a mi lado para poder abrazarte, quisiera pensar que mañana no me voy a despertar con un profundo dolor en el corazón, pero sería mentir... y ya lo he hecho bastante conmigo misma durante estos años. —Jacqueline avanzó un par de centímetros, lo suficiente para ver el río Hudson más de cerca y en ese momento tomó aire con profundidad hasta llenar sus pulmones y estar lista para esparcir las cenizas de su padre mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas—. Te prometo que estaré bien porque tengo a las personas que más quiero conmigo y, aunque voy a tardar en acostumbrarme a tu ausencia, sé que, como siempre, lo conseguiré porque vas a seguir aquí. En

este mismo lugar.

Al apretar los labios, dio un pequeño impulso y las cenizas abandonaron la urna para volar hacia el horizonte y mezclarse con parte de la naturaleza hasta caer hacia las aguas de un río por el que habían navegado incontables veces. El sol brilló en lo alto dando más claridad a un cielo que le pareció precioso a pesar de sentir cómo el alma se le volvía a romper por dentro. Y cuando se llevó el recipiente a su pecho, los chicos la abrazaron con tanta fuerza que, por un segundo, pareció que esos tres corazones formaban uno solo.

—Te quiero muchísimo, siempre nos vas a tener aquí —recordó Julian con la voz entrecortada por culpa de la emoción.

Tess también dejó caer unas cuantas lágrimas y, cuando sus ojos chocaron con los de Jacqueline, le dio un beso en la frente y volvió a rodearla con sus brazos, dejándole claro que la quería y que jamás se iba a despegar de su lado.



MI LUGAR FAVORITO

Las pesadillas volvieron a hacer que abriera los ojos de golpe en mitad de la noche. Su pecho subía y bajaba con tanta rapidez que por un momento creyó que se iba a quedar sin aire, pero al llevarse las manos a la cara notó una densa capa de sudor que la hizo suspirar. Jacqueline giró la cabeza para darse cuenta de que estaba sola y, de nuevo, el vacío de la cama provocó una dolorosa punzada en su pecho. Al mirar a su alrededor creyó estar en su antiguo apartamento a punto de salir al salón para encontrarse con la muerte en forma de cajas y paredes sin nada más que su color. Sin embargo, al ponerse la bata y atravesar el pasillo, lo primero que vio fueron las fotografías que se habían quedado encima de la mesa de centro a la espera de ser colocadas en un álbum.

Los dedos le temblaron cuando cogió las últimas que Julian hizo en Breakneck Ridge, pero verse allí al lado de Tess la hizo sentir tan afortunada que, esa vez, las lágrimas que corrieron por sus mejillas no estaban cargadas de tristeza por el recuerdo de su padre.

—¡Cuánto me has cambiado la vida! —dijo, como si ella pudiera escucharla en ese momento. Al mirar hacia la ventana sintió ganas de estar a su lado, de poder besar sus labios, de acariciar su cuello y quedarse eternamente entre sus brazos.

Nueva York tenía un poder curativo cuando llegaba la noche y las estrellas pintaban el cielo de esas pequeñas motitas a las que muchos dejaban el peso de sus sueños. Jacqueline se abrazó y sonrió al ver el movimiento tranquilo de unas calles que parecían no dormir nunca; y entonces suspiró llevada por la nostalgia y su repulsión a una soledad a la que le costaba acostumbrarse.

Las siguientes horas hasta que amaneció se dedicó a poner las fotografías en los álbumes y buscar un marco para colocar una de ella con Tess, riéndose, consciente de la cantidad de momentos que vivieron así. Después la dejó en la mesita que había al lado del sofá y se fue a preparar un té para intentar espabilarse un poco antes de recorrer las calles de Manhattan para ir

al centro comercial. Su idea era hacer unas compras y comer algo rápido antes de ir al Emerald para preparar el servicio de la noche, pero sus planes dieron un giro cuando llamaron al timbre y vio que era Tess, con dos vasos en una mano y una bolsa en la otra.

Verla la hizo sonreír y esta vez no se apartó de la puerta. Quería verla nada más salir del ascensor, chocar con sus ojos y con esas curvas que la dejaban sin aliento. Esa mañana iba vestida con una camisa naranja y una camiseta blanca debajo, acompañando a unos vaqueros que le quedaban de maravilla; pero lo que más le gustó fue ver su pelo suelto, acariciándole el cuello y ¿por qué no admitirlo? dándole envidia.

—Qué guapa estás por las mañanas —dijo en cuanto se miraron.

Tess giró sobre sí misma para que pudiera verla bien y después buscó sus labios en un beso que volvió a dejarla sin aliento.

—Tú no estás nada mal con esa bata —aclaró y le dedicó un guiño con picardía.

—¿Por qué no me has dicho que venías? Un poco más tarde y no me pillas en casa.

—Nunca sales antes de las nueve y media —aclaró Tess y que lo recordara volvió a dejarla maravillada—, así que me he adelantado y compré unos *croissants* con canela. Pero si quieres me vuelvo a casa y los comparto con Kala.

—Trae aquí. —Jacqueline le robó la bolsa de la mano y cerró la puerta tras ella.

La luz atravesó las ventanas y en cuanto Tess puso un pie en el salón se dio cuenta de la fotografía que estaba en la mesita. La sonrisa que esbozó fue maravillosa y no tardó en buscar los labios de Jacqueline, emocionada por formar parte de ese bonito lugar.

—Me encanta que la hayas puesto ahí —susurró, viéndose en los ojos de ella, disfrutando de lo bonitos que se veían por las mañanas—. Queda muy bien.

—He estado toda la noche arreglando el álbum, no podía dormir —confesó, y solo en ese momento Tess se dio cuenta de las ojeras que tenía.

—¿Otra vez las pesadillas?

—Algo así. —Jacqueline se fue por las ramas en un intento porque su curiosidad no saliera a relucir y se giró para buscar un par de platos en los que servir los *croissants*, pero en cuanto sus ojos chocaron supo que no tendría escapatoria—. Aún me cuesta conciliar el sueño, y cuando me despierto y me veo sola, temo que mi vida vuelva a derrumbarse otra vez.

—Jackie... —Se encogió de hombros y Tess buscó una de sus manos para que se sentaran en una de las sillas que había en la cocina—. ¿Por qué no me lo has dicho?

—Lo menos que quiero es que te preocupes —dijo, a pesar de que había algo más en su

interior que la hacía sentir así.

—¿Recuerdas lo que le dijiste a Charles allí arriba? —Jacqueline asintió y ella le dedicó una caricia en su cuello—. No tienes por qué tragártelo todo, ni tener miedo a decirme las cosas.

Su mirada destiló sinceridad y no solo eso, era amor, lo que veía ahí era un profundo amor que la hizo sentir mariposas en el estómago; pero que también la llevó a que ese miedo le subiera por la piel hasta hacerla quedarse sin respiración y le temblaran sus dedos.

—¿Qué pasa si esto se acaba? —soltó agachando la cabeza y mirando hacia la mesa en un intento por centrarse en algo que no fueran los ojos de Tess—. ¿Y si no nos va bien y me quedo sin ti, sin esto tan bonito que tenemos? Nuestra amistad ha sido lo más importante para mí durante estos años y ya viste cómo fue todo con Susan. Yo sola me encargué de destrozar nuestra relación.

—Ella no amaba cada uno de tus defectos. —Jacqueline levantó la mirada en cuanto la escuchó—. Querer a alguien no solo significa enamorarte de lo bueno, sino también de los miedos, las inseguridades, las torpezas, las manías y obsesiones, y de cada una de esas cosas que nos hacen imperfectas. Y yo amo cada pedacito de ti, la parte más oscura de tu corazón y la manera en la que siempre demuestras ser el sol tras las nubes de lluvia. —Al buscar sus manos y entrelazar sus dedos volvió a sonreír sin apartar la mirada en ningún momento—. Cuando te vi por primera vez solo deseaba saber más de ti, conocerte tan profundamente que no pudiera pasar un solo día sin querer descubrir otra capa de lo que eres. Para eso tuve que convertirme en tu amiga y confidente primero, ahora me doy cuenta de ello. Jamás habría funcionado de no ser así.

El brillo en sus ojos hizo que Jacqueline se emocionara hasta el punto de que algo volvió a abrirse en su interior para dejar que las lágrimas fluyeran sin vergüenza, ni sentir la necesidad de tener que mostrarse fuerte, tal y como había hecho con otras personas. En ese momento quiso decirlo todo y a la vez no fue capaz de pronunciar una sola palabra, pero sí buscó los labios de Tess y la besó dándose cuenta de lo mucho que la quería y de cómo había logrado dispersar todos esos miedos en unos pocos segundos.

Los dedos de ella se enredaron en su pelo, repartiendo unas cuantas caricias por su cuello y su nuca, dejándola con la piel erizada y las ganas de olvidarse del mundo que seguía su curso natural fuera de esas cuatro paredes.

Jacqueline se separó solo por la necesidad de respirar y cuando chocó con su mirada, ignoró por completo el desayuno o la obligación de tener que encontrarse con las calles de Manhattan. Tess caminó con ella y la besó sin descanso, buscando con las manos la piel que se escondía bajo un pijama que deseó quitarle de inmediato.

El dormitorio las acogió compartiendo miradas y caricias mientras la ropa iba cayendo

poco a poco, provocando que la electricidad subiera por su piel, erizándose al contacto con la otra. Tess se perdió un segundo en su mirada y al verse reflejada en sus ojos volvió a enamorarse un poco más, como si esa mañana fuera la primera vez que se encontraban, como si su corazón hubiera reiniciado el tiempo para vivirlo todo siendo algo nuevo. Sus dedos acariciaron el cuello de Jacqueline y poco a poco fue bajando por su espalda para encontrarse con sus caderas, con su vientre y con el placer que le produjo notar la humedad de su sexo. Ella abordó sus labios con deseo, dejándola sin respiración, haciendo que su pecho subiera y bajara con energía, dispuesta a iniciar una carrera por ver quién llegaba más cerca a la locura.

—No sé qué habría hecho sin ti —confesó Jacqueline, llevando una mano a la mejilla de la otra, fundiéndose con su mirada un segundo, lo suficiente para poder ver su sonrisa reflejada ahí.

Tess acarició su sexo y la hizo gemir de placer mientras se movían por el dormitorio, cayendo sobre la cama, en un movimiento torpe que las hizo romper a reír unos segundos. Se movió pegando la espalda a la cama, viendo cómo Jacqueline se ponía entre sus piernas. Sus manos volvieron a buscarla y cuando conectaron soltó un gemido que arrasó con el espacio. El vaivén de sus caderas fue continuo, y al abordar sus labios los mordió a placer. El deseo tuvo un toque de ternura, y la ternura se convirtió en pasión, mezclándose con sus nombres pronunciados a la vez y con el temblor de sus cuerpos al llegar al orgasmo después de una batalla en la que las dos se sintieron ganadoras.

Jacqueline se quedó descansando en el pecho de su chica disfrutando de cómo este subía y bajaba al ritmo de su respiración. Cuando Tess la besó en la frente volvió a sentir un cosquilleo que la hizo sonreír, llevándola a muchas de las veces que sintió que la vida era perfecta al estar a su lado, y entonces, le regaló una caricia en su vientre, llamando su atención.

—Me he dado cuenta de algo —susurró, sin querer moverse ni un solo centímetro.

—¿De qué? —Tess se movió para poder mirarla a los ojos, con unas ganas enormes de besarla, y cuando lo hizo sintió otra vez un cosquilleo que solo ella podía disipar.

—No hemos tenido ninguna cita formal —le recordó, levantando la cabeza para poder chocar con sus bonitos ojos—. Y las cenas con pelis de Hallmark no cuentan. —Las dos rieron ante su comentario y, seguidamente, buscó su mano para entrelazar los dedos con ella, llevándola a sus labios y soñando con ese momento a su lado—. ¿Qué te parece si encontramos nuestro lugar favorito?

—¿Ese donde celebrar los mejores momentos? —Jacqueline asintió y se movió para colocarse mejor encima de su cuerpo, deseando probar de nuevo sus labios. Algo que Tess intuyó enseguida, y que cumpliría después de añadir—: Me muero por encontrarlo contigo.



39 LA MAGIA

Jacqueline entró al restaurante y se llevó un mechón de su pelo suelto tras la oreja. A pesar de que no era la primera vez que cenaban juntas, el corazón le latía a mil por hora y tuvo que llevarse una mano al pecho para intentar calmar su respiración. El local empezaba a llenarse a pesar de que todavía era temprano, y al llegar a la recepción echó un vistazo al comedor con la intención de cruzarse con la mirada de Tess. Tenía tantas ganas de verla que estuvo a punto de caminar sin haber anunciado su llegada, hasta que la *maître* le dio la bienvenida con su carpeta en la mano y una sonrisa.

—Jacqueline Greene, tenía una reserva con Theresa Winters.

—La señorita Winters lleva unos minutos esperándola, acompáñeme. —Con una afirmación siguió sus pasos, sin perder la oportunidad de volver a arreglarse el pelo con tal de hacer algo que alejara el cosquilleo que sentía en su pecho.

Para la ocasión, había elegido un vestido de tul semitransparente que realzaba su figura y que unía elegancia con atractivo al dejar ver sus piernas en una falda que se movía cada vez que daba un paso. Jacqueline sonrió llevando una mano hacia su cuello, rozando la tela que también cubría sus hombros justo antes de mirar al horizonte para descubrir un paisaje que la dejó, si cabe, más impresionada que antes.

Las vistas de Central Park también la habían dejado boquiabierta, pero cuando Tess miró hacia el comedor se quedó maravillada al ver llegar a su acompañante. Fue casi imposible que no se pusiera de pie y cuando lo hizo, sintió unas tremendas ganas de ir con ella, para decirle bien de cerca lo sexi y bonita que estaba. Le gustó tanto verla sonreír que no pudo evitar hacer lo mismo, hasta que las mejillas le dolieron y estuvo lo suficientemente cerca como para verse reflejada en sus ojos.

—Así que esto es lo que mantenías en secreto —susurró Jacqueline, dando las gracias a la *maître* para quedarse a solas con una Tess que también estaba deslumbrante.

—Una sorpresa es una sorpresa —aclaró esta, encogiéndose de hombros en un gesto de coqueteo.

Jacqueline no perdió de vista cada detalle del vestido azul que llevaba, también con tirantes y ceñido a sus curvas, en un tono oscuro que realzaba mucho más su mirada. Antes de que pudiera decir algo más, se acercó a ella para besarla, comprobando otra vez lo que le gustaba estar cerca de su piel, hasta el punto de poder saborear el perfume que llevaba consigo.

El restaurante se ubicaba en la planta treinta y siete del edificio y tenía una fusión de culturas que se reflejaba en las paredes y en la decoración de cada rincón, pero su gran atractivo seguía siendo las vistas que ofrecía de un lugar que siempre guardó momentos especiales para ellas.

—Había olvidado lo bonito que se ve Central Park desde arriba —dijo, dejando el bolso a un lado después de sentarse.

Tess hizo lo mismo, permitiéndose unos segundos para mirar hacia ese lugar, antes de chocar con la mirada de una mujer que parecía adorablemente nerviosa cuando siempre solía ser al contrario.

—¿Te acuerdas de la primera vez que dimos una vuelta por ahí? —preguntó Tess, apoyando los codos sobre la mesa para dejar descansar su barbilla en las manos.

—Cómo olvidarlo, nos calló una buena tormenta.

—Tú saliste corriendo para protegerte de la lluvia bajo un árbol enorme.

—Y fue peor porque las hojas empezaron a caer y me mancharon todo el abrigo —acabó Jacqueline, sin evitar romper a reír—. Recuerdo que me enfadé mucho porque no hubo forma de limpiarlo bien, era mi favorito. Pero luego...

—Yo te compré uno nuevo y aunque no lo admitiste al principio, sé que te gustaba mucho más —le recordó—. Siempre has tenido ese poquito de orgullo con el que todo el mundo suele enfadarse. Excepto yo.

—¿También lo ves como una virtud? —preguntó Jacqueline, levantando una ceja de manera irónica—. Theresa Winters, no sabes lo que dices.

—Será porque eso hizo que me enamorara de ti. —Tess lo soltó sin ningún tipo de miedo, liberando los sentimientos que se escondía en el interior de su pecho, a la vez que buscaba una de las manos de la mujer que tenía delante, con la mirada cubierta de una emoción que tampoco pudo ocultar—. No es que sea una virtud, pero aquel día me di cuenta de que sabes apreciar las cosas de una manera diferente. Para ti no era solo un abrigo, era parte de ti, tenías muchos recuerdos guardados en aquellos bolsillos y de algún modo te sentías protegida. Tu orgullo

esconde inseguridades y miedos que no has descubierto ante nadie, pero sí conmigo, porque recuerdo muy bien lo que dijiste cuando te diste cuenta de que ya no podrías volver a ponértelo.

—Me ha acompañado toda la vida —rememoró Jacqueline, y en ese momento apretó la mano de Tess, consciente de cuántas veces le mostró cada parte de lo que componía su corazón—. Tú dijiste que nadie me robaría esos momentos y que el siguiente viviría otros mejores conmigo.

—Y no me equivoqué.

El silencio que se formó entre ambas la hizo darse cuenta de que aquel regalo de Tess no fue simplemente un abrigo, sino la promesa de que siempre la acompañaría sin importar el día, o lo que viviera, o que no pudiera más. Sus labios formaron una sonrisa y llevó la mano de ella a sus labios para dejarle un beso sobre la piel, con lo que quería decirle cosquilleándole en el pecho.

—El primer verano que pasamos juntas sentí tantas cosas que me entró un pánico atroz a perderte. —Jacqueline suspiró y dejó ver ese temor a través de sus ojos—. Nadie me había visto de la manera que lo hiciste tú, y el miedo a perderte hizo que convirtiera nuestra relación en algo que no quería de verdad, pero que mi mente decía que estaba perfecto. Julian me dijo algo, que tal vez no era el momento y, ¿la verdad?, no sé si tenía razón o no, pero sí tengo claro que te sigo queriendo como esos primeros días, pero no más que en este preciso instante.

Tess se levantó y se acercó a ella para besarla, fundiéndose con el horizonte de Central Park como si estuvieran debajo de aquel árbol y la lluvia siguiera cayendo. Una sonrisa se instaló en sus labios y aunque uno de los camareros las interrumpió para leerles la carta con los platos especiales de la noche, no sintió que estuviera fuera de lugar, porque así es cómo se había imaginado esa noche. Brindando por las dos, bebiendo una buena copa de vino y con Jacqueline riendo al pedir por favor —más de tres veces—, que no incluyeran ningún tipo de queso en sus platos. Sin juzgarla ni que le pareciera extraño, aceptando esas rarezas que formaban parte de su persona; al igual que las de Jacqueline y su irrefrenable control por las cosas, aunque no estuvieran trabajando ni ese fuera su restaurante.

La cena estuvo repleta de sonrisas, de caricias; llena de recuerdos que las hacían ver el tiempo que habían tenido a su favor, a pesar de ocultar parte de sus sentimientos, porque después de todo quizá Julian sí tenía razón y ese era el momento justo para disfrutar de ese encuentro, en un restaurante que se convertiría en el de su primera cita y múltiples ocasiones más. Con Jacqueline feliz por haber cumplido ese sueño tan simple pero lleno de significado, y con una Tess que se redescubría cada vez que la miraba a los ojos.

Caminar por las calles de Manhattan entrelazando sus dedos fue algo que soñó mil y una

veces, pero que jamás llegó a imaginar que la hiciera tan feliz. Ni tener tantas ganas de ser ella misma porque Jacqueline la completaba, pero antes tuvo que intentarlo con otras mujeres para darse cuenta de las piezas que componían su interior. La ciudad se les quedaba pequeña cuando se trataba de sentir sus corazones, pero demasiado grande como para pasar años descubriéndola a su lado. Tess pudo imaginárselo, verlo tan claro en su interior que sintió cómo la piel se le erizaba, deseosa de poder cumplirlo, pero también con las ganas de tomarse todo el tiempo del mundo para poder hacerlo y ver cuántas cosas seguían descubriendo de su interior.

Jacqueline la miró a los ojos y detuvo sus pasos para besarla, como si en ese momento le hubiera leído la mente, y cuando se apartó un poco Tess sonrió a placer, abriendo la boca cuando varias gotas de lluvia cayeron sobre ellas.

—Parece que Nueva York quiera sorprendernos —susurró abriendo las manos para sentir la lluvia caer.

—Lo lleva haciendo desde que te conocí. —Jacqueline también miró al cielo y se quedó maravillada con el tono oscuro de una noche llena de estrellas en la que estas se mezclaban con las luces de los cientos de edificios que las rodeaban.

La lluvia empezó a caer con más fuerza y empapó sus vestidos y las chaquetas que los acompañaban. Tess cogió su muñeca, dispuesta a echar a correr para evitar que se mojaran, queriendo resguardarse en algún lugar cercano, pero Jacqueline la hizo girar para llevar las manos a su cuello y besarla mientras sus melenas y sus vestidos se empapaban, sin importarle nada más que sus labios y el latido frenético de su corazón. Cuando se separaron, levantó los brazos y giró sobre sí misma sintiendo el agua deslizarse por toda su piel.

—¡Estás loca! —gritó entrecerrando sus ojos, sin apenas poder verla, pero lo suficiente para ser testigo de una felicidad que hacía tiempo no veía en ella.

—¡Bésame! —pidió Jacqueline y caminó rápido para llegar hasta ella y volver a ver sus ojos de cerca, con unas cuantas gotas cayendo por el puente de su nariz, y el amor puesto en su mirada—. Bésame siempre.

Tess se quedó paralizada un momento, sintiendo cómo el latido de su corazón se ralentizaba para volver a hacerlo rápido en cuanto acarició la mejilla de Jacqueline; y cuando sus labios se unieron, quiso vivir de ese instante bajo la lluvia por el resto de sus días.



EPÍLOGO

UN AÑO DESPUÉS

El té empezó a enfriarse entre sus manos. A su alrededor había gente corriendo y paseando y parecía que después de semanas de intensas lluvias, el tiempo les entregó una tregua para hacerles disfrutar de un cielo claro, sin nubes, que se fundía con la naturaleza que brillaba en Central Park. Las hojas de los árboles se acariciaban entre sí, al igual que Tess lo hacía con la mano de Jacqueline mientras esta descansaba la cabeza sobre su hombro, después de un par de días en los que la mudanza las dejó exhaustas.

—No te vuelvo a hacer caso, la próxima vez contratamos a una empresa —se quejó esta, lanzando un bufido mientras sentía otro pinchazo en la espalda—. Estoy destrozada.

—Venga, ha sido divertido. Además, no tengo buen recuerdo de la última vez. —Jacqueline se encogió de hombros, pero al chocar con la mirada de Tess sabía que no había ni un ápice de reproche en el tono de su voz—. Estoy deseando arreglar los armarios contigo; ahora que lo pienso, tengo mucha ropa que ya no voy a ponerme.

—Esta tarde no, solo quiero tumbarme en el sofá contigo y ver una película.

—¿La nueva de Meghan Ory? —A Tess se le iluminaron los ojos y no pudo evitar darle un beso—. Jamás pensé que me harías una adicta al Hallmark Channel.

—Ya sabes que tengo mis encantos. —La picardía que apareció en su mirada hizo que Jacqueline se enamorase un poquito más de ella y volver a fundirse en un beso que la dejó sin aliento. Arrugó los dedos sobre la camisa que llevaba puesta y le dedicó una sonrisa—. Me encanta cómo te quedan los cuadros, nunca pensé que el naranja y el amarillo se fueran a ver tan bien en ti. —Tess se acercó a su oído y sonrió—. Me dan ganas de quitártela mientras te beso.

—¿Para esto queríais quedar?

Las dos se separaron de golpe al escuchar a Julian en la distancia. Él se partió de la risa y negó dando un chasquido con la lengua, sin esperarse que su acompañante fuera a darle un golpe

en el brazo que lo hizo gritar. Sus amigas rompieron a reír y después se levantaron para acercarse a ellos y darle un fuerte abrazo al hombre que hacía de sus vidas mucho mejor; algo que confirmaban cada noche en el Emerald, siendo un equipo que ya nadie podría romper tras la marcha de George y venta del restaurante a ellos, quienes se negaron a dejar sus puestos a la vez que llevaban el negocio.

Julian carraspeó y giró la cara para dedicarle un guiño a su chica, y esta se mordió el interior de las mejillas nerviosa por conocer por fin a las mujeres de las que tanto solía hablarle.

—Chicas, os presento a Victoria. Cariño, estas son Jackie y Tess, mis locas pero increíbles mejores amigas.

—Encantada de conoceros —dijo la mujer, dándole un beso a cada una—. No tenéis idea de cuánto me ha hablado de vosotras, a veces tengo la sensación de que ya os conozco.

—¿Pues qué te parece si lo hacemos comiendo unos perritos? Ya es la hora del almuerzo y estábamos tan cansadas que solo nos hemos tomado un té, yo me muero de hambre. —La propuesta de Tess fue acogida con una sonrisa y el resto no tardó en seguir sus pasos.

El puesto ambulante estaba repleto de gente a esa hora del medio día y mientras esperaban, Jacqueline y ella entablaron conversación con Victoria, haciendo que su amigo sonriera de felicidad y que sus nervios se hicieran a un lado por completo. Con los perritos y la bebida comprados caminaron hacia Sheep Meadow, un gran prado ubicado al sur de Central Park donde se sentaron en la hierba para relajar las piernas y disfrutar de una conversación amena.

Los cuatro echaron un vistazo a su alrededor, nutriéndose de esa paz que ofrecía la naturaleza y también de los susurros de las conversaciones que les llegaban de los demás.

—Tess, el otro día me crucé con Angela —comentó Julian, rompiendo aquel encanto con sus palabras—. Está saliendo con la dueña de una tienda de ropa *vintage*, al parecer también es pintora. Me preguntó por ti. —La sorpresa bañó su expresión y se tuvo que tomar unos segundos para volver a comer—. Y se alegró por las dos, me dijo algo así como que siempre os vio hechas la una para la otra.

—Pensé que te diría que me odia —bromeó Tess, aunque no pudo evitar pensar en ello con tristeza.

Julian negó y se llevó el perrito a la boca para darle un bocado como si nada.

—Según ella, la llevaste al lugar exacto donde debía estar. No sé qué significa eso, pero parecía contenta. —Él se encogió de hombros y bebió un poco de su refresco, antes de chocar con la mirada de su chica y dedicarle un guiño—. Al final, todo lo que hemos vivido nos ha llevado a este momento y si me dejáis ponerme romántico, creo que todo pasó como debía para

hacernos completos en este ahora.

—Dios mío, este es un momento histórico. Victoria, disfrútalo porque no lo verás así muchas veces —comentó Jacqueline a punto de echarse a reír.

—Pero qué idiota eres a veces.

—Así es como me quieres —aclaró ella, buscando su refresco para levantarlo y llevarse la mano de su chica a sus labios—. Deberíamos brindar por nuestra amistad, porque la ciudad nos siga juntando en cada uno de sus rincones y por una felicidad que hoy es plena, pero que mañana lo será mucho más.

Los cuatro chocaron sus vasos y bebieron. Tess buscó la mano de Jacqueline y entrelazó los dedos con ella, acercándose para besarla y sonreírle.

—Eres preciosa —susurró sobre sus labios, volviendo a ver el reflejo de la felicidad en una mirada que jamás se cansaría de ver cada despertar—, y estoy deseando vivir cada día a tu lado.

—Y yo también, me has devuelto a la vida —confesó, llevando una mano hacia su cuello para dejar unas cuantas caricias—. Te amo con locura —afirmó, y aunque Tess no le respondió con palabras, supo que ella también lo hacía cuando la besó, volviendo a sentir que sus corazones latían al unísono y que a pesar de las vueltas que dio la vida en años anteriores, siempre habían estado esperando la una a la otra.

AGRADECIMIENTOS

Con esta novela he aprendido que no todo está perdido. A pesar de los golpes que nos da la vida, siempre hay una forma de volver a florecer.

Gracias a todas las personas que siguen disfrutando de mis letras y que siempre me animan a continuar, porque sin mis fantásticos lectores, yo no sería nada. A mi mujer por poner imagen a cada una de mis novelas y ser el latido continuo de mi corazón. A mis amigas, con las que siempre puedo contar y que también guían mi vida. A la familia que he elegido. A ti, por continuar apoyándome y dándome alas e ilusión.

*No olvides dejarme tu reseña/opinión a través de **Amazon** o **Goodreads**.*

Tu apoyo me ayudará a seguir creciendo como autora.

SOBRE LA AUTORA

[Lorena Murién](#) (1987). Soñadora y devoradora de series, empezó a juntar letras con 13 años y desde entonces lo ha combinado con su afición por el diseño y la maquetación. Su primera novela, *Verde entre las flores* (2021) es la consecución de un sueño que ha continuado con varias obras enfocadas al público general, con temática LGBTQI+ y representación lésbica en cada una de sus historias.

Puedes leer en Amazon todas mis obras publicadas hasta **2024**.

Verde entre las flores.
Flores en nuestro camino.
Los puentes que nos unen.

Quiero ser tu canción.
Quiero ser tu estrella.

La obra de Ictero.
Las voces perdidas.
El final del engaño.

La cosmonauta: Ciudad perdida.
La Caída.

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[1 EL DÍA MÁS OSCURO](#)

[2 EL DOLOR QUE DEJAS](#)

[3 NUNCA SERÉ LA MISMA](#)

[4 ODIANDO SENTIR](#)

[5 DIRECCIÓN INCORRECTA](#)

[6 AQUELLOS DÍAS QUE VIVIMOS](#)

[7 VOLVER A LA RUTINA](#)

[8 AUSENCIA](#)

[9 LAS MENTIRAS QUE CONTAMOS](#)

[10 LLUVIA DE INVIERNO](#)

[11 LAS CONSECUENCIAS DE AMAR](#)

[12 COMO EL VIENTO](#)

[13 MÁS PROFUNDO QUE LA VERDAD](#)

[14 AFRONTAR EL MIEDO](#)

[15 EL PRIMER PASO](#)

[16 FRÍO](#)

[17 LAS PRÓXIMAS VECES](#)

[18 LO QUE NO QUIERO ADMITIR](#)

[19 ENTRE EL PRESENTE Y EL PASADO](#)

[20 VACÍO DE ESTRELLAS](#)

[21 PENSANDO EN TRES](#)

[22 EL PODER DE LA MENTIRA](#)

[23 ERRORES](#)

[24 TE DESEO LO MEJOR](#)

[25 GIRANDO CONTIGO](#)

[26 UN MISMO CORAZÓN](#)

[27 IGNORANDO EL AHORA](#)

[28 ABRIENDO PUERTAS](#)

[29 OPORTUNIDADES](#)

[30 CAMINOS OPUESTOS](#)

[31 HURACÁN](#)

[32 CORAZONES EMPAREJADOS](#)

[33 NUNCA FUE UN DÍA CUALQUIERA](#)

[34 COMO EL AGUA Y LA ESPUMA](#)

[35 AQUELLO QUE AMAMOS](#)

[36 ALGO PROFUNDO](#)

[37 EL CIELO AÚN ES AZUL](#)

[38 MI LUGAR FAVORITO](#)

[39 LA MAGIA](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)